IRENE SILVER

CLARA RUSH

y los susurros del aula



Nadie puede
escapar de
la locura

TerraIgnota
EDICIONES

CLARA RUSH
Y LOS SUSURROS DEL AULA

Portada

1ª edición en formato electrónico: diciembre 2025

© Irene Silver
© De la presente edición Terra Ignota Ediciones

Diseño de cubierta: Irene Silver
Montaje de cubierta: Raül Bocache

Terra Ignota Ediciones
c/ Bac de Roda, 63, Local 2
08005 – Barcelona
info@terraignotaediciones.com

ISBN: 979-13-991022-7-7
THEMA: FH 2ADS

Las ideas y opiniones vertidas en este libro son responsabilidad exclusiva de su autor.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70)

CLARA RUSH
Y LOS SUSURROS DEL AULA

Irene Silver

A mis padres,
por estar siempre, por quererme incondicionalmente y por no faltar nunca a mi lado.

A Rubén,
por ser el mejor compañero de vida, por apoyarme en cada una de mis aventuras locas y por servirme de inspiración.

Os adoro.

Capítulo 1
Casi un año después de la fiesta
Capítulo 2
La fiesta
Capítulo 3
Después de la primera nota
Capítulo 4
Lo que vi en la fiesta
Capítulo 5
¿Quién vive ahí?
Capítulo 6
Unas semanas antes de la fiesta
Capítulo 7
Álex
Capítulo 8
Empieza mi investigación
Capítulo 9
¿Tú?
Capítulo 10
Mi realidad
Capítulo 11
Unas semanas antes de la fiesta
Capítulo 12
La fiesta
Capítulo 13

Nunca fue una niña fácil
Capítulo 14
Mi venganza
Capítulo 15
No debí hacerlo
Capítulo 16
Soy la auténtica Carlota Holmes
Capítulo 17
Noel
Capítulo 18
Todo por mi amiga
Capítulo 19
Te perdono
Capítulo 20
El diario de Sonia
Capítulo 21
David… No lo hagas
Capítulo 22
Seis meses después

19 de junio, 2025

¿Quién me mandó venir a esta puta cena? ¿En qué momento me dejé engañar así?

He sido una imbécil.

Todos me lo advirtieron. Y ahora… puede que no salga viva de aquí.

Creo que acabo de cargarme a alguien.

Las voces desconsoladas que oigo ahí afuera refuerzan mi sospecha.

Dios mío… no.

No sé cuánto aguantará esa puerta sin ceder —el pestillo es ridículamente endeble— cuando descubran que estoy aquí escondida en el baño… Y no creo que tarden mucho en hacerlo, esta jodida casa es demasiado pequeña.

Están locos.

Los dos.

Y quieren matarme.

Son capaces de cualquier cosa.

Estoy encogida dentro de la bañera, hecha una bola, como una cría asustada, tapándome los oídos con las manos. Sin poder reaccionar.

Todavía sostengo la pistola con la que he disparado hace un momento. La aprieto fuerte. No soy capaz de deshacerme de ella.

Al mirarme la ropa, me doy cuenta de que estoy cubierta de sangre.

No es mía.

Estoy bien. Solo un poco dolorida en la parte trasera de la cabeza. Por el golpe.

Un momento… ¿Qué es ese ruido…?

Alguien está girando el pomo.

—¿Clara? ¿Estás ahí?

No respondo.

No puedo.

Tengo tanto miedo que ni siquiera consigo identificar la voz que me llama.

Un golpe seco sacude la puerta.

¡Joder!

No tengo escapatoria.

La ventana es extremadamente pequeña. Ni siquiera la mitad de mi cuerpo —que no supera los cincuenta y cinco kilos— pasa por ahí.

Estoy atrapada.

Otro golpe.

Y otro más.

Aprieto los ojos con más fuerza, deseando que el mundo me trague.

Un último golpe.

La puerta cede.

Se abre.

Extiendo los brazos y apunto con el arma a través de la cortina que me oculta en la bañera. Giro la cabeza hacia un lado y contraigo cada músculo de mi cara. Disparo sin mirar y escucho el sonido de una bala penetrando en el cuerpo de alguien.

Le he dado…

Capítulo 1
Casi un año después de la fiesta

28 de abril de 2025, Cádiz

(Clara)

1

El timbre sonó, marcando el final de la jornada.

Era la última clase de un viernes en pleno apogeo de una primavera preciosa. La atmósfera estaba cargada de esa energía típica que flota en el aire cuando se sabe que lo peor de la semana ya ha pasado.

Todos —tanto los alumnos como la profesora, o sea, yo— llevábamos horas esperando que este largo e interminable día llegara a su fin.

Aquella silla, a esas alturas, me quemaba el trasero como si estuviera hecha de brasas vivas.

Debajo de la mesa, mis piernas —ocultas al resto del aula por un fino panel frontal— se movían solas. Iban y venían sin control alguno; se estiraban, se entrelazaban, se agitaban de un lado a otro, a lo Lina Morgan, con un nerviosismo incontrolable cada vez más intenso, sin pudor ni elegancia. Como si hiciera con ellas una especie de coreografía absurda.

En la hora que duraba la clase, ya me había levantado en treinta ocasiones de la silla —sin exagerar, quizá incluso más— para recorrer los pasillos entre las mesas de los alumnos, gesticulando en exceso mientras me esforzaba en dar vida a la lección mortífera que intentaba explicar.

Hice bromas malísimas —en alguna solo me reí yo— para evitar que los chicos se me quedaran dormidos; cambiaba el tono de mi voz imitando a otros personajes; llené cada hueco libre de la pizarra con frases, dibujos, esquemas cargados de flechas que hacían verdaderos laberintos por todo el tablón, garabatos sin sentido… Todo lo que se me ocurría para que esa hora fuera lo menos coñazo posible.

A esas alturas, la tiza era ya una extensión de mi cuerpo. Formaba parte de mí, como las cuchillas formaban parte de *Eduardo Manostijeras.*

«Clara, contrólate», me repetía mentalmente todo el rato. Como si esa frase tuviera algún poder real sobre mi hiperactividad indomable.

Y ahí seguía yo. Como siempre en mi trabajo.

Interpretando el papelón de mi vida: el de profesora serena, calmada, sosegada, con la compostura de quien domina su mundo.

El papel que todos esperan de mí: la de Psicología e Integración Social.

Las asignaturas que imparto parecen darme automáticamente un aura de autocontrol absoluto que ni tengo ni tendré nunca.

Pasaba gran parte de la semana encerrada en un aula cargada hasta los topes de adolescentes con las hormonas desbordadas y casi con más energía que yo. Desde la pizarra se podía oler la testosterona de los chicos que se sentaban en las primeras filas. Y yo, desde mi sitio, pensaba: «Madre mía, qué pureta me siento».

Luego me invadía esa sensación de que el tiempo se me había escurrido entre los dedos sin darme cuenta, y me entraba el ansia viva de empezar a hacer todo lo que tenía en mi lista de *Pendientes antes de palmar*.

Parecía que fue ayer cuando yo estaba justo al otro lado: pasándome notitas con mis amigas, soñando despierta, tonteando con el chico que me gustaba y sin más preocupaciones que sacar el curso con buenas notas.

¿En qué momento voló el tiempo tan rápido? Así, sin avisar…

¿Cómo podía ser que ahora yo fuera la que no paraba de mandar a callar constantemente, la que firmaba los partes de estos diablos, la que suspendía, reñía y se desvivía por el futuro de decenas de chavales que pasaban de mí por completo?

Honestamente, me siento mucho más joven de lo que soy.

Estos treinta y un años me quedan muy grandes. Como si me hubiera despertado una mañana y, ¡pam!, ahí estaban, esperando a que me pusiera mis zapatillas del Carrefour y mi bata calentita del chino.

Me gusta cumplir años, que conste. Es señal de que seguimos aquí, dando guerra. Lo que no me gusta es hacerlo tan deprisa.

Tras sonar el timbre, los estudiantes, como siempre, desaparecieron en un suspiro. Era como ver a una manada de animales huyendo de un peligro invisible.

¿Cómo culparlos? Yo hacía exactamente lo mismo cuando estaba en su lugar. Y, siendo sincera, después de tantos años, cuando se supone que soy el ejemplo de todos ellos, la profe, la adulta, me encantaría poder seguir haciendo lo mismo: cada día, al sonar el timbre, recoger mis cosas a toda prisa y largarme sin mirar atrás.

Evidentemente, no lo hago.

Lo que hago es quedarme ahí plantada, de pie, con cara de boba, esperando que algún día cualquiera de ellos me dirija, aunque sea, una pequeña mirada de complicidad.

Me quedo junto a mi mesa, contando mis respiraciones para no mandar a tomar viento fresco a más de uno, mientras escondo el repaso malvado que les hago a la mayoría de esos alumnos mientras se largan sin ni siquiera mirarme.

«Gracias, profesora, me encantó la clase». «Hasta mañana, profesora, que tenga buena tarde». Me conformaría con tan poco…

Pero la avalancha escapa sin decir nada…

—Aguanta, Clara. Ya se van… Queda el último y se acabó —me susurraba casi sin mover los labios y sin perder un milímetro de mi sonrisa fingida.

Hasta que, en cuestión de décimas de segundos, no quedaba nadie más allí. Solo yo.

Arrojé el bolígrafo a la mesa —con tanta fuerza que se cayó por el otro extremo—, me estiré hacia atrás en mi silla todo lo que pude, relajando cada centímetro de mi espalda agarrotada, y lancé al aire un bostezo enorme que llevaba reprimiendo un buen rato.

Entonces sucedió exactamente lo mismo de todos los viernes a las dos y media de la tarde. Me liberé. Dejé salir a la verdadera Clara y abrí el cajón de mierda que llevaba acumulando contenido desde el lunes a segunda hora.

2

—¡Por fin!

Solté en voz alta, levantándome de un golpe de mi silla, con un ímpetu desmedido que me sorprendió hasta a mí misma.

Eché un vistazo al aula vacía, con una sonrisa falsa en la cara. Casi teatral. Como si los alumnos siguieran todavía ahí sentados, mirándome, esperando mi permiso para largarse.

Entrecerré los ojos y pasé la mirada por cada una de las mesas, como si le estuviera perdonando la vida a todos ellos.

—¡Estaba hasta las narices de escucharos hablar sin parar toda la maldita hora! —exclamé, a la vez que golpeaba mi escritorio con las palmas de las dos manos, dejando que mi voz se alzara como una especie de exorcismo para liberar mi frustración—. Sin duda… sois la peor clase que he tenido jamás.

Hice un gesto exagerado, sacando el dedo corazón de cada mano hacia arriba, con toda la intención de dejar claro cuánto me habían estado tocando las narices.

—¡Podéis ir en paz, cabroncetes!

Y me eché a reír con una carcajada de mala de película que retumbó por todo el pasillo. Menos mal que ya estaba sola en el edificio.

A ver… me gusta mi trabajo —aunque lo mío no es vocacional. Ni loca pienso dedicarme a esto el resto de mi vida—, pero esa clase de segundo de Bachillerato sacaba lo peorcito de mí. Mi paciencia, que ya de por sí es bastante limitada, se ponía a prueba cada día con ellos.

Sin embargo, aprendí a no darles el gusto de sacarme de mis casillas cada vez que se lo propusieran. Con Clara Rush no funcionaban esos jueguecitos. No me temblaba el pulso en hacer exámenes sorpresa, dejarlos un rato más sentados en sus sillas tras la

última clase del día o castigarlos sin recreo si no me permitían dar mi asignatura en condiciones.

Me importaba exactamente nada lo que dijera la directora, los padres de los muchachos o quien fuera. Esos monstruitos necesitaban que alguien los adiestrara… Y esa, sin duda, era yo.

Debía de ser de las pocas profesoras que conseguían terminar sus clases sin perder los papeles, sin acabar afónica, con taquicardia o huyendo despavorida entre lágrimas.

Cuando digo que son unos cabrones, es porque son unos cabrones.

Me quité las gafas, las metí en su funda con cuidado y las guardé en la enorme bolsa de tela que compré en Londres y que siempre llevaba al instituto con todas mis cosas entremezcladas.

Estaba empezando a saborear el fin de semana y, como cada día al acabar de trabajar, me acerqué a la ventana para respirar un par de veces profundamente y no llevarme el mal rollo ni el estrés a casa. Puro *mindfulness*.

Al abrirla, una ráfaga de aire salado entró en el aula, acariciándome la piel como si el viento me diera la bienvenida.

Cerré los ojos y llené mis pulmones de brisa marina, dejando que ese soplo de vida se llevara todo lo malo que pudiera haber en mí en ese momento.

Dios, cómo me gusta este lugar.

Vivir en Cádiz era un sueño cumplido.

Siempre supe que quería acabar en esta ciudad.

Aquí todo parece tener un respiro más largo, más tranquilo. Las pintorescas calles gaditanas no te empujan con la urgencia típica de otras ciudades; en lugar de eso, te invitan a pasear despacio, a perderte por sus rincones, a observar, a conectar con el entorno, a estar en calma.

El mar, siempre al alcance de alguno de los cinco sentidos, se encarga de hacer su magia cuando olvidas la esencia de la vida y te dejas llevar por las prisas y el ajetreo del día a día.

La Caleta es uno de mis lugares preferidos para pasar el último ratito de la tarde, cuando aún queda un poco de luz. Me encanta andar descalza por la orilla, sintiendo cómo las olas se deshacen en

mis tobillos; sentarme en la arena, apoyada en uno de los pilares del antiguo balneario y leer un buen libro mientras el sol se apaga tras el Castillo de San Sebastián.

Los tonos naranjas y rojos que se crean entre el cielo y el agua, me regalan una postal diferente cada día. Cada cual más hermosa. No he visto atardeceres así en ningún otro lugar del mundo.

En invierno, cuando la ciudad se adormece bajo el manto tranquilo que deja atrás el bullicio del verano, esos paseos se vuelven aún más encantadores, como si la playa fuera solo mía, reservada en secreto para mis pensamientos más íntimos.

Luego están los carnavales. Esa explosión de alegría que transforma la ciudad con sus coplas, risas y disfraces, convirtiendo cada esquina en un espectáculo. Me había vuelto una completa enamorada del tres por cuatro.

Suspiré y apoyé los codos en el alféizar de la ventana, recreándome en todas las cosas maravillosas que me había regalado esa ciudad.

Hasta que… bajé la mirada al patio y allí estaba ella…

Érica.

3

La vi, rodeada de un grupo de profesores, siendo el centro de atención —como siempre—, sin dejar de ser la protagonista ni un solo momento. Con su sonrisa radiante y esa actitud encantadora…

Falsa como ella sola.

Es el tipo de persona que te da toda la confianza del mundo, te trata como si te conociera de toda la vida, como si fueras su súper *best friend* y, cuando te das la vuelta, ¡zas!, te pone a parir con el primero que pilla.

Le encanta un buen salseo y no tiene reparo ninguno en difundir cualquier cotilleo de los demás. Sea de quien sea. La he escuchado criticar a casi todos los profesores del IES Gadir. Y estoy segura de que, cuando yo no estoy delante, hace lo mismo conmigo a mis espaldas.

Ahí la tienes… jiji jaja, con todos a los que no para de poner de vuelta y media cada vez que tiene la oportunidad. Pobres inocentes.

Conmigo no cuela. No ha conseguido sonsacarme ni un solo dato de mi vida privada; la calé desde el primer día de clase. Odio las habladurías, no me interesa la vida de los demás. Suficiente tengo ya con mis marrones, como para tener que cargar con los de los demás.

Quita, quita.

Lo más curioso es que no consigo que me caiga mal del todo. De hecho, a veces, cuando la oigo de fondo cuchicheando sobre los trapos sucios de alguien, tengo que esconder la sonrisa que me provoca. Es una arpía, eso nadie se lo quita, pero es una arpía con mucha gracia. Esos golpes gaditanos que le salen sin darse cuenta hacen que los problemas más dramáticos del resto, en su boca, suenen como si contara el mejor chiste que has escuchado nunca.

Mientras me perdía por mis pensamientos, me di cuenta de que llevaba horas sin mirar el teléfono —odio ese maldito trasto del

diablo—. Estaba esperando un mensaje desde hacía días. Mejor dicho, desde hacía semanas.

Saqué el móvil del bolsillo trasero de mis vaqueros, lo desbloqueé con prisa, fui directa a mis conversaciones, abrí una en concreto y me encontré justo con lo que ya imaginaba.

Última conexión de Álex: hoy a las 13:27.

No había contestado al mensaje que le mandé ayer por la noche. No decía nada importante. Volvía a ser un reclamo de atención… por si esta vez colaba y se dignaba a hablarme. A perdonarme.

Hey, ¿cómo estás? Hace mucho que no hablamos.
Porfa, contesta.

Me hizo el vacío, otra vez, como era de esperar.

No es que quisiera volver con Álex. No era eso. Pero el hecho de que me ignorara, de que no se tomase ni un segundo para responderme, me dolía más de lo que habría podido imaginar.

Lo quería mucho.

Era alguien importante para mí.

Quería tenerlo cerca… Ya está.

Nuestra relación fue corta, es cierto, corta e intensísima. No fuimos novios como tal, pero tampoco fuimos solo amigos… Era mucho más especial que eso.

Con el tiempo, algo se fue apagando. Nos distanciamos sin quererlo. Yo, que antes supuraba amor por Álex por cada poro de mi piel, de repente me encontré buscando algo que él había dejado de darme, y que yo necesitaba para mantener la llama encendida: atención, cariño, detalles, palabras bonitas… no sé… pequeñas muestras de afecto que me confirmaran que eso que decía sentir por mí era real.

Llegó un momento en el que acordamos dejar de vernos. Fue una decisión mutua e inevitable. Las cosas habían empezado a cambiar entre nosotros y, lo que antes eran chispas, se había transformado en una sucesión constante de peleas y lucha por mantener algo que ya no tenía por dónde cogerse.

Muy poco tiempo después de dejarlo —un par de semanas, si me apuras— apareció otro alguien. Alguien que me ofreció lo que tanto le reclamaba a Álex, y que él ya no sabía o no quería darme.

Sucumbí.

Fue una tentación efímera. Un visto y no visto. Una especie de adicción a un cariño artificial que no duró más de tres semanas. Palabras vacías que me regalaban el oído, como un bálsamo fugaz para el alma, cargadas de promesas falsas que no buscaban otra cosa que un buen rato y un poco de distracción.

Todo aquello se desinfló poco a poco y se fue igual que vino.

No me sorprendió demasiado. Ni me dolió. Tan solo pasó sin dejar ningún tipo de huella ni recuerdo importante en mi vida.

Obviamente, Álex se enteró de toda aquella historia.

Directamente, sin pedir absolutamente ninguna explicación, dejó en su muro de Instagram una publicación con un mensaje cargado de segundas hacia mí, me bloqueó y nunca más me ha vuelto a hablar.

Creo que le dolió de verdad y que no era ninguna pataleta por orgullo de hombre. Creo que me quería más de lo que era capaz de reconocer.

Le hice daño y ahora me castigaba con su indiferencia.

Sacudí la cabeza despacio, volviendo a la realidad.

Es viernes, joder. Pírate de aquí ahora mismo.

Llevaba desde el lunes soñando con que llegara ese momento y no iba a dejar que un pasado que ya no tenía en mis manos —y que era imposible cambiar— me lo arruinara. Ni hablar.

De repente sentí muchísima hambre y se me vino a la cabeza el *táper* de espaguetis a la boloñesa con verduras que me esperaba en el frigorífico.

Por un momento, me visualicé como Homer Simpson, babeando sin control mientras pensaba en comida.

Me lo había preparado con mucho mimo la noche anterior, siendo consciente de que hoy volvería tarde del trabajo y sin ganas de

cocinar nada. Nada que no fuera una pizza carbonara congelada o algún otro plato hiperprocesado. Mi congelador estaba repleto de comida de mala calidad y precocinada: pizzas varias, croquetas, empanadillas, lasañas de carne, canelones de atún, ñoquis… Una bazofia de menú semanal.

Tenía que empezar a cuidarme de una vez.

No hacía mucho que había empezado a hacer deporte, por primera vez en mi vida… Y aunque fuera, indiscutiblemente, la más patosa de la clase —sea de lo que sea—, me había prometido que esta vez no tiraría la toalla.

Una persona a la que quiero… o, más bien, a la que quería mucho, siempre me decía que tenía que cuidarme más: «Ay, mi Clara, mi Clarita, mi Clarota, hazme caso, una buena alimentación y actividad física casi a diario te salvarán de ser una vieja pocha y postrada en un sillón, a la que tienen que ayudar incluso a limpiarse el culo».

Le echaba tanto de menos…

No, no, no… Ni de coña… Aleja estos pensamientos. Aleja a esta persona de tu mente… Regresa a tus espaguetis, tan ricos, con una montaña de queso por encima… Eso es… Mucho mejor.

Tenía que ponerme ya mis auriculares y salir de aquel instituto cagando leches. Dejar que la música me envolviera, guiando mis pasos de vuelta a mi casa de revista.

El trayecto entre el instituto, cerca de la plaza de San Antonio, y mi pequeño piso —en lo alto de un viejo edificio sin ascensor, en la calle Sagasta— no era largo: apenas diez minutos a pie. Pero siempre me topaba con algo nuevo que me hacía inmensamente feliz.

Algún rinconcito que no había visto antes, una callejuela, una fachada cubierta de flores, algún comentario con gracia de un vecino…

Juro que, cuando paso cerca de la gente, pauso la música solo para escucharlos. Me enganchan esos comentarios llenos de guasa, esos matices de Cádiz que me hacen sentir tan viva. Estoy enganchada al aire pícaro que estas calles me regalan cada día.

En mi coqueto pisito —del que estoy completamente enamorada y en el que vivo acompañada de mi perrita, Tiza—, la luz del sol se

cuela durante todo el día por un ventanal que ocupa medio salón y da paso a un balcón estrecho, pero perfecto para nosotras dos.

Todo se inunda de una calidez suave que acaricia las paredes casi desde el amanecer hasta que un imponente atardecer da las buenas noches.

Desde allí puedo ver cómo el mar se asoma tímidamente entre los bloques de edificios que me separan de la playa, como un tesoro escondido. Es un lujo tomar el café allí cada mañana, con Tiza junto a mí, en ese pequeño balcón. Cabemos justas: mi chucha —como llamo a Tiza con cariño—, una silla de mimbre donde paso horas y horas leyendo, una mesita pequeña, tres macetas con geranios de diferentes colores y yo.

Desde ese pequeño rincón, veo el mundo moverse y siento cómo la ciudad palpita con el ir y venir de la gente.

Abrí los ojos sobresaltada. ¿Todavía seguía allí?

¡No puede ser, Clara! ¡Vete de una vez a casa!

Comencé a recoger mi mesa con prisa, sin mucho cuidado, casi sin saber por dónde empezar. Había papeles por todas partes: apuntes, libros desordenados, redacciones que los chicos habían entregado al inicio de la clase… de todo un poco.

Mi escritorio era un auténtico caos que pensaba recoger con prisa, sin tacto y nada de orden. Ya me encargaría después, en casa, de organizarlo todo.

Hambre, hambre, hambre, hambre.

Y, entonces, lo vi.

Un sobre violeta.

Pequeño, discreto, descansando en la esquina de mi escritorio, como si hubiera sido colocado allí con intención.

¿Qué era?

¿Cuánto tiempo llevaba allí?

No recordaba si lo había visto antes, durante la clase, o si había aparecido de repente mientras divagaba mirando por la ventana. La

mesa estaba tan desordenada que podía haberse camuflado con el resto de cosas.

No tenía remitente ni nada escrito por fuera.

Me acerqué y lo observé durante un par de segundos.

Quizá no era para mí… Pero iba a abrirlo igualmente.

El sobre no tenía nada de especial, salvo que era de mi color preferido. Sería casualidad.

Lo cogí para ver qué tenía en su interior, pero, a medida que lo tomaba entre las manos, algo en su presencia me erizaba la piel de arriba abajo. Estaba cargado de una especie de energía siniestra.

Lo abrí despacio. Casi sin hacer ruido. Con la respiración entrecortada. Las manos me sudaban como nunca.

No entendía por qué, pero estaba cagada de miedo.

—¿Puedes parar de asustarte con todo? —me dije en voz alta, intentando restar tensión a la situación. No sirvió de nada.

Finalmente lo abrí.

Dentro encontré una hoja de papel, doblada con cuidado en cuatro partes. La saqué y la desdoblé con decisión. Pero, en el momento en que leí lo que ponía, el aire se me hizo bola en la garganta y el corazón se me aceleró a mil pulsaciones por minuto —juro que no exagero—, como mínimo.

¿Qué significaba aquello?

Las palabras estaban escritas con tinta negra, con una caligrafía exquisita, en letra mayúscula.

Lo que leí me llevó de vuelta al pasado de un golpetazo.

A un lugar en el que deseaba no haber estado nunca.

A una escena que ojalá no hubiera presenciado jamás.

La nota decía:

«SÉ QUE LO VISTE TODO. SÉ QUE ESTABAS ALLÍ.»

Capítulo 2
La fiesta

22 de junio de 2024, Madrid

(Clara)

1

Hacía semanas que notaba algo raro en David.

Lo conocía como la palma de mi mano. Después de dos años compartiendo asientos en la sala de profesores, almuerzos, recreos, excursiones, cafés cargados de confidencias —dentro y fuera del instituto—, e incluso alguna que otra cogorza juntos… se había convertido en mi mejor amigo. Casi como un hermano.

Reconocía de lejos el sonido de su risa. Era capaz de adivinar los motivos de esos días en los que le daba por estar callado. Podía predecir sus enfados e incluso notar cuando estaba más vulnerable de la cuenta. Nuestro vínculo era una constante en mi vida. De una forma u otra, David siempre estaba presente en mi día a día.

Por eso, aquella sensación tan extraña no era cosa de mi imaginación. Algo no iba bien. Y estaba convencida de ello.

David era el profesor de Educación Física del mismo instituto donde yo llevaba trabajando desde hacía ya dos años. Era una persona maravillosa: siempre dispuesto a ayudar, alegre, canturreando por los pasillos, gastando bromas, con esa sonrisa eterna que iluminaba todo a su paso.

Sinceramente, no entendía por qué no había conseguido enamorarme de él. Habría sido el novio perfecto, como sacado de

catálogo, el ideal de cualquier mujer.

Además, era guapísimo. Tenía una altura estándar —ni muy alto ni muy bajo—, un metro setenta y cinco, más o menos.

Y su cuerpo… Las cosas como son: David estaba muy bueno. Tenía un físico que quitaba el hipo, esculpido a base de una disciplina que, lo confieso, me provocaba unos celos tremendos. Ojalá algún día pudiera decir eso de «No puedo pasar más de dos días sin pisar el gimnasio, me da la vida», como siempre solía repetir él.

Pero no. Mi envidiable genética me permitía no preocuparme demasiado por cuidar mi físico y, aunque esté feo que yo lo diga, la verdad es que no necesitaba matarme a entrenar para mantener un buen tipo.

Claro que David se encargaba, cada vez que podía, de recordarme que la salud del futuro se construye ahora, mientras estamos sanos y aún podemos hacerlo y que bla, bla, bla…

Listillo, sabiondo.

Era como un martillo percutor, todo el día repitiendo que iba a acabar postrada en una butaca, que necesitaría un bastón para caminar, que la diabetes por aquí, el colesterol por allá… Me tenía frita.

Parecía como si estuviera a solo unos años de convertirme en una versión estropeada, viejuna y derrotada de mí misma. Me hacía sentir fatal.

Mi amigo lucía un pelazo castaño que era la envidia de muchos profesores menos agraciados que él —capilarmente hablando—. Lo llevaba algo ondulado, peinado con las manos y un poco de agua. Ese aire desenfadado le sentaba muy bien y, para qué engañarnos, no necesitaba mucho más para estar arrebatador.

Sus ojos, intensos y profundos, casi negros, hablaban por sí solos. Los tenía enmarcados por unas pestañas rizadas infinitas, que eran el foco de atención de su cara. Destacaban por encima de todo lo demás.

Siempre llevaba la barba un poco crecida, de dos o tres días, recortada con esmero. Era otro de sus sellos de identidad.

—La barba siempre aseada, Clarita. Nunca se sabe lo que se puede terciar —me decía frecuentemente, con una sonrisa pícaramente confiada.

Según él, una barba bien hecha podía arreglar y dar un toque de elegancia a cualquiera, aunque fueras el hombre más desaliñado y peor vestido del mundo.

A mí eso me parecía una gilipollez como un castillo de grande. Pero yo le daba la razón igualmente: asentía con la cabeza, apretaba los labios formando una línea con ellos y cogía aire por la nariz, buscando la paciencia que me falta. A lo mejor algún día se daría cuenta de que solo le daba la razón porque le quiero y porque necesitaba que dejara de una vez de decirme aquella estupidez.

Solía ir en chándal. Evidentemente, su asignatura lo requería. Pero, aun así, David era el centro de todas las miradas en el instituto. A poca gente le sentaba así de bien el chándal.

Profesoras —solteras y no tan solteras—, algún que otro profesor y la mayoría de las alumnas se giraban a su paso con descaro.

Él no hacía ningún caso de aquello. Iba completamente a su bola, ajeno a la revolución silenciosa que generaba.

Desde el primer día, David y yo nos hicimos inseparables. Era como si nuestras almas se hubieran reconocido sin necesidad de mediar palabra, como si ya supiéramos que íbamos a formar parte de la vida del otro por siempre jamás. Una conexión inmediata. Una conexión sana y pura de nada más que amistad. Nada de mariposillas ni fuegos artificiales.

David se convirtió en mi compañero de batallas, en mi confidente, en un apoyo y consejero para todo, en un imprescindible para mí. En mi familia.

Llevaba semanas notándolo apagado, distante, preocupado por algo… Le pregunté muchas veces si le sucedía algo, con insistencia —muuuucha insistencia—, hasta hacerme pesada incluso. Pero él siempre le quitaba hierro al asunto, me regalaba una de sus sonrisas —más bien una mueca torcida— y repetía lo mismo cada vez, como si fuera un mantra que ya no se creía ni él mismo:

—¡Ay, mi Clara, mi Clarita, mi Clarota! Cualquier día de estos te vas a morir de preocupación. Todo está bien, no pasa nada. Solo estoy un poco más cansado de lo normal.

Después me guiñaba un ojo, como si eso fuera suficiente para convencerme, y daba el asunto por zanjado. Y yo… yo lo dejaba estar, a pesar de la espina que se me quedaba clavada en el pecho al verle fingir que estaba bien.

El curso ya había terminado, y desde hacía unos días me sentía plena y feliz. Había tenido suerte con los grupos que me habían tocado estos dos años en el IES Los Viñedos —en pleno corazón de Chamartín, Madrid— y, aunque las últimas semanas habían sido un auténtico caos, la sensación de libertad que sentía ahora lo compensaba todo.

El papeleo eterno, las reuniones sin fin, las pilas de exámenes amontonados pendientes de corregir, los alumnos desbordados por los nervios de la Selectividad a la vuelta de la esquina… Todo eso había quedado atrás.

Me había pasado factura, sí, pero ahora… ¡ya era libre! ¡Libre!

—¡Libreeee! —grité sin darme cuenta, dejándome llevar por la emoción, mientras intentaba avanzar por los pasillos del metro sin ser arrollada por la marea humana que se movía como una avalancha imparable.

Me sentía como Mufasa en mitad de la estampida, tratando de no acabar pisoteada por la multitud.

Por supuesto, la gente me miró raro al escuchar semejante alarido. Y, por supuesto, a mí me dio exactamente igual.

Iba de camino a pasar la mañana de *shopping,* una tortura griega para mí; odiaba ir a comprar ropa con todas mis fuerzas, pero no me quedaba otra. Tenía solo unas horas para encontrar un *look* decente para la fiesta de fin de curso que se celebraba esa misma noche. Y era absolutamente imposible escaquearme.

David llevaba días acosándome, machacándome con mensajes y bromas, como un adolescente entusiasmado con su primera cita:

¡Qué way que seas mi pareja en la fiesta!

¿Vas a bailar agarradita conmigo?

¿Te vas a poner guapa para mí?

¿Irás cogida de mi mano?

¿Habrá besito de despedida?

Estaba pesadísimo, y sus bromas empezaban a cansarme más de lo normal. Era como el típico hermano mayor que no para de buscarte las cosquillas, pinchando donde más te molesta y dando la murga hasta que revientas… Pues igual.

No hubo excusa que le sirviera para que me dejara quedarme en casa. Con mi cómodo pijama de cerditos rosas, abrazada a Tiza en el sofá, viendo un documental sobre cualquier cosa. Me gustan de cualquier tema. Todos. Aunque siempre me quede dormida nada más terminar la introducción —son un sedante en vena para mí—, juro que los documentales me flipan.

Mientras el metro serpenteaba bajo la ciudad en dirección a Gran Vía, saqué el móvil del bolso y vi las notificaciones de sus mensajes.

Álex.

2

Llevaba días intentando que nos viéramos de nuevo. Me proponía cafés, cenas informales, charlas en algún parque, paseos tranquilos por el centro… Cualquier plan le valía con tal de verme un rato.

Hacía ya dos semanas que no nos veíamos. Desde que terminaron las evaluaciones y, con ellas, todo el estrés del final de curso, había activado mi modo ermitaña y estado un poco a mi aire. No era por falta de ganas —la verdad es que estaba deseando verlo—, sino por una necesidad imperiosa de silencio, de estar sola, de recuperar eso que me había faltado en las últimas semanas: tiempo para mí.

Conocí a Álex a primeros de mayo de ese mismo año, en un pequeño teatro donde se estrenaba una función modesta y poco conocida. No era, ni de lejos, una de esas obras de moda, comerciales y virales que todo el mundo corre a ver en Madrid. Era justo lo contrario: tres actores interpretando todos los papeles, un escenario casi desnudo y un público que sabía apreciar de verdad el arte de la actuación. Ese era el tipo de teatro al que me gustaba ir.

La sala estaba medio llena. Su asiento estaba justo al lado del mío. Me vio al borde del llanto —llorona profesional que soy— en una escena en la que la protagonista había perdido a su perra y, sin decir una palabra, me ofreció un pañuelo. Lo miré para darle las gracias y, en la oscuridad, no pude apreciar más que una sonrisa muy mona que me hizo sentir reconfortada.

La obra terminó y, antes de que pasara una hora, él ya me había encontrado en redes sociales y me había enviado un mensaje privado. No le costó mucho localizarme; suelo tener la costumbre de compartir algún vídeo de las obras a las que asisto, etiquetar a la compañía que actúa y así darles un poco de visibilidad. Me gusta animar al personal a que venga a este tipo de eventos. Es una pena que cada vez vaya menos gente al teatro.

Su mensaje fue bastante directo. Sin rodeos, con un toque descarado que me atrapó al instante:

> ¿Te gustaría tomar una cerveza algún día, señorita de lágrima fácil? Firmado: tu compañero de la butaca de al lado.

Nada más leerlo, entré en su perfil a cotillear —no era privado— y sí, era él. El chico del pañuelo. El de la sonrisa cálida.

Le di largas. No sé por qué. No me pilló receptiva en ese momento. Sin embargo, él, lejos de ofenderse, tirar la toalla y mandarme a paseo por lo seca que fui, continuó hablándome. Cada día, sacando mil temas distintos en los que coincidíamos demasiado. Me sentía súper a gusto charlando con él y, poco a poco, nuestras conversaciones empezaron a convertirse en un ir y venir de mensajitos cariñosos con los que empezaba a ilusionarme.

Algunas veces me mandaba canciones por la mañana. Este detalle me volvía loca y fue, en gran parte, el motivo que provocó que me enganchara a él. Me hacía sentir tan especial… Las escuchaba mientras iba camino al instituto, sonriendo como una imbécil, intentando descifrar qué quería decirme con esas letras.

Lo cierto es que Álex no era del todo mi prototipo. Para qué mentir, siempre he sentido una debilidad absurda por los chicos altos, musculosos, deportistas —aunque yo odiara el deporte con todas mis fuerzas— y, a poder ser, con ojos verdes.

Álex era mono. De hecho, tenía un público femenino bastante amplio, pero creo que no me hubiera fijado en él si me lo cruzo por la calle.

La cosa es que cada vez me apetecía más coincidir con él y, bueno… después de un tiempo y una nueva proposición para vernos, le dije que sí y quedamos unos días después.

Eligió un sitio increíble. Súper mágico, que me dejó impresionada en el mismo momento en que entré. Un garito escondido en el sótano de un edificio antiguo en pleno centro de Madrid.

Ni cartel luminoso, ni colas en la puerta, ni gente grabándolo todo con sus teléfonos.

Nada de postureo.

Era un lugar íntimo, con luz tenue y una chica en un pequeño escenario que improvisaba blues con una voz que te acariciaba por dentro. Un espacio muy romántico. Un sitio para quedarse toda la noche.

Y allí, entre copas, canciones y luces suaves, empezamos a hablar. Y ya no paramos. Saltábamos de un tema a otro con la naturalidad de quien se conoce desde hace mucho tiempo, como si nuestras conversaciones ya hubieran empezado antes y solo las estuviéramos retomando.

Con él no tenía que forzar nada, ni medir las palabras, ni hacerme la interesante. Solo tenía que ser yo. Y él parecía disfrutar precisamente de eso: de mi versión más espontánea.

Cuando vi la hora en la pantalla del móvil, casi se me salen los ojos de las órbitas. ¿De verdad habían pasado cinco horas?

—Me tengo que ir, Álex. Todavía tengo que sacar a pasear a mi chucha y mañana me espera un día largo de trabajo. Mi despertador sonará dentro de seis horas y media —le dije, apoyando mi mano suavemente en su antebrazo en un gesto cariñoso que me salió sin pensar—. Lo he pasado genial. Nos vemos otro día. La próxima vez, elijo yo el sitio.

Él sonrió. Tenía una sonrisa discreta y serena que le daba un aire de confianza y madurez que me resultaba muy sexy.

Nos dimos dos besos, un pequeño abrazo —justo, medido, respetuoso—. Y ahí quedó todo.

Me fui con unas ganas tremendas de volver a verlo.

Ya no estaba tan convencida de que Álex no fuera mi tipo. Tenía algo. Algo que me hacía sentir bien, en calma, como en casa…

¿Me estaba empezando a gustar?

Desde aquella noche, Álex y yo habíamos tenido varias citas. Quizá menos de las que a ambos nos hubiera gustado, pero lo conocí justo

en los meses de mayor carga de trabajo y se me hacía imposible coincidir con él más a menudo.

Aun así, no dejamos de escribirnos cada día, a cada momento. Cada vez que miraba el teléfono, ahí estaba él… y, de inmediato, ahí estaba también mi sonrisa. Empezó a apoderarse de la mayoría de mis pensamientos bonitos, como una melodía pegadiza que no puedes dejar de tararear. Me mandaba mensajes sueltos, memes tontos con los que me partía de risa y, de vez en cuando, alguna frase traviesa e inesperada que me hacía sentir un calor intenso por dentro.

Y, casi sin darme cuenta, las noches se llenaban de conversaciones interminables. Todo empezaba con un simple «¿Qué tal tu día?» y acabábamos a las tantas, divagando sobre la vida, la filosofía, el teatro, exposiciones, música o sobre el carnaval de Cádiz.

Álex era muy aficionado y siempre estaba explicándome cosas del COAC, de chirigotas, de comparsas, de autores… intentando que me volviera una loca carnavalera como él. Lo consiguió.

Leí su último mensaje justo cuando salía del vagón del metro:

¿Nos vemos esta noche? Llevas días dándome esquinazo, señorita.

Quería decirle que sí. Me apetecía mucho verlo, pero… mierda, esa noche me era imposible.

Respondí al instante:

Jajaja… Sabes que no es así. He estado a full de curro.

Hoy tengo la fiesta de fin de curso del instituto y no puedo.

¿Qué tal mañana?

¡Mañana me viene genial! Estoy deseando verte…

Le envié un emoji con una carita feliz, bloqueé el teléfono y lo guardé de nuevo. No podía dejar de sonreír; la idea de verlo mañana me llenaba de una ilusión que no estaba dispuesta a reconocer. Ni por asomo se me ocurrió, en aquel momento, que esa cita tan deseada nunca llegaría…

Salí de mi enajenación romántica nada más pisar la calle, llena hasta los topes de gente. Tenía un objetivo único y clarísimo: comprar el vestido y los zapatos para la fiesta de esa noche en menos de una hora.

El vestido venía elegido de casa. Desde que lo vi por casualidad en la *web* de la tienda no había podido quitármelo de la cabeza. Me lo imaginaba puesto una y otra vez. Negro, de tela ligera y suave, ajustado a la cintura y con una caída perfecta hasta los tobillos. Uno de esos vestidos que parecen tener vida propia y se mueven al compás de tu cuerpo cuando caminas.

Cuatro tirantes lo sujetaban a mi piel —dos sobre los hombros y otros dos que abrazaban mis brazos con descaro—, lo justo para insinuar sin exagerar. Perfecto para no eclipsar a las alumnas que llevaban meses dándole vueltas a lo que iban a ponerse en su gran noche.

Y lo mejor: el precio. Veintiocho euros. Casi me da un ataque cuando vi que estaba rebajado. ¿Veintiocho euros por un vestido que parecía recién sacado de una pasarela de alta costura? Tenía que ser una broma.

Entré en la tienda, localicé el vestido con la mirada en un periquete y fui directa a por mi talla —la S—.

De camino al probador agarré unos zapatos cualquiera, solo para imaginar cómo se vería el vestido con unos centímetros extra sobre mis modestos metro cincuenta y siete. Los zapatos de aquella tienda eran demasiado caros para lo que estaba dispuesta a gastar, así que solo servían de atrezo temporal.

Me probé el vestido a toda prisa y, en cuanto me vi en el espejo, sonreí.

Guau…

Me quedaba como un guante. Me encantaba.

Giré, posé, hice volar la falda con las manos para comprobar cómo se movería al bailar y fue un flechazo inmediato. Era perfecto. Cómodo, elegante, con ese puntito desenfadado que tanto me gusta.

No había nada más que pensar. Ese vestido ya era mío.

Diez minutos más tarde salía de la tienda con mi *vestidazo*. Bueno… con mi *vestidazo*, dos camisetas básicas, una falda larga e informal para los días de calor y unos vaqueros que había cogido en modo automático al pasar junto a una estantería, sin siquiera probármelos.

«Vamos a ver si damos con unos zapatos que no me dejen los pies hechos polvo, Clara, ya casi lo tienes», me animaba mentalmente mientras recorría la Gran Vía en busca de la siguiente tienda.

Pero, antes de continuar, me desvié hacia mi tienda preferida en Madrid: una librería de cuatro plantas escondida en una callejuela en pleno centro, con un café exquisito y donde pasaba largas horas ojeando y eligiendo nuevos tesoros para llenar mi estantería. Ese rincón siempre me acogía con su inconfundible aroma a papel nuevo y tinta. Cerrar los ojos y respirar profundo era un ritual imperdonable cada vez que cruzaba sus puertas.

Compré dos libros para mí y uno para Álex.

Durante nuestra cita con *blues* de fondo, me había hablado de Carlos Salem con un brillo especial en los ojos. Intuí que le encantaba, y me pareció una forma bonita de compensar todas las veces que le había dicho que no a sus propuestas para vernos. Un detalle por lo majo y paciente que estaba siendo conmigo.

Solo me faltaban los zapatos y podría largarme a comer algo. Estaba muerta de hambre.

Los encontré enseguida, en una zapatería cerca de la librería. No era, ni de lejos, una tienda de lujo. Los precios eran bastante razonables, justo lo que buscaba. No entraba en mis planes gastarme un pastizal en algo que me iba a poner dos veces al año, como mucho.

En el escaparate, unas sandalias negras de tacón medio me llamaron con descaro. Me las probé y supe al instante que me las

llevaría. Eran comodísimas, perfectas para estar de pie horas, bailar como una posesa, caminar hasta el amanecer si hacía falta.

Me las quedo.

¡Todo listo! ¡Qué suerte! ¡Qué rápido!

Cogí rumbo de vuelta a casa soñando con un plato de comida y con echarme una siesta reparadora para coger fuerzas y estar a *full* por la noche.

Estaba feliz. Todo estaba saliendo mejor de lo que esperaba. No contaba con acabar tan pronto de comprar la ropa de la fiesta y me iba a dar tiempo a prepararme algo rico para almorzar, descansar y disfrutar de mi pequeña Tiza.

Pero, al llegar a casa, mi planazo de tarde tranquila y relajante se echó a perder y me estaba esperando una buena papeleta en casa.

3

Nada más abrir la puerta del piso, me encontré de frente con Rosa. Plantada en mitad del salón, con cara de póker nivel experto y los brazos cruzados por encima de sus enormes pechos. Tenía puesta esa expresión frecuente suya de *aquí mando yo y, si no te gusta, ya sabes dónde está la puerta*. Como si el piso, el aire que respirábamos y el mismísimo sol fueran de su propiedad.

Técnicamente, el piso sí era suyo. Bueno… de sus padres, una pareja de ricachones que coleccionaban propiedades como si fueran cromos y que habían criado a Rosa entre algodones, lacitos de terciopelo, sobrecarga de mimos y cero frustraciones. El resultado: una adulta insufrible, caprichosa y con pataletas de niña de cinco años.

Vivíamos tres en ese piso: Rosa, Carlota y yo.

Mientras que con Carlota compartía una conexión y una complicidad inquebrantables, con Rosa no había manera humana de sintonizar. A menudo pensaba que Carlota sería mi amiga para toda la vida. Pero Rosa… Rosa era otro asunto. No había estómago que pudiera aguantar tanta cursilería y tanta gilipollez juntas.

Cuando la vi allí, de pie, con esa cara de revenida, las cejas disparadas hacia arriba formando una montaña de arrugas en su frente y sus larguísimas pestañas postizas agitándose a toda velocidad, supe que algo chungo había pasado.

En una esquina del salón vi a Tiza acurrucada, con las orejitas hacia atrás, la cabeza baja y los ojos apagados de su brillo habitual. Mi chuchita, mi alegría con patas… estaba muerta de miedo.

Se me tensó todo el cuerpo y apreté los puños hasta clavarme las uñas.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté, directa.

—¿Que qué está pasando, Clara? ¡¿Que qué está pasando?! —La cara de asco de Rosa se intensificó aún más conforme me acercaba a ella—. Tu perra. Tu querida perra ¡se ha hecho popó en mi cuarto! Justo debajo de mi tocador de madera de roble. Y lo he pisado. Descalza. Cuando iba a maquillarme.

Se tomó una pausa dramática, como si esperara que alguien tocara un violín con música trágica de fondo. Y siguió, cada vez más subida de tono:

—¡A diez minutos de mi cita con un chico de RichLovers! ¡Un partidazo! Un rubio guapísimo, con yate en Marbella y apellido compuesto. ¡Y he tenido que cancelarla por su culpa! Me ha dado tanto asco que he vomitado encima de mi vestido de Valentino. ¡Mi vestido favorito! ¡Mi príncipe azul! ¡Todo arruinado!

Rosa estaba tan desquiciada que no era capaz de articular bien las palabras.

Desde la cocina se oían las carcajadas de Carlota, que ni siquiera intentaba disimular.

Me imaginé la escena de Rosa con el pie lleno de caca y, sin poder evitarlo, empecé a reírme también.

Cuanto más me reía, más roja se ponía Rosa. Parecía una olla a presión a punto de estallar.

—¿Te hace gracia? Sí, ¿verdad? Pues a ver si te ríes tanto cuando te diga que a lo mejor no podéis seguir viviendo aquí mucho más tiempo. Y, hasta que lo decida, tu perrita se queda encerrada en tu cuarto. No quiero verla. Ni oírla. Ni olerla.

Carlota asomó la cabeza por la puerta con la cara desencajada. Le hice un gesto con los ojos para que se metiera de nuevo en la cocina. No quería que la cosa se desmadrara más.

Respiré hondo. Intenté no mandar a tomar por culo a Rosa y traté de dialogar con ella como buena psicóloga que soy.

—Rosa, no tomemos decisiones precipitadas. Ya sabes que Tiza es muy buena. En el tiempo que llevamos aquí no ha dado ni un problema. Seguro que le ha sentado algo mal… debe de estar pocha de la barriga o algo similar. Ella no haría una cosa así.

Me miró como si le hablara en chino. Luego suspiró. Teatral a más no poder.

—Déjame pensarlo esta noche mientras me relajo en un baño con mis sales y mis pétalos frescos de rosa natural. De momento, tu linda perrita se queda en tu cuarto. Si vuelve a hacerse popó, que al menos no arruine mis alfombras japonesas ni mi pedicura. Todavía me huelen los pies a su caquita.

—Lo entiendo. No te preocupes. Así lo haremos —respondí con una sonrisa cómplice totalmente forzada.

Me giré y, sin hacer ruido, vocalicé en silencio, moviendo exageradamente los labios: «Zorra malcriada de los cojones».

Cogí a Tiza, la besé con ternura, y nos encerramos en mi habitación. La pobre seguía temblando. No estaba acostumbrada a que la riñeran. No solía hacer falta, era un angelito.

A los dos segundos, Carlota apareció en mi dormitorio. Abrió la puerta sin llamar —sabía que no necesitaba hacerlo—, desapareció de nuevo y regresó con una bandeja con mi almuerzo. Me había preparado lasaña de atún y un bol de fruta cortada con mimo. Imposible no adorarla.

—¡¿Pero tú la has oído?! —dijo, dejando la bandeja en mi mesa y lanzándose directa a abrazarme—. Clari, te juro que ha sido lo mejor que he visto en años. La tendrías que haber visto, a pata coja, con el pie lleno de boñiga, gritando como una loca por todo el pasillo.

Las dos estallamos en carcajadas a la vez. Con ella, las risas eran puras. Salían desde lo más profundo de las entrañas. Eran de esas que compartes con muy poca gente, que se contagian solas y te dejan el cuerpo como nuevo cuando consigues parar. Mucho más extenuante y reconfortante que una hora de deporte o incluso mejor que un polvo, si lo pienso bien.

Lloramos de tanto reír y, cuando ya no nos quedaban fuerzas, terminamos las dos tiradas boca arriba en mi cama, casi sin poder respirar y con dolor de barriga.

—Mañana tendremos agujetas en todo el abdomen por esto —comenté mientras me secaba las lágrimas.

—Ni lo dudes, *my friend* —dijo Carlota recomponiéndose—. Y, oye, tú no te preocupes por Ticita, la tita Carloti cuidará de ella cuando su mami no esté en casa. Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

Me giré hacia ella y sonreí, aliviada.

—Gracias, Carloti. Eres la mejor. ¿Tú crees que esa pija ha tenido los santos ovarios de ponerle la mano encima a mi chucha?

—¿Esa? ¿Pegarle a alguien? ¡Si es incapaz de matar un mosquito sin hacer un drama! —respondió, poniendo cara ñoña, imitando a Rosa—. En realidad, creo que le tiene más cariño a Tiza que a nosotras. Lo que pasa es que no es capaz de reconocer que el caparazón imperturbable de su corazón ha cedido y empieza a ser capaz de sentir algo… Mañana se le habrá pasado, ya verás. No es tan arpía como aparenta. Es todo fachada.

Entre risas, confidencias a media voz, una comida riquísima y una siestecita merecida de una hora, el tiempo se esfumó casi sin darme cuenta. Cuando abrí los ojos, ya era la hora de ducharme y empezar a ponerme mona para la gran, gran, *gran* fiesta de fin de curso de Los Viñedos.

Mientras me arreglaba, el móvil vibró.

Un mensaje de David.

¿Vas a besarme cuando te deje en casa esta noche después de la fiesta? Me he recortado la barba para no pincharte.

Sabía de sobra que este tipo de mensajes buscaban enfadarme. David no sentía nada por mí. Entre nosotros no había ni un ápice de atracción, por muy guapo que fuera mi amigo.

JA, JA, JA… Qué cansino eres, de verdad. No llegues tarde, anda… ya casi estoy lista. Hoy será una noche maravillosa.

Empezaba a tener ganas de ir a esa fiesta. La música sonaba en mi habitación y no podía evitar bailar mientras me arreglaba.

«Lo vamos a pasar genial. Con David es imposible aburrirse», pensaba mientras me pintaba los labios y daba los últimos retoques a mi pelo rizado.

Inocente de mí. No tenía ni idea de lo que estaba por venir esa noche.

4

Cogí la línea 1 del metro y me bajé en Chamartín. Busqué a David con la mirada y no tardé en encontrarlo. Allí estaba, esperándome, con un traje negro que le quedaba como un guante y una camisa blanca ligeramente desabrochada. La barba arreglada, el pelo perfectamente peinado y la sonrisa blanca, impoluta. Estaba arrebatador.

En sus manos llevaba una flor. Un tulipán anaranjado con matices rosa fucsia. En algún momento debí mencionarle que era mi flor preferida, y él —como la persona más detallista que conozco— lo había recordado y comprado para ese día tan especial.

Cuando llegué hasta él, nos dimos un abrazo infinito.

¡Qué bien olía, madre mía!

Nos cogimos de las manos, nos miramos de arriba abajo y empezamos a lanzarnos piropos exagerados. Íbamos a ser la envidia de todos los profesores… sobre todo yo. Mi acompañante era deseado por muchos y muchas que estarían presentes esa noche. Pero, al llegar a la puerta del instituto, David se transformó. Se puso serio. Pálido. Tragó saliva y bajó la mirada.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? Pareces un fantasma —le susurré, preocupada.

—Sí, sí… Creo que me sentó mal la merienda. Tengo el estómago un poco revuelto —dijo con una sonrisa que no me creí.

Cuando pasamos entre la marea de alumnos, el aire se llenó de piropos, silbidos y comentarios flotando a nuestro alrededor.

—¡Qué guapos van!

—¿Son novios?

—Mira el vestido de la de Psicología, me encanta.

Traté de hacer caso omiso a los comentarios menos oportunos de los graciosillos de siempre y me propuse disfrutar del momento.

Los chicos y chicas estaban radiantes. Parecían mucho mayores enfundados en sus trajes de chaqueta y sus vestidos de gala. Qué manía tenía la juventud con empeñarse en hacerse mayor tan rápido. Con lo bonita que es esta etapa de la vida. Los dieciocho, ¡quién los pillara…!

Íbamos saludando a los alumnos que se cruzaban en nuestro camino, hasta que algo cambió en el ambiente, mandando al traste el resquicio de emoción que empezaba a sentir por estar allí. De repente, sentí un dolor agudo en mi brazo derecho, tan fuerte que me hizo girarme bruscamente —en ese momento le habría cruzado la cara de un guantazo al culpable—. Fue un pellizco retorcido. Sin duda, quien lo hizo tenía la intención de hacerme daño.

Miré a todos lados buscando al responsable, pero la multitud me cegaba. Había demasiada gente.

No entiendo cómo David no se dio cuenta de que algo me estaba pasando. Mi reacción fue demasiado brusca como para que al menos se girara a mirarme. Estaba completamente metido en su mundo, tirando de mí hacia delante sin parar. Podía imaginar lo que pasaba por su cabeza: llevaba tanto tiempo esperando esta fiesta que seguro ya estaba pensando en las canciones que pediría al DJ nada más entrar al salón de actos.

No tuve más remedio que dejarlo pasar. ¿Qué otra opción tenía? ¿Coger el micrófono en plena fiesta y amenazar con que allí no sonaría ni una canción hasta que el desgraciado o la desgraciada que me pegó el pellizco diera la cara? No me faltaban ganas, pero probablemente habría estado fuera de lugar.

Decidí que lo más saludable —para salir de ese bucle en el que solo pensaba en estrangular a alguien— era autoconvencerme de que, tal vez, había sido solo una confusión. Un malentendido. Alguien que intentó hacer una broma pesada —demasiado pesada— y se equivocó de persona.

Entramos al instituto. Por dentro estaba espectacular, como sacado de una típica película estadounidense. Se lo habían currado mucho esa vez; el año pasado ni por asomo estaba así de bonito. Vaya despliegue de medios.

Las paredes, normalmente tristes y desangeladas, estaban cubiertas de guirnaldas que las llenaban de vida y color.

En ese instante sentí una nostalgia extraña, como si fuera la última vez que pisaría aquellos pasillos.

Al entrar en el salón de actos —donde se celebraría la fiesta— la impresión fue aún mayor. Cientos de luces danzaban por las paredes, el techo y el suelo, creando una atmósfera mágica que incluso llegaba a marear un poco. Sobre nosotros se extendía un cielo de globos de colores, de los que colgaban fotos que los profesores habíamos hecho durante el curso: excursiones, actividades, instantes divertidos, recuerdos compartidos.

Quien hubiera sido el artífice de aquella decoración tan exquisita se merecía un Premio Platino. Estaba casi segura de que era cosa de Lauren, uno de los conserjes. Ese hombre tenía manos de ángel y cuidaba las instalaciones con un mimo especial. Tenía que acordarme de felicitarlo la próxima vez que lo viera.

Las mesas rebosaban de comida y bebidas —sin alcohol, por supuesto—. Debo confesar que yo… llevaba una petaquita con un poco de ron en el bolso. Solo para darle un toquecito a mis refrescos y a los de David. Un chorrito diminuto, nada más.

La música tronaba a todo volumen, vibrando en el suelo, en el aire y en cada rincón del salón.

Y de pronto, sonó: LA CANCIÓN.

Una de Chayanne. De esas que hacen que las piernas se muevan solas, como por arte de magia.

—¡¿Qué dices?! ¡Me encanta esta canción! —grité, dejándome atrapar por el ritmo.

Moví los hombros como si no hubiera un mañana, agitándome de un lado a otro, entregada al compás.

David me miró divertido, me ofreció la mano y, sin decir ni media palabra, nos lanzamos al centro de la pista. El baile había comenzado oficialmente.

Y así una canción. Luego otra. Y otra más. Y otra.

En cuestión de minutos, éramos el centro de todas las miradas.

Los profesores bailábamos como si tuviéramos diecisiete años recién cumplidos y estuviéramos en nuestra propia graduación. Girábamos, hacíamos el tonto, inventábamos pasos imposibles y nos imitábamos unos a otros. Nos lo estábamos pasando como críos.

De repente, alguien inició una conga y, de un segundo a otro, todos los profes estábamos agarrados por la cintura, recorriendo la sala como un tren desbocado, lanzando las piernas de un lado a otro entre carcajadas.

Mientras tanto, los alumnos se refugiaban junto a las paredes, sujetando sus vasos de plástico como si fueran escudos protectores. Nos miraban entre horrorizados y fascinados, con caras que mezclaban vergüenza ajena y asombro al mismo tiempo. Parecían estar presenciando el mayor *show* de sus vidas.

Se reían, nos imitaban y gritaban cosas como:

—¡Viva el de Ética!

—¡Vaya cómo se mueve la de Lengua!

Era la vida completamente al revés: nosotros, desatados; ellos, quietecitos y cohibidos hasta el extremo. Todo estaba en su punto más alto… hasta que algo me sacó de ese estado de alegría incontrolable.

David ya no estaba entre nosotros, con el resto de compañeros.

5

Lo busqué con la mirada, esquivando cientos de cuerpos en movimiento, luces parpadeantes que cortaban la vista y ráfagas de humo que acababan de salir de un tubo, cubriéndolo todo con una neblina que hacía casi imposible distinguir a alguien a más de dos palmos.

Entonces, cuando la humareda blanca se disipó un poco, lo vi. Estaba en una esquina, medio oculto tras una columna decorada con serpentinas, hablando con Sonia.

Otra vez.

El estómago se me encogió como una bola de papel arrugada. Durante las últimas semanas los había sorprendido juntos demasiadas veces.

Tuve sospechas de todo tipo —algunas más descabelladas que otras—, pero dejé de preguntarle a David porque empezaba a molestarse de verdad. Pocas veces se ponía serio, pero cuando lo hacía… daba un poco de miedo.

Los observé sin moverme, como si aquel pequeño rincón de la fiesta se hubiera ralentizado. El resto seguía girando: gente bailando, vasos chocando, gritos felices… Pero ellos dos estaban congelados.

La distancia entre sus cuerpos era mínima, apenas unos centímetros.

Demasiado cerca, diría yo.

Quise echarle la culpa al volumen altísimo de la música… Sí. Eso debía de ser. Hablaban así porque no podían escucharse bien.

De todos modos, había algo turbio entre ellos.

La inquietud de Sonia.

El gesto contenido de David.

La tensión, casi palpable, que flotaba entre ambos.

Y entonces me di cuenta: los ojos de ella no estaban fijos en David. No. Se movían de un lado a otro, rápidos e inquietos, como si estuviera pidiendo ayuda en silencio.

Un nudo me subió desde el pecho hasta la garganta. Sentí un calor extraño en la cara. Algo malo estaba pasando.

Y entonces, como si algo explotara dentro de Sonia, se apartó bruscamente de David y salió del salón de actos corriendo, con la cara descompuesta.

David se quedó parado, como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa en su cuerpo. No dijo nada. No hizo ademán de detenerla. Solo la observó marcharse con una expresión que no le conocía: desencajada, sin emoción, con los ojos clavados en el vacío.

Y, de repente, como si despertara de golpe, salió tras ella. Ni una palabra. Ni una mirada hacia mí.

¿Qué narices se traen entre manos estos dos…?

No podía quedarme allí sin hacer nada. Tenía que saber qué estaba pasando. Se acabó la prudencia y el silencio.

Me acerqué a Gema, la profe de inglés, que justo estaba pidiendo otra ronda de canciones al DJ.

—Voy un segundo al baño —mentí.

—¡Voy a pedir al DJ que ponga una sevillana! ¡Quiero enseñarte a bailar! —gritó para que pudiera oírla.

—¡Prometido! El siguiente baile es todo tuyo —respondí, extendiendo mi brazo hacia ella y señalándola con el dedo índice mientras me alejaba.

Sin esperar más, salí de allí lo más rápido que pude, intentando no llamar la atención.

Una vez fuera, los pasillos del instituto eran un mundo aparte. Estaban vacíos, quietos, y se sentían casi irreales. Un contraste brutal con el bullicio del salón de actos. Como si el edificio entero contuviera la respiración.

Caminé despacio. El eco de mis pasos me delataba con cada pisada y, con cada una, una sensación extraña crecía dentro de mí.

—¿David?… ¿Sonia?… —mi voz fue un susurro asustado y tembloroso.

Nada. Ninguna respuesta.

Fui abriendo las puertas de las aulas una a una. Con cada pomo que giraba, me daba un vuelco el corazón.

Me asomaba despacio, como si al otro lado pudiera haber algo que no quisiera ver.

El laboratorio… vacío.

El aula de tecnología… vacía.

La sala de ordenadores… también vacía.

La tensión en mi pecho ya era insoportable.

Y entonces, la última del pasillo: el aula de música.

Me detuve frente a ella. Respiré hondo y empujé la puerta lentamente, sin hacer ruido.

Y lo vi.

Lo vi todo.

Aquella imagen se incrustó a fuego en mi mente. Tan fuerte que, aún hoy, me persigue en mis pesadillas más reales.

David… ¿qué le has hecho a esa niña?

Capítulo 3
Después de la primera nota

28 de abril de 2025, Cádiz

(Clara)

1

—¡Clara! ¡Clara Rush! ¡Espabila, chochete! —La voz de Érica me alcanzó como un bote salvavidas lanzado justo a tiempo, rescatándome del remolino de pensamientos en el que estaba atrapada—. ¿O es que piensas quedarte todo el fin de semana encerrada aquí? Ya decía yo… Qué raro, qué raro que, siendo viernes, no hubieras salido huyendo ya.

Érica era gaditana de pura cepa. No tenía un acento especialmente marcado —lo cual era una pena—. Había pasado media vida lejos de su tierra. No conozco su historia al detalle; apenas hemos hablado fuera del trabajo, pero sé que ha vivido en varios sitios, que ha saltado de ciudad en ciudad, estudiando, trabajando, buscándose la vida. Aun así, a veces dejaba escapar esas frases llenas de gracia sureña.

Me quedé paralizada, mirándola como si acabara de ver una aparición celestial. Con la boca entreabierta, la cara más blanca de lo habitual e incapaz de reaccionar. Todavía con el sobre y la nota entre mis manos sudadas.

La frase seguía ahí, en bucle en mi mente:

«SÉ QUE LO VISTE TODO. SÉ QUE ESTABAS ALLÍ».

Una y otra vez. Rebotando sin descanso.

¿Quién la había escrito?

¿Quién la había dejado en mi mesa?

¿Por qué?

Y… ¿qué demonios sabía de mi vida como para lanzar tremenda flecha envenenada?

El silencio, que se había adueñado de todo el instituto, fue interrumpido por el tono elevado de Érica. Tenía un torrente de voz impresionante. Siempre había un eco suyo por todos los pasillos, estuvieras donde estuvieras.

Agradecí mucho su presencia en aquel momento. Había entrado en una especie de limbo corporal que no me dejaba arrancar e irme de allí, por mucho que quisiera salir corriendo. La miraba, incapaz de responder, y devolvía la mirada de nuevo a la nota.

Esa imagen… esa maldita imagen que llevaba meses intentando borrar… había vuelto con fuerza. Volvía a estar viva dentro de mí.

Es imposible. Nadie sabe que estaba asomada a esa puerta cuando…

Con un esfuerzo sobrehumano, pude romper mi enmudecimiento y contestar a Érica, que me miraba con cara rarísima.

—Ya… ya me iba… —balbuceé, con la garganta apretada, como si el aire hubiera decidido bloquear la salida.

Érica se acercó, entrecerrando los ojos. Claramente nada convencida de mi respuesta, dio un paso hacia mí, como si con solo acortar la distancia pudiera leerme el pensamiento. Su mirada se clavó en la mía con una intensidad casi quirúrgica, mezclada con esa curiosidad que intentaba disimular, pero que se le escapaba en cada gesto.

Ya conocía bien esa expresión. La había visto muchas veces. Demasiadas. Era la señal de que su radar de cotilleos se había activado.

—Oye… si te pasa algo… ya sabes que puedes confiar en mí —dijo al fin, con voz suave, casi melosa, mientras posaba su mano en mi antebrazo.

Por un segundo, casi la creo.

Casi.

Tuve que morderme la lengua. Las palabras se amontonaban en mi garganta, haciendo cola y empujando a la de delante para salir, pero sin atreverse del todo. No sabía si debía hablar o si era mejor mantener la farsa, salir airosa e irme a casa cuanto antes.

La nota parecía pesar cada vez más en mis dedos, como si estuviera hecha de plomo en lugar de papel. Y el secreto que había guardado durante todo el año palpitaba con fuerza, queriendo romper la superficie y salir a flote.

Pero no lo hice.

No a Érica.

No en ese momento.

—¡Sí, sí, todo está genial! —solté con una sonrisa amplia, dándole un par de palmadas rápidas a su mano, que seguía descansando con delicadeza sobre mi brazo. Me forcé a sonar despreocupada y le di a mi voz una entonación alegre y emocionada. Sobreactuada, por supuesto—. ¡Es viernes! ¡Hemos sobrevivido a otra jornada con estos diablillos reencarnados en cuerpos de adolescentes! Cualquier cosa se queda en pañales comparado con la horita que me han hecho pasar estos auténticos prodigios del caos.

Érica soltó una carcajada escandalosa. Durante unos segundos, todo pareció volver a la normalidad.

—Qué graciosa eres, Clara. No sabía yo que los salmantinos tenían tanto arte —dijo Érica, con esa mueca traviesa que usaba siempre que quería acercarse a alguien.

¿Cómo sabía que era de Salamanca? Sin duda, ya había estado curioseando sobre mí. Nada se le escapaba. Era como una especie de radar humano para el cotilleo, capaz de recoger pequeñas migas de información y construir con ellas un banquete entero.

—Podríamos quedar algún día para tomar unas cervezas y conocernos un poco mejor —continuó—. Siempre me das largas, ¿o te crees que no me he dado cuenta, bonita?

El tono de sus palabras tenía ese retintín afilado que me obligó, casi por reflejo, a sacar mi *sonrisa mágica*: una sonrisa fingida, enorme, exagerada y un poco payasa, que solía usar para salir de momentos

tensos sin necesidad de contestar. Esa sonrisa me había salvado la vida más de una vez.

Y, una vez más, lo hizo. Érica me había pillado. Era verdad que ya me había propuesto vernos fuera del trabajo en dos o tres ocasiones, y siempre me había inventado una excusa absurda: «Tengo que llamar a mis padres…», «Tengo que llevar a Tiza a cortarle las uñas…», «Tengo que limpiar las… ¿persianas?».

Soy malísima mintiendo.

Ella volvió a partirse de risa.

—Estoy de broma, Clara. Pero, ya que estamos hablando de esto… ¿qué haces mañana a mediodía?

—Bueno… yo… —empecé a vacilar, mirando al techo como si allí fuera a encontrar una justificación creíble para decirle que no a su invitación.

Pero no me dio tiempo a terminar.

—¡Chorradas! —interrumpió, haciendo aspavientos con las manos —. Tampoco hay mucho que pensar. Mañana nos vemos a la una y media de la tarde en la Plaza de la Catedral. Tomamos algo juntas y punto. Que tienes mucho que contarme, señorita. Llevas meses compartiendo sala de profesores conmigo y aún no sé nada de ti.

Jaque mate.

Me quedé sin escapatoria. No podía decirle que no otra vez. Estaría muy feo por mi parte. No quería parecer una *malaje*, como diría ella.

—Mmmm… veeeeenga, vaaaaaale. Una copita de vino al sol no me vendrá nada mal. Pero tenemos que quedar un poco antes. Me vuelvo a casa a comer. Tiza no perdona su paseo de mediodía.

No quería pillarme los dedos. Necesitaba una coartada por si mañana no me sentía cómoda y tenía que salir pitando.

Érica hizo un gesto, aplaudiendo flojito varias veces, sin hacer ruido. Nos despedimos y me fui.

¡Yuju! Planazo de sábado con la chismosa oficial del instituto…

Con lo fácil que habría sido decir que no otra vez, sin más. En fin… quizá me vendría bien salir un poco con alguien y despejarme. Érica no era mi plan preferido, pero… era un plan. Como mínimo, las risas estaban aseguradas.

En cuanto salí a la calle, me puse los cascos y activé mi *playlist* favorita. La primera bocanada de aire fresco me hizo sentir como si mi cuerpo, después de horas en piloto automático, por fin volviera a ser mío.

Respiré hondo, con un suspiro de alivio que me recordaba que estaba viva. Por fin, fuera de allí.

Caminé ligera; casi flotaba sobre la acera, como si el suelo se adaptara a mis pasos y no al revés.

Las entrañables calles gaditanas se convirtieron en mi alfombra roja improvisada. Me dejé llevar por la música, con una sensación de libertad que necesitaba más que cualquier otra cosa en ese momento.

Qué tonta soy. Es imposible que esa nota sea por lo del año pasado.

Me reí mientras intentaba autoconvencerme.

Llegué a mi portal. El edificio donde vivía alquilada lucía una fachada antigua, llena de azulejos en color añil y blanco, que conservaba ese encanto local que me enamoró desde el primer día que lo visité.

En la entrada, me topé con lo que parecía una mudanza. Dos chicos estaban terminando de meter en un furgón enorme un montón de trastos. Me asomé disimuladamente para ver el contenido y pude reconocer algunos de los muebles de Cata, la vecina del segundo A. Me caía bien. Más de una tarde me había invitado a tomar café y bizcocho en su casa. Era una lástima que se fuera sin habernos despedido.

Llegué a las escaleras… Buf, las escaleras… Eran una tortura barroca, con peldaños altísimos que crujían cada vez que los pisabas.

«Es bueno para tus glúteos, es bueno para tus glúteos… glúteos grandes y redonditos, glúteos, glúteos…», me repetía cada vez que subía las escaleras hasta la planta más alta de mi bloque, donde estaba mi piso.

Ese día, subir me costaría el doble. ¿Cómo había aguantado sin comer desde las nueve de la mañana? Debí hacerle caso a Lourdes —una de las profes de mates— y acompañarla a tomar algo a la cafetería del instituto.

¡Qué hambre tenía! Solo podía pensar en mis espaguetis cubiertos con una montaña enorme de queso en polvo. Mis tripas rugieron con una fuerza digna de un documental de leones en celo.

Y entonces, mientras subía al trote el último tramo hacia la segunda planta, algo me detuvo en seco.

2

Sentí algo extraño cuando llegué al rellano del segundo piso.

Por primera vez desde que vivía allí, algo no encajaba.

Algo estaba fuera de lugar.

Me sentía incómoda.

Observada.

Me giré lentamente, esperando encontrar a alguien justo detrás de mí, siguiéndome. Pero no había nadie. Solo las puertas cerradas del segundo A y del segundo B, con sus letras doradas, oxidadas por el paso del tiempo, que indicaban cuál era cada piso.

Sin embargo… el aire justo entre esas dos puertas se sentía diferente hoy.

Pesado.

Denso.

«¿Por qué no te dejas de gilipolleces, señorita?», pensé.

Era absurdo. Sabía que estaba paranoica. La nota de esa mañana me estaba pasando factura.

Aceleré el paso, queriendo teletransportarme directamente a casa, sin respirar siquiera. Prácticamente levitaba mientras cruzaba aquel rellano. El corazón me latía más rápido con cada paso, como preparándose para un buen susto.

Mi mente no paraba de imaginarse lo peor: «*Me van a secuestrar… No, no, no… peor… me van a matar aquí mismo y nadie se enterará… ¡Dios! ¡No quiero morir!*».

Pero no pasó nada, como era de esperar.

Por fin llegué a mi planta. Casi vomito nada más pisarla.

Abrí la puerta de casa —sus bisagras, viejas como el propio edificio, nunca habían conocido el aceite de engrasar, y el chirrido

que emitían era como un grito ahogado que se perdía por todo el bloque—.

Se me olvidó todo nada más entrar.

Tiza estaba tumbada al sol en el balcón. Acababa de despertarse y tenía uno de los belfos plegado hacia dentro de la boca, parecía que me sonreía. Le brillaban los ojos.

Llevaba esperándome desde que me fui esta mañana a trabajar. Su cabecita se puso tiesa al instante y sus orejas apuntaron al techo, como si, al verme, hubiera sido testigo de un milagro al otro lado de la puerta.

—¡Tiza, mi amor! ¡Ven aquí!

Antes de que pudiera terminar la frase, ya la tenía saltando frente a mí, reclamando que la cogiera en brazos, la acurrucara, la besara y mimara. Como siempre hacía al llegar a casa.

Me tiré al suelo de madera con ella y, en ese abrazo, Tiza me regaló toda la calma que tanto necesitaba después de aquel día tan raro.

Adopté a Tiza hacía unos años, justo cuando llegué a Madrid.

Fue como si el destino hubiera alineado los astros para nosotras.

Y también fue una encerrona de David…

Recuerdo aquel día perfectamente. Fue un martes lluvioso, de esos en los que el cielo parece teñirlo todo de gris y el frío se te cuela hasta lo más profundo de los huesos. Al llegar al instituto, vi a David esperándome en la entrada, con esa sonrisa enorme que ya conocía de sobra.

Va a pedirme algo.

—¿Qué te traes entre manos, David?

—Mira, Clara. Mira qué carita. Mira qué pequeñita es. ¿No te da pena? Está solita, sin nadie —dijo, mientras me enseñaba la foto de una cosita pequeña, negra como el carbón, hecha un ovillo en la esquina de una jaula.

—¿Es un perro? ¿Qué le ha pasado? ¿Está bien? —pregunté, preocupada, sin poder evitarlo.

David solo arqueó las cejas con cara de pena y luego sonrió de manera exagerada.

—Ah, no, no, no… David… ¿Qué insinúas? ¿Que yo… que me lo quede?

—Te la quedes… Es una perrita. Tiene unos siete meses. La encontraron hace unas semanas en El Retiro. Sentada al lado de un banco, como si estuviera esperando a alguien. Nadie sabe de dónde ha salido, y nadie ha preguntado por ella. Ya sabes lo que pasa con los perros en las perreras si nadie se interesa por ellos… No tiene buen… pronóstico… —terminó David, consiguiendo dejarme el cuerpo cortado por la pena.

—¿Qué dices? Eso es mentira… Quieres que me sienta mal para que me la quede —contesté, soltando una risa nerviosa, esperando a que David me dijera que todo era una broma—. En el piso donde me quedo no se aceptan mascotas… Me ha costado muchísimo encontrar una habitación en un buen piso, bien situado, a buen precio y con todas esas comodidades y lujos que tiene… ¡Qué va! ¡Qué va! Imposible. Ni de broma.

Pero no dejé de pensar en esa perrita durante todo el día.

¿Qué le harían si nadie se la quedaba?

¿Dónde iría a parar? Era tan pequeñita…

Seguro que estaba aterrada… Ahí, tan solita…

Y tendría frío…

Mierda… Me la voy a quedar… Me he enamorado de ella…

Esa misma tarde, nada más llegar de trabajar, hablé con Rosa, mi compañera de piso y la hija de los dueños de este. Le prometí que la tendría en mi habitación, que no se daría cuenta de que estaba allí, que la educaría a conciencia y que, si en algún momento pasaba algo, buscaría otro sitio donde irnos las dos.

Esas normas fueron debilitándose con el paso del tiempo. La propia Rosa era la culpable. Adoraba a Tiza, aunque le costaba reconocerlo.

Increíblemente, ese día pillé a Rosa en un buen momento y me dijo que sí a la primera.

—Con la condición de que no se haga sus cositas por el piso y que no se la oiga. Mis padres no pueden enterarse de esto —cedió,

acompañando su habitual cara de asco con lo que parecía una sonrisa amistosa.

No pude evitar plantarle un beso en la frente, que ella se limpió con la mano enseguida.

—Quita, quita… A ver si vas a hacer que me arrepienta.

No tardé ni diez minutos en recoger a David e ir a por la perrita.

Por el camino, elegimos su nombre entre los dos… Bueno, David lo propuso y a mí me encantó la idea.

Desde ese momento, Tiza se convirtió en mi mejor amiga, mi confidente, mi apoyo y lo más parecido a un hogar que tengo cerca. Mi familia está repartida por toda España y parte del extranjero, y nos vemos, con suerte, un par de veces al año.

Y aquí la tengo. Casi tres años después, adueñada de mi sofá, de mi cama, del balconcito soleado que tanto nos gusta y de todas mis atenciones.

Antes de darme cuenta, ya estaba sentada en mi sillita del balcón —por fin—, con la espalda apoyada en la pared, disfrutando del sol que me daba de lleno y de mi plato de espaguetis a tope de queso, cuando mi móvil vibró de repente, interrumpiéndolo todo.

Un mensaje.

Hola, Clara

No me lo podía creer.

¡Era Álex!

3

Llevaba tanto tiempo sin saber nada de él que hasta se me saltaron las lágrimas de la emoción.

Hola, Álex. ¿Cómo estás?

Me alegra mucho saber de ti.

¿Leíste alguno de los mensajes que te he estado mandando?

O… me bloqueaste…

Sí, vi todos tus mensajes.

Pero no estaba en mi mejor momento y no podía contestarte. Perdona.

Me dio mucha pena pensar que yo había sido la culpable de su dolor. No se lo merecía. Álex siempre fue increíble conmigo.

Lo siento de verdad.

Jamás quise hacerte daño.

Aunque ya no estábamos juntos, entiendo que te doliera.

Tal vez debería habértelo contado yo… Pero fue una tontería.

No significó nada.

No le des más vueltas. Si te he escrito, es porque ya pasé página.

Eres demasiado importante para mí como para dejar de hablarte por algo tan estúpido.

Me derretí allí mismo al leer el último mensaje. Si lo hubiera tenido delante, probablemente lo habría besado.

Para nada pensaba en volver con él, pero desde que lo dejamos siempre me quedó la duda de si lo nuestro habría funcionado. De qué habría pasado si no hubiéramos sido tan sumamente tontos y si hubiéramos tenido un poco más de paciencia el uno con el otro.

Éramos tan diferentes en la manera de demostrarnos cariño… Yo, intensa y pasional a más no poder; él, cauteloso y de ir pasito a pasito. Como si hubiera que calcularlo todo.

Me enfrié muy rápido justo por ese motivo. Y no era la primera vez que me pasaba.

A ver, no digo que para mantener una relación tenga que recibir exactamente el mismo entusiasmo amoroso —llamémoslo así— que yo ofrezco. Lo que sí tengo clarísimo es que conmigo no va el amor en monodosis.

Hay algo más que quiero decirte…

En un par de semanas estaré de vacaciones y voy a pasar unos días en Cádiz. En casa de un amigo.

Si te apetece… me encantaría que nos tomáramos algo y habláramos.

También… me encantaría poder… darte un abrazo.

What?

Esto sí que no me lo esperaba.

Un momento, un momento…

¿Quéeeeeee?

Me pilló tan de sorpresa que no supe qué decir. Por un lado, me moría de ganas de verlo; pero, por otro, me asustaba que Álex viniera con otras intenciones. Que yo no sintiera lo mismo que antes por él y que acabara haciéndole daño de nuevo. No quería perderlo otra vez. Aunque Álex no fuera mi pareja, me gustaba tenerlo cerca. Lo quería mucho.

Entonces, otro mensaje suyo apareció en la pantalla:

Sin presiones, solo como amigos, no te agobies.

Sonreí.

Me conocía tan bien…

Le dije que sí. Que quería verlo, que echaba de menos nuestras charlas interminables y que me avisara cuando llegara. Haríamos algún plan chulo por Cádiz.

Nos despedimos de manera un tanto fría: «Vamos hablando», y dejé el móvil bocabajo sobre la mesa.

Estaba feliz. Muchísimo. Llevaba tanto tiempo sin saber nada de Álex que me ponía nerviosa solo de pensar en tenerlo cerca otra vez. Juro que pensaba que nunca volvería a saber de él.

—¡Chuchita, prepárate…! ¡Nos vamos a la playa!

En cuanto lo dije, Tiza corrió a por su juguete favorito: un hueso de goma amarillo chillón, no muy grande. Uno de los muchos que tiene desperdigados por cada esquina de casa. Siempre lleva un juguete en la boca durante sus paseos y se lo va mostrando con orgullo a todo aquel con quien se cruza. Todo el mundo la mira y le dice cosas

bonitas; ella lo agradece moviendo el rabito, y a mí se me cae la baba, como a una madre orgullosa. Me derrito con ella.

Me puse unos *leggins* cómodos, una camiseta ancha de manga corta, los botines de paseo y, esta vez, dejé los auriculares en la mesa. Necesitaba escuchar el ambiente: la naturaleza, las olas, el viento, las gaviotas… Buah, ni las mejores bandas sonoras suenan así de bien.

Cuando me quise dar cuenta, tenía delante un cielo teñido de toda la gama de naranjas, que servía de escenario a un sol que se despedía del día con dulzura y sutileza.

Me quedé inmóvil, sonriendo sin darme cuenta, incapaz de apartar la mirada de aquella foto de revista. Solo desviaba los ojos del espectacular atardecer cuando Tiza, insistente, me pedía que le lanzara su juguete.

Estaba completamente hipnotizada.

Sin duda, la tarde estaba aligerando el peso del resto del día.

—Perdóname, Señor, porque he pecado —dije en voz alta. Tenía el pijama puesto y la mascarilla hidratante en la cara. Frente a mí, una deliciosa pizza recién hecha emanaba su aroma a bacon y queso, transportándome a otra dimensión. Algunas noches me permitía el lujo de cenar en el sofá, y esta era, sin duda, una de esas noches.

Luego, comencé a reír a carcajada limpia, imitando a la madrastra de *La Cenicienta*.

—¡Gua ja ja ja!

A mi súper cena cargada de grasa y calorías se le sumaba que me había saltado mi clase de funcional, y me sentía súper malota por ello.

—Prometo ir a la clase de las diez de la mañana —añadí, levantando mi copa de vino blanco lo más alto que pude, como si hiciera un brindis en honor a la culpabilidad que me reconcomía por dentro.

En un abrir y cerrar de ojos, la alarma del móvil empezó a sonar.

¿¿Yaaaaaa?? Por favor… ¡No!

Las nueve horas de sueño se me habían quedado en nada. Había puesto el despertador a las ocho y media de la mañana. No quería quedarme dormida y perderme la excelente y prometedora clase de funcional que me esperaba. Nada podía apetecerme más en aquel momento. Por favor, ¿cómo iba a preferir quedarme en casa, leyendo y tomando café, tranquilita, sin sudar? Con lo que me gusta hacer deporte un sábado por la mañana…

Me costó media vida liberarme de las sábanas, que me envolvían como si intentaran retenerme allí hasta el día siguiente. El olor a suavizante y su sedosa textura me tenían prisionera.

Luché contra la pereza que estaba a punto de conseguir que volviera a hacer pellas y, como quien recibe un picotazo en el culo, me levanté de un salto y escapé de aquella trampa.

Fui directa a mi cafetera francesa de cristal y la preparé con mucho mimo: seis cucharadas soperas de café recién molido, agua hirviendo por encima, un leve movimiento en círculos con la cuchara para mezclarlo bien —no olvides acercarte en este momento a respirar el intenso aroma del café—, y, para terminar, colocar la tapadera con el filtro.

El café de los sábados por la mañana era el mejor de la semana. Ahora solo tenía que dejarlo hacer su magia mientras bajaba a la calle con Tiza para que hiciera su pipí mañanero.

La cogí en brazos para evitar que lo hiciera en las escaleras y, en menos de cinco minutos, ya estábamos de vuelta: pipí, chorrito de agua encima para limpiarlo, portal y escaleras de nuevo.

A Tiza no le gustaba salir a pasear temprano; siempre que lo intentaba, se sentaba y no había quien la hiciera andar. Parecía enraizada en el sitio. No había alma que la moviera. Así que decidí que su paseo largo sería por las tardes. Ambas lo disfrutábamos más.

Cuando crucé la puerta del edificio, el olor a café desde mi piso inundaba todo el bloque. Necesitaba uno *ipso facto*.

Pero, justo cuando llegaba a la segunda planta, algo me puso en alerta y me hizo fruncir el ceño. Escuché cómo se abría una puerta. Lo hacía despacio, con mucho sigilo, como si alguien no quisiera

levantar sospechas. Trataba de hacer el menor ruido posible… pero lo hizo. Era imposible no oír cómo crujía.

Avancé despacio unos peldaños más, hasta que me di cuenta de que alguien me observaba y frené en seco.

Tiza empezó a gruñir, algo que nunca había hecho antes.

Reanudé el paso como pude y, a medida que me acercaba a los últimos escalones antes de llegar al rellano, vi que la puerta del segundo A estaba entreabierta. Apenas una rendija, apenas unos centímetros, por los que no era capaz de distinguir a nadie al otro lado.

4

Nuestras puertas no tenían mirilla, así que supuse que alguien estaba espiando a través de la rendija, intentando ver quién subía. Sin más.

Podía ser la nueva vecina. O el nuevo vecino.

¿Y ya estaba viviendo allí? El piso acababa de quedarse vacío. Aunque, bien pensado, no sé de qué me sorprendía: en esta zona de Cádiz los pisos en alquiler eran como una piñata en un cumpleaños, la gente se daba tortas por conseguirlos.

Tenía sentido, sí. Quienquiera que ocupara ahora el segundo A sentiría curiosidad por saber con quién compartía vecindad y, por eso, estaría husmeando. Claro que había formas más normales de hacerlo. Por ejemplo: subir con un bizcocho de naranja y canela de cortesía y presentarse. Como hizo Cata.

Me imaginé a una señora mayor, con un moño de canas perfectamente repeinado, un vestido negro hasta los tobillos, una garrota y unas gafas de culo de botella. La auténtica vieja del visillo instalada en mi edificio.

Retomé el paso y, justo cuando puse el pie en el segundo piso, la puerta se cerró de golpe.

¡Pum!

Un portazo seco que retumbó por toda la escalera.

Tiza, alarmada, rompió a ladrar sin control. La mandé callar con un susurro tembloroso, la apreté contra mí y subí las cuatro escaleras que me quedaban corriendo, sin siquiera respirar.

Entré en casa y cerré la puerta con llave. Me quedé unos minutos apoyada en la pared, intentando recuperar el aliento.

¿Qué había sido eso? ¿Quién me espiaba detrás de esa rendija? ¿Quién era el rarito o la rarita que vivía ahí ahora? Y, sobre todo,

¿qué coño me estaba pasando desde ayer? No paraban de sucederme cosas muy *random*.

Volví a ser persona tras una buena taza de café reparador en el balcón, con el nuevo libro de Agatha Christie que había empezado días atrás. En ese rato tuve que leer la misma página como cinco veces. No podía concentrarme; la cabeza me bullía de películas mentales.

Últimamente no paraba de autoconvencerme de que todo iba bien, que estaba paranoica y que lo que me había ocurrido en las últimas horas no era nada fuera de lo normal.

¿La nota? Una broma pesada, seguro.

¿El mal rollo del segundo A? Una vecina fisgona y peculiar, como la mayoría de la gente que vivía en ese bloque, pero con menos sutileza de la cuenta.

Esa vez no iba a ser diferente. Me obligué a creer que lo sucedido hacía un momento no había sido más que una bobada. Tenía que acostumbrarme. Al fin y al cabo, cada cual arrastra sus manías y sus paranoias, y yo me estaba asustando más de lo necesario.

Tras unos minutos de debate mental y un razonamiento conmigo misma, conseguí deshacerme del bucle en el que estaba y fui a prepararme para mi clase de funcional de las 10:00.

Iba justísima de tiempo, así que más me valía darme prisa.

Esa hora en la que no paré de moverme ni un solo segundo hizo auténticas maravillas en todo mi ser. Sentía como si me hubieran sacado la esencia del cuerpo, la hubieran lavado, centrifugado y colocado de nuevo en su sitio. Casi flotaba de lo bien que me encontraba.

Después de sudar como si me hubieran practicado un exorcismo, me di una ducha templada allí mismo, en el gimnasio, que terminó de devolverme a la vida.

Me sentía renovada, lista para mi cita con Érica, que empezaba a apetecerme más de lo que esperaba. El día acompañaba: un sol radiante, temperatura perfecta y una brisa suave, justo la necesaria.

Me puse mona, monísima, pero cómoda a la vez. Opté por un vestido de tirantes gris, elástico y no demasiado ajustado, que llegaba un poco por debajo de las rodillas. Una pequeña raja en el lado izquierdo le daba un toque atrevido.

Completé el *look* con unas zapatillas blancas impecables, perfectas para andar lo que hiciera falta. «Nunca se sabe qué se puede terciar», como diría David…

No me esmeré demasiado con el maquillaje: un poco de crema solar con color, rímel, una pizca de colorete y pintalabios rosa palo. El maquillaje de siempre.

Secarme el pelo fue toda una performance: cabeza hacia abajo, secador en bruto, sin cabezal especial, moviendo las manos de aquí para allá como loca, resucitando el volumen de mi melena rizada. Luego el flequillo… ¡y lista!

Solo me quedaba llevar el macuto a casa, coger el bolso, besar a Tiza por todo su cuerpecito serrano y disfrutar al máximo de mi vinito al sol.

Pintaba de maravilla.

Iba tan deprisa, tan metida en mi burbuja, soñando con esa copa de vino, tarareando una de las canciones que habían puesto en clase que… no me di ni cuenta de que ya subía las escaleras del bloque.

Ni me acordé del segundo A.

Ni de lo que había pasado por la mañana.

Ni de nada.

Iba canturreando, casi bailando, cuando, de repente… me detuve en seco. Estaba justo frente al rellano de la segunda planta.

La puerta A.

Otra vez, entreabierta.

Una rajita de nada, pero abierta.

Casi se me paró el corazón allí mismo. Esta vez, la puerta no se cerraba, y la idea de cruzar justo al lado para subir a la siguiente escalera me dejó clavada.

Petrificada.

Cagada de miedo.

Entonces, desde dentro… salió un susurro.

Con una voz afilada y rota a la vez.

Muy lento, casi tembloroso. Alargando las vocales, como si le costara hablar:

—¿Por qué huiiiiiste, Claaaaraaaa?

Capítulo 4
Lo que vi en la fiesta

22 de junio de 2024, Madrid

(Clara)

Mis manos, apoyadas a ambos lados del marco de la puerta, eran lo único que me impedía caer redonda al suelo.

Sentía que el mundo se inclinaba, como si el edificio entero se derrumbara bajo mis pies.

Un mareo brutal me nubló la vista. Un pitido agudo estalló en mis oídos, como una alarma interna, ensordecedora. Una náusea subió por mi garganta, cerrándola como un puño invisible.

Quería respirar, pero no podía.

Quería gritar, pedir ayuda, hacer algo… pero tampoco.

Solo podía mirar.

Congelada.

Muda.

Rota.

David estaba de espaldas. La chaqueta mal colocada, como si viniera de una noche de fiesta; el cabello despeinado. Desde la puerta podía oír su jadeo constante, intentando recuperar el aliento.

En sus brazos sostenía el cuerpo de Sonia. La llevaba como quien carga a una novia en su noche de bodas.

El cuerpo colgaba flácido, inerte. La cabeza le caía hacia atrás, pero estaba girada y sus ojos, semiabiertos, casi en blanco, me miraban. Fijos en mí. Pidiendo ayuda sin pronunciar palabra.

La ancha espalda de David me impedía ver a Sonia al completo, pero podía distinguir con claridad sus piernas, sus brazos y su piel desnuda. El hermoso vestido rojo que llevaba hace apenas unos

minutos ya no adornaba su cuerpo. Ahora era solo un gurruño de tela tirado en el suelo.

David permanecía quieto. Parecía un maniquí mal vestido.

Y entonces… comenzó a girarse.

Salí corriendo antes de que me viera.

No puedo dar explicación a esto, pero es justo lo que hice. Supongo que estaba acojonada y mi cuerpo se defendió del miedo como pudo.

No cerré la puerta. No quería hacer ruido. No quería que supiera que había alguien allí.

Hice lo único que me salió: huir.

Atravesé los pasillos con el corazón golpeándome las costillas.

Crucé la entrada del instituto, esa que había pisado mil veces durante los dos últimos años de mi vida, y me prometí no volver jamás.

Corrí.

Corrí como si pudiera dejar atrás lo que acababa de ver. Como si pudiera borrar la imagen con suficiente velocidad.

Cuando llegué al metro, me incliné sobre una papelera y vomité. La comida, la merienda y los pocos refrescos aliñados que me había dado tiempo a beber en una hora y media de fiesta.

Me apoyé en la pared con la frente, temblando, respirando a mil por hora. Sentía que me deshacía por dentro.

Lloré.

De impotencia.

De rabia.

De vergüenza por mi cobardía.

De miedo.

Me di asco a mí misma con una intensidad que no sabía que existía. Por no haber hecho nada. Por no haber hablado antes sobre lo que había estado presenciando todo este tiempo, cuando mis sospechas no iban mal encaminadas y David estaba haciendo justo lo que yo imaginaba: acosando a Sonia.

Mi intuición falla pocas veces.

Y entonces, sin poder aguantarlo más, grité desde lo más hondo:

—¡Te odio, maldito cerdo, hijo de puta!

Pensé en volver, pero enseguida comprendí que no estaba preparada para enfrentarme a aquello. Me arrepentiría de no haber vuelto el resto de mi vida.

Entré en casa con los ojos hinchados y rojos de tanto llorar durante el camino de vuelta. Carlota estaba en el sofá, viendo la tele con Tiza acurrucada a su lado —cuando no estaba Rosa, siempre la subía, aunque estuviera prohibidísimo—.

Fui directa hacia ella, me abracé con todas mis fuerzas y, sin poder evitarlo, rompí a llorar de nuevo, tartamudeando, casi sin poder articular palabra.

—Yo… yo no… no he hecho nada… no la he ayudado… Dios mío, David… Tengo que irme… Me voy a Galicia con mis padres…

—Clari, cariño, tranquilízate… no me asustes. ¿Qué te pasa? Toma agua, bebe, respira, y ahora me cuentas —Carlota me acariciaba la espalda, intentando calmarme, mientras yo luchaba por recuperar el aliento.

No sabía qué hacer ni qué pensar. No sabía si debía contar aquello. No podía —ni quería— acusar a David de algo tan horrible. Joder, él era como mi hermano.

Pero… aquella imagen hablaba por sí sola. Sonia estaba desnuda en sus brazos. Y David… David llevaba semanas demasiado pegado a ella. Lo había visto con mis propios ojos. Parecía que la intimidaba, que la perseguía por el instituto.

Al final cedí y se lo conté. Confiaba en Carlota como en nadie más. Sabía que no me juzgaría por mi reacción ante lo que vi en la fiesta. Sabía que no diría ni una palabra si yo se lo pedía.

—Solo quiero desaparecer, Carloti. Solo quiero olvidarme de lo que acabo de ver y convencerme de que no es lo que estoy pensando. Tú sabes cuánto quiero a David, sabes lo importante que es para mí… he sido una imbécil huyendo así… Ni siquiera sé cómo he podido hacerlo… ¿Y si esa chica necesitaba mi ayuda? ¿Y si David era quien la necesitaba?… Tengo que llamarlo, tengo que averiguar qué ha pasado…

Carlota abrió los ojos como platos.

—Espera, espera, espera… ¿Sabes si el lunes hay alguien en el instituto?

—Pues… no sé… Quizá las limpiadoras y el conserje, para recoger los restos de la fiesta de hoy y adecentar el instituto.

—¡Perfecto! —Carlota empezó a caminar de un lado a otro del salón, moviendo las manos con energía, como si estuviera trazando un plan maestro en el aire—. El lunes llamo al instituto a primera hora, de forma anónima. Ya veré lo que me invento y cómo me las apaño. Primero tanteo el terreno, veo si alguien menciona algo de lo sucedido. Si hay rumores, tiro del hilo a ver qué averiguo. Pero si nadie suelta prenda, si nadie me comenta nada de lo que ha pasado, si todo sigue en silencio… entonces suelto la bomba de lo que has visto. Cuento todo y que ellos se apañen y averigüen lo que necesiten… Vamos a ser listas, listas y egoístas, Clari. Vamos a dejar que otros nos solucionen la papeleta… Sí, eso es lo que vamos a hacer —concluyó, mientras volvía a clavar en mí la mirada.

Se detuvo en seco frente a mí y me agarró las manos con fuerza.

—Tú haz la maleta, coge a tu chucha y vete unos días con tus padres. Te vendrá bien salir de Madrid, despejarte un poco de todo esto. Yo me encargo, ¿vale? No tienes que preocuparte de nada. Cuando estés preparada para hablar del tema, solo tienes que decirlo. Hasta entonces, no vamos a tocarlo más. Tú eliges los tiempos. Yo lo soluciono todo, ¿me oyes?

Sus palabras fueron el consuelo justo que necesitaba oír. Asentí, tragándome las ganas de llorar, y me dejé abrazar otra vez.

Esa misma noche, guardé mi ropa en una maleta, metí mis cosas y las de Tiza en cajas y dejé una nota a Rosa:

> «Me tengo que marchar por motivos personales y no volveré a Madrid. Quédate con la fianza —para tu puta pedicura, pija, quise añadir, pero no lo hice—. Gracias».

El móvil no paraba de sonar. Llamadas y mensajes de David colapsaban mi teléfono:

Clara, ¿dónde estás?

Clara, contesta, ha pasado algo y necesito ayuda.

Tengo que contarte algo, no me vas a creer, pero creo que me he metido en un lío.

Contesta, por favor.

No estaba preparada para hablar con él. Me entraban ganas de vomitar solo de pensarlo… y lo bloqueé.

Sé que puedo parecer una amiga infame, una cobarde, una mala persona… pero en ese momento mi cuerpo no me dejaba hacer otra cosa que no fuera escapar de allí. Tenía el presentimiento de que mis sospechas sobre lo que David había hecho a esa alumna no iban muy desencaminadas, por mucho que me doliera y me costara creerlo. Aunque… ¿cómo estar completamente segura?

La idea de que un flirteo inocente por parte de Sonia se le fuera de las manos a David no me resultaba del todo descabellada. Sonia era una chica muy guapa, parecía mayor de lo que era realmente y destacaba entre el resto de alumnas. David se habría sentido atraído por ella en algún momento y no pudo refrenar su… su instinto. Solo de pensarlo se me erizaba toda la piel. No dejaba de ser una menor de edad en el cuerpo de una chica de veintitantos años.

Al día siguiente, después de despedirme de Carlota entre lágrimas y abrazos interminables, subí a Tiza al coche, encendí el motor y puse rumbo a Galicia.

El rugido del motor era lo único que rompía el silencio.

Aún estaba en *shock*, y las náuseas no habían desaparecido del todo.

Con cada kilómetro que me alejaba de Madrid, la presión en mi pecho parecía aflojarse poquito a poco. Pero sabía que ese sentimiento de culpa iba a acompañarme más tiempo del que me gustaría.

De repente, el móvil vibró.
Era un mensaje de Álex:

Buenos días, pelirroja bella.

¿A qué hora nos vemos hoy y dónde?

Espero que hayas elegido un sitio lo suficientemente bueno como para que te perdone por todas tus excusas de estas semanas.

Me muero de ganas de verte.

El mensaje venía acompañado de una canción: *Ojos color sol,* de Calle 13.

Capítulo 5
¿Quién vive ahí?

4 de mayo de 2025, Cádiz

(Clara)

1

Llevaba todo el fin de semana intentando bajar por aquellas escaleras lo menos posible. No quedé con Érica al final: la voz siniestra que salió desde el otro lado del segundo A me dejó el cuerpo cortado para el resto del día; aún me duraba. Así que decidí confinarme en casa hasta la hora del paseo de Tiza.

Bajé temiéndome lo peor, imaginándome toda clase de escenas siniestras; casi ni pisaba los peldaños. Me moví por el edificio en absoluto silencio —salvo por los crujidos familiares de las maderas centenarias que lo componen—. Pero no sucedió nada cuando volví a pasar por delante de aquella condenada puerta que últimamente no paraba de estar entreabierta.

Demasiada casualidad todo: la nota, esa dichosa pregunta que me inquiría por qué había huido de la fiesta así…

Por más vueltas que le daba, buscando en mi vida otro momento, otra situación en la que me hubiera largado corriendo, no lo encontraba. Escarbaba en mi memoria, esperando hallar alguna excusa que no relacionara todo lo que me estaba pasando con Sonia y David. No lo había.

Yo no era una cobarde. Juro que nunca lo había sido… hasta el 22 de junio del año pasado.

—No soy ninguna gallina, ¿te enteras? —dije en voz alta, mirando la puerta de casa. Como si le hablara directamente a mi nueva

vecina, a la persona que llevaba días acosándome.

¿Y si le preguntaba a Carloti? ¿Habría averiguado algo?

Desde aquella noche no habíamos vuelto a hablar del tema. La verdad es que me impresionaba incluso a mí: un año entero sin tocarlo. Nunca podré agradecerle tanto. Estaba segura de que mi amiga había hecho todo lo posible por sacar a la luz la verdad de lo ocurrido en el aula de música, aquella noche de la fiesta de fin de curso en Los Viñedos.

Tenía mis razones para evitarlo. Me aterraba descubrir que David era culpable. No estaba preparada. Ese era el único motivo.

Tampoco había vuelto a saber de él. Después de bloquearlo para que no pudiera mandarme más mensajes, las llamadas cesaron y desapareció por completo de mi vida. Se esfumó.

Quizá todo fue un malentendido y fallé a mi mejor amigo cuando más me necesitó. Pero, de ser así, si las noticias hubieran sido buenas, estoy segura de que Carloti me lo habría contado… siempre que esa verdad hubiera llegado a conocerse.

Puede que David diera su versión, que esta resultara ser la auténtica y que nadie le creyera.

Quizá debería haber llamado a Carloti. En una de nuestras conversaciones me advirtió con rotundidad sobre algo que me escamaba desde entonces:

«Ni se te ocurra hablar con David. Si intenta ponerse en contacto contigo, prométeme que me avisarás en ese momento, sea la hora que sea… Júralo».

El resto del domingo pasó con calma. Después de corregir una buena tanda de redacciones sobre «El papel de las emociones en la toma de decisiones», Tiza empezó a demandar su paseo de la tarde. El imperdonable, para ambas.

Los fines de semana tocaba una escapadita especial: añadía una hora extra a nuestra caminata habitual y le sacaba de su caja de juguetes una pelota que le encantaba y que reservaba para estas

ocasiones. Se volvía loca cuando me veía acercarme a su baúl del tesoro.

Los llamo «los paseítos gourmet». Creo de corazón que ella intuye que se acerca algo diferente: media hora antes de salir va como una flecha a su cajón de la cómoda de la entrada y se queda sentada justo al lado, con las orejas más tiesas de lo normal y moviendo el rabo a dos mil por hora, esperando que saque su correa y que cojamos rumbo a la playa.

Cuando se acercaba el momento de atravesar el rellano del piso en discordia, se me empezaba a agitar el estómago y me convertía en un cuerpo sudado y acojonado que olvidaba su ateísmo y rezaba porque nadie volviera a abrir la puerta A. Llevaba dos días con los nervios a flor de piel.

Bajamos las escaleras con éxito. En el paseo conseguí liberarme de todo pensamiento derrotista. Leí durante un buen rato en la playa —era como si estuviera evitando el momento de regresar—.

Volvimos a casa y llegué sana y salva. Sin ninguna novedad en el segundo A. Absolutamente ninguna señal de la persona que me habló desde el otro lado.

Todo iba bien. Hasta esa misma noche. Serían las dos de la mañana y dormía plácidamente con Tiza acurrucada a mi lado bajo la colcha. No había podido descansar bien del todo las noches anteriores y había cogido la cama con ganas.

De repente…

—¿Qué ha sido eso? —me levanté de golpe. Tiza tenía la cabeza en alto y las orejas de punta, mirando fijamente hacia la puerta.

—¿Tú también lo has oído?

Tiza no apartaba la mirada.

De nuevo: toc, toc, toc.

Alguien llamaba a la puerta. Golpes leves, muy lentos.

Descalza, me acerqué sin hacer ruido y apoyé la oreja.

Otra vez: toc, toc, toc. Y el pomo comenzó a moverse, como si alguien comprobara si la llave estaba echada para colarse.

Por un momento dudé.

¿Había cerrado bien antes de irme a dormir?

Un escalofrío de tranquilidad me recorrió al comprobar que la puerta no cedía. Había echado la maldita llave.

Intenté mirar por la rendija entre la puerta y el marco.

Era imposible ver nada por ese hueco tan estrecho. A saber quién fue el genio que diseñó el edificio y decidió que las mirillas no eran necesarias aquí.

—¿Quién es? —pregunté, intentando parecer serena.

Silencio.

Un silencio aterrador.

Notaba cómo alguien estaba quieto justo al otro lado. Podía oír su respiración cerca de la madera.

Y entonces, una risa baja, aguda, algo afeminada, muy macabra, me hizo retroceder de un salto.

Justo después oí unos pasos acelerados bajando las escaleras.

Un portazo lejano retumbó en todo el bloque.

Y otra vez, una quietud insoportable.

No tardé ni medio minuto. Ni siquiera esperé a que mi voz dejara de temblar. Llamé a la policía.

Me dijeron que podía ir a comisaría a poner una denuncia, pero que, sin descripción, sin testigos y sin sospechosos, poco podían hacer. Que estaban para servirme y bla, bla, bla…

Vamos, que me buscara la vida.

Colgué y me quedé con la mirada clavada en la pantalla del teléfono. No podía creer que no fueran a hacer nada. Era evidente que alguien me estaba atemorizando por algún motivo. Y ese alguien vivía a solo dos plantas de mi casa.

No pegué ojo en toda la noche.

Al día siguiente, el lunes comenzó como cualquier otro. Sin piedad por el fin de semana tan asqueroso que había pasado. Con las prisas y el trasiego habitual. Pero con la energía de alguien que no había descansado nada: reventada por la falta de sueño y la tensión que me provocaba el miedo.

Me tomé dos cafés bien cargados, uno tras otro. Me duché, me vestí para ir a trabajar, cogí la correa de Tiza y, obligándola un poco, la saqué a la calle a hacer sus cosas.

Otra vez lo mismo que ayer…

No había rastro de nadie en el segundo A.

Ni ese día, ni el siguiente, ni en toda la semana.

Algo que me estaba volviendo paranoica. La inquietud de no saber cuándo se iba a repetir y qué sería lo siguiente… no podía con tanta incertidumbre. Por si acaso, me hice con un par de esprays de pimienta. Guardé uno en el bolsillo exterior del bolso que solía usar casi a diario y otro en mi mesilla de noche.

Los días volvieron a su encanto habitual y pasaban casi volando. Todo recuperaba ese estado idílico de siempre: mi adorada Cádiz, el sol brillando en su máximo esplendor, el mar de color azul cobalto, el encanto y la cercanía de la gente de allí, mi amor platónico —Tiza — corriendo por la playa…

Mi pequeño ático recobraba su magia poco a poco.

Incluso las clases de segundo de Bachillerato empezaban a tener su puntito de nuevo.

Hasta aquel domingo… justo una semana después de que alguien llamara a mi puerta en plena noche.

2

Había salido a hacer la compra y, de paso, di una vuelta por la plaza en busca de unas flores frescas para colocar en un jarrón sobre la mesa del salón. Me gustaba tener flores en casa: le daban un toque de color y de vida, y su aroma natural me embriagaba cada vez que cruzaba la puerta.

Ya iba de regreso, cargada de bolsas, cuando una sensación de inquietud —la misma que me venía asaltando en las últimas semanas— me sorprendió de nuevo. Como si alguien, en un segundo plano, me hubiera estado acompañando todo el día. Sin llamar demasiado la atención. Sin dejarse ver del todo. Siguiéndome.

El pánico regresó de golpe, como si nunca se hubiera ido.

Mi cuerpo reaccionó al instante. Empecé a acelerar el paso discretamente, mientras no dejaba de mirar hacia atrás cada pocos segundos, por si pillaba a alguien detrás de mí.

Me moví solo por calles transitadas, evitando aquellas vacías, como si el simple hecho de rodearme de gente pudiera protegerme.

«No te quedes sola. No te quedes sola», me repetía mentalmente.

Y, de pronto… el callejón. A pocos metros de mi casa e inevitable si quería llegar. Tenía que cruzarlo sí o sí.

Una especie de pasillo estrecho, donde los balcones de un lado y del otro casi se rozaban. No muy largo, apenas unos metros.

Me asomé, sacando la cabeza con cautela desde la esquina.

No vi a nadie. Estaba totalmente desierto.

Solo se oía la melodía de un violín, tocada con mimo por algún vecino. La música llenaba la callejuela con una belleza celestial que, en otro contexto, me habría hecho detenerme para disfrutarla. Pero, en aquel momento, no.

En aquel momento, me parecía más siniestra que otra cosa.

Volví a mirar hacia atrás antes de comenzar a atravesar el callejón y entonces, al devolver la vista al frente… justo delante de mí, la silueta de alguien.

Llevaba un pantalón ancho de colores ocres y marrones, como de camuflaje. Una sudadera enorme, negra, con mangas larguísimas que cubrían la mitad de sus manos, protegidas por guantes. La capucha le tapaba media cabeza y, en el rostro, una careta de conejito blanco que, en teoría, debía de ser tierna y adorable… pero resultaba más aterradora que otra cosa.

Nos quedamos mirándonos, totalmente inmóviles, unos segundos que se me hicieron eternos. Ninguno se movió ni dijo nada. Hasta que, por fin, mi cuerpo reaccionó en un impulso de supervivencia: tiré las cosas al suelo —la compra, las flores, todo lo que llevaba en las manos— y salí corriendo, mientras buscaba en mi bolso el espray de pimienta.

Llegué hasta una farmacia cercana, volví la cabeza y nadie me seguía. Observé a mi alrededor, por si alguien me miraba raro o me estaba vigilando, pero la gente iba a lo suyo, en un domingo precioso que llenaba los bares y las calles de paseantes, compradores y personas disfrutando.

Con toda la seguridad que me daba aquel espray en la mano —que no era mucha—, volví al callejón para recoger mis cosas y plantarle cara a ese malnacido. Pero, al asomarme, no había nada.

Ni la comida.

Ni las flores.

Ni el desgraciado que casi me provoca un infarto.

Nada.

Me lo había quitado todo…

Fui directa a la comisaría a poner la denuncia que el «amable» policía que me atendió por teléfono me había sugerido.

Pero me dieron largas de nuevo.

—Señorita, con esa descripción poco vamos a poder hacer… Pero intentaremos ayudarla. Entienda que los únicos datos que nos aporta son que una persona con careta de conejo, ropa ancha como de

rapero anticuado y que usted cree que vive en su bloque, la persigue. No ha habido amenazas…

—Pero… —interrumpí— ¿y la nota que les he mostrado? ¿No es eso una amenaza? ¿Y que intentara colarse en mi casa la otra noche? ¿Qué me dice de eso?

—Esa nota la podría haber dejado cualquiera, señorita. No podemos garantizar que sea de la misma persona. Tampoco está segura de quién trató de entrar en su domicilio la noche que comenta… No pudo ver quién estaba al otro lado… Siento mucho no poder hacer más —el policía que me atendía se mostraba apurado, pero tenía razón—. Dejamos constancia por escrito de todo lo que nos ha contado y estaremos atentos a cualquier otra denuncia que puedan interponer contra este sujeto.

—Le aseguro que es la misma persona y que vive en el segundo A de mi bloque. ¿Ni siquiera van a mandar a alguien a comprobar quién vive ahí y pedir explicaciones?

—Mandaremos una patrulla, señorita. No se preocupe.

Volví a casa con una copia de una denuncia sin fundamento, con la que no había solucionado absolutamente nada.

Nadie se pronunció en la segunda planta. El silencio era sepulcral.

Llegué a mi puerta y todas mis cosas estaban allí —las flores, la comida y otras bolsas con algunas tonterías que había comprado— perfectamente colocadas, como si un tarado se hubiera recreado en imaginar mi cara descompuesta al verlas.

Justo al lado, un papel de color violeta, con algo escrito:

«ESTO NO HA HECHO MÁS QUE EMPEZAR.
VAS A SUPLICAR PERDÓN ENTRE LÁGRIMAS».

Misma letra, mismo color de tinta.

3

Alguien hizo sonar el porterillo de mi casa desde la calle. Era la patrulla que habían mandado a visitar el segundo A.

—Buenas tardes. ¿La señorita Clara Rush?

—Sí, soy yo… Tengo una nueva nota —seguía de los nervios y escupí una retahíla de frases, una tras otra, sin dejar hablar a nadie —. Me la he encontrado junto a todas mis cosas en la puerta de casa hace un momento, cuando he llegado. Es una amenaza, justo lo que su compañero me pedía hace un rato… ¿Todavía me van a decir que no guarda relación con la que me dejaron en el instituto? Sé que ha sido el vecino. Bajo ahora mismo. No se vaya, ¿eh?

Después de media hora dando explicaciones y contando lo mejor que pude —dado mi estado ansioso— la historia otra vez desde el principio, todo seguía exactamente igual que cuando salí de la comisaría hacía escasas dos horas.

Sí, con una nota más como prueba, que podía verse relacionada con la del instituto y con la que prácticamente se habían sonado los mocos… pero nada más.

Nadie contestó en el segundo A cuando los agentes llamaron insistentemente al timbre y golpearon con los nudillos en la puerta.

¿Qué esperaban? ¿Que el conejito loco saliera en albornoz y con una taza de té a atenderles? Estaba claro que nadie iba a abrir esa puerta.

Los dos policías se fueron y volví a encerrarme entre las cuatro paredes de mi piso. Empezaba a estar bastante harta del subnormal que me perseguía y me dejaba notitas misteriosas.

—¡Cagado de mierda… dímelo a la cara! ¡Sube si eres capaz! — grité, esperando que me escuchara.

Me negaba a pasar la noche sola. Ni de broma.

Cogí el teléfono y, sin pensar demasiado, llamé a la única persona que se me ocurrió en ese momento. Risas. Quería risas. Quería noche de chicas, quería que me escucharan, que restaran importancia a aquel caos que no me dejaba vivir y, sobre todo, compañía. Necesitaba compañía.

—¿Érica? Hola, soy Clara.

—¿No me digas? —se burló, recordándome que ya tenía mi número guardado en su agenda.

—Jeje —reí por no parecer tan estúpida con ella como de costumbre—. Oye… ¿te apetece… no sé…?

—Arranca, criaturita, que el tiempo apremia —me interrumpió, dejando escapar ese poquito acento que aún le quedaba.

—¿Te apetece venir a casa a cenar y a dormir? Mañana podríamos ir juntas al trabajo desde aquí. Me ha pasado algo… Podemos pedir unas pizzas… —ni siquiera pude terminar la frase.

—¿Pizzas? Ya me has convencido. ¡En un momento estoy ahí! ¡Prepárate para una auténtica e inolvidable *pijama party*, Clara Rush!

Y colgó.

En menos de media hora, Érica estaba tocando el timbre de casa.

Venía en chándal, con una coleta alta que recogía su larga melena rubia. Traía dos bolsas enormes, que parecían pesar incluso más que su gigantesco macuto. Dentro, todo lo que necesitaba en ese momento: patatas fritas, chucherías de todo tipo, palomitas, potingues para la cara… y dos botellas de un vino blanco que me encantaba.

¿Le había dicho yo cuál era mi vino preferido? No lo recordaba…

—Hoy me pido el papel de psicóloga, ¿qué me dices? —dijo, exagerando el tono y agitando las bolsas con todo el arsenal, mientras movía los hombros y el cuerpo de un lado a otro.

Llenó cada rincón del piso con su presencia en un segundo, casi sin pedir permiso. Cosa que me agradó mucho más que molestarme. Hacía tiempo que no tenía planes así, y los echaba de menos, especialmente aquellos que solía hacer con Carloti en Madrid.

Echaba de menos a mi Carloti…

Érica era una oyente excepcional. No sé dónde ni cómo había aprendido esa manera tan sutil y agradable de envolverte mientras le soltabas todo lo que te corroía por dentro.

Con su mirada empática fija en tus ojos, atenta a más no poder, con el gesto adecuado y las expresiones perfectas en su rostro, te invitaba a no parar de hablar. Solo interrumpía para esbozar un leve: «Sí, entiendo, continúa».

Me quedé como nueva después de compartir con ella todo lo que había estado pasando.

Su cara no reflejaba lo que yo esperaba. Érica, la risueña, la que le restaba importancia a todo, la que convertía cualquier cosa en un chiste, la que se suponía que iba a aliviar mi preocupación… no estaba precisamente jovial.

—Emmm… Clara… ¿Has ido ya a la policía? —preguntó para abrir boca.

—Sí, y pasan de mí… No hay pruebas contundentes… dicen. ¿Por qué? —respondí, aunque ya sabía lo que vendría después.

—A ver… Me encantaría decirte que esto es una chorrada, que no le eches cuenta, que eres tela de exagerada y que se te pasará sin más. Pero… no es algo para dejar pasar. Hay que insistir con la policía y avisar ante cualquier cosa, por insignificante que parezca.

Érica parecía realmente alarmada. En cierto modo, aunque me jodió su respuesta, era justo lo que necesitaba: que alguien se preocupara por mí y entendiera lo que estaba pasando. Señal de que no me estaba asustando por cualquier cosa.

—Vaya… justo lo que menos necesitaba escuchar —solté de golpe, casi sin pensar.

Érica rio por compromiso, arqueando ambas cejas, pero su expresión se tornó seria al instante. Con el ceño fruncido, me miró con atención.

—¿Hay algo que no me hayas contado? —me preguntó de repente —. ¿Alguien que quiera vengarse de ti por algo del pasado? ¿Alguna ex de algún chico que estés conociendo y que esté celosa perdida? Yo qué sé… ¿algo?

Claro que había algo. Algo que no quería contar. Algo que me avergonzaba profundamente. Algo que mostraba una imagen de mí que no tenía nada que ver con la realidad.

Yo era una buena persona. No una cobarde que prefiere huir de un escenario en el que alguien necesita ayuda. Aquella Clara no era la verdadera Clara.

Y le mentí.

—No… No hay nada.

—¿Y dices que crees que vive en el segundo A? ¿Se lo has dicho a la policía?

—Creo no… Estoy segura de que vive ahí. Y sí, lo conté todo.

—¿Y?

—No le han dado mucha importancia. Necesitan más. Han venido, han llamado varias veces a su puerta, nadie ha contestado… y fin.

—¡No me lo puedo creer! Bueno, tú tranquila, aquí estoy yo para ayudarte. Puedes venir con Tiza a mi casa el tiempo que necesites, ¿vale? Podéis quedaros allí hasta que todo esto pase. No me vendrá mal un poco de compañía —sonrió de forma dulce.

No sabía cómo podía llegar a ser tan servicial conmigo. Nunca fui simpática con ella. Nunca nos habíamos detenido a hablar más de cinco minutos seguidos. Nunca llegamos a hacer ningún plan juntas. ¿Por qué era tan buena?

—Gracias, Érica —sonreí también—. Eres un encanto, pero de momento nos quedamos aquí. No queremos molestarte. Seguro que todo se arreglará en unos días. ¿Qué más puede pasar ya?

Érica asintió conforme, y luego cambió completamente de actitud:

—Y ahora… empieza lo bueno, corazón. Vamos a ponernos como cerdas mientras vemos una buena peli. Mañana será otro día. Todo saldrá bien —dijo, acomodándose en mi sofá y subiendo los pies.

Por un momento, me sentí protegida.

Serían las tres de la madrugada, aproximadamente. Las dos dormíamos profundamente, hasta que, de repente, un chirrido me arrancó del sueño.

Abrí los ojos de par en par, atontada, incapaz de distinguir bien qué estaba pasando.

¿La puerta?

¿Una ventana?

Tiza —que se había quedado dormida en el sofá— empezó a ladrar como loca. Unos ladridos agudos, rabiosos, como si hubiese visto al mismísimo demonio.

Érica ni se inmutó; seguía completamente frita.

Yo, en cambio, me levanté de un salto, con el espray de pimienta apretado en la mano sudorosa y el corazón retumbándome en los oídos.

Me lancé al salón sin pensarlo. Mi chucha estaba allí, sola, desprotegida, y su madre no iba a permitir que le pasara nada. Mi instinto materno-perruno se activó de inmediato.

—Tiza, Tiza, ven aquí, por favor… —susurré, con la voz temblorosa—. ¿Quién hay ahí? ¡No me das miedo, desgraciado!

Entonces la oí.

La misma risa que escuché cuando intentaron entrar en mi casa días atrás.

Y luego la voz.

La misma voz.

El mismo tono.

El susurro que había oído tras la puerta del segundo A.

—Jajaja… eeeeres patéticaaaa, Claaaara —dijo, a apenas unos metros de mí.

Estaba dentro. Dentro de mi casa.

Un cuerpo apareció recortado en el marco de la puerta de entrada.

La tenue luz de la farola lo iluminó apenas lo justo: la misma careta blanca de conejo. La misma ropa.

—Vas a suplicaaaarme perdón. Te vaaaas a acoooordar de mí toooooda tu viiiiida —murmuró.

Y luego, de un portazo, desapareció. Se esfumó.

Me desplomé en el suelo, abrazando a Tiza con todas mis fuerzas, y rompí a llorar.

Érica apareció segundos después, sobresaltada, tropezando con todo a su paso.

—¿Qué ha sido ese ruido? ¿Estás bien? ¡Clara!

No podía creer que no se hubiera despertado con todo aquel escándalo.

No dormimos en lo que quedó de noche.

En ese mismo momento volví a llamar a la policía —obligada por Érica— y escribí a mi casera para pedirle que cambiara la cerradura.

O alguien había conseguido una copia de la llave del piso.

O Érica, en un descuido, dejó la puerta abierta al volver de pasear a Tiza.

O, peor aún, yo misma me olvidé de echar el cerrojo…

La propietaria del piso contestó temprano, algo agobiada, y sin poner ni una sola pega.

Raro.

Pedirle que solucionara cualquier asunto era como enfrentarse al papeleo más enrevesado y tedioso que cualquiera pudiera imaginar: había que mandarle un correo detallando cada aspecto del incidente, la solicitud exacta, y añadir un listado interminable de datos, todo diseñado para disuadirte, para que acabases rindiéndote antes de insistir.

Pero esta vez bastó con un mensaje informal.

Y en menos de dos horas, el cerrajero ya estaba en camino.

Capítulo 6
Unas semanas antes de la fiesta

Mayo de 2024, Madrid

(Clara)

1

La cita de ayer con Álex fue increíble.

Elegí un sitio de esos que nos gustaban a los dos, lejos de las modas temporales en las que a todo el mundo le da por ir al mismo lugar y luego presumirlo en redes, en el «sitio del momento». Nosotros pasábamos de eso. Íbamos más bien buscando todo lo contrario: intimidad, poca afluencia de gente, calma, poder charlar tranquilos, disfrutando de algo delicioso para beber.

Entramos en un pub muy pequeño y acogedor, donde hacían unos cócteles buenísimos —según las reseñas de otras personas que buscaban lo mismo que nosotros—, cerca de la Puerta del Sol. Tenía un aire parisino y bohemio que me hizo sentir como si hubiera viajado a otra parte del mundo solo al cruzar la puerta.

Leí que allí cantautores emergentes tocaban sus composiciones y regalaban sus letras y melodías a cambio de los aplausos de los pocos espectadores que iban a escucharlos. Actuaban grandes artistas entre esas paredes. Álex y yo amamos la música en directo, y este sitio me lo habían recomendado tantas veces que, finalmente, decidí llevarlo allí.

Las mesas y sillas eran un collage de colores y formas, como sacadas de diferentes épocas, todas repartidas en un caos armonioso, como si cada mueble tuviera una historia que contar.

Las paredes, de ladrillo oscuro, estaban cubiertas por más de cien vinilos que terminaban de darle a la decoración un toque retro.

El aire olía a incienso suave, y una luz tenue, anaranjada, envolvía el espacio, haciendo que sintieras que nadie más estaba allí.

—¡Hola, Richy! ¿Cómo lo llevas? Qué de tiempo sin verte, tío —saludó Álex al camarero como si lo conociera de toda la vida—. Ponme lo de siempre, porfa, y creo que acierto si te pido otro igual para ella.

Los dos se hicieron un gesto cómplice, y Álex volvió a mirarme.

—Tiene usted muy buen gusto, señorita. Este es uno de mis sitios preferidos en Madrid —me confesó mientras nos sentábamos, rozándome la rodilla al descubierto con el dedo índice.

Intenté disimular lo nerviosa que me ponía cuando me tocaba. El simple contacto de nuestra piel ya hacía que me sudaran las manos sin parar. «Dios, cómo odio que me suden las manos… Qué vergüenza», no dejaba de pensar.

La tensión entre nosotros era palpable. Ni siquiera nos habíamos besado aún, pero las ganas flotaban en el aire que quedaba entre nosotros, entre nuestras bocas, a las que no dejábamos de mirarnos.

—¿En serio conoces este sitio? Madre mía… No hay forma de sorprenderte —comenté, un poco picada—. Y… ¿qué se supone que me has pedido?

—Jajajaja… No te enfades… Soy un friki de este tipo de garitos, pelirroja, y no abundan en Madrid… Creo que me los conozco todos —su mano se posó delicadamente sobre la mía—. Y… te he pedido la especialidad de mi amigo Richy: un Zombie. Ron blanco, ron dorado, jugo de lima, jugo de piña…

Sin dejar que acabara, di la vuelta a mi mano y mis dedos se entrelazaron con los suyos en un gesto discreto. Álex sonrió, con los ojos brillándole.

Me miró y, sin apartar su mirada de la mía, me dio un beso, un poquito húmedo, que casi hizo que me cayera de la silla.

El pequeño malestar que pudiera sentir por el hecho de que mi cita ya conociera el lugar que yo había buscado durante horas para impresionarlo… desapareció de golpe.

Desde que Álex me tiró la caña —el mismo día en que nos vimos por primera vez en el teatro—, había tenido mil detalles conmigo: canciones con dedicatorias ocultas, textos de Carlos Salem subiditos de tono, frases bonitas, poesías en sus redes sociales con letras que claramente llevaban mi nombre… Era una conquista en toda regla y, la verdad, estaba surtiendo efecto.

Sin embargo, a mí me estaba costando mucho más abrirme con él. Esto suele pasarme siempre: los inicios me cuestan. Pero después… después me convierto en una especie de oso amoroso que deja rienda suelta al amor y a la pasión. Un auténtico torbellino de sentimientos imparables y locos que lo invaden todo.

Algunos… tropezones del pasado han hecho que mis comienzos sean así. Ahora pagaban el pato los nuevos aspirantes a novios, amantes o *follamigos* de Clara Rush.

Como psicóloga, tengo mil consejos para dar a otras personas que pasan por estas situaciones… y yo aplico exactamente ninguno en mi vida personal.

La cosa es que Álex y yo disfrutamos muchísimo de la tarde. No paramos de reír ni de improvisar conversaciones, como en cada una de nuestras citas anteriores. Cada encuentro había sido un poco mejor que el anterior, pero hoy… hoy había algo distinto. Algo especial. Más magia de la habitual, más chispas, más ganas de todo…

En la cita anterior —y que conste que no me enorgullezco de ello— tuve la santa cara dura de hacerle a Álex una cobra de manual justo cuando nos íbamos a despedir. Me pilló por sorpresa. No lo vi venir. Ni por asomo imaginaba que se lanzaría a besarme, y reaccioné como si fuera un ataque sorpresa. Fue un impulso, un reflejo. Tal vez no era el momento aún… yo qué sé. Me sentí súper torpe por no saber cómo actuar. Parecía una quinceañera novata.

Él se lo tomó con un humor admirable. Yo, sinceramente, no habría vuelto a quedar con alguien que me hiciera eso. Incluso bromeó al respecto:

—No me lo puedo creer, Clara Rush… la primera cobra de mi vida. Nunca antes una chica me había dicho que no a un beso. Puedes

estar orgullosa, señorita —dijo entre risas.

—Jajaja… Nunca es tarde para una primera vez… incluso a los treinta y seis años todavía te quedan muchas cosas por experimentar, querido —Álex me sacaba unos añitos, y salí del paso como pude.

—Vale, vale, vale… Esta me la apunto y te la guardo… Buenas noches, pelirroja bella. Nos vemos pronto.

Y me besó la mejilla con una dulzura que me hizo derretirme por completo. Ahora era yo la que quería besarlo. No lo hice aquel día por no marear más la perdiz, y porque no quería que pensara que estaba loca del coño… pero hoy no iba a dejar pasar la oportunidad. Hoy iba a ser diferente. Era el día. Iba a plantarle un morreo que se iba a quedar sin aire.

De repente, me soltó la mano y miró su reloj —uno de esos que miden todo lo que sucede en tu cuerpo constantemente—. Luego me volvió a mirar, sonrió y me mostró la pantalla.

—Mira esto… He notado algo súper curioso cuando estoy contigo… Mis pulsaciones se disparan cada vez que te tengo cerca.

Sacó el móvil del bolsillo y me enseñó una especie de historial de sus latidos; la gráfica se desorbitaba en los momentos en los que habíamos estado juntos. Incluso el primer día de teatro, cuando aún no nos conocíamos y ni siquiera habíamos hablado.

En ese instante, desaparecieron las pocas dudas que aún tenía.

Me gustaba.

Me gustaba mucho.

Esos detalles tan sencillos y tan suyos me volvían loca.

Ya no pude contenerme más.

Lo besé.

2

Cuando nuestros labios se separaron, sus ojos brillaban con más intensidad que nunca.

—¡Richy, dos chupitos de licor de almendras, y uno para ti también! ¡Esto hay que celebrarlo!

Nos reímos a carcajadas.

La tarde continuó entre miradas que hablaban por sí solas y un sinfín de jugueteos sutiles con las manos, roces que encendían la piel. Todo con una delicadeza contenida, como si quisiéramos alargar el instante justo antes del salto.

Cuando llegó la hora de la cena, Álex se ofreció a prepararme algo en su casa.

—No soy un gran chef —admitió, sonriendo—, pero prometo que no te envenenaré ni acabaremos en el hospital con una intoxicación alimentaria.

Era imposible negarme. Quería estar a solas con él, lejos del ruido, de la gente, del mundo. De un modo un poco más íntimo…

No tardamos en llegar a su piso. Era pequeño, pero súper acogedor, con un aroma dulce a vainilla flotando en el aire. No sé por qué, pero me resultó familiar… como si ya hubiera estado allí antes. Me sentí como en casa nada más poner el primer pie en el recibidor.

Fui directa a una ventana que había al fondo del salón. Las vistas eran espectaculares. Vivía en un sexto piso y, desde aquel poyete, podía ver el parque del Retiro frente a mí, iluminado por completo. Precioso.

Allí arriba, en su piso, el aire se respiraba de otra manera, y la ciudad se veía diferente.

De repente, sentí un beso suave en el cuello. Cada poro de mi piel despertó. Me abrazó por la espalda, despacio, con una ternura que

desarmaba. Su mano se deslizó por mi abdomen y, con un movimiento sutil, giró mi cuerpo hasta dejarme de frente a él.

Nos miramos… y luego, sin prisa, comenzó a besarme. Sus labios eran cálidos, pacientes, como si quisiera saborear cada segundo.

Besaba tan bien…

La noche nos envolvió.

Terminamos en su habitación, entre sábanas revueltas, bajo una luz roja que salía de una pequeña lamparita en la mesilla. De fondo sonaba una música elegida con gusto, que convertía el ambiente en algo aún más íntimo.

La luz temblorosa de unas velas dejaba entrever nuestros cuerpos desnudos. La ropa quedó desperdigada por el suelo, siguiendo el mismo recorrido que habíamos hecho nosotros mientras nos comíamos a besos: desde la ventana del salón, pasando por la mesa del comedor, la silla del dormitorio… hasta llegar a su cama.

Entre los besos, las caricias y la pasión, había algo más.

Era diferente.

No era solo sexo. Había… ¿sentimientos? No lo sé… pero fue otro rollo. Fue especial.

Nadie me hubiera dicho que lo nuestro duraría tan poco.

Al día siguiente, volví de golpe a la realidad. El instituto y el caos del fin de evaluación me esperaban con ganas en el IES Los Viñedos.

La sirena del recreo acababa de sonar en un lunes que, desde bien temprano, se me había hecho bola.

Moverse por Madrid a primera hora de la mañana es una batalla diaria: trenes con retraso, gente caminando como si el mundo se acabara, cláxones atronando sin descanso, atascos que ponen a prueba la paciencia de cualquiera…

Un auténtico circuito de supervivencia que convierte mi energía matutina en una carrera de obstáculos constante.

Para cuando llegué al instituto, mi paciencia y mi energía positiva ya estaban en números rojos. Y el café, por supuesto, hacía rato que había dejado de hacer efecto.

Salí de clase con el piloto automático activado y una imagen nítida dibujada en mi mente: mi bocadillo de tortilla de patatas, con el que

llevaba soñando toda la mañana.

Lo compré en un puesto cercano al instituto, donde solía hacer una parada obligatoria cada día antes de entrar al trabajo. El de tortilla era, sin duda, mi preferido.

Bajé las escaleras con una calma fingida que enmascaraba un ansia viva por hincarle el diente al bocadillo.

Allí era un referente, una adulta, alguien a quien debían respetar; no podía ir corriendo y chocándome con todo el mundo como una cría desesperada, gritando:

—¡Aparta, estorbo! ¿No ves que tengo hambre?

Al llegar al final de las escaleras levanté la vista para no estamparme contra nadie… y entonces los vi.

David caminaba junto a una alumna, casi a punto de salir al patio. Llevaba el móvil en la mano y se lo tendía a la chica, como si esperara que tecleara algo en él. Ella vaciló. Tenía las mejillas encendidas, los ojos esquivos. Parecía nerviosa, incómoda, dudando si hacer lo que él le pedía. Negó con la cabeza, apenas un gesto, pero él insistió. Sonreía, con ese aire de confianza que usaba cuando quería salirse con la suya.

Los dedos de ella titubearon sobre la pantalla antes de hacerlo. David le guiñó un ojo, aprobando lo que fuera que acababa de poner. Luego los perdí de vista.

Me dejó cierto malestar en el cuerpo, no voy a mentir. Algo en la escena me dejó un extraño revuelo en el estómago, como cuando el olor de algo podrido se hace evidente y te revuelve las tripas.

¿Qué se suponía que aquella alumna tenía que apuntar en su teléfono?

¿Por qué tanto misterio?

¿Por qué tanta insistencia?

Quise no darle más vueltas de las necesarias. Si lo pensaba bien, no era nada que debiera sorprenderme de David. Siempre se portaba genial con los alumnos y estaba disponible para echarles una mano con lo que hiciera falta. Lo adoraban. Era el profe preferido, y todos acudían a él cuando tenían un problema de cualquier tipo: ya fuera relacionado con sus estudios, su vida personal, amoríos o lo que

fuera. David siempre estaba ahí para ellos. No había excursión a la que no se apuntara, y constantemente proponía actividades divertidas para los chicos. Disfrutaba de todo como si fuera uno más. Le encantaba esa energía adolescente, ese caos vital que lo mantenía despierto, conectado con su propia juventud. David era un poco Peter Pan.

Me estaba obsesionando sin motivos.

Sacudí la cabeza de lado a lado, medio sonriendo, y seguí mi camino sin darle mayor importancia en ese momento. Solo podía concentrarme en el manjar de los dioses que me esperaba en mi taquilla.

El resto del día pasó más rápido y liviano. Con la barriga llena, todo se ve de otra manera; todo fluye mejor. Las clases terminaron y todos estábamos saliendo del instituto, deseando enfilar el camino a casa.

Me estaba despidiendo de Gema, la profe de inglés, contándole algunos de los planes que había hecho el fin de semana, cuando la escena que había presenciado hacía unas horas entre David y aquella alumna se repitió.

Allí estaban de nuevo, hablando, medio escondidos tras una de las columnas de mármol del patio central.

Pero… ¿qué coño hacen?

3

Me pareció que él estaba ligeramente encorvado, como intentando ocultarse para que no los vieran demasiado. Se despidieron con una sonrisa y ella salió corriendo hacia su grupo de amigas.

No sabría cómo describir el gesto de Sonia, pero no parecía precisamente sereno. Más bien… nervioso.

—Gema, perdona —le solté sin pensarlo mucho—, ¿sabes quién es esa alumna? —señalé discretamente a la chica con la que acababa de ver a David.

—Sí, claro. Es alumna mía de segundo de Bachillerato. Se llama Sonia. No es mala chica, pero le va fatal en los estudios. Estoy casi segura de que va a repetir curso si sigue así. He oído a algunos profes que no ha tenido una vida fácil. Su madre la ha criado prácticamente sola desde que el padre las abandonó, cuando ella era pequeña. Ludópata. Las dejó en la ruina… —Gema suspiró, negando con la cabeza, dejando claro lo injusto que le parecía—. Sonia estudia entre semana y los fines de semana trabaja de friegaplatos en el restaurante donde su madre es camarera. Una pena, tan joven… Tiene toda la pinta de que va a dejar los estudios para ayudar en casa con las facturas. Pero, oye, ¿por qué preguntas? ¿Te ha pasado algo con ella? No es alumna tuya, ¿no?

—No, no, es solo curiosidad. Nunca la había visto antes —respondí, sacando a relucir mi sonrisa mágica—. ¡Ay, se me hace tarde, Gema! ¡Nos vemos mañana, guapa, chao!

Debió pensar que estaba un poco loca; nadie se va así de una conversación, dejando con la palabra en la boca a la otra persona. Pero en ese momento solo tenía una idea fija: alcanzar a David y someterlo a un sutil interrogatorio.

¿Me estaba perdiendo algo?

¿Estaba tonteando con la tal Sonia?

No sabía qué pasaba, pero algo se cocía allí y tenía que averiguarlo.

—¡David! ¡Espérame! ¡No corras tanto!

—¡Hey! ¿Cómo le ha ido el día a mi compi favorita? —dijo, echándome el brazo por encima de los hombros y zarandeándome suavemente.

Fui al grano:

—Hoy te he visto hablando con una alumna de camino al patio y le diste tu teléfono. Ella escribió algo en él. Luego os he visto de nuevo, medio escondidos detrás de una columna. ¿Qué está pasando, David? ¿Otra vez arreglando el mundo? ¿Cuántas veces hemos hablado de que no deberías involucrarte tanto en los problemas personales de los estudiantes? No podemos solucionarles la vida a todos, solo somos sus profesores, ¿recuerdas?

David solía decirme que, más que su amiga, parecía su madre. Que iba a morirme de tanta preocupación. Nunca se enfadaba conmigo, a pesar de mis intromisiones constantes y de que me pusiera pesada con él una y otra vez.

Y allí estaba yo, una vez más, enfundada en el papel de madraza protectora y cansina que no me corresponde.

Él me miró, sonrió de medio lado, y me guiñó un ojo como si todo aquello fuera una nimiedad.

—No te preocupes, Clarita, no es para tanto. Esta vez no tiene nada que ver con lo que imaginas. Está todo controlado.

—Entonces, ¿qué fue lo del teléfono? ¿Qué te apuntó en él? —insistí, bajando la voz—. Sabes que es una menor, ¿verdad? No puedes mantener relaciones privadas con ella.

Lo dije con la suavidad que fui capaz de reunir, pero ambos sabíamos por dónde iban mis acusaciones.

Al decirlo, fui consciente de la gravedad de mis palabras. David podría sentirse incómodo, incluso atacado. Estaba insinuando algo muy serio.

—Vamos a ver, Clara Rush… No sé qué quieres decir exactamente… pero haré como si no hubiera escuchado nada —dijo despacio, con una calma que me hizo sentir aún peor—. Sonia está perdida con un trabajo de Literatura de fin de curso. Le queda una

semana para entregarlo y aún no ha elegido autor. Después de clase me pidió consejo; solo me apuntó las opciones que le habían dado. Durante el recreo investigué un poco cuál sería más sencillo y, hace un momento, le di mi recomendación. ¿Tiene algo de malo ayudar a una alumna en apuros?

Me sonrojé.

¿Cómo pude acusar a David de coquetear con una alumna de diecisiete años? Era, sin duda, la mejor persona que conocía. Jamás haría algo así… ¿En qué demonios estaba pensando? Además, llevaba un tiempo saliendo con Isa, su adorada y guapísima novia, a la que veneraba. No dejaba de hablar de ella, orgulloso, proclamando que era lo mejor que le había pasado y que nadie lo había entendido tanto como ella.

—Vale, vale, vale… No he dicho nada. Perdone usted, señor profesor de Educación Física, superhéroe de los alumnos y *sex symbol* de media plantilla… y de la otra media también —bromeé, intentando aliviar la tensión que yo misma había creado.

—Jajajaja… —se rio con ganas; David nunca fue rencoroso—. Qué tonta eres. Una paranoica de manual, ¿lo sabías? ¿Qué fue lo que te enseñaron en la universidad? Vaya psicóloga de pacotilla… —dijo mientras me tendía la mano para chocar la mía.

Lo dejé pasar. O quise dejarlo pasar.

Pero la escena comenzó a repetirse. Una y otra vez. Y yo empecé a obsesionarme.

Me convertí en una especie de espía a jornada completa, con un solo objetivo: averiguar qué quería David de aquella alumna. Los buscaba por los pasillos como una perturbada, esperando sorprenderlos juntos. Y, más veces de las que me atrevo a reconocer, lo conseguía.

Los veía conversar en rincones apartados, Sonia siempre sonrojada, siempre mirando al suelo. Sus ojos tenían la misma expresión cada vez: ¿miedo?

4

Con el paso de los días, empecé a notar un cambio en David. Su actitud se volvió más tensa, más fría, incluso algo siniestra, como si cargara con un peso invisible que le costaba sostener.

A veces, su mirada dejaba entrever algo extraño. No era tristeza, ni rabia, ni agotamiento… era otra cosa. Algo que no reconocía. Algo que me helaba la sangre.

Me jugaría los dedos de una mano —y no los perdería— a que algo grave le pasaba.

Pero no volví a preguntarle. Tras nuestra última conversación, cuando llegué a insinuar que podía tener un interés inapropiado en Sonia, había puesto un muro entre nosotros. No me atreví a tocar ese tema otra vez. Tenía miedo, esta vez sí, de que se enfadara de verdad conmigo.

Un día nos cruzamos en los pasillos durante el cambio de clase. Fue extraño. Nunca antes había sentido miedo de David. Me abordó por detrás, intentando darme una sorpresa, pero solo consiguió darme un susto de muerte. Llevaba días en tensión, con una inquietud constante y agotadora, así que salté como un resorte.

—¡Pero bueno! ¡Si es la encantadora y preciosa Clara Rush! ¿Algún profesor apuesto ya te ha invitado a la fiesta de fin de curso? —dijo, exagerando su postura y haciendo el tonto, como siempre.

—Pues, en realidad, no. Tendré que ir sola y quedarme sentada hasta que el viejo señor Tomás —el de Historia— decida sacarme a bailar, trate de plantarme su mano lo más cerca posible del culo y me respire cerca, con ese olor a… cerrado que sale de su boca —respondí, intentando usar el humor para ahuyentar la incomodidad.

—¡Eso no puede ser! ¿La profesora más guapa del instituto sin pareja para la fiesta? Hay que ponerle remedio ahora mismo —dijo y, haciendo una reverencia teatral, se agachó frente a mí en medio

del pasillo y se quedó ahí, plantado como un idiota—. ¿Me concederías el honor de ser tu acompañante?

—¡Venga, David, basta! —me ardía la cara de la vergüenza—. Que sí, que sí, iremos juntos. Todos nos están mirando… ¡Para, coño!

—¡Ha dicho que sí, chicos! ¡Clara será mi pareja en la fiesta! —gritó a pleno pulmón. Los alumnos lo vitorearon, silbaron, aplaudieron como si fuera parte del espectáculo.

Lo pasé fatal.

Vaya bochorno.

—Esto te va a salir caro —le dije bajito, mientras le hacía un gesto con mi dedo índice deslizándose por el cuello, como si me lo estuviera cortando—. ¡Se acabó el cachondeo! ¡Todos a clase! ¡Ahora!

No me di cuenta hasta entonces.

En una esquina del pasillo, casi oculta, una alumna lloraba.

Quizá de pánico.

Quizá de rabia.

Quizá por amor.

Capítulo 7
Álex

9 de mayo de 2025, Cádiz

(Clara)

1

La cerradura de mi piso la cambiaron el mismo día en que hablé con la propietaria, sí; pero, honestamente, prefería desaparecer de allí unos días, hasta que se me olvidara un poco todo lo ocurrido. Así que me fui a casa de Érica unos días.

Vivía en una casita de dos plantas, con una fachada súper estrecha donde apenas cabían una puerta, un par de ventanas de madera verde agua en cada nivel y un buzón del mismo color.

Cuando entré por primera vez, me quedé impresionada. Jamás imaginé lo que podía esconder esa pared mal enfoscada y pintada de blanco. Todo estaba decorado con un gusto exquisito, en un estilo marroquí que me hizo sentir como si entrara en un balneario. Olía a barritas de sándalo quemadas y, en el ambiente, flotaba un contraste de colores turquesas, azules marinos y blancos. El espacio irradiaba una calidez muy acogedora, que te llenaba de calma con solo admirarlo. Una alfombra en tonos rojizos cubría casi todo el suelo del salón. En el centro había una mesa de madera maciza tallada y varios pufs de cuero multicolores que le daban un aspecto súper confortable al lugar.

Me quedé ahí plantada, sin saber qué decir. Giré la cabeza hacia ella y la miré atónita. Entendió por mi expresión lo que quería decirle sin necesidad de articular palabra. Ella solo sonrió y dijo:

—Mi padre me dejó una gran herencia cuando falleció. Todavía tengo que contarte muchas cosas de mi vida. Hay tanto que no sabes de mí…

Y tenía razón. Érica se había desvivido por escucharme, por ayudarme, y se había preocupado por Tiza y por mí; nos había cuidado en un momento muy complicado. Y yo… yo me había olvidado —egoísta de mí— de interesarme un poco más por su vida, por sus inquietudes, su pasado, su historia. Todavía no conocía gran cosa de ella.

En esos días en los que nos acogió como si formáramos parte de su propia familia, me dediqué a bombardearla con preguntas de todo tipo. Me hice un intensivo de su vida y, en pocos días, sentí que conocía a Érica como si llevara en la mía décadas. Una vida que no había sido precisamente sencilla. Su padre murió cuando ella tenía diecinueve años, en un accidente de tráfico —no quiso entrar en detalles—, y su madre se hundió después de aquello, refugiándose entre las sábanas y la oscuridad de las persianas bajadas de su dormitorio.

Fue Érica quien tuvo que hacerse cargo de todo. Hija única, se ocupó de su madre, de la casa, de la compra, de la comida, de la ropa… y, al mismo tiempo, sacó adelante sus estudios.

Así fue hasta que pasaron tres años. Su madre empezó a recuperar una vida más o menos normal, aunque —me aclaró Érica— nunca volvió a ser la misma. Fue entonces cuando mi nueva gran amiga decidió volar. Viajó todo lo que pudo, estudió y trabajó en otros países, aprendió idiomas —hablaba perfectamente inglés, francés, portugués y medio dominaba el japonés—, conoció muchísima gente y vivió todo lo que no había podido vivir en los años anteriores.

Nunca imaginé que fuera una chica tan valiente y atrevida. Me encantó descubrir todo lo que había detrás de esa fachada despreocupada y loquilla.

Su historia me conmovió y me hizo mirarla con otros ojos. Me costaba entender cómo, después de todo lo que había pasado, podía seguir siendo tan alegre y positiva.

—Perdóname… —le dije, con un sentimiento de culpa que me apretaba el pecho desde dentro.

—¿Qué hablas? —Érica se puso seria, con el ceño fruncido—. ¿Por qué iba a tener que perdonarte yo a ti, corazón mío?

—Pues… porque ensaba que eras una arpía, metiche y criticona, que solo te preocupabas por hablar de la vida de los demás… Te he evitado todo este tiempo por eso mismo. Ya veo que estaba equivocada… Ahora me doy cuenta de que es una armadura. Solo quieres ocultar el daño que…

—¡No, no, no! —me interrumpió, agitando las manos con frenesí y moviendo la cabeza de lado a lado aún más rápido—. ¿Qué armadura ni armadura? ¡Soy una cotilla de primera, es mi especialidad! Me encanta enterarme de los secretillos de los demás y tener controlados todos los líos amorosos de todos y todas… A veces —rio— se me escapan y acabo contándole a alguien alguna cosita que me han confiado… Pero —me dio un toquecito sutil en el codo— jamás lo haría con alguien a quien quiero.

Sonrió, transmitiéndome una confianza infinita, y aquello me hizo sentir más tranquila. Ya tenía claro que Érica era una persona maravillosa, con una fachada que no le hacía justicia.

Había pasado una semana completa y había llegado el momento de volver a casa. A pesar de lo bien que estábamos allí —me habría quedado un mes, como mínimo—, con Érica, y de lo sumamente genial que se portó con nosotras… había que regresar al nido y a mi vida normal.

Además, Álex llegaba justo ese día a Cádiz para visitar a un amigo, y eso me hacía sentirme aún más pletórica de lo que ya estaba. Habíamos hablado poco en los últimos días —él por carga de trabajo y yo por mi desapego habitual con el teléfono—, y me moría de ganas de verlo.

El día de trabajo había terminado. Ya había recogido a Tiza en casa de Érica, junto con las pocas cosas que me llevé al marcharme, y estaba de camino a casa.

Era una chica completamente nueva. Mis ánimos y mi energía estaban renovados por completo. Me sentía de maravilla: fuerte, valiente, con ganas de hacer lo que hiciera falta para volver a vivir apaciblemente en mi adorado pisito, como antes de que el desgraciado de mi nuevo vecino se propusiera hacerme la vida imposible.

—Este no sabe con quién está jugando, ¿verdad, Ticita? ¡Somos peligrosas! ¡Somos desalmadas! ¡Somos la mafia del bloque! Se va a cagar el subnormal este. Ahora, nada más que llegue, voy a llamar a su puerta y voy a plantarle cara al muy…

Las palabras se me detuvieron en la boca, haciéndose bola, incapaces de salir de ahí. Me quedé quieta, en silencio, justo frente a mi edificio.

Vi mi terracita con sus geranios de colores y, como una corazonada, mis ojos se deslizaron un par de plantas más abajo.

Entonces lo vi. Un cartel naranja con letras blancas colgaba de la barandilla: SE ALQUILA.

Tuve que parpadear varias veces, dudando de lo que estaba viendo, y fijarme mejor para confirmar que no era un espejismo.

Sí… era el segundo A.

2

¿Era en serio? ¿Estaba soñando?

No, no, no… ¡Estaba pasando! Mis súplicas se habían cumplido. No me lo podía creer. ¡Se había largado!

—¡Toma, mamonazo! ¡He ganado! ¡A tomar por saco el conejito pirado! —grité demasiado alto, sin poder evitarlo, mientras una mezcla de rabia y felicidad se apoderaba de mí.

Todo el miedo, la inseguridad, la preocupación… todo lo que había estado cargando este tiempo, se esfumó de un golpe. La sensación de paz me envolvió tan rápido que no pude evitar emocionarme, y me eché a llorar de pura felicidad y alivio.

Tiza y yo subimos las escaleras casi volando. Le hice un corte de mangas a la puerta del segundo A al pasar por delante, mientras no podía contener la risa a carcajadas. Por fin llegué a mi casita, donde se sentía la misma paz de antes. Me acomodé en el sofá y la tranquilidad se apoderó de todo mi ser. Todavía sentía la adrenalina recorriéndome las venas. Estaba pletórica… no me cabía tanta felicidad en el cuerpo.

De repente, me vinieron unas ganas tremendas de escribirle a Álex.

Me sentía en una especie de nube cargada de euforia; tenía la adrenalina por las nubes, y lo único que quería era celebrarlo, desconectar, reírme hasta perder el aliento, brindar por todo, salir a tomar unas cervezas, emborracharme, despreocuparme, no pensar en nada… quizá echar un buen polvo.

Entonces caí en la cuenta… Hacía tanto tiempo que no me acostaba con nadie, que no me besaban con esa pasión loca, que no me acariciaban por todo el cuerpo, que no me hacían sentir viva por dentro, que casi me costaba recordar cómo fue… y con quién.

Y no pude evitar excitarme al pensar que… tal vez… Álex y yo podríamos… no sé… revivir viejos tiempos.

Puede que no fuera el mejor momento para mandarle un mensaje, dado mi estado calenturiento… iba a decir cosas de las que podría arrepentirme después… me conozco. Pero la impulsividad ganó a la cordura —una vez más— y lo hice.

Hola, Álex. ¿Ya estás en Cádiz? ¿Te apetece tomar una cerveza, unas tapas y… lo que surja?

En cuanto presioné el botón de enviar, me arrepentí casi de inmediato. ¡Qué desastre! Borré el mensaje lo más rápido que pude, pero ya era tarde…

Lo he leído.

Su respuesta llegó enseguida, acompañada de un emoji llorando de risa. Era él.

No vas a cambiar nunca, lianta.

Nos vemos a las 17:00 en la puerta del Teatro Falla.

Solté una carcajada al leer su respuesta. Me alegró ver que, a pesar del tiempo y de todo lo ocurrido, aún conservábamos esa conexión especial y esa picardía tan nuestra.

Sin pensarlo dos veces, corrí a mi habitación a elegir modelito. La tarde prometía mucho.

Hacía tanto tiempo que no nos veíamos, tanto tiempo sin compartir nada con él —ni siquiera en términos de amistad—, que ahora la idea de tenerlo cerca me ponía un poco nerviosa. Muy nerviosa, a decir verdad.

¿Cómo estará? ¿Me dará vergüenza? ¿Sentirá todavía algo por mí? ¿Y yo por él?

Eran las cinco menos diez y ya estaba allí, en la puerta, esperándolo. Álex nunca llegaba tarde, pero yo tenía la costumbre de llegar siempre antes. No soportaba la impuntualidad, así que trataba de no hacer esperar a nadie. Miraba el reloj con impaciencia, sintiendo un batiburrillo de emociones y sentimientos enredados.

Llevaba una falda vaquera larga con la que me sentía muy sexy, con una hilera de botones en el centro que terminaba en una abertura hasta la mitad de la pantorrilla. Calzaba unas sandalias de cuña bastante cómodas, porque no hay nada peor que esos zapatos bonitos, pero insoportablemente incómodos, que te hacen daño por todas partes y no te dejan estar a gusto en ningún sitio, ni siquiera sentada. Paso de castigarme así.

Una blusa de tirantes violeta, de tela fresca y anudada en el centro, completaba el *look*. Cogí una rebeca de punto que me había hecho mi madre con mucho cariño —era, sin duda, mi preferida, solo porque ella la había hecho para mí—, por si refrescaba más tarde.

Estaba embelesada, escuchando cantar y tocar la guitarra a un chico que se había sentado a la sombra, regalándonos, a los que estábamos por allí, unas letras carnavalescas:

—Creo en ti, oh todopoderoso Carnaval de Cádiz. Creador del cielo inmenso de los pobres, y creador de la tierra como calle…

De repente, algo interrumpió mi ensoñación. Una flor apareció justo frente a mi cara y, casi al instante, una mano cubrió mis ojos con un cariño exquisito. Luego sentí el roce suave de un beso en la mejilla.

El cuerpo se me estremeció por completo, primero por el susto, y después porque aquel olor me era muy familiar.

—Álex… —musité, casi sin voz.

—Tranquila, no voy a hacerte daño… aunque te lo merezcas, mala mujer —dijo, acompañando sus palabras con una risa cálida.

Sin pensarlo demasiado y dejándome llevar por lo bonito del momento, me giré hacia él y, en un impulso, lo abracé por las costillas.

No sabía qué decir, solo fui consciente de lo mucho que lo había echado de menos.

—Menos mal que estás aquí —susurré contra su cuello.

—¡Cuánto amor, por favor! Si lo llego a saber, vengo antes —volvió a reír—. ¿Estás bien, pelirroja? —preguntó, clavándome la mirada en los ojos.

No respondí; solo le devolví la sonrisa, le tomé de la mano y, tirando de él con fuerza, lo arrastré corriendo hacia el primer bar que vimos cerca.

—Te invito a una cerveza bien fresquita —exclamé, mientras sentía su mano cálida entrelazada con la mía.

Álex me miró con su típica cara de pillo, ladeando la cabeza de forma juguetona.

—Es lo más bonito que me han dicho en mucho tiempo… —respondió, chispeante.

La cerveza fría le volvía loco. Y creo que yo también, un poco todavía.

3

La tarde pasó en un chasquido de dedos.

Los minutos volaban mientras hablábamos de todo y de nada en concreto. ¿En qué momento habíamos perdido la magia que hacía de nuestra relación algo tan verdadero? ¿Qué hicimos tan mal los dos como para que ahora solo fuéramos amigos?

Lo miraba con ternura mientras me resumía esos meses en los que no habíamos cruzado ni media palabra. Cada vez que me sonreía, yo no podía evitar sonreír también. Y él, como es lógico, debió de darse cuenta de que no podía dejar de observarlo con cara de idiota.

—¿Qué sucede, señorita? ¿Por qué me miras así?

Cambié el semblante de inmediato.

—¿A mí? Nada… ¿por? —cogí aire y me coloqué en la silla lo más recta que pude, tratando de disimular.

—No sé… dímelo tú… —Álex volvió a ladear la cabeza y me dedicó una de sus miradas: frunciendo el ceño y levantando un poco las cejas. Me encantaba ese gesto.

—No sé de qué me estás hablando… —apreté los labios, conteniendo la risa, y miré hacia otro lado.

El camarero nos interrumpió, dejando en la mesa un par de platos: uno con unas patatas aliñadas y otro con unas croquetas de carne del puchero, ambas especialidades de la casa. Se me desorbitaron los ojos nada más recibir el olorcito que desprendían.

Álex me miró con ternura, como si echara de menos esas cosas mías.

Le devolví la mirada con la misma ternura… o más, si cabe.

—Estoy muy feliz de que estés aquí —le dije, mientras le cogía la mano—. Y de que todo vuelva a la normalidad entre nosotros. Qué torpes fuimos, Álex… y qué mal lo hicimos.

Él soltó una risa casi sin sonido, moviendo la cabeza de lado a lado.

—¿Te parece si hoy no sacamos el tema? Es un día demasiado especial como para enturbiarlo con algo del pasado que ya no tiene remedio, ¿no te parece? —dijo, intentando quitarle peso al momento y dándome un apretoncito cariñoso en la mano que le tenía agarrada.

—Lo siento —contesté, agachando la mirada—. Siento haberte hecho daño, siento haberlo hecho tan mal… tan pronto… En mi defensa, solo puedo decir que ese chico no significó nada para mí. Solo llenó algunos vacíos que tú…

Álex me interrumpió. Creo que no quería escuchar el motivo por el que empecé a perder el interés en nuestra relación.

—Todo eso ya lo hablamos en su momento, pelirroja. Ambos nos hicimos daño, cada uno a su manera. Pero ahora estamos aquí, bebiendo cerveza fría y hablando sin parar, como en los viejos tiempos. ¿No te parece maravilloso?

Mis ojos se achinaron y mis labios dibujaron una curva perfecta hacia arriba. Tenía razón: había estado esperando este momento desde hacía mucho tiempo.

Mientras nos servían otra ronda, saqué algo de mi bolso.

—Te he traído un regalito —dije, exagerando una sonrisa y apretando los dientes—. Lo compré para la cita que nunca tuvimos en Madrid. ¡Espero que te guste!

Extendí la mano con un paquete rectangular, envuelto en un papel naranja con el nombre de una librería impreso por todas partes, que delataba el contenido.

Lo abrió, hizo una mueca entre alegría y pena, me miró y me dio las gracias con los ojos.

—Pensaba que no estabas prestándome atención cuando te hablé de mis autores preferidos. Creía que te estaba aburriendo.

—Nunca me aburro contigo, no seas tonto —respondí, mientras todo se empapaba de una dulzura casi empachosa—. ¡Bueno! ¡Al lío! No puedo esperar más para hincarle el diente a una de esas croquetas.

Álex puso su mano en mi rodilla sin quitarme ojo.

—Algún día tendrás que contarme por qué te fuiste así de Madrid, de buenas a primeras. No sería de mí, ¿no? —preguntó, con una mezcla de curiosidad y broma.

Me reí, un poco forzada. Cogí una croqueta del plato y se la aproximé a la boca, esperando que la abriera y la probara. No se me ocurrió una forma mejor de cambiar de tema.

Cuando dieron las nueve de la noche, ya habíamos perdido la cuenta de cuántas cervezas habíamos tomado y habíamos empezado con las copas. Los efectos del alcohol comenzaban a notarse, y los pequeños jugueteos de manos, mezclados con un sinfín de caricias furtivas, se colaban entre cada conversación. Más de una vez surgieron recuerdos de aquellos primeros enredos entre sábanas.

Era indiscutible: estábamos tonteando, y no hacíamos ningún tipo de esfuerzo por disimularlo.

Acabamos en un pub en el paseo marítimo. La música estaba alta, las luces, bajas, y todo tenía un aire de penumbra cálida que invitaba a la intimidad. Nos acomodamos en un sofá, en una esquina, y la noche continuó allí: entre risas, jugueteos, roces… y algún que otro beso fugaz en el cuello.

Hasta que pasó.

Nos besamos.

Nos regalamos toda la pasión que nos habíamos estado perdiendo durante meses. Álex besaba muy bien. Sus besos eran extremadamente tiernos, lentos y suaves. Estaban cargados de delicadeza y sentimientos, incluso después de todo este tiempo sin vernos.

Quizá fue el alcohol lo que lo distorsionó todo, pero… por un momento sentí que todavía me amaba.

Me levanté para pedir un par de piñas coladas sin alcohol. Acordamos echar el freno con la bebida para poder ir a cenar después al Mercado Central de la forma más digna posible. Además, la noche tenía toda la pinta de alargarse, y no queríamos estropear nada por una mala borrachera.

Mientras esperaba en la barra, giré el cuello por inercia. Al otro lado del local había alguien con una sudadera negra, la capucha

cubriéndole la cabeza y la mirada clavada en mí. El alcohol y la penumbra no me dejaban ver su rostro con claridad; era imposible adivinar un solo rasgo. Pero estaba casi segura de que era él. Mi acosador.

De repente, levantó una mano cubierta por un guante y, con un gesto eufórico, rápido, casi tarado, me dijo adiós. Vi cómo el blanco de sus dientes dibujaba una sonrisa que me puso los pelos de punta. Entonces, sin más, se levantó y se fue.

No sentí miedo; sentí asco. Rabia.

Tal vez las últimas cervezas habían anulado la parte prudente de mi cerebro. No lo sé, pero ya estaba harta de ese gilipollas.

Salí corriendo tras él. Quería saber quién era. Quería entender por qué alguien me hacía la vida imposible. Incluso estaba dispuesta a darle una paliza si era necesario. Me encontraba en el pico más alto de adrenalina. Me abrí paso entre la multitud tan rápido como pude, mientras su capucha negra se deslizaba entre la gente. De un empujón, abrió la salida y desapareció.

Corrí tras él. Salí del pub y me lancé en su búsqueda.

En la calle solo había un par de personas fumando. Les pregunté si habían visto a alguien con capucha negra, y me dijeron que sí: se había ido calle abajo a toda prisa.

Me sentí impotente. Se había ido. Lo había tenido justo frente a mí, sin careta, y no pude reconocerlo. Ni una facción. Ni un detalle de su cara.

Me arrepentí de haber bebido tanto. Tenía un pedo monumental y todo se veía un poco borroso.

Puta cerveza…

—¿Pelirroja? ¿Qué haces aquí? Te vi salir corriendo… ¿ibas a hacerme una bomba de humo? ¿Otra vez? —bromeó Álex al acercarse.

—Me quiero ir a casa, Álex. ¿Me acompañas? —respondí, intentando mantener la calma, aunque mi voz temblaba ligeramente.

Por el camino no pude evitar sincerarme con él.

Le conté todo.

Lo que me pareció ver en la fiesta de fin de curso en Madrid, cómo dejé a Sonia tirada en los brazos de David, cómo le endosé a Carlota un marronazo del copón y me fui a Galicia con mis padres; cómo había pasado este año sin comprender realmente lo que había sucedido, haciendo como si no hubiera visto nada; cómo dejé de hablarle a David sin dar ninguna explicación; cómo hui de mi vida anterior como una cobarde; las notas, el susto en casa, el loco disfrazado de conejo que me seguía… Todo.

Cuando terminé de hablar, Álex se detuvo en medio de una calle desierta. Me miró con ternura, me agarró por la cintura con ambas manos y me apretó contra él con un impulso decidido. Estábamos muy, muy cerca. Demasiado.

Me besó con más pasión que nunca, abrazándome con fuerza, como si no quisiera que me alejara de su lado nunca más.

Se separó un momento para pedirme disculpas:

—Lo siento. Debí de haber estado ahí todo este tiempo. No sabía que pasabas por algo tan complicado. Ahora lo entiendo todo —dijo, y volvió a besarme, más suave esta vez, como si quisiera transmitirme lo que las palabras no podían.

Era justo lo que necesitaba: desahogarme sin ser juzgada, sentir que me entendían, que alguien me ofrecía ese abrigo emocional que tanto había echado de menos en los últimos meses. Durante todo este tiempo me había acostumbrado a estar sola, a lidiar con mis propios demonios, pero sentir esa cercanía otra vez, esa presencia tan familiar, ese cobijo… me hizo darme cuenta de que echaba mucho de menos esa sensación.

Echaba de menos tener algo así más a menudo.

Y sí, por mucho que disfrutaba mi vida de soltera —más de la cuenta, incluso—, también extrañaba compartir el día a día con alguien especial.

De la calle fuimos directos a mi piso, y de ahí, flechados, a mi habitación.

Amanecimos juntos en mi cama.

Cuando desperté y lo vi allí, junto a mí, sin ropa, medio tapado con la sábana, un sentimiento de culpa me invadió por completo.

Había disfrutado mucho de la tarde y la noche con Álex, pero… la realidad seguía siendo la misma: no quería volver con él. Aquello no iría más allá de una amistad preciosa, muchísimo cariño y un poco de sexo espontáneo de vez en cuando. No quería que se confundiera, ni mucho menos hacerle más daño del que ya le había hecho.

Me quedé mirando su rostro dormido, tan sereno, tan en paz, y me sentí dividida. Por un lado, me encantaba esa sensación de protección que a Álex se le daba tan bien ejercer conmigo. Pero por otro… no sentía eso que se necesita sentir para volver a intentarlo.

Yo no lo amaba, de eso estaba segura. Por mucho cariño que le tuviera, por mucha química sexual que tuviéramos, por mucho que me gustara estar con él… no notaba eso que todo el mundo percibe cuando de verdad quiere estar con alguien.

No había burbujas chisporroteando en mi estómago.

Respiré hondo y me levanté en silencio, dejándolo allí dormido. Necesitaba un café de inmediato y pensar a solas.

Quizá buscar… no sé… ¿una justificación?

Capítulo 8
Empieza mi investigación

24 de junio de 2024, Madrid

(Carlota)

1

¿Qué iba a hacer, joder? ¿Dejar que mi mejor amiga se encargara de todo? ¿Permitir que ella misma descubriera que su gran e idolatrado amigo no era más que un cerdo que había abusado de esa chica?

Ni de coña. No podía.

Quería a Clara demasiado como para dejarla pasar por algo así. Haría todo lo que estuviera en mis manos por averiguar lo que pasó aquella noche. En parte lo hacía por proteger a mi amiga, por supuesto, pero… había otro motivo.

Algo en mí me decía que esta era mi gran oportunidad.

Tengo un instinto prisionero desde que era pequeña —y que no le he contado a nadie, hasta ahora—. Siempre quise ser detective. Y pensé que, quizá, esta era una clara oportunidad de jugar un poco a las películas.

Iba a ser detective por unos días.

¿Quién sabe? Lo mismo descubría el trabajo de mis sueños. Que le dieran viento fresco a tanta campaña de marketing y a tantas horas pegada a mi silla. A tanta estrategia de mercado para empresas cuyos directivos ni siquiera eran capaces de dar las gracias por los servicios tan espléndidos que ofrecía…

Estaba harta de sonreírles por la *webcam* cuando, por dentro, realmente estaba deseando cagarme en su…

Estaba decidido. Iba a hacerlo.

Me levanté de mi mesa de trabajo, fui hasta el espejo de la entrada y me metí de lleno en el papel.

—Buenas tardes, soy la inspectora Trueba. ¿Puedo hacerle unas preguntas? No le robaré mucho tiempo…

Rosa me pilló justo en pleno *show*.

—¿Qué haces, Carlota? ¿Otra vez haciendo el tonto? Por el amor de Dios, ¿qué tienes, nueve años? Nunca voy a lograr entender cómo es posible que tengas novio —gimió la muy diva, haciéndose la graciosa.

—Ja, ja, ja. Me meo contigo. Eres todo un primor de persona, reina. Yo sí sé por qué tú no lo tienes: cualquiera te aguanta, cariño.

Rosa exageró aún más su típica cara de asco y se fue, haciendo morisquetas, al salón.

Teníamos una relación muy atípica, de *ni contigo ni sin ti*, que poco a poco estaba haciendo que nos cogiéramos algo de cariño la una a la otra. No la culpaba por ser como era; sus padres se habían encargado de hacerla así: insoportable por naturaleza, superficial, mimada, egocéntrica, apasionada del dinero y el lujo… pero con un corazón enorme que solo necesitaba ser pulido por alguien con mucha paciencia, y esa era yo.

Poco a poco Rosa estaba cambiando en algunos aspectos… Aseguro que, de no ser así, ya no hubiera seguido viviendo con ella.

Pronto empezarían las entrevistas para buscar compañera de piso, alguien que ocupase la habitación de Clari… A saber a quién me iban a meter en casa. Insistí mucho a Rosa para estar presentes durante esas entrevistas y evitar así tener que compartir piso con otra ricachona estirada. Accedió tras mi amenaza de irme del piso si no era así.

En el fondo, Rosita me apreciaba: se le cambió la cara tras mi ultimátum.

Me tomé ese lunes con calma —elegir mi horario de trabajo es uno de los pocos beneficios que tiene ser tu propia jefa en este país— y

pasé la mañana investigando lo que había pasado en la condenada fiesta.

—Si crees que te vas a ir de rositas, vas listo, individuo —murmuraba mientras me preparaba un café con leche. Todo detective que se precie siempre trabaja con un café en la mano.

Abrí mi portátil, busqué en internet el número de teléfono del IES Los Viñedos. Lo encontré en menos de un minuto.

Miré el reloj.

—Perfecto, es buena hora.

Y, cruzando y agitando fuerte los dedos de la mano que me quedaba libre, supliqué un milagro: que alguien respondiera al otro lado. Las vacaciones de verano ya habían empezado y no las tenía todas conmigo. Lo más probable era que allí no hubiera nadie. Pero, de repente…

—¿Dígame?

¡Bingo!

—Hola, me llamo… Melani Stanishlen —no sé por qué, pero decidí hacerme pasar por una extranjera con un nombre inventado e impronunciable. Para colmo, improvisé un acento extraño. Una mezcla entre ruso, italiano, inglés y todo lo que se me pasaba por la cabeza. Suelo hacer estas chorradas sin sentido alguno. Me salen solas y me divierten bastante—. Soy la madre de una alumna y estoy muy preocupada.

—¿Dígame, señora? ¿En qué puedo ayudarla?

—He oído rumorres… —pronunciaba las erres tremendamente marcadas—. ¿Sabe usted? Dicen que una alumna fue encontrrada en muy malas condiciones en la fiesta del sábado. No me irrá a decir que hubo alcohol en esa maldita fiesta, ¿no? —seguía alternando acentos sin ton ni son, aquello no había por dónde cogerlo—. ¿Qué puede decirrme sobrre esto? ¿Eh, eh, eh? ¡Conteste! ¡Ahorra mismo! ¡Vaffanculo!

—Señora, relájese un poquito. Yo tan solo soy el conserje. He venido a recoger la basura que dejaron esos salvajes por todos lados, ¿comprende? Yo no sé nada de lo que pasó con aquella chica a la que

drogaron… Ups… no debí decir eso. ¡Señora, no me líe, estoy muy ocupado!

—¿¡Que la drogaron!? —se me escapó mi verdadera voz, pero enseguida volví a forzar el acento inventado—. ¿Quierre decir que alguien intentó hacer daño a la bambina? ¿Otrro alumno? ¿Eh, eh? ¿Quizá un prrofesor pirrado y calenturriento? ¡Oh! ¡Santa Madonna benedetta!

—Vamos a ver, señora. Ya le he dicho que yo no estaba allí. Lo único que sé es que la niña está en el hospital; casi la palma aquella noche a causa de las drogas que le dieron. La ingresaron y consiguieron reanimarla y salvarle la vida. Ese profesorucho de Educación Física dice que se la encontró así, pero nadie cree a ese maldito desgraciado. Menos mal que las autoridades ya han tomado el mando y que el año que viene no estará dando clases aquí… Ups… creo que estoy hablando más de la cuenta. Tengo que colgar. Adiós.

Piiiip.

2

Sin darme tiempo a despedirme ni a agradecerle toda la información que me había soltado, el muy chismoso me colgó. Me quedé inmóvil, con el teléfono aún pegado a la oreja, escuchando el pitido intermitente de la llamada terminada.

—Se habrá quedado a gusto el tío. Qué manera de zamparlo todo —me dije en voz alta, mientras una ráfaga de satisfacción me recorría el cuerpo entero.

Mi cerebro empezó a trabajar a toda velocidad. Ya podía empezar a profundizar en mi investigación. Tenía las primeras pistas de lo que decidí llamar: Mi primer caso: *El Caso Sonia.*

Empecé a hacer anotaciones mentales de toda la información que empezaba a reunir.

El Caso Sonia

Pistas:

1. La chica fue drogada y llevada al hospital, donde consiguieron salvarle la vida.
2. David (que casualmente había sido quien la encontró) dijo que ya estaba así cuando llegó.
3. Todos sospechan de David, quien no trabajará el año que viene en Los Viñedos.
4. Las autoridades ya están al corriente y al cargo del caso.

Algo en mí se alivió al terminar de repasar la lista. Ya podía decirle a Clara que la policía estaba trabajando en el caso y que podía quedarse tranquila… Yo, por mi parte, seguiría con la investigación

por mi cuenta. Esto no había hecho más que empezar. Tenía que saberlo todo sobre aquella noche.

Pero… ¿y ahora qué?

—Necesito hablar con la chica, conocer su versión, que me cuente lo que pasó esa noche, los días anteriores, todo… tiene que contármelo todo. Tengo que ir a verla. Ahora mismo.

Pero solo sabía su nombre. Nada más. Sonia.

Me froté la sien con dos dedos.

—Piensa, Carlota. Piensa. Usa esa cabecita… Vamos… ¡Vaaaamos!… ¡Lo tengo! ¡Gema! —repliqué, levantándome del sofá de un brinco.

La conocía de un par de quedadas de profes a las que Clara prácticamente me arrastró. Seguro que estuvo en la fiesta; esa muchacha no se pierde un sarao. Algo tiene que saber. Algo tuvo que haber visto. Tenía que buscar la forma de contactar con ella de inmediato. No me iba a ir a la cama sin haber averiguado algo más.

Pero antes, tenía que escribir a Clara:

> Hola, mi Clari. ¿Cómo va todo por Galicia? Quiero suponer que estarás disfrutando de tu familia y comiendo zamburiñas como una posesa. Dios, me encantan las zamburiñas.
>
> Te escribo para decirte que, sobre aquello que hablamos (la party), todo está controlado, ya está en manos de quien tiene que estar. No quiero entrar en más detalles, no hace falta que te preocupes de nada. Tú gózate las vacaciones, que no han hecho más que empezar.
>
> Posdata uno: te quiero infinito.
>
> Posdata dos: si David intenta contactar contigo, evítalo.

Suspiré.

Ojalá esto no la inquiete más de la cuenta, pero debo evitar a toda costa que ese psicópata la moleste. Que le intente comer el coco con sus mentiras. Con su carita de mosquita muerta. Que le zurzan.

—*¡Perfect!* Y ahora… ¿cómo contacto yo con Gema? No tengo su teléfono, no puedo buscarla en el instituto porque están de vacaciones, no sé dónde vive… —me llevé las manos a la cabeza, desesperada—. *¡Yesssss!* ¡Sus redes sociales! Seguro que Clara la tiene entre sus seguidores.

En cuestión de minutos tenía su perfil en la pantalla de mi teléfono. Era privado, pero pude mandarle un mensaje directo:

Hola, Gema. Soy Carlota. No sé si te acuerdas de mí, la amiga de Clara Rush.

Después de enviarlo, me quedé esperando la respuesta como una tóxica, pegada al móvil.

Dos horas.

Dos malditas horas sin quitarle ojo a la dichosa pantallita del teléfono, con las uñas clavadas en la funda, esperando su respuesta. ¿La gente no mira sus móviles o qué?

Cuando llegó la respuesta, estuve lista para atacarla al instante. Respondí en menos de dos segundos. No podía dejar que se me escapara y que volviera a responder en otras tantas horas. No tenía tiempo para eso.

La conversación fue corta y directa. ¿Para qué andarse con pamplinas y protocolos para quedar bien? Bah… No es mi estilo.

Al saco, Paco.

¡Hola, Carlota! Por supuesto que te recuerdo. ¿Qué tal estás?

Genial, gracias. Espero que tú también. ¿Tienes algo que hacer ahora? Me gustaría invitarte a un café y hablar contigo.

Estoy libre como el viento.

Estamos de vacaciones y no me voy fuera hasta el viernes.

¿Ha pasado algo?

¿Clara está bien?

Desapareció de la fiesta de buenas a primeras y no supimos nada más. Aunque… Quizá fue lo mejor que pudo hacer, irse…

«¡Maravilloso!», pensé. Le picaba la lengua por hablar, estaba deseando abordar el tema. Se le notaba a kilómetros.

Mejor hablamos en persona. Starbucks de Plaza de España en… ¿media hora?

Perfecto, allí estaré.

Me estás asustando, espero que no haya pasado nada grave.

Corté ahí la conversación.

Quería dejarla con la intriga.

¿Por qué? Porque sí. Porque me gusta darle emoción a las cosas, porque era parte de mi papel de detective privada y porque, con la curiosidad que le generé, era imposible que se lo pensara mejor y me dejara plantada.

Son técnicas. Herramientas infalibles de una buena profesional de la investigación.

Llegué un poco tarde, como siempre. Mejor hacer esperar que tener que esperar. *El tiempo es oro, nena.*

—*I'm sorry, teacher* —solté nada más entrar, haciéndome la graciosa —. He venido andando y me ha sido imposible correr más.

Gema sonrió, pero no perdió el tiempo.

—¿Clara está bien? —preguntó sin preámbulos.

—Sí, sí, está fenomenal. En Galicia con su familia, comiendo pulpo *a feira* a diestro y siniestro. Ya me gustaría a mí…

Reí rápido y fui directa a lo que me interesaba, al verdadero motivo de nuestra cita: Sonia.

—Voy a hablar claro, Gema. Muy clarito. He venido a averiguar qué pasó en la fiesta del sábado. ¿Tú sabes algo? ¿Qué me puedes contar de la chica que encontraron inconsciente? ¿Se sabe algo nuevo?

Me apoyé la mano en la barbilla, dándole un pellizco leve con el dedo gordo y el índice, y la miré con interés. También entrecerré los ojos, dándome un aire mucho más interesante. O eso creía yo.

3

El rostro de Gema se apagó en un segundo.

—Ay… pobre Sonia Rivante… Sigue ingresada —me dijo con la mirada fija en la mesa—. Está en el Hospital Padre Alfredo, si no me equivoco. Se dicen cosas muy feas de un profesor… Bueno, tú lo conocerás… David. Clara y él son muy amigos. No volverá a Los Viñedos. Está acusado de drogar a Sonia, desnudarla e intentar abusar de ella. Se cree que no llegó a hacerle nada; en el hospital confirmaron que no había signos de… de agresión. Alguien pilló a David por sorpresa justo a tiempo… Nadie sabe quién fue, pero Sonia dice que alcanzó a sentir que alguien abrió la puerta. En ese momento, David se giró y se detuvo. Es todo muy fuerte… Creo que hasta su novia le ha dejado.

Joooooder, qué manera de soltar prenda. Sabía que estaba deseando hablar del tema. Mi intuición de investigadora no me fallaba nunca. Ser detective era, sin duda, el trabajo de mi vida.

En mi cabeza, los datos se iban ordenando y acomodando, uno tras otro:

<u>El Caso Sonia</u>

Pistas:

1. La chica fue drogada y llevada al hospital, donde consiguieron salvarle la vida.
2. Nombre del hospital: Padre Alfredo
3. Nombre de la alumna: Sonia Rivante. Estaba semi desnuda cuando Clara interrumpió en el aula.

4. Todo apunta a que David es el culpable. Le han abierto expediente y, por el momento, no creo que se atreva a aparecer por el IES Los Viñedos por una buena temporada.
5. La novia de David (averiguar más sobre ella) lo ha dejado.
6. Clara Rush, sin saberlo, salvó a aquella chica de algo muy grave. CRACK.

—Es muy fuerte, muy fuerte… —repetí sin pensar, solo para llenar el silencio cuando Gema paró de hablar. Mi cabeza estaba demasiado ocupada almacenando información. Definitivamente, tenía que comprarme una libreta y empezar a tomar notas. Es de primero de detective.

—¿David no se ha puesto en contacto con Clara? Me resulta raro… Ellos siempre están juntos, son uña y carne —preguntó Gema.

—Aquí las preguntas las hago yo, señorita —solté, totalmente metida en mi papel, sin darme cuenta de que esto no era una película de cine negro.

—¿Perdona? —contestó Gema, con cara de empezar a estar harta de mis bromitas.

—Jaja, es coña, es coña —sonreí con cara de inocente. A veces la imaginación se me va de las manos. Es incontrolable—. Que yo sepa, no. De David no tenemos noticias.

No pensaba hablar más de la cuenta. No quería que Clara quedara salpicada ni que nadie supiera que fue ella quien pilló a David en aquella escena tan terrible. Así que desvié la conversación, le pregunté por su vida —un poco por llenar el tiempo. Gema me caía de maravilla, pero no era el mejor momento para hacer una nueva amiga. Tenía mucho trabajo por delante y no había tiempo que perder—. Hablamos un rato de cosas sin importancia, mientras yo no dejaba de pensar en que, desde allí, me iría directa en busca de Sonia para hablar con ella.

Pagué los cafés, le di las gracias a Gema, le dejé mi número de teléfono apuntado en una servilleta —bastante cutre—, por si averiguaba algo nuevo, y me fui corriendo dirección al hospital Padre Alfredo.

Tenía que conseguir ver a Sonia.

Tenía que hacerle algunas preguntas.

Ella era la clave.

Llegué al hospital y me acerqué al mostrador de la entrada. Puse mi mejor cara de preocupación; tenía que dar pena, mucha pena. Haría lo que hiciera falta por encontrar la habitación de la alumna.

Usé una voz temblorosa, como si fuera una señora de ciento cincuenta años atrapada en un cuerpo de treinta y pocos.

—Hola, muy buenas… Vengo… vengo a ver a mi prima. Se llama Sonia Rivante y… ¡Ayyyy! ¡Pobrecita mía! —gemí dramáticamente, tapándome los ojos con una mano.

La recepcionista levantó la vista de la pantalla, arqueando una ceja.

—Buenas tardes. Tranquilícese. Dígame qué habitación busca —me contestó con una paciencia que solo alguien acostumbrado a lidiar con personas desequilibradas podría tener.

—Pues… pues creo que era la doscientos veinte… No, no, la ciento treinta… ¡Ayyyy! ¡Es que no recuerdo! Me la dijo mi tía, su madre, pero… estoy tan nerviosa… ¡Ha sido una desgracia lo que le han intentado hacer! Perdóneme… Seguro que sabe quien es, la chica de la fiesta de fin de curso. Su profesor de educación física… Usted sabe… ¡Ayyyy!

Puse toda la carne en el asador.

La recepcionista, sin mucho interés en el espectáculo que estaba dando y deseando que me quitara de la cola de personas que aguardaban para consultarle algo, simplemente asintió.

—Vale, vale, no se preocupe. Conozco el caso. Sé de quién me habla. La habitación es la 306. La hora de visitas termina en diez minutos, así que apúrese.

—Gracias, muchas gracias. Es usted un ángel, un lucero, una persona maravillosa, espléndida, encantadora… Le traeré bombones el próximo día —le decía mientras me alejaba del mostrador poco a poco, agitando adelante y atrás mis manos unidas como gesto de agradecimiento.

Salí disparada hacia el ascensor, conteniendo una sonrisa como la de una niña traviesa que sale airosa de una trastada.

Menudo día llevaba: primero fui una guiri con acento indescifrable, luego, una detective de película y, ahora, la prima desconsolada de la víctima… ¿Qué iba a ser lo siguiente? ¿Su médica? ¿Su amiga de la infancia? ¿Su verdadera madre…?

No, no… Eso iba demasiado lejos.

—304… 305… ¡*Et voilà*, la 306! —dije casi susurrando, con un toque de satisfacción.

Llamé a la puerta, la abrí con cuidado y… ¡premio! Sonia estaba sola en la habitación.

—¿Hola? ¿Se puede?

3

—Hola… —respondió una voz débil, casi inaudible.

—¿Puedo pasar?

—¿Quién eres?

Entré en la habitación con cuidado, como si cada paso pudiera hacerla más frágil de lo que ya era. Supe de inmediato que había que manejarla con delicadeza. Lo que había vivido Sonia no debió de ser nada fácil.

Asomé la cabeza con una sonrisa que trataba de parecer genuina y le extendí unas galletas que había comprado en la cafetería donde quedé con Gema —lo tenía todo calculado al milímetro—.

—Me llamo… Paula —respondí rápidamente, volviéndome a convertir en otro personaje inventado. Mi identidad tenía que quedarse oculta—. No me conoces, pero estoy intentando ayudarte. Estoy investigando un poco sobre lo ocurrido el sábado en la… —vacilé un poco; casi me costaba mencionar la palabra *fiesta* delante de ella— bueno… lo ocurrido este sábado… Te he traído galletas, ¿quieres?

—¿Eres periodista? ¿Policía? —me preguntó con tono cauteloso, como si yo no fuera la primera persona que la aborda con preguntas sobre el tema.

—¡No, no! En absoluto. Soy… detective —*¡Venga, hombre! Lo que faltaba… no te lo crees ni tú, maja*—. Trato de ayudarte, a ti y a una amiga, una profesora de tu instituto, que está muy afectada por todo esto. Digamos que más de la cuenta. Solo quiero aclarar las cosas y que quien tenga que pagar, pague de verdad.

—¿Me das una galleta? —preguntó tímidamente.

—¡Te las doy todas! ¡Las he comprado para ti!

—Gracias… La comida aquí es un asco —dijo, mientras abría la caja de galletas con el pulso tembloroso, cogiendo una con ansia—.

No hay mucho que contar. La gente está diciendo cosas que yo nunca he dicho. Yo no he acusado a nadie. La gente está sacando todo de contexto. Yo no he dicho ni una palabra, lo juro. No paro de repetir que no recuerdo nada… No sé nada, de verdad… No puedo… no puedo hablar…

Su mirada se volvió vacía, perdida. Un parpadeo y las lágrimas empezarían a caer sin control por sus mejillas. No dijo nada más, pero podía respirar su miedo desde el otro lado de la cama donde se encontraba tumbada.

A mí no iba a engañarme. Sonia estaba coartada por algo. Por alguien. Algo en su voz no encajaba, una mentira que se colaba entre las palabras, como si estuviera intentando proteger a alguien… o tal vez a sí misma.

—Vale, tranquila. ¿Hay algo extraño que recuerdes de las semanas previas a la fiesta? ¿Notaste algún comportamiento raro en… —el nombre se me atragantó en la garganta— en David?

—No, nada… No hay nada que contar, de verdad. Ya se lo he dicho. No recuerdo nada.

Sonia se giró hacia el otro lado de la cama y me dio la espalda. No quería hablar. Por el motivo que fuera, no estaba preparada. Entendí la indirecta, me estaba echando de allí. Estaba completamente segura de que algo más se ocultaba tras aquel silencio, pero también convencida de que no iba a conseguir nada en ese momento. No todavía.

—Vale, bonita, no te preocupes. Yo ya me iba. Puedes quedarte con las galletas. Espero que las disfrutes —le posé con mucha sutileza la mano sobre el hombro—. Te voy a dejar mi número de teléfono apuntado en este papel. Si, por casualidad, recordaras algo, puedes llamarme o escribirme cuando quieras. Siempre estoy disponible. Gracias, y recupérate pronto.

Sonia extendió una mano por encima del cuello, sin girarse. Sin mirarme. Cogió el papel, lo arrugó en su mano y se quedó de espaldas, en absoluto mutismo.

Aquello me sonó a despedida.

Capítulo 9
¿Tú?

14 de mayo de 2025, Cádiz

(Clara)

Álex regresaba hoy a Madrid. No nos habíamos vuelto a ver. Lo pasé genial con él el otro día y, de verdad, estaba feliz de tenerlo de nuevo en mi vida. Le quería mucho, eso no había cambiado. Pero algo en mí se había deshecho durante esos meses en los que perdimos todo contacto.

Con su ausencia, la llama dejó de ser llama, y mis sentimientos se transformaron en algo más cercano a una bonita amistad.

Me apago. Cuando el interés de la otra persona se desvanece, es como si algo dentro de mí se desconectara; me marchito casi al instante, sin poder evitarlo.

Álex no mencionó nada sobre volver a vernos en los días que le quedaban en Cádiz. Normal. Después de todo, estaba allí de vacaciones con sus amigos. Lo entendía perfectamente. Sin embargo, no hubo un solo día en que no recibiera mi canción de la mañana y un mensaje preguntando si estaba bien.

Álex se había quedado un poco preocupado por todo lo que le conté la última vez que nos vimos.

Esos gestos que tenía —que sé que hacía de corazón— me producían una punzada de melancolía en el pecho, como si un eco lejano de lo que un día me hizo sentir aún resonara. Un sentimiento inevitable de lo que pudo haber sido y que ahora, simplemente, ya no podía ser.

Caminaba hacia el instituto, con la música de la banda sonora de *Amélie* sonando suavemente en mis auriculares. El teléfono,

guardado en el bolso. Lo tenía fuera de mi alcance, como una forma de desconectarme un poco del mundo y poder disfrutar del paisaje que el camino me regalaba. Cada día, al recorrer esas calles, me repetía lo afortunada que era de poder vivir allí. Respiraba hondo, dejando que el aire limpio llenara mis pulmones, disfrutando del clima perfecto y ese toque a mar que completaba mi sensación de plenitud.

Esa noche no había dormido bien. Mi cabeza no dejaba de pensar en el conejo demoníaco que me acechaba. Era una especie de presencia constante que casi no me dejaba respirar. Me estaba jodiendo viva. La cabeza me dolía y estaba muerta de sueño.

Me esperaba un largo día de clases. Los alumnos estaban de los nervios. Los exámenes de Selectividad estaban a la vuelta de la esquina y las clases se convertían en un constante «callaos» y «tranquilos, que todo va a estar bien».

Terminaba agotada todos los días.

—No decaigas, Clarita. Positividad ante todo. ¡Ya huele a vacaciones! —me repetía, intentando convencerme a mí misma de que el día no sería tan chungo como realmente iba a ser.

Finalmente, las clases de antes del recreo terminaron, y yo ya no podía más. Estaba frita de cansancio. Necesitaba ir al baño, hacer pipí, mojarme la cabeza y, sobre todo, respirar en silencio.

Había un baño de profesores en un pasillo apartado del bullicio, un lugar donde casi nadie iba. Lo usaba a menudo por esa razón: mi escondite tranquilo en medio del caos del instituto.

Metí la llave en la cerradura, abrí y entré corriendo, dando un portazo.

Allí no había nadie, como siempre.

Me dirigí al váter de la última puerta, el de siempre. Estaba en cuclillas. No pensaba sentarme en aquella taza, aunque estaba segura de ser la única que usaba ese baño. La postura era incómoda, era innegable, pero me daba tanto asco apoyarme allí que prefería hacer malabares para evitar mearme fuera y terminar con las piernas empapadas.

Estaba concentrada, intentando atinar, cuando de repente me di cuenta de que la puerta junto a la mía se había cerrado.

Joder… qué oportuno… para una vez que no echo la llave por dentro…

Traté de no hacer ruido, sintiendo una vergüenza absurda, como cuando eres pequeña y te preocupas porque alguien escuche el chorrito de tu pipí.

Se hizo el silencio.

La persona al otro lado no emitía ni el más mínimo ruido. Solo estaba allí. Respirando. Sin más.

La incomodidad comenzó a aumentar con cada segundo que pasaba.

Tiré de la cisterna y salí. Estaba muerta de miedo.

Al abrir la puerta y dirigirme hacia los lavabos, pasé junto a la única puerta cerrada: la contigua a la mía. Agaché un poco la vista, intentando comprobar si realmente había alguien o si todo era producto de mi imaginación.

No vi zapatos, ni rastro de nadie al otro lado. La puerta seguía cerrada.

La empujé suavemente con la mano, comprobando si cedía ante mi empujoncito sutil.

Pero no. El pestillo estaba echado desde dentro.

—¿Hola? —dije en voz baja.

No hubo respuesta.

—¿Está ocupado el baño? —repetí, con más inquietud que antes.

Nada. El silencio era absoluto.

El estremecimiento de estos días pasados volvió a instalarse en mi cuerpo.

Encendí el grifo, temblorosa. No sabía ni lo que hacía, no era consciente del peligro que corría, y me paré allí, a lavarme las manos.

Pero entonces, por el reflejo del espejo, vi cómo la puerta cerrada comenzó a abrirse.

Muy lentamente.

Sin pensarlo ni un segundo, sin secarme las manos, eché a correr en busca de la salida. Pero no me dio tiempo.

Alguien me agarró por la espalda con una fuerza sobrehumana.

Unos brazos duros me apretaban alrededor del tórax, inmovilizándome. No podía escapar. Di patadas, grité, pedí ayuda… Pero fue inútil. En esos pasillos no había nadie, y mucho menos durante el recreo.

—Shhhh, sé bueeena, póóórtate bieeeen —susurró la misma voz del segundo A. La misma que me había estado asustando todo este tiempo.

—¡Que te follen! —grité, mientras lanzaba un cabezazo hacia atrás con todas mis fuerzas.

El golpe seco resonó en el aire, seguido de un grito desgarrador. La voz ya no era falsa, ya no era sutil, ya no susurraba. El dolor delataba a la persona que se escondía tras ese personaje inventado.

Y… fue extraño. Me resultaba familiar. Había oído esa voz antes. La conocía. Mucho.

Me giré muy despacio, casi paralizada.

Era él de nuevo.

Llevaba esos pantalones inconfundibles y pasados de moda de estampado militar, la sudadera negra, la capucha puesta, los guantes a medio cubrir con las mangas, la careta de conejo.

Todo igual. Exactamente igual que las otras veces.

Me fijé en que un hilillo de sangre comenzaba a recorrer su cuello. Había conseguido hacerle daño.

Intenté correr de nuevo, hasta que…

—¡Espera, maldita sea! ¡Soy yo!

Con el pomo de la puerta en la mano, ya casi con un pie fuera del baño, me quedé inmóvil. No podía creerlo. Claro que conocía esa voz. Claro que sabía quién era…

Volví a buscarlo con la mirada, moviendo solo el cuello hacia él. Apenas podía respirar. No podía ser cierto. No estaba pasando.

El conejo macabro se quitó la capucha y se deshizo de la careta por completo.

Casi me desmayo.

—¿David?

Capítulo 10
Mi realidad

Mayo de 2024, Madrid

(David)

1

No creía que hubiera una mejor forma de acabar la semana.

—¡Todos al autobús, chicos! ¡Vamos, vamos, no os hagáis los remolones! Nos queda una hora de camino de vuelta al instituto —grité con buen rollo a mis chicos de segundo de bachillerato.

Habíamos pasado un día genial de excursión por Toledo. De esos que te devuelven la fe en tu profesión: risas, fotos, grupos desorganizados, un poco de historia y mucha vida.

Me encantaba verlos así, llenos de nervios, con esa ansiedad de querer comerse el mundo sin saber muy bien por dónde empezar. Es una etapa tan brutalmente vulnerable que a veces me daban ganas de abrazarlos a todos, decirles que todo iría bien y hacer lo posible porque se cumpliera mi promesa.

El mundo estaba loco. No paraban de suceder catástrofes cada año, y me daba un poco de terror pensar en lo que tendrían que afrontar mis chavales… Las redes sociales, la normalización del consumo de alcohol en las fiestas, la droga tan a mano de todos… Uf, mejor no pensarlo más.

—Profe, ¿puedo sentarme con usted en el autobús? Necesito hablarle de algo —dijo una voz a mi espalda.

Me giré. Era Sonia, que miraba al suelo mientras esperaba mi respuesta. Sonia es una de esas chicas que parecen tener dos

versiones: la que ves en clase y la que solo aparece en los pasillos. Ambas opuestas por completo.

—¡Hey, Sonia! Por supuesto. ¿Todo bien? —contesté, aligerando el tono e intentando parecer un amigo más que una figura de autoridad—. Y ya sabes, nada de hablarme de usted. Aquí todos somos colegas.

Siempre intentaba estar para ellos. Con precaución, claro. Había líneas que no se podían cruzar. Pero también había momentos que pedían humanidad. Era una edad muy difícil.

—Perdón… Preferiría contártelo después, ¿puede ser? —dijo, levantando un poco la vista, pero sin llegar a mirarme a la cara.

—Hecho. Ahora hablamos —contesté despreocupado—. ¡Chavales, subid de una vez! ¿Es que queréis que os ponga a hacer flexiones? ¡Vamos, vamos, vamos!

En el autobús, Sonia fue todo el camino con la mirada clavada en el respaldo del asiento de delante, donde iban sentadas las otras dos profesoras que vinieron a la excursión. No me miró ni una sola vez. Tenía las manos entrelazadas, tensas, con los nudillos blancos. Me costaba escucharla.

—Verás, profe… No puedo estudiar. No me da la vida. Y por eso estoy suspensa en casi todo. Mi madre… cree que estudiar es una pérdida de tiempo —se sinceró.

Tragué saliva.

—Dice que necesito trabajar —siguió contándome—. Llevo meses fregando platos en el restaurante donde ella trabaja como camarera. Los fines de semana enteros. Viernes, sábados y domingos. Todo el día…

Suspiré.

—Sonia, ¡gracias por contármelo! —respondí—. Mira, si quieres, yo puedo hablar con tu madre. Puedo intentar hacerle entender que necesitas tiempo para estudiar y que, si no se lo dedicas, vas a repetir curso. Que aún puedes salvarlo.

Ella asintió con un gesto suave y un pequeño hilo de voz.

—Gracias, profesor.

Intenté sacarle algún que otro tema de conversación durante el trayecto, pero Sonia no estaba dispuesta a abrirse más. Creo que se hizo la dormida los últimos cuarenta y cinco minutos solo para no seguir hablando conmigo.

Al llegar al instituto, la entrada era un caos: alumnos saliendo de clase, familiares esperando a sus chavales para recogerlos, coches mal aparcados en segunda fila. Y entre toda esa gente… ahí estaba ella.

Isa.

Mi chica.

Mi cable a tierra.

Mi amor platónico.

Bajé del autobús y la vi buscándome con la mirada. En cuanto nuestros ojos se encontraron, su sonrisa hizo que todo lo demás se desvaneciera.

Era preciosa. Con su media melena negra, cortada a la altura del mentón y su flequillo recto. Los labios enormes siempre pintados de rojo, y esa forma de andar como si bailara sobre el mundo.

Llevábamos unos meses juntos y aún me parecía mentira que se hubiera fijado en mí. Yo, el *friki* de los vinilos, que pasaba cada jueves por su tienda solo para verla. Siempre sonriente, siempre tan ella.

Fui directo a besarla.

—Hola, guapo —dijo con esa cara de pillina que me volvía loco.

—Hola, princesa. No sabes las ganas que tenía de verte —le contesté.

Nuestras frentes se apoyaron una contra la otra. Un instante perfecto.

Hasta que…

—Profesor… ¿me puede llevar a mi casa?

Me giré. Era Sonia otra vez. Los ojos rojos, hinchados, como si hubiera estado llorando un buen rato.

—Mi madre no puede venir —continuó—. Le han cambiado el turno en el trabajo y no va a poder recogerme. No tengo cómo volver. Vivo en Alcalá. Nunca he ido sola…

Isa me miró. Ella era totalmente consciente de lo que venía ahora. Sabía que yo no podía decir que no a un alumno en apuros.

—¿Me matas? —le pregunté con una mueca de disculpa anticipada.

Ella sonrió.

—Eres un blando —dijo, con esa mirada dulce que siempre me desarma—. Pero por eso te quiero tanto. Vete, anda. Luego me compensas en la merienda. Quiero café… y pastelito.

Era perfecta. En serio.

Isa me lanzó un beso al aire y se alejó con ese andar suyo, como si flotara.

Volví a mirar a Sonia. Le sonreí con complicidad, como si nos hubiéramos salido con la nuestra. Le hice un gesto con la cabeza para que me siguiera hasta el coche.

Puse música. Hombres G. Bajé las ventanillas. El aire fresco lo limpiaba todo, llevándose un poco de la tensión del día.

La miré de reojo. Sonia tenía la cabeza apoyada en el marco de la ventanilla, como si por fin pudiera respirar. Parecía aliviada.

—Gracias, David —dijo.

Era la primera vez que usaba mi nombre para dirigirse a mí. Me pilló por sorpresa. Se sentía cómoda. Se sentía en confianza.

—No hay de qué. El karma siempre devuelve lo que das. Hay que ser buena persona. Ahí llevas el súper consejito del día —dije, mientras la miraba esperando una sonrisa por su parte, alguna mueca de simpatía.

Sin embargo, permaneció inmutable y se ruborizó.

Al llegar a su casa, aparqué en doble fila. Mientras se quitaba el cinturón con las manos algo torpes, decidí intentarlo de nuevo y hacer una broma para aliviar la tensión.

—Hemos llegado a su destino. Por favor, prepárese para abandonar el vehículo. No olvide sus pertenencias y tenga cuidado de no meter el pie en el espacio entre el coche y la acera.

Ella no rio.

—David, ¿puede darme su número de teléfono?

La miré, desconcertado.

2

—¿Mi número? ¿Y eso? Sabes que no puedo. ¿Por qué lo necesitas?

Dudó. Bajó la mirada.

—Es que… Bueno, da igual. No se preocupe. Gracias por traerme, profesor. El karma será muy bueno con usted.

Y sin más, salió del coche.

La vi alejarse a paso rápido, casi corriendo, como queriendo dejar atrás la vergüenza. Su espalda encorvada me dejó un nudo en el pecho. ¿Para qué querría mi número? ¿Qué había detrás de esa petición? ¿Qué me estaba ocultando?

Entonces, un flash mental: Isa. Su sonrisa. Su mirada.

Sacudí la inquietud de la cabeza. Tenía que darme prisa. Volver a casa, comer algo, ducharme, arreglarme la barba y ponerme guapo para nuestra cita. Antes, pasaría por la pastelería de debajo de casa para comprarle un par de cruasanes de mantequilla a mi increíble novia. Eran sus preferidos.

El resto del día se deslizó entre risas y besos. A su lado, el tiempo siempre se esfumaba.

El lunes siguiente volví a mis clases con una energía renovada.

Para mí, los lunes no eran como para el resto de la humanidad; disfrutaba de mi trabajo, de esa rutina que, por absurdo e incomprensible que pueda parecerle a mucha gente, me permitía respirar.

Jugaba con ventaja: mi asignatura era la más divertida de todas, sin discusión. Si te gusta lo que haces, lo demás viene rodado.

La primera hora comenzó con el mismo panorama de todos los lunes: mi clase medio dormida, con las cabezas apoyadas sobre las

mesas y los ojos entrecerrados, como si mantenerse despiertos fuera un reto titánico.

Comencé a pasar lista, como cada día.

—¿Jorge? —alcé la voz para que todos me oyeran, esperando una respuesta inmediata.

—¡Presente!

—¿Claudia?

—¡Aquí!

—¿Sonia?

(No hubo respuesta.)

—¿Sonia? —repetí, levantando la mirada hacia la clase.

El pupitre de Sonia estaba vacío.

No solía faltar, y además era bastante puntual. Algún alumno contestó por ella, remarcando lo evidente:

—No ha venido, profesor.

Anoté su ausencia y continué con la lista.

Di todas mis clases de la mañana con cierta preocupación y, en cuanto sonó el timbre del recreo, corrí a la sala de profesores para llamar a Alba, la madre de Sonia.

—Buenos días, soy David, el profesor de Educación Física de Sonia. No ha venido a clase, ¿está enferma? —le pregunté por teléfono.

—Buenos días —respondió con un tono áspero y tajante—. ¿Qué está diciendo usted? Dejé a Sonia en la puerta del instituto esta mañana. ¿Quiere decirme que está haciendo pellas? No sé ya qué hacer con ella… Me tiene desesperada.

—¿La dejó aquí?… Bueno, no se preocupe, voy a preguntar al resto de profesores y le llamo en un momento para confirmar que está bien y que sigue en el instituto.

—Gracias —respondió con tono cortante, y colgó.

Qué mujer más seca…

Empecé a preguntar a todos los profesores que me cruzaba por el pasillo. Nadie la había visto en todo el día. No sabían nada de ella. Hasta que el de Geografía me lo confirmó:

—Sí, Sonia ha estado en mi clase, a segunda hora.

Justo después de la mía.

¿Entonces… por qué se había ausentado Sonia?

Algo no encajaba.

¿Estaba evitando mi clase?

¿Me evitaba a mí?

Salí al patio durante el recreo, buscando entre los grupos de estudiantes desperdigados. No tardé en encontrarla. Estaba de espaldas, rodeada por un pequeño círculo de amigas, riendo y hablando a carcajadas. Sonia brillaba en el centro, disfrutando de cada mirada que caía sobre ella.

Aquella versión suya no se parecía en nada a la chica que había ido cabizbaja en el coche dos días antes.

Me acerqué por detrás, con las manos entrelazadas a la espalda, y me puse serio. Algo poco habitual en mí.

Ella no me vio llegar.

—Sonia —dije en voz firme—, disculpa que interrumpa tu momento de gloria. Ven un momento. Tenemos que hablar.

Se quedó inmóvil. Tardó unos segundos en reaccionar.

Se giró despacio.

—Voy, profesor —respondió, con la voz apagada. Y, sin mirar a sus amigas, las dejó atrás.

La conduje hasta un rincón tranquilo del patio. Los demás estudiantes ni se percataron de nuestra conversación. Quizá a ella tampoco le importaba que escucharan, pero aun así quise asegurarme de encontrar un lugar lo bastante íntimo como para que nadie oyera la regañina que se avecinaba.

—¿Qué es eso de no asistir a mis clases? —pregunté, cruzando los brazos.

Sonia permaneció inmóvil, con la mirada fija en sus zapatillas, como si todo aquello no fuera con ella. Como si no fuera real.

—Me encontraba mal… —murmuró—. He estado en el baño vomitando. No quería interrumpir su clase.

—Ya veo —respondí, bajando un poco el tono pero sin quitarle hierro al asunto—. Qué curioso que para el resto de las clases y para el recreo te hayas recuperado tan bien, ¿no?

Intenté disimular mi enfado bajo una capa de sarcasmo.

—Sí… estoy mejor —dijo, sin levantar la vista del suelo.

Mi tono se suavizó, pero algo no terminaba de cuadrarme.

—Sonia, ¿tienes algún problema conmigo? ¿Hay algo que quieras decirme?

Por primera vez, me miró a los ojos. Su expresión cambió de golpe. La emoción le nubló la mirada y las lágrimas comenzaron a asomar. Negó con la cabeza y volvió a bajarla, como si le pesara demasiado.

—Sabes que puedes confiar en mí. Si hay algo en lo que pueda ayudarte, solo tienes que decírmelo.

No contestó. Sus labios apenas se movían, como si intentara hablar pero no encontrara las palabras. Las lágrimas caían silenciosas. Y de pronto, sin decir una palabra más, se dio la vuelta y salió corriendo, dejándome allí, con la palabra en la boca.

La observé alejarse sin saber qué pensar. Con sus amigas parecía invencible, pero, en esos momentos de soledad que compartíamos, algo se quebraba en ella. Algo que no estaba dispuesto a dejar pasar.

Decidí darle espacio. Solo unos días. Volvería a hablar con ella cuando fuera el momento adecuado.

El jueves me tocaba clase con su grupo, segundo de bachillerato C. La vi allí, participando como una más, pero se notaba que estaba ausente. Había algo desconectado en su manera de moverse. Realizaba los ejercicios, botaba el balón, pero su alma no estaba dentro de su cuerpo. Lo hacía todo con una disciplina automática. Sin pasión. Sin energía. Solo rutina.

Al final de la clase, como siempre, empecé a chocar la mano con mis alumnos mientras se despedían, felicitándolos por el buen trabajo que habían hecho.

—¡*Good job*, Marcos! ¡Buen partido, Sara! ¡Roberto, crack! ¡Marta, bien jugado! —iba diciendo, uno a uno, con entusiasmo.

Pero, cuando llegó el turno de Sonia, al chocar su mano, sentí cómo algo se deslizaba discretamente en mi palma. Un papel, arrugado y

cálido, como si lo hubiera tenido mucho tiempo apretado entre los dedos.

Disimulé y lo guardé en el bolsillo. Estuvo ahí todo el día, sin que me atreviera a abrirlo. No fue hasta que terminaron las clases, ya a solas en mi aula de tutorías, con el murmullo lejano de alumnos y profesores abandonando el instituto, que saqué el papel con una curiosidad inaguantable.

Lo desdoblé con cuidado y lo leí, sin dar crédito a lo que ponía.

Algo que, aunque no quería aceptar, llevaba tiempo imaginando…

«Profesor, me gusta mucho. No puedo dejar de pensar en usted».

Capítulo 11
Unas semanas antes de la fiesta

Mayo de 2024, Madrid

(David)

1

Lo que sucedió durante todo ese tiempo, antes de la fiesta, lo mantuve en secreto. Ni siquiera Isa —con quien normalmente podía, y solía, compartirlo todo— supo lo que estaba pasando.

¿Por qué lo hice así? No lo sé. Tal vez creí que podía manejarlo solo, que todo se resolvería por sí mismo y que terminaría siendo una anécdota más como profesor. Pero, con el paso de los días, me arrepentía cada vez más de no haber hablado con nadie sobre lo que Sonia me hizo pasar.

Después de aquella nota en la que Sonia me confesaba lo que sentía por mí, algo en ella cambió por completo. Se deshizo de la vergüenza que antes la dominaba cada vez que estaba cerca de mí y, de repente, pasó de ser un angelito, tímida y cohibida a una chica desenfrenada, atrevida y provocadora. Era como si el pudor que la acompañaba se hubiera evaporado de un día para otro.

Empezó a sentarse en primera fila en todas mis clases —siempre que no teníamos actividades en el patio—, mirándome sin reparo, lanzándome miradas sensuales y haciendo gestos claramente fuera de lugar. No paraba de insinuarse.

De vez en cuando la sorprendía mirándome mientras se pasaba la lengua por los labios, siempre pintados de un rosa fucsia encendido.

Su manera de vestir también había cambiado de forma evidente. En Los Viñedos los alumnos no estaban obligados a llevar uniforme;

podían vestir como quisieran. Y Sonia comenzó a usar ropa cada vez más provocativa: escotes que realzaban su prominente pecho —que no dejaba de ajustar o tocar a cada momento—, y faldas extremadamente cortas con las que parecía buscar la oportunidad de mostrarme su ropa interior, cruzando y descruzando las piernas con estudiada sutileza.

Yo hacía grandes esfuerzos por dar mi clase con normalidad, mientras Sonia no paraba de buscar mi atención, como si cada movimiento suyo estuviera diseñado para atraparla.

Me sentía muy vulnerable, observado por ella todo el tiempo, atrapado en un juego en el que nunca quise participar. Era solo una niña de diecisiete años, pero su actitud, sus gestos, su manera de insinuarse… nada tenían que ver con su verdadera edad.

Insistí en tener una reunión con Alba, su madre. Quería saber cómo se comportaba Sonia en casa últimamente, si había notado algún cambio en ella. Necesitaba entender el motivo de ese nuevo comportamiento de su hija.

Había decidido —y me equivoqué— no contarle a Alba nada de lo que Sonia estaba haciendo en el instituto. Del acoso y derribo que ejercía contra mí. No podía hacerlo. Hablarle de la actitud de mi alumna sería darle la excusa perfecta que estaba esperando para sacarla del instituto y ponerla a trabajar a tiempo completo.

En el fondo, esa mujer solo quería que Sonia ganara dinero y sacarle más provecho del que ya obtenía mientras estudiaba.

Cuando me puse en contacto con Alba, no dudó en aceptar la reunión e insistió en que fuera cuanto antes.

—Tengo muchas cosas que preguntarle y hablarle sobre mi hija… —me dijo.

2

Era martes, las cinco y media de la tarde, y me encontraba en el aula esperando a Alba.

Alguien llamó a la puerta, de forma discreta, casi tímida, y enseguida apareció una cara amable.

Las ojeras, las arrugas y las bolsas bajo sus ojos hablaban por sí solas. Su aspecto denotaba un cansancio profundo que no pasaba desapercibido. Cuando me estrechó la mano, la sentí áspera, y no pude evitar percibir un fuerte olor a lejía que provenía de ella.

No podía calcular su edad, pero estaba seguro de que aparentaba muchos más años de los que realmente tenía.

—Buenas tardes, David. Por fin nos conocemos. Sonia no para de hablar de usted en casa —dijo la madre con una voz adormecida. La voz de alguien que lleva demasiado tiempo peleando contra la vida.

Lo dijo con una curiosidad suave, sin malicia.

—El placer es mío, Alba. Tenía ganas de hablar con usted sobre algunos temas que me preocupan respecto a su hija —respondí, tratando de sonar diplomático.

Ella asintió una sola vez, precisa, como quien ya sabe lo que viene.

Continué:

—Sonia está teniendo un curso complicado. Parece que le cuesta encontrar tiempo suficiente para estudiar. Nos ha contado que trabaja los fines de semana y que no encuentra momentos para dedicarle a sus estudios. Si sigue así… será imposible que termine bien el curso. Posiblemente tenga que repetir —comenté, algo apurado.

El rostro de Alba se tensó. Primero palideció, y luego se encendió en un rojo intenso.

—¿Pero… qué me está diciendo usted? —soltó con la voz temblorosa y los ojos muy abiertos, inyectados de rabia—. ¿Que

Sonia no es capaz de sacar el curso adelante porque trabaja unas horitas los fines de semana en un restaurante, atendiendo el teléfono? ¿Me está diciendo que eso es lo que la tiene al borde de repetir? ¡Esto es increíble!

Algo no cuadraba. Sonia había hablado de fregar platos durante todo el fin de semana… No mencionó nada de atender el teléfono y, ni mucho menos, parecía que fueran solo unas horitas.

—Entiendo que le sorprenda, Alba —dije, midiendo el tono—, pero estoy aquí para ayudar. Mi objetivo es que Sonia termine segundo de Bachillerato y tenga la oportunidad de continuar sus estudios en la universidad. Ambos queremos lo mejor para ella, ¿no?

Alba soltó una risa seca, sin pizca de humor.

—¿¡Universidad!? ¿Estamos hablando de la misma Sonia? —preguntó, negando lentamente con la cabeza, como si acabara de escuchar el mayor disparate del año—. Sonia no quiere estudiar nada. Lo único que le importa es tener dinero para gastárselo en ropa, fiestas y esas tonterías que acumula en su habitación —dijo, mientras se sentaba en el borde de la silla, acercándose un poco más —. ¿Por qué cree que le busqué un trabajito en el restaurante? Para que entienda cuánto cuesta esa comodidad que tanto le gusta. No la obligo a sacarse una carrera, ni mucho menos. Que elija lo que quiera, pero que se forme en algo. No quiero que acabe como yo, encadenando dos empleos todos los días del año, sin tiempo ni para respirar.

Me removí en el asiento.

¿Sonia me había mentido?

Alba retomó la palabra, ahora más templada, pero con la misma firmeza:

—Su psicóloga, a la que veo una vez al mes para que me ayude a manejar esta situación, me recomendó que Sonia trabajara unas horas los fines de semana. Me dijo que le vendría bien. Que aprendería el valor del esfuerzo, de ganarse la vida con sus propias manos. Pero no exageremos. Sonia trabaja dos horas los viernes por la tarde y otras dos los sábados al mediodía. El resto del fin de semana se lo pasa tirada en la cama o en la calle con sus amigas. No

puedo vigilarla más. Apenas piso mi casa. Trabajo doce horas diarias para mantenernos a flote, para pagar la roncha que ese desgraciado nos dejó cuando se largó… No puedo estar encima de ella las veinticuatro horas.

Cada palabra que salía de su boca derribaba, como un dominó, todas las piezas que Sonia había colocado en mi mente sobre su madre. Y yo, tonto de mí, me lo había tragado todo. Enterito. A pesar del comportamiento tan inapropiado que había tenido en los últimos días.

¿Por qué iba a mentirme? ¿Qué ganaba con eso?

Entonces recordé la nota que me había dado Sonia, confesando lo que sentía por mí… ¿Debía decírselo a Alba? ¿Hacía bien en callarme? ¿Ganaba algo contándoselo?

Y, como un eco molesto, me vino a la mente Clara. Su voz ácida, casi profética: «Te involucras demasiado con los alumnos… ¡¿Ves?! Te lo dije… Al final has conseguido que esta alumna confunda tus intenciones y se encapriche contigo. Te lo he repetido mil veces… Bla, bla, bla…».

No. Imposible. Mejor callarme y resolverlo a mi manera. Como siempre. ¿Qué podía salir mal…?

—¿Profesor? ¿Está bien?

La voz de Alba me sacó de golpe de mi maraña mental.

—Sí… sí, disculpe. Me quedé pensando.

Me observaba con una extraña serenidad. Su sonrisa, maltrecha, parecía más un gesto de compasión que de cortesía. Como si intuyera que acababa de desmontarme por dentro. Que me había dado cuenta —por fin— de que su hija sabía jugar muy bien sus cartas. Y que no era la primera vez que lo hacía.

En la cara de la mujer había algo que no terminaba de encajar. La sentía desconfiada, como si tuviera algo en mi contra que no quisiera decirme. Como si esperara que yo confesara algo que ni siquiera estaba en mis manos. De pronto, se puso de pie con un gesto decidido y me tendió la mano.

—Tengo que irme, profesor. ¿Hay algo más que quiera contarme? —clavó los ojos en los míos mientras me escaneaba con la mirada,

como si así pudiera arrancarme eso que estaba esperando oír—. Si hay algo más que deba saber, es el momento. Estoy curada de espanto con esta niña, se lo aseguro. No se guarde nada conmigo.

Casi exploto.

Casi le cuento el acoso de su hija, que no dejaba de insinuarse en clase, que me había confesado que yo le gustaba…

Pero no lo hice.

Fui un gilipollas y me callé.

¿Qué ganaba? ¿Destruir a una madre que, pese a todo, se desvivía por su hija?

—No. De momento, nada más —contesté—. Si ocurre algo nuevo, la llamaré. Gracias por venir. Sé que su tiempo es oro para usted.

Asintió una sola vez y, sin mediar palabra, se marchó.

Me quedé en el aula, solo, en completo silencio. Recogí mis cosas a ciegas, mientras los pensamientos rebotaban dentro de mí como pelotas de goma.

Necesitaba parar.

Llamé a Isa. Le pedí que pusiera a girar el tocadiscos, que eligiera un buen vinilo, que sirviera dos vasos generosos de horchata fría y que preparara el Rummy.

Nada me apetecía más que un plan tranquilo con mi chica.

3

A la mañana siguiente, después de una tarde estupenda de desconexión con mi amorcito y más de ocho horas de sueño como Dios manda, me sentía como nuevo. Renovado.

La solución al embrollo de Sonia me golpeó sin previo aviso, justo cuando el agua caliente me resbalaba por la espalda en la ducha.

Sé tú mismo, David. No olvides por qué te dedicas a la docencia. Ayudar a los chavales. Facilitarles las cosas.

Iba a dejar de lado todas las chorradas de la chiquilla: sus insinuaciones, sus tonterías de niña encaprichada con el profe de Educación Física. Haría como si nada hubiera pasado y seguiría con mi cometido. Esa alumna tenía que acabar el curso y presentarse a Selectividad. Punto.

Ayudar y facilitar las cosas. Ayudar y facilitar las cosas… Ayudar y facilitar las cosas.

No guardo grandes recuerdos de mis años de instituto. No fue una etapa especialmente feliz. Por razones que aún no entiendo del todo, sufrí acoso escolar. Me lo hicieron pasar mal. Muy mal.

Algunos compañeros se empeñaron en hacerme la vida imposible y nadie —ni profesores, ni dirección, ni los padres de esos chavales, ni siquiera los míos— movió un dedo para remediarlo.

—Cosas de críos. Ya se les pasará —decían.

Quizá por eso elegí esta profesión. No solo para enseñar, sino para estar ahí, por si alguien me necesitaba.

Así que lo tenía claro: hablaría con Sonia. Le explicaría todo con delicadeza, sin herirla, pero con firmeza. Le haría entender que yo era su profesor, que tenía pareja y que lo nuestro no podía —ni debía — ir más allá de una relación estrictamente académica.

Una vez aclarado eso, me volcaría en ayudarla a terminar el curso. Le daría herramientas, apoyo, ánimos, asesoramiento. Solo

quedaban unos días intensos y, después, todo habría terminado.

Para ambos.

Prefería hacer ese esfuerzo titánico a tenerla otro año en clase, complicándome la existencia. Lo hacía por ella, claro. Pero también por mí.

Cuando terminó la clase de su grupo y el timbre anunció el recreo, esperé a que los alumnos salieran. Justo cuando Sonia estaba a punto de cruzar la puerta, le pedí que se quedara un momento.

Su rostro cambió al instante. Lo sabía. Sabía que había hablado con su madre y que esta me había contado su versión. Ahora era consciente de que conocía la verdad y de que me había estado mintiendo. Quizá también temía que yo le hubiera contado a Alba cómo se estaba comportando últimamente en clase.

—¿Qué tal va todo, Sonia? —le pregunté, esforzándome por mantener un tono amable, que cada vez me costaba más sostener con ella.

—Bueno… ya sabe —respondió con desdén, cruzada de brazos, sin mirarme del todo.

Me dio igual. Tenía bien amarrado mi plan.

—He decidido ayudarte a sacar el curso adelante —le dije, intentando contagiarle algo de energía positiva—. Quiero que apruebes, que te vayas de vacaciones tranquila, las disfrutes a tope y empieces a pensar en lo que harás después. Vamos al patio y te lo explico mejor.

Mientras caminábamos, le desglosé mi plan paso a paso.

—Vas a apuntarme tu correo electrónico en mi móvil. Esta tarde te enviaré esquemas con técnicas de estudio, y tú me mandarás los trabajos pendientes y las dudas que tengas, de la asignatura que sea. Poco a poco te iré respondiendo a todo lo que necesites. Pero que quede clarito —le advertí, poniéndome serio—: tú curras, yo ayudo. No pienses que voy a hacerte todo el trabajo, ¿estamos?

Sonia bajó un poco la guardia. El gesto altivo de los últimos días se le desdibujó de un plumazo. Tal vez solo necesitaba eso: alguien que

se parara a ayudarla de verdad.

Le pasé el móvil con la *app* del bloc de notas abierta, esperando que anotara su email. Vaciló un poco. No parecía del todo convencida de querer dejarse ayudar, pero finalmente lo escribió y me devolvió el teléfono.

Lo guardé en el bolsillo. Le guiñé un ojo. Me dio las gracias bajito.

Y se esfumó.

«La madre que me trajo… Si Clara se entera, me mata», pensé de inmediato.

El resto del día fluyó con tranquilidad. Di mis clases, bromeé con los chicos y me sentí ligero, como si me hubiera quitado un peso enorme de encima.

Iba hacia la salida, cruzando el precioso patio interior de columnas de mármol del instituto, pensando en la comida que Isa me había prometido —cocinaba de maravilla— cuando una mano me frenó en seco en mitad del patio.

—¡Qué susto, Sonia! ¿Qué pasa?

—Solo quería… darle las gracias, otra vez. De verdad.

Luego, casi imperceptible, me sonrió y salió corriendo hacia sus amigas. Casi no me dio tiempo de decirle adiós.

Qué chica más rarita. Espero que no esté malinterpretando las cosas.

Bajaba los escalones del patio cuando escuché una voz conocida llamándome desde el fondo:

—¡David! ¡Espérame! ¡No huyas!

Era mi Clarita.

—¡Hey! ¿Cómo le ha ido el día a mi compi favorita?

Sin contestar siquiera a mi pregunta, empezó a bombardearme con comentarios y preguntas raras sobre Sonia: que si me había visto dándole mi teléfono y ella había apuntado algo, que si no podía arreglar la vida de los alumnos, que si somos sus profesores…

Clara, la bruja. Siempre un paso por delante. Lo sabía todo sin que yo dijera nada. Y yo, con el depósito de paciencia casi vacío, me mordí la lengua, evitando la respuesta que realmente quería dar: «¿Por qué no te metes en tus cosas?».

Sabía que, si me dejaba llevar, la conversación se descontrolaría. Así que opté por la salida fácil: la mentira inocente.

—No te preocupes, Clarita. No es lo que piensas. Solo la estoy ayudando con un trabajo de Literatura.

Hasta que insinuó algo que no me gustó ni un pelo: «Es una menor… no puedes tener relaciones privadas con ella».

Me quedé de piedra.

¿De verdad pensaba que yo tenía algo con Sonia? ¿Que estaba tonteando con ella? ¿En serio mi mejor amiga me consideraba tan irresponsable, tan estúpido?

Me dolió. No lo esperaba y le contesté de forma un tanto brusca, aclarando que solo trataba de ayudar a Sonia con su trabajo de Literatura: «¿Tiene algo de malo ayudar con un trabajo a una alumna que está en apuros?».

Si seguía insistiendo, iba a enfadarme de verdad. Estaba desbordado estos días. Ni mi paciencia ni mi humor estaban en su mejor momento.

—Vale, vale, vale… No he dicho nada —Clara se justificó, cambiando de tema con una broma. Reímos, chocamos las manos e hicimos como si la conversación nunca hubiera existido.

4

Los resultados de mi «labor de caridad» con Sonia no tardaron en llegar. Perdí la cuenta de las horas extra que me supuso ayudarla. Ella también se implicó como nunca antes: me enviaba dudas casi a diario, respondía siempre a mis correos, entregó cada trabajo pendiente —y no eran pocos— y, en cada cambio de clase, venía a buscarme con esquemas, apuntes y resúmenes buscando mi visto bueno. Se dejó la piel en ello.

Hizo los exámenes de las asignaturas que la tenían contra las cuerdas y salió de todos con buenas sensaciones. Poco después, los profesores empezaron a subir las notas finales a la plataforma. Un milagro: Sonia había aprobado todo. Y no eran aprobados raspados, no. Sacó unas notazas. Me sentí pletórico.

¡Lo habíamos conseguido! Ahora podía relajarme y disfrutar de los últimos días antes de que terminara el curso. Me había quitado un peso enorme de encima.

Recorría los pasillos canturreando, saludando a unos y a otros. Los alumnos empezaban a recibir las buenas —y no tan buenas— noticias de sus notas finales. El final del curso se acercaba y se respiraba un ambiente festivo en cada rincón del IES Los Viñedos. Esa sensación de alivio y pequeños logros flotaba en el aire.

Iba camino a la sala de profesores cuando vi a Clara a lo lejos. Nos cruzábamos más de lo habitual últimamente, y algo parecía preocuparla. Tenía el ceño fruncido, la mirada perdida, como si estuviera atrapada en pensamientos que no la dejaban tranquila. Me acerqué en silencio, con una sonrisa traviesa, para sorprenderla.

—¡Pero bueno! ¡Si es la encantadora y preciosa Clara Rush! ¿Algún profesor apuesto ya te ha invitado a la fiesta de fin de curso?

Aparecí de repente, exagerando el tono y haciendo el tonto, para sacarle una sonrisa.

Clara dio un respingo y se giró de golpe. Creo que más que sorprenderla la asusté.

—Pues no —sus enormes ojos se hicieron dos líneas pequeñas mientras me dedicaba una sonrisa preciosa—. Tendré que ir sola y esperar a que el viejo Tomás me saque a bailar, trate de colocar su mano lo más cerca posible de mi culo y me respire con su aliento oliendo a cerrado.

—¡Eso no puede ser! ¿La profesora más guapa del instituto sin pareja? ¿Me harías el honor de ser mi acompañante?

Hice una reverencia y me quedé agachado delante de ella, esperando su respuesta afirmativa.

Todos nos observaban, y Clara estaba muerta de la vergüenza. Contestó enseguida, diciendo que sí lo antes que pudo, para poner fin al momento incómodo que había provocado. Luego se puso roja como un tomate.

—¡Ha dicho que sí, chicos! ¡Clara será mi pareja en la fiesta! —grité por los pasillos, levantando los brazos como si hubiera ganado la lotería.

Algunos alumnos me chocaron la mano entre risas y silbidos. Clara mostró su mejor sonrisa de compromiso y salió de allí a toda prisa, después de mandar callar a todos. Su rostro era un poema. Odiaba estas situaciones. Y yo, que lo sabía, lo hacía aún más a propósito. Seguro que ni recordaba ya lo que la había tenido tan preocupada hacía un momento.

Entre el alboroto y las risas, al girarme para seguir sus pasos, me fijé en una esquina, apartada de todo aquel revuelo. Sola.

Sonia estaba llorando. Se me encogió el estómago. Me acerqué enseguida.

—Sonia, ¿estás bien?

Levantó la mirada. Sus ojos estaban llenos de rabia. Me sostuvo la vista con un gesto duro, desafiante, como si quisiera matarme allí mismo. No dijo nada. Simplemente se dio la vuelta y se marchó.

No me sorprendió. Ya sospechaba lo que estaba ocurriendo. Sonia estaba celosa.

Capítulo 12
La fiesta

22 de junio de 2024, Madrid

(David)

1

Los días previos a la fiesta de fin de curso se transformaron en un verdadero tormento. Cada mañana me despertaba con una avalancha de correos de Sonia. Lo curioso era que no llegaban desde su cuenta habitual, la que habíamos usado antes para comunicarnos. Se había creado una cuenta falsa desde la que no paraba de enviarme mensajes cada vez más fuera de lugar.

«¿Por qué ha invitado a la profesora Clara a la fiesta y no a mí?»
«¿Me ayudó a aprobar porque le gusto?»
«Profesor, no puedo dejar de pensar en usted.»
«Le amo.»
«¿Por qué no me contesta? Le echo de menos.»
«Deje a su novia, por favor. Yo le haré más feliz.»
«Mi madre no estará en casa esta noche. ¿Quiere venir a ver una película?»

Y así, uno tras otro. Como si no entendiera que sus palabras no solo me incomodaban, sino que me aterraban.

Pensé que, con el final del curso, todo se apagaría. Que Sonia me dejaría en paz, que se olvidaría de mí y que el verano la distraería

con cualquier otro amor juvenil. Solo respondí una vez, totalmente desesperado:

«Esto tiene que acabar de una vez, Sonia. Para.»

No recibí nada más… hasta hoy. El mismo día de la fiesta.

Mi teléfono vibró. Un mensaje de un número que no tenía guardado. Al abrirlo, las palabras me dejaron sin habla:

«Si no me besa en la fiesta de esta noche, haré una locura. No quiero vivir si no es a su lado. No cuente nada de esto a nadie. Tengo el correo lleno de mensajes suyos. Puedo sacarlos de contexto si quiero. Contaré que me acosa si es necesario. Me creerán a mí. —S.R.»

«S.R.», sin duda las iniciales de Sonia Rivante. Era ella.

¿Qué demonios era eso?

Justo lo que me faltaba.

Una oleada de incomodidad y miedo me recorrió el cuerpo. La ansiedad me engulló al instante. Esta situación me estaba devorando por dentro. Llevaba días al borde del colapso, más arisco, más irritable. Con ganas de desaparecer, de cerrar los ojos y que todo esto —ella, los correos, los malentendidos, las amenazas— se esfumara. Ya no quería hablar con nadie, ni bromear, ni siquiera pensar. Me sentía apagado.

En ese momento decidí que, esa noche, hablaría con Clara. Sin rodeos. Le contaría todo, desde el principio, sin filtros. Estaba dispuesto a aguantar su regañina, sus «te lo dije», todo lo que tuviera que decirme. Ya no podía más.

Quizá ella pudiera encontrar una solución. O, al menos, hablar con Sonia y hacerla entrar en razón.

Si no, no me quedaría otra opción que hablar con Alba y contarle lo que su hija estaba haciendo. Aunque, siendo sincero, tampoco creo que le sorprendiera demasiado. En nuestra última reunión, ya me había dado la impresión de que Sonia había agotado por completo la paciencia de su madre con su comportamiento errático y esa rebeldía sin freno.

Había llegado el momento de desenmascarar a Sonia. No podía pasar por alto esta amenaza. La cosa no pintaba bien… Esa chica era capaz de cualquier cosa.

Antes de empezar a prepararme para la fiesta, llamé a Isa. Hablamos por teléfono durante casi una hora. Me encantaba charlar con ella. Siempre conseguía transmitirme una calma increíble, justo lo que necesitaba en ese momento. Nunca había sentido algo así con nadie. En un par de días nos íbamos de vacaciones a Barcelona a ver a su familia, y no paraba de contarme todos los lugares que quería enseñarme, además de los restaurantes que insistía en que probáramos. Solo de escucharla, se me hacía la boca agua. Estaba deseando que llegara ese momento más que nunca. Necesitaba esas vacaciones con urgencia.

Cuando me di cuenta, ya era hora de empezar a arreglarme. El traje negro, la camisa blanca y los zapatos elegantes me esperaban. Disfrazarme de galán no era lo mío, pero la ocasión lo merecía. Tenía una flor para Clara: un tulipán entre naranja y rosa que había estado en remojo. Recordaba que me había contado que esas eran sus flores favoritas y que siempre le gustaba tener un jarrón con flores frescas en casa. Pensé que le haría ilusión recibirla. Media hora después, ya estaba listo.

Salí temprano de casa; no quería llegar tarde. Clara detestaba esperar: siempre era más puntual que cualquiera, mucho más que yo incluso. La esperé en la puerta del metro, en la parada más cercana al instituto. En cuanto la vi salir, no pude evitar sonreír. Llevaba un vestido negro de tirantes que se le ajustaba a la perfección, como hecho para ella. Estaba espectacular. Le entregué la flor, sus ojos se iluminaron y nos abrazamos. Intercambiamos cientos de piropos, como siempre, y nos dirigimos hacia la fiesta, sabiendo que aquella noche sería épica.

Cuando casi llegábamos a la puerta del instituto, el ambiente ya se sentía festivo. Había una multitud de chavales; muchos de ellos habían sido alumnos míos. Todos iban radiantes, con trajes y

vestidos que los hacían parecer mucho mayores. Miré inconscientemente hacia todas partes, buscando a Sonia. El mensaje que me había enviado hoy me tenía los nervios a flor de piel. Esa chica estaba fuera de sí, y no sabía por dónde podría salir todo aquello.

Y ahí estaba.

La vi justo en las escaleras, subiendo hacia la entrada del instituto. No quise mirarla demasiado, por no generar ningún tipo de sentimiento o que pudiera pensar que llamaba mi atención. Debí de ponerme pálido, porque Clara me miró preocupada y me preguntó si estaba bien. Disimulé lo mejor que pude. Pensé que luego le contaría todo, le pediría que hablara con Sonia para intentar hacerla entrar en razón y todo se arreglaría.

Clara iba agarrada a mi brazo y yo la guiaba mientras saludábamos a los chicos que se habían reunido en la entrada. Al fin, dentro, la tranquilidad nos envolvió de golpe. Habían decorado todo el instituto de manera espectacular.

—¡Vaya curro se han dado con la decoración, eh! —comenté, entusiasmado.

Ella me devolvió una sonrisa, aunque con un gesto extraño. Parecía que no tenía demasiadas ganas de estar allí. Me había costado sudor y lágrimas convencerla para que viniera y, por lo que parecía, no iba a animarse fácilmente.

Nos dirigimos al salón de actos, donde estaba montado todo el meollo: sonaba una música buenísima, las luces de colores giraban por todas partes y las mesas rebosaban de comida y refrescos. Todo estaba dispuesto para que aquella fuera una noche inolvidable.

Giré la cabeza hacia Clara y, para mi sorpresa, la encontré bailando totalmente desinhibida. Movía el cuerpo entero, con una sonrisa tan grande que parecía no caberle en la cara. No tardé ni un segundo en lanzarle la mano, deseando que la aceptara para bailar conmigo. Y, sin pensarlo dos veces, lo hizo. Abrimos la pista con una canción de Chayanne que, por lo visto, era de las favoritas de mi amiga.

Un par de bailes después, decidí invitarla a algo de beber. Clara acababa de susurrarme al oído que en su diminuto bolso llevaba una

petaca con ron para «darle alegría» a nuestros refrescos. Yo no soy de beber alcohol —ni me gusta ni me sienta bien—, pero esa noche no podía negarme a nada de lo que Clara propusiera. Había venido por mí, aceptó ser mi acompañante, y ahora sentía que me tocaba corresponderle: bebería si hacía falta, bailaría todas las canciones que me pidiera, la acompañaría a casa… lo que fuera por verla contenta.

Me dirigí a la barra para pedir nuestros refrescos. De regreso, mientras volvía entre la multitud, pensaba en lo que necesitaba contarle. Era el momento. No podía guardármelo más. Tenía que ponerla al tanto del asunto de Sonia. Estaba convencido de que Clara, con su carácter firme y esa forma suya de ver las cosas, podría ayudarme a hacerle entender a mi alumna que lo que me reclamaba era imposible, una auténtica locura.

Llegué con los refrescos y encontré a Clara entregadísima en la pista, moviendo las caderas y agitando los brazos al compás de la música. Estaba tan metida en el ritmo que entendí enseguida que tendría que esperar a que bajara un poco la intensidad para poder hablarle de lo que me tenía en vilo.

La sala pronto se abarrotó; todos nuestros compañeros se unieron a la fiesta. El ambiente era tan alegre que, por un rato, logré apartar de mi cabeza el asunto de Sonia.

Hasta que lo sentí. Esa sensación incómoda de estar siendo observado. Me giré casi por instinto y la vi: Sonia. Clavada en mí, con una mirada que oscilaba entre el rencor y la tristeza. Cuando notó que la estaba mirando, no titubeó. Abrió su bolso y sacó algo que me heló la sangre.

Parecía una bolsa con pastillas —muchas, todas blancas—. Entre las luces que giraban y el movimiento de la pista, no podía asegurar al cien por cien lo que veía, pero la escena resultaba perturbadora.

Busqué a Clara entre la multitud, con la esperanza de que me ayudara, pero estaba tan enfrascada en disfrutar que no quise romperle el momento. Así que tomé aire y decidí acercarme yo primero a Sonia. Si no conseguía hacerla entrar en razón, entonces pediría refuerzos.

Salí del grupo de profesores y comencé a abrirme paso entre los alumnos que llenaban la pista. Me costaba horrores llegar hasta Sonia: todos querían que bailara con ellos, me tiraban de las manos, me sonreían, me pedían que me quedara un momento. Ojalá hubiera podido compartir unos pasos con cada uno; me encanta verlos disfrutar. Pero aquella no era una noche para eso. Tenía que llegar a Sonia. Era urgente.

—Sonia, ¿qué significa eso que acabas de enseñarme? ¿Qué demonios son esas pastillas? —pregunté, agotado y con la voz cargada de frustración. Esta historia parecía no tener fin.

—Se lo advertí, profesor —me respondió con la mirada clavada en la mía, los ojos encendidos en una mezcla de desesperación y rabia —. Le dije que, si no me besaba hoy, haría una locura. Lo amo. Quiero estar con usted y, si no es así, no quiero seguir viviendo.

Sentí cómo el peso de todo lo que había pasado me aplastaba un poco más.

—No digas tonterías, Sonia. Ya hablamos de esto. Creí que lo habías entendido. Te dije que no contaría nada a nadie si todo esto terminaba de una vez. Pero tiene que parar. Ya.

—¿Pero… no le gusto? ¿Nada? ¿Ni siquiera le gusta mi vestido? Lo compré para usted. Y… ¿sabe una cosa? Ayer fue mi cumpleaños. Ya tengo dieciocho años. Podemos dar rienda suelta a nuestro amor, David.

—¿Qué amor, Sonia? —le respondí, sintiendo cómo se me encendía la sangre—. Eres mi alumna. Solo te he ayudado a sacar el curso adelante. Yo tengo novia. No quiero ser cruel, pero… no quiero nada contigo. ¿Es que no te das cuenta de que esto no tiene sentido?

Sonia se quedó en silencio. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras me miraba como si esperara una respuesta que nunca llegaría. Estaba quieta, inmóvil, como si mis palabras la hubieran roto por dentro.

Intenté suavizar mi tono:

—Mira, voy a llamar a Clara. Ella puede ayudarte mejor que yo — le dije, buscando ofrecerle una salida. Quizá encontraría las palabras para que Sonia viera las cosas con menos dolor—. Habla con ella. Es

psicóloga, te va a entender. Dame un segundo, voy a pedirle que venga.

—¡No estoy loca! —gritó Sonia, con una mirada desafiante.

Y antes de que pudiera girarme para buscar a Clara, salió corriendo del salón de actos, abandonando la fiesta en un abrir y cerrar de ojos.

Me quedé unos segundos sin reaccionar, con la sensación de que algo muy grave acababa de empezar.

La música seguía golpeando desde el salón de actos, pero yo ya no estaba allí. El jaleo de la fiesta me resultaba ajeno, como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo. Solo quedaba mi respiración acelerada y la certeza de que algo terrible acababa de estallar.

Recobré el control como pude y salí corriendo. Sonia era capaz de cualquier cosa en ese estado.

—¡Sonia, espera! ¡No hagas ninguna locura! ¡Sonia! —mi voz resonaba en los pasillos vacíos, perdiéndose entre las puertas cerradas.

La música retumbaba a lo lejos, pero lo único que me alcanzaba era el eco de sus sollozos, filtrándose por algún rincón del instituto.

Seguí aquel sonido quebrado hasta llegar al aula de música. Abrí la puerta de golpe. Y allí estaba.

Semidesnuda. Había tirado el vestido rojo al suelo y estaba de pie, tambaleándose, apenas sostenida en ropa interior.

Me lancé hacia ella para impedir que cayera, pero en cuanto me acerqué empezó a gritar. Golpeaba con los puños, me empujaba, me insultaba entre lágrimas inconexas. Estaba fuera de sí, completamente desbordada.

Intenté contenerla, calmarla, frenar sus manotazos, pero era más fuerte de lo que parecía. Forcejeamos unos segundos que me parecieron eternos.

Y, de repente, se apagó.

Como si alguien hubiera cortado la corriente, se quedó inmóvil. Sus ojos en blanco me miraron por un instante antes de que su cuerpo se desplomara como una muñeca rota.

La atrapé justo antes de que golpeara el suelo. No pesaba nada. La tenía en brazos, zarandeándola suavemente, rezando por una reacción.

—¡Sonia! ¡Sonia, dime algo, por favor! ¡¿Qué has hecho?!

Nada.

Su cuerpo era un trapo. Apenas un hilo de respiración escapaba por su boca entreabierta. Sus ojos, medio cerrados, no enfocaban nada.

El pánico me atrapó con fuerza. Necesitaba ayuda. Ya.

Me obligué a reaccionar. Todo nublado, como si el mundo se hubiera teñido de gris. Dudaba incluso de si aquello era real o si estaba atrapado en una pesadilla de la que no podía despertar.

Entonces escuché un ruido a mi espalda.

Me giré, aún con Sonia en brazos.

Y la vi.

Clara.

Recuerdo con gran nitidez el espanto en su rostro. La forma en que sus ojos se abrieron de par en par. Y cómo, sin decir una sola palabra, dio media vuelta y echó a correr.

No se acercó. No intentó ayudarme. No preguntó nada. Solo huyó.

Me quedé helado, viendo cómo desaparecía, dejándome allí con Sonia en brazos y un nudo insoportable en el pecho.

—Joder, Clara… —susurré, con la garganta hecha un puño de pena y decepción.

Capítulo 13
Nunca fue una niña fácil

Mayo de 2024, Madrid

(Alba)

Apuntaba maneras desde pequeñita.

Recibió demasiadas atenciones desde que era chica y yo… cuando ese sinvergüenza nos abandonó, cuando Sonia tenía solo nueve años, la protegí y consentí más de lo que ya veníamos haciendo. No me exculpo de cómo es mi hija ahora; fui una de las principales responsables. Me desvivía por darle una infancia de película.

Todo iba de maravilla. Éramos una familia feliz, con nuestros problemas, como todas, pero nos queríamos, y con eso parecía bastar. O eso pensaba entonces.

No pudimos darle un hermanito a Sonia, y mira que lo intentamos. Hoy, en cambio, me siento agradecida por ello; todo lo que sufrió mi hija se habría duplicado si hubiéramos tenido otro hijo.

Unos meses antes de que aquel desgraciado rompiera nuestras vidas, el comportamiento de Martín —su padre— empezó a volverse extraño. Había cambiado de trabajo y ahora pasaba las noches tras la barra de un casino, preparando cócteles y sirviendo copas, seis días a la semana.

Siempre fuimos camareros. Ninguno de los dos tuvo oportunidad de estudiar. Aceptábamos cualquier empleo con tal de darle lo mejor a Sonia. Queríamos que estudiara, que se labrara un futuro, que nunca sufriera la presión de una cuenta en números rojos.

Después de mucho pensarlo, Martín y yo pedimos un préstamo para celebrarle a Sonia una comunión como la de sus amigas. Ella no

paraba de hablar de vestidos y banquetes; quería una comunión de princesa, y nosotros queríamos dársela.

Sonia era muy caprichosa; la hicimos así a base de mimos y de concederle todo lo que pedía. Nos hacía tan felices verla contenta con cada cosa que le dábamos… y ahora lo pago yo: sigue igual que entonces. Se frustra si no consigue lo que quiere, y, si no lo logra, monta unos numeritos que ya no se corresponden con su edad.

El problema comenzó cuando Martín empezó a llegar todavía más tarde de la hora habitual. Ya trabajaba hasta altas horas, pero ahora solía quedarse fuera incluso más tiempo. Siempre se justificaba diciendo que hacía horas extra, que eso se notaría a final de mes, y que lo hacía por nosotras. «Lo mejor para mi familia», decía el muy mentiroso.

Un día llevé a Sonia a por su traje de comunión. Estaba tan contenta… No había un solo momento en que no sonriera. Iba a darle la mejor comunión que pudiera soñar. El banco nos había concedido el préstamo y quería que fuera un día inolvidable.

Elegimos juntas un traje precioso. Mi niña parecía una muñeca. Pero, al ir a pagar, la dependienta me dijo que había un error:

—No se preocupe, este sistema suele fallar a veces —comentó, restando importancia.

Lo intentamos tres veces más, pero nada, la tarjeta no pasaba. Accedí a mi cuenta desde el móvil y, al ver los datos, me quedé sobrecogida: la cuenta donde habían ingresado el préstamo estaba vacía. A cero.

Llamé inmediatamente a Martín. Tenía el teléfono apagado. Diez llamadas más, y nada.

¡Nos habían robado!

Le pedí disculpas a la dependienta, le pedí que reservara el traje y le aseguré que volvería en unos días. Todo era un error, repetía para convencerme a mí misma.

Corrí hasta casa tirando de Sonia. No estábamos lejos. Llegamos casi sin respiración, buscando a Martín. Al menos, cuando nos fuimos, seguía allí, acostado. Nunca imaginé que jamás volvería a verlo.

Solo encontré una nota:

«Lo siento. No sé cómo he podido caer tan bajo. Lo devolveré todo. Me voy. Os quiero.»

Me senté en el suelo, contra la pared, blanca como la cal. Sonia no paraba de zarandearme la mano con fuerza.

—Mamá, mamá, ¿qué te pasa? ¿Y papá? ¿Qué ha pasado? ¡Mamá!

Solo pude mirarla y abrazarla, dejando que las lágrimas me desbordaran mientras la apretaba contra mí.

Cuando logré tranquilizarme un poco, llamé al trabajo de Martín.

—¿Martín? —respondieron desde el otro lado—. Buena pregunta, señora. Lleva una semana sin presentarse. Nos ha dejado una deuda de diez mil euros en el casino. El asunto ya está en manos del juzgado.

Y aquí estoy, pagando el préstamo de la comunión de Sonia —que nunca celebramos— y la deuda que dejó mi todavía marido en el casino. Porque, legalmente, seguimos casados.

No lo he vuelto a ver.

Nunca más supimos de él. Solo sé que está en Lanzarote, rehaciendo su vida. La tía de Sonia —la hermana de su padre— me lo contó… hasta que le prohibí mencionarlo en mi presencia y en la de mi hija.

Trabajo y pago. Trabajo y pago. Trabajo y pago.

Esa es mi vida desde entonces.

Mientras tanto, Sonia se niega a estudiar, a colaborar en casa y, por si fuera poco, se dedica a malgastar el poco dinero que gana en el restaurante en caprichos, ropa y fiestas. No le busqué ese empleo para que aportara nada en casa; de eso me encargo yo. Lo hice porque su psicóloga —a la que acude desde lo de su padre, y que me cuesta un ojo de la cara— me lo recomendó.

No ha sido fácil para ella. No lo ha sido para ninguna de las dos. Sonia estaba muy unida a su padre; lo adoraba. Ambas lo

adorábamos. No entiendo cómo una persona puede cambiar tanto de un día para otro y desprenderse de una familia con tanta frialdad.

Lo superamos juntas, como pudimos. Pero ella nunca volvió a ser la niña dulce que era antes. Empezó a tratarme bastante mal. Los estudios se le hicieron cada vez más cuesta arriba. No es que se portara mal en clase; los profesores nunca se quejaron. Pero siempre hacía lo justo para aprobar. Estudiaba el último día, y la habían pillado alguna vez entregando trabajos que otros compañeros le hacían… A duras penas iba pasando de curso. Nunca repitió, pero siempre estuvo al borde.

Un día encontré el diario de Sonia. Sé que estuvo mal lo que hice, y me duele haber llegado a esos extremos, pero necesitaba saber en quién se había convertido mi princesa, qué hacía y qué pasaba realmente por esa cabecita.

Al principio eran cosas sin importancia: su día a día, anécdotas con amigas, comentarios sobre algún chico. Nada que me alarmara.

Hasta que empecé a leer sobre un tal David, un profesor de su instituto.

Sonia siempre fue fantasiosa, con la cabeza llena de pajaritos. Pero esto… esto no me gustaba ni un pelo.

—¿Qué estaba pasando con su profesor de Educación Física? —me pregunté, preocupada y sin entender del todo la situación.

"Había hecho una apuesta con Candy y Bea, mis mejores amigas. Ellas sabían perfectamente que el profe me gustaba. Muchísimo."

"Hoy ha sido el día... Me he declarado a David."

"Ya no sé qué hacer para llamar su atención, para gustarle."

"Es imposible que no se haya dado cuenta de todo lo que estoy haciendo para despertar su interés. Espero que no tarde mucho en decirme algo o voy a volverme loca."

Capítulo 14
Mi venganza

28 de abril de 2025, Cádiz

(David)

1

Llevaba unos días instalado en Cádiz, en una pensión cerca del puerto. No era el mejor lugar en el que me había alojado a lo largo de mi vida, pero solo serían unos días, hasta que pudiera mudarme al piso que había encontrado.

El tiempo había pasado muy despacio desde que mi vida dio un vuelco y todo cambió por completo. Poco a poco, logré dejar atrás el rencor que guardaba hacia muchos de los que me habían abandonado después de aquello.

Tras el malentendido en la fiesta de fin de curso de Los Viñedos, hace casi un año, mi vida perfecta se fue al traste. Perdí mi trabajo, que tanto me apasionaba; perdí a mi novia, que prefirió creer la versión de los demás antes que la mía; y perdí a mi mejor amiga, que me bloqueó sin escucharme, sin siquiera darme la oportunidad de explicarme.

Perdí también el sentido del humor, incluso las ganas de vivir…

Todo se complicó tanto que no tuve otra opción que marcharme, cambiar de vida. Ya no podía quedarme en Madrid. No había nada que me atara allí, solo malos recuerdos de una injusticia que, por suerte, no fue a más.

Sonia cambió su versión a última hora y decidió no presentar denuncia por lo que todos creían que había ocurrido: que David, el

profesor de Educación Física, había drogado a una alumna y había intentado abusar de ella.

¿Cómo pudieron pensar eso de mí…?

Recuerdo perfectamente aquel momento. Me encontraba allí, en el aula de música, sin saber qué hacer, con la joven en mis brazos, medio moribunda y sin ropa.

Había visto cómo mi mejor amiga me abandonaba, huyendo ante la escena, sin importarle nada de lo que realmente había sucedido. Dejándose llevar por pensamientos tan absurdos como injustos. No era la primera vez que insinuaba que yo me traía algo entre manos con mi alumna… Una menor. Increíble.

Me quedé allí, quieto, mirando a Sonia, sin saber cómo reaccionar. Era como si mi cuerpo fuera de piedra y pesara cien veces más. No era capaz de hacer moverse a mis pies, no podía casi ni respirar.

Fue entonces cuando oí una voz:

—¿David?

La miré, como si estuviera atrapado en una pesadilla. Mis ojos estaban totalmente perdidos, el aire que se amontonaba en mis pulmones no encontraba por dónde salir, mi ropa estaba desordenada y desaliñada y tenía todo el pelo hecho un revoltijo despeinado. Sostenía a duras penas a Sonia, que seguía en ropa interior.

La escena, sin duda, invitaba a pensar mal. No serviría de nada explicarme, ya estaba sentenciado. Nadie iba a creerme. Mi versión no tenía valor ante aquel panorama.

—¡¿Qué has hecho, desgraciado?! —gritó una voz femenina.

Es imposible recordar a quién pertenecían. Solo veía sombras, escuchaba voces ir y venir, como si procedieran de lejos.

Estaba completamente conmocionado.

Me quitaron a Sonia de los brazos y me quedé allí, de pie, apenas soportando el peso de mi propio cuerpo. Ya empezaba a ser consciente de lo que se me venía encima.

—¡Habla, David! ¡Dime qué ha pasado! ¡Responde, coño!

No podía. No podía articular palabra.

Mi cuerpo había perdido toda conexión con mi mente, con mi cerebro, con mi alma. Eran dos cosas completamente aisladas.

Comencé a moverme, casi sin darme cuenta.

Levitaba, sin más.

Sentía cómo me zarandeaban, me gritaban, me acusaban de un montón de cosas sucias y falsas.

Y lo único que pude hacer fue irme de allí, como pude. Nadie me retuvo, todos estaban alrededor de la alumna esperando que la ambulancia llegara.

Volví a casa caminando, mientras mi teléfono no dejaba de sonar. Ninguna de las llamadas ni mensajes era de Clara.

Cuando empecé a recobrar la conciencia, saliendo de esa especie de ensoñación, agarré el móvil, aún temblando, y le envié un mensaje a quien hasta hacía unas horas había sido mi mejor amiga. Ya sabía que me había visto en el aula de música cargando con Sonia y que había decidido huir sin ningún remordimiento. Aún me parece mentira que actuara así.

A pesar de todo, le envié decenas de mensajes, pidiendo ayuda, explicando que había tenido un problema, que la necesitaba con urgencia…

Los leyó todos.

La llamé una vez, otra, y otra.

Nada.

Hasta que, finalmente, me bloqueó y desapareció de mi vida.

Hasta ahora.

Clara había elegido un lugar idílico para comenzar de nuevo. No la culpo… aunque los días de levante no son lo mío, Cádiz tiene un encanto que no puedo negar. No me importaría pasar aquí un tiempecito, especialmente ahora que no tengo trabajo y empiezo a sentirme mejor de ánimo.

Necesito un espacio para volver a ser quien era, y este no está nada mal.

No me costó demasiado encontrarla. Hoy en día, con un poco de investigación en Internet, se puede rastrear a cualquiera. Localicé el instituto donde trabajaba y, en menos de una semana, ya estaba allí.

Había ideado un plan para darle una lección. No quería hacerle daño ni le deseaba nada malo; aún la quería, pero necesitaba darle un escarmiento y que aprendiera que a los amigos no se les deja en la estacada cuando más necesitan tu ayuda.

Sabía lo miedosa que era y pensaba hacer lo que hiciera falta para llevar su pánico al límite. Estaba dispuesto a todo. La perdonaría, sí, pero primero me aseguraría de que pagara por todo lo que me hizo sufrir: un poco de terror sin maldad… solo eso.

Lo primero que hice fue preguntar en la puerta del instituto a varios alumnos si Clara era su profesora, hasta que di con uno. Luego le pagué cinco euros para que dejara un sobre en su escritorio con una nota:

«SÉ QUE LO VISTE TODO. SÉ QUE ESTABAS ALLÍ».

2

El plan era perfecto. La conocía tan bien que no tenía dudas de lo que iba a pasar. Tras leer la nota, todo empezaría a cambiar para ella. Comenzaría a obsesionarse, a darle vueltas a quién podía haber dejado ese sobre en su mesa.

Ella cree que nadie se dio cuenta de que estaba allí, tras la puerta del aula de música. Se piensa que nadie la pilló huyendo, como la cobarde que es. Y sí… yo la vi.

Después, alquilé un piso en su mismo bloque: el segundo A. No fue barato, pero valió la pena. Era uno de los pasos indispensables para que todo saliera como lo había planeado. Todo tenía un porqué; cada pieza estaba perfectamente engranada.

Cuando me instalé, comencé a susurrarle mensajes inquietantes desde mi puerta cada vez que la pillaba pasando por delante. El edificio no tenía ascensor, así que, si quería llegar a su casa o salir de ella, tenía que atravesar por la mía obligatoriamente.

Me daba pena la pequeña Tiza. Se asustaba mucho y, más de una vez, me ladró como una loca, intentando defender a Clara.

Nada podía salir mal. Serían apenas unos días gastándole unas bromas pesadas y luego, en cuanto me pidiera perdón, todo volvería a la normalidad.

Poco a poco, invadí su espacio. La hice sentir que su hogar ya no era seguro. Me convertí en el titiritero de su estado de ánimo, manejando los hilos de su angustia, de su calma, de su vida… Empecé a golpear su puerta algunas noches, provocando su pánico. Desde el otro lado, la oía temblorosa, preguntando quién era, mientras yo respondía con risas malvadas y retorcidas. A veces me salían de verdad; lo admito, me hacía algo de gracia oírla así.

Pasado un tiempo, decidí que había llegado el momento de dejarme ver. Compré ropa de segunda mano por Internet: un

pantalón enorme de camuflaje, una sudadera negra con capucha tres tallas por encima de la mía, guantes y, para rematar, una careta de conejo blanco que daba muy mal rollo.

Era domingo. Había estado preparado desde las nueve de la mañana, esperando detrás de la puerta por si Clara salía. La seguiría y, cuando llegara el momento adecuado, la asaltaría.

Me tuvo dando vueltas por Cádiz durante tres horas, comprando cosas por aquí y por allá. Hasta que, finalmente, cogió rumbo a casa. Yo ya empezaba a conocer aquellas callejuelas y estaba seguro de que había un callejón estrecho por el que tenía que pasar antes de llegar a su portal. No había alternativa; en ese callejón nunca había nadie. Sería un lugar perfecto para lo que tenía en mente.

La esperé allí, medio escondido. Alguien tocaba el violín en una casa cercana, y eso me ponía algo nervioso. No quería que nadie me viera. No podía haber testigos.

Vi una sombra que se acercaba y, sin pensarlo, me la jugué: me planté en medio de la calle, disfrazado de pies a cabeza. Podía haber sido cualquier otra persona la que se encontrara con ese panorama. Saldría corriendo sin más; dudo que alguien me alcanzara.

Y apareció. Era Clara. Se quedó inmóvil, la pobre, cargada con algunas bolsas y un ramo de flores. Lo tiró todo y salió corriendo despavorida. En el fondo me sentí fatal y estuve a punto de gritarle que era yo y que no se asustara. Luego recordé cuando me abandonó con Sonia moribunda en mis brazos y se me pasaron las ganas de hacerlo. Tenía que sufrir un poquito más. Era el plan. Era innegociable.

Recogí sus cosas y me las llevé de allí lo más rápido posible. Regresé a casa a todo trapo, subí hasta el ático, coloqué sus cosas en el suelo, delante de su puerta, de forma ordenada —como haría un maniático—, y dejé la nota que ya traía preparada:

«ESTO NO HA HECHO MÁS QUE EMPEZAR.
VAS A SUPLICAR PERDÓN ENTRE LÁGRIMAS».

Bajé corriendo hasta mi piso, cerré la puerta y me apoyé en ella, temblando aún de los nervios, en silencio, esperando a que ella volviera y se encontrara la sorpresita.

La oí poco después. Subió a su casa, se detuvo un instante antes de entrar —supongo que leyendo la nota— y luego sonó un portazo seco, seguido del giro de las llaves por dentro.

Había llegado el momento de dar el siguiente paso: colarme en su piso mientras dormía. No me costó mucho hacerme con las llaves.

Cuando alquilé el segundo A ya había empezado a maquinarlo todo. La chica que me enseñó la vivienda era joven, de unos treinta y pocos años. No era mi tipo, para nada, pero fingí que sí y saqué a pasear todo mi repertorio: encanto, sonrisas, educación, caballerosidad. No fue difícil ganármela y, una vez en el bote, empecé a hacer preguntas sobre el piso.

—Me encanta la vivienda, se ve muy acogedora. ¿Es tuya?

—¡Ojalá! Pero no. El piso es de un inversor alemán que ha comprado varios en la ciudad y yo me encargo de su gestión.

—¡Ah! Vale, vale… Claro. Eso está muy de moda ahora: extranjeros que compran a precio de ganga, reforman y alquilan. Aquí en Cádiz, he oído, es un problema muy extendido. Nos están invadiendo con apartamentos turísticos —sonreí con descaro—. Y… ¿te encargas por casualidad de algún otro piso del edificio? ¿El ático, por ejemplo?

—El ático es de doña Alicia. A veces le hago el favor de enseñarlo a quienes están interesados en alquilarlo. Ella es muy mayor y no puede con estas escaleras. Pero la gestión es suya; es una mujer desconfiada.

Le di un poco más de conversación y, casi sin esfuerzo, conseguí el teléfono de la tal Alicia. Por lo visto era una mujer de carácter fuerte, difícil de engañar, curtida en los negocios y con calle a sus espaldas. Tenía que intentarlo. Tenía que jugar todas mis cartas. Tenía que conseguir la llave del piso de Clara.

Me sentía como un hábil jugador de ajedrez, moviendo piezas con paciencia. Todo estaba calculado.

El resto sería pan comido.

O eso creía…

3

Compré un móvil de prepago, metí algo de dinero y descargué una aplicación para poder escribir a Alicia y hablar con ella. Le mandé una nota de voz haciéndome pasar por el novio de Clara. Usé otra aplicación para transformar mi voz por completo, por si en algún momento se le ocurría delatarme y mostrar mis audios como pruebas.

—Buenas tardes. Disculpe mi intrusión y que la moleste tan temprano. Encantado de saludarla, mi nombre es Arón. ¡Un placer! Soy el novio de Clara Rush, su inquilina del ático de la calle Sagasta. He venido a darle una sorpresa y pasar unos días con ella. Me dio su número de teléfono ella misma cuando le alquiló el piso, por si alguna vez le pasaba algo. Es muy miedosilla, jejeje. Pues verá, ahora mismo ella está trabajando y no termina hasta las tres y media de la tarde. ¿Podría acercarme a alguna parte a por una llave del piso para poder entrar y sorprenderla cuando llegue? Si necesita cualquier otro dato o algún documento, no dude en pedírmelo. Estaré encantado de hacérselo llegar. Muchas gracias de antemano y que tenga un maravilloso día.

Mensaje enviado.

Me había quedado de maravilla. Aunque tenía muchas dudas de que fuera a colar… No creía que la mujer fuera tan ingenua como para entregarle la llave del piso de una inquilina a un desconocido. Pero… había que intentarlo. El no ya lo tenía.

La respuesta llegó casi al instante, en un mensaje escrito:

Hola, Arón. Me resulta raro que Clara no me haya dicho nada, ella sabe lo estricta que soy con las gestiones del piso.

Ufff, no iba a ser fácil. Ya lo temía.

Le contesté de inmediato:

> Lo entiendo y me tranquiliza que no le proporcione la llave del piso de Clara a cualquiera con tanta facilidad. Pero es una sorpresa. Ella no sabe nada. Dígame qué necesita y se lo mandaré sin ningún problema.

> Estoy a su entera disposición.

Me puse más suave que un guante. Incluso un poco repelente con tanta cortesía innecesaria. Pero estaba dispuesto a todo lo que fuera necesario para conseguir esa llave y rematar mi obra maestra. Mi plan genuino.

Esta vez, su réplica tardó un poco más. Solo rezaba para que no llamara a Clara para preguntarle por todo aquello. De repente, su mensaje:

> Dígame el DNI y el número de teléfono de Clara, el nombre de su perra, mándeme tres fotos juntos y redacte un escrito con sus datos personales donde me solicita la llave, acompañado de una fotocopia de su DNI.

—¿Solo eso…? Caray con la vieja —medité en voz alta.

Me iba a tocar falsificar el DNI. Lógicamente no iba a mandarle el verdadero. No soy muy hábil con ese tipo de cosas, pero… ¿qué no se puede hacer hoy en día con la tecnología tan avanzada que tenemos? Hasta un niño sería capaz de hacerlo.

Lo único que necesitaba era que esta mujer no verificara mis datos, o al menos que tardara un par de días en hacerlo.

Por la tarde ya lo tenía todo listo. Sabía de memoria el DNI de Clara; le ayudaba con todo su papeleo cada vez que lo necesitaba. Ella odiaba esos trámites y yo siempre le echaba una mano. Me pregunté cómo se las estaría apañando ahora.

¿Su número de teléfono? Lo tenía.

¿El nombre de su perra? Lo elegí yo.

¿Tan solo tres fotos juntos? Tenía cientos; solo debía elegir alguna en la que pareciera que había una complicidad especial y listo.

¿La solicitud de la llave? Redactada.

¿El DNI falsificado con inteligencia artificial? También hecho.

Se lo mandé todo y, en menos de una hora, ya tenía las llaves en mis manos. Alicia las había dejado en una cafetería de confianza, tal como prometió.

«La señora ha resultado ser más ingenua de lo que esperaba. Ha sido pan comido», pensé, mientras hacía girar compulsivamente la arandela del llavero alrededor de mi dedo índice.

Clara no se movió de su piso en todo lo que restaba de día. Se encerró a cal y canto. Sin embargo, ocurrió algo con lo que no contaba: recibió la visita de alguien. Una chica. La oí gritar en el rellano del ático como si estuviera poseída. Esto añadía un riesgo extra a lo que tenía pensado para aquella noche.

Fueron pasando las horas y la visita seguía allí. Parecía que no tenía pensado marcharse… Sobre las once de la noche, una mujer rubia bajó a la calle con Tiza, supongo que para pasearla. Estuvo fuera apenas veinte minutos y volvió a subir. La observé mientras bajaba las escaleras, por una rendija de la puerta de casa que dejé entreabierta. Solo lo justo para ver quién acompañaba a Clara. No se percató de nada. No la conocía. No la había visto en mi vida.

Dejé que la madrugada avanzara —tenía que asegurarme de que estuvieran dormidas— y, a las tres en punto, llegó la hora de actuar. Subí las escaleras con cautela. Aquellos escalones crujían como si protestaran con cada paso. Llegué al ático. Introduje la llave con cuidado, giré dos vueltas, agarré el pomo y empujé.

Toda mi discreción, para nada. Esa puerta hacía tanto ruido que entrar sin armar escándalo era imposible.

Iba disfrazado por completo, como esa misma mañana, cuando sorprendí a Clara en el callejón cercano al edificio donde vivimos. Tiza gruñía. Me acerqué despacio, esperando que me oliera y me

reconociera. Aquel gesto fue en vano. Empezó a ladrarme como si le fuera la vida en ello. Estaba aterrada. Estaba avisando. Me alejé y me coloqué cerca de la puerta, por si tenía que salir corriendo.

Clara apareció enseguida, desesperada, gritando el nombre de su chucha.

En ese momento, solo le importaba ella. Me dio una ternura brutal. Las echaba de menos, a las dos. Pronto todo acabaría y le contaría la verdad. Si es que después de esto todavía quería saber de mí.

—Tiza, Tiza, ven aquí, por favor… —gritaba Clara—. ¿Quién hay ahí? ¡No me das ningún miedo, desgraciado!

—Jajaja… eres patética, Clara —susurré, con ese tono que ya conocía de sobra—. Vas a suplicarme perdón…

Di un portazo y salí corriendo escaleras abajo.

Casi me caigo.

La verdad, creo que yo estaba más asustado que ellas. Esto empezaba a rozar la locura. Desde abajo, la oí romper a llorar. También escuché su voz, hablando con alguien. No supe si era la chica que estaba con ella o si hablaba sola.

No sé cómo, pero me dormí unos veinte minutos después. Estaba reventado. Llevaba demasiado tiempo sin dormir de verdad.

El sonido de mi teléfono fue lo que me despertó la mañana siguiente. Me había quedado dormido en el sofá.

Alguien llamaba insistentemente. Sin mirar quién era, descolgué.

—¡¿Quién eres, mentiroso?! ¡No eres el novio de Clara! ¡Me has engañado! ¡Más vale que te largues de Cádiz, la policía te está buscando! ¡No sabes el lío en el que te has metido!

Colgué sin decir nada.

Era Alicia. Me había pillado.

4

La policía no tardaría en llegar al piso de Clara para investigar qué había pasado. Y no sería raro que preguntaran a los vecinos si habían oído algo extraño esa noche.

Me tenía que ir, y rápido.

Recogí mis cuatro bultos, empaqué la maleta, dejé las llaves sobre la mesa del salón y salí de allí en menos de diez minutos. Mientras caminaba hacia el coche, llamé a la chica que me había alquilado el apartamento, aún con mi teléfono de prepago, y le dije que tenía que irme urgentemente de la ciudad, sin dar demasiados detalles. Le regalé un poco el oído para despistarla, le mencioné dónde podría encontrar sus llaves y le dije que podía llamarme si había algún problema —mentira, ya no me encontraría al otro lado— y adiós. Di de baja el teléfono al instante.

Me metí en el coche y empecé a conducir sin rumbo durante un buen rato. Al final, tomé dirección a Tarifa. Necesitaba sentirme una persona normal durante unos días y no un delincuente que se esconde constantemente de todos. Quería poder tomarme una tónica al sol sin preocuparme por quién pudiera estar en la mesa de al lado, surfear, encontrar algo de calma… Volver a ser alguien, dejar de ser ese fantasma que se oculta todo el tiempo.

Esos días me renovaron por completo. Pero, a pesar de todo, no podía dejar de pensar en Clara. ¿Cómo estaría? ¿Se le habría pasado ya el susto de mi intrusión en su piso? Pronto volvería a Cádiz, el plan continuaría unos días más y, finalmente, daría la cara. Había sido suficiente.

Volví a la ciudad y me alojé en la misma pensión cercana al puerto donde me quedé por primera vez cuando llegué. Allí me quedaría hasta que todo volviera a su sitio… o, más bien, hasta que todo llegara a su fin.

Antes de la traca final, antes de cerrar de una vez por todas esta conspiración retorcida, se me ocurrió organizar un par de encuentros sorpresa más con Clara. Un día la pillé en plena cita con Álex, un tipo que había conocido en Madrid, justo antes de decidir largarse y dejarlo todo atrás.

Llevaba ya un buen rato observándola desde la barra del bar, donde habían acabado su velada. Estaba completamente borracha —algo que no resultaba muy difícil, con dos cervezas ya le empezaba a patinar la lengua—. Era una pena perderme eso: Clara se vuelve tremendamente graciosa cuando ha bebido más de la cuenta. Olvida por completo su imagen recatada y formal, empieza a contar chistes malísimos sin control, a hacer payasadas constantemente y a soltar comentarios que salen sin filtro alguno, todo por esa boquita de niña buena.

Estaba terminando mi refresco cuando la vi levantarse y dirigirse hacia la barra. Yo no llevaba careta. ¿Cómo iba a entrar en un sitio de moda disfrazado de conejo con ropa de mercadillo? Ya me había costado lo suyo que me dejaran pasar con el *look* que llevaba…

Dentro del local no se veía nada. La luz era mínima, el aire estaba cargado de humo de *vapers* y flotaba una especie de niebla artificial que hacía casi imposible distinguir lo que había a escasos metros. Crucé los dedos para que Clara no me reconociera. Y si lo hacía… bueno, quizá ese sería el momento de dar la cara.

Me cubrí hasta los ojos con la capucha, por si acaso. Ella me miró. Algo la hizo reaccionar: tal vez la ropa, o el alcohol quemando sus neuronas, porque no dejaba de observarme, y su expresión cambió al instante. Me enderecé, la saludé agitando la mano, me levanté de mi taburete… y me fui.

Comenzó a seguirme, pero entre la borrachera y la multitud no tenía ninguna oportunidad de alcanzarme. Desaparecí sin esfuerzo. Me quedé en una esquina cercana, por si se le ocurría seguir buscando. Ya no me importaba si me pillaba; pronto lo sabría todo. Era solo cuestión de tiempo.

Me reí como un idiota al escucharla preguntar a un par de chicos en la puerta del pub si me habían visto. No lograba articular ni una

palabra coherente, apenas balbuceaba, totalmente arrastrada por las cervezas de más.

Todo quedó ahí. Al rato, vi salir a Álex, y se fueron juntos.

Un par de días después, mi proyecto de venganza alcanzaba su clímax en el instituto Gadir, donde Clara daba clases.

Conseguir colarme allí me costó lo mío, aunque ganarme la confianza del personal de conserjería resultó más fácil de lo esperado. Fueron exactamente dos visitas previas, en días diferentes, haciéndome pasar por un emprendedor que acababa de abrir su pequeña y humilde empresa de «desayunos con encanto».

Me presentaba allí cargado con una caja que había preparado con mimo: rebosante de cruasanes, zumo natural exprimido por mí mismo, fruta fresca, bombones, nueces y flores; todo lo que encontraba a buen precio en el supermercado.

Cuando los encargados de conserjería me preguntaban quién los enviaba, respondía con mi mejor sonrisa:

—¡Cortesía de la casa! Acabo de empezar en este precioso proyecto, y solo espero que algún día os animéis a pedirme alguna de estas cajas para mandar como detalle a alguien especial.

Me los gané a todos enseguida. Así que volví por última vez, con otro desayuno, cargado de la misma ilusión y mi sonrisa engatusadora. Toqué el timbre y me recibieron con los brazos abiertos.

—¿Qué nos traes hoy, cielo? —me dijo Lola desde la ventanilla—. ¡Qué buena pinta! Huele a bollería desde aquí.

—Solo un pequeño detalle para alegraros el día —respondí, dejando la caja con cuidado sobre el mostrador.

—¡Eres un sol! La próxima la pediremos nosotros, ¡lo prometemos! No te vayas sin dejarnos tu tarjeta.

«¿Mi tarjeta? Ups…» Acababa de darme cuenta de que la caja no tenía rastro alguno de ninguna marca de empresa: ni teléfono, ni contacto… nada. Solo una simple caja de cartón cargada de comida, y aun así nadie sospechó nada.

—Por supuesto —contesté amable—. Pero… ¿podría antes usar el baño? Me queda una larga jornada de reparto… y no puedo más.

Mi mejor cara de apuro funcionó a la perfección.

—¡Faltaría más! En ese primer pasillo de ahí —señaló con el dedo —, lo recorres entero, y, justo antes de llegar al final, a la derecha, tienes el baño de chicos.

—¡Millones de gracias, Lola! ¡Te debo una! —guiñito de ojo.Primera parte del plan conseguida: ya estaba dentro.

Ahora tocaba lo más fácil: sobornar a un chico para que me dijera cuál era y dónde estaba la clase de Clara. Esto ya me había funcionado cuando dejé la nota en su mesa al principio de todo. Tenía que repetirlo.

En menos de cinco minutos, me encontraba escondido detrás de una esquina cercana a su clase, esperándola. Diez euros me había salido la broma. No pasó mucho antes de que saliera casi corriendo por el pasillo. Su rostro estaba cansado, como si llevara días sin dormir bien. La seguí hasta que llegó a una puerta apartada de todo lo demás: los baños.

Le di unos minutos. Cuando el silencio cubrió el ambiente por completo, me colé sin hacer ruido. Solo una puerta estaba cerrada; me metí en el cubículo contiguo. La escuché orinar. Hubo una pausa. Luego sonó la cisterna y salió.

Yo ya llevaba puesta la careta y el disfraz de conejito psicótico. Me subí sobre el váter, por si miraba por debajo de la puerta. La escuché abrir el grifo. Empujé despacio la puerta detrás de la que me escondía, intentando no emitir ningún ruido y pillarla por sorpresa. Pero me vio a través del espejo. Su expresión cambió de golpe, el asombro y el miedo se mezclaban en sus ojos.

Después, todo pasó en pocos segundos.

Se lanzó hacia la salida queriendo escapar. La agarré por la espalda. Intentó zafarse —¿era cosa mía o estaba más fuerte que nunca?— y, de buenas a primeras, sin esperarlo, me embistió un cabezazo en la nariz. Todo se puso blanco. Me quedé desorientado unos segundos larguísimos. La visión se me nubló. La sangre

brotaba de mis fosas nasales y caía por mi cara, goteando por el cuello.

Solté a Clara al instante.

Imposible seguir fingiendo.

Estaba a punto de salir cuando…

—¡Espera, maldita sea! ¡Soy yo! —grité, con la voz ronca por el dolor.

Se quedó inmóvil. Lentamente se giró hacia mí.

Me quité la careta. Y entonces me vio.

—¿David?

Capítulo 15
No debí hacerlo

14 de mayo de 2025, Cádiz

(Clara)

1

—¡¿Tú eres gilipollas?!

David acababa de terminar de contarme todo lo que había pasado desde hacía un año hasta ahora.

Ese día no pude seguir dando clases. Fingí que me sentía mal —que no era mentira del todo— y nos fuimos directos a una cafetería escondida. Merecía una buena explicación. ¿Se le había ido la olla? ¿Por qué narices me había estado asustando de esa manera?

Estuve casi hora y media escuchándolo, sentada frente a él, con la boca literalmente abierta, sin poder pronunciar ni una sola palabra. Estaba completamente paralizada. ¿Cómo había podido idear un plan tan macabro? Y, sobre todo, ¿cómo había podido hacerme eso… a mí?

Si no le di una paliza en ese mismo momento fue porque en mi cuerpo no respondía ni un solo músculo.

David no paraba de intentar tranquilizarme mientras se reía con esa risa nerviosa e incómoda que le salía cuando la cagaba con algo. Y desde luego, en esta ocasión, se había coronado. Tenía la misma cara que se te queda cuando cuentas un chiste malo y nadie se ríe.

—No te enfades conmigo, Clarita. Yo también tengo motivos de sobra para no volver a hablarte en mi vida.

Touché.

Tenía toda la razón del mundo. No pude rebatirle.

—Lo perdí todo en cuestión de días —prosiguió—. Mi vida se fue al carajo. Perdí mi trabajo, perdí a mi novia, perdí a mi mejor amiga… Tuve que dejar el piso donde vivía porque varios padres de alumnos averiguaron mi dirección y me hacían la vida imposible. Y tú no estabas —dijo, agachando la cabeza.

—No lo hice bien, lo sé. No me siento orgullosa de cómo me fui de allí, ni por ti ni por Sonia. Pasara lo que pasara, me mintieras o no, los dos habríais necesitado ayuda…

—¿Vas a seguir dudando de mí? ¡Esto es la hostia, Clara! —me interrumpió, sin dejarme terminar.

—Necesito tiempo, David… Ha sido un año espantoso, y tu puta broma, escarmiento o como quieras llamarlo, no hace más que empeorar lo que siento por ti ahora mismo. ¿Qué quieres que te diga? En este momento solo quiero partirte la cara con las dos manos a la vez.

David me miraba con una mezcla de culpa y rencor. Como si él tampoco hubiera pasado página del todo.

—Lo entiendo, no te preocupes. Yo también necesité mi tiempo… para que dejaras de darme asco.

Zaaaasca. Sin anestesia.

—¿Asco…? —pude contestar al fin.

Si David supiera la de veces que he tenido que vomitar al recordar la imagen que presencié… Sonia en sus brazos, sin ropa. Yo sí sentía repugnancia absoluta cada vez que se me venía ese espejismo a la cabeza.

Algo había cambiado en él, eso era seguro. No era el mismo. Ni su mirada, ni su tono de voz, ni la expresión de su cara. Parecía un poco… ¿desequilibrado? Tal vez era normal. Si todo lo que me contaba era cierto, no tuvo que ser nada fácil pasar por lo que pasó después de aquella fiesta.

Puede que tuviera razón. Puede que solo necesitara asimilar la verdad, ordenar mis ideas y sentimientos, y dejar que el tiempo hiciera su magia. Quizá todo volvería a la normalidad con él.

Y si me estaba mintiendo… era cuestión de tiempo que lo supiera. Supongo que, ante un acto así con una menor, tarde o temprano la

justicia hablaría.

—No forcemos nada, ¿vale? —dije—. Dame unos días. Siento haberte hecho daño, haber desconfiado de ti así… y haberte dejado solo en un momento tan jodido. Por un lado, me siento fatal. Por otro… necesito ordenarme por dentro. Que todo vuelva a su sitio, poco a poco.

David me agarró el antebrazo con una ternura extraña, casi fingida. Me miró a los ojos con sus pupilas apagadas, sin una chispa del brillo que siempre había tenido. Y entonces, con la voz temblorosa —como si contuviera algo que no terminaba de salir—, dijo:

—Te quiero, Clara. Eres mi familia. Y nada ni nadie va a separarme de ti, ¿entendido?

Aquella frase me provocó más inquietud que ternura.

Es cierto que yo tampoco lo miraba con los mismos ojos de antes; había pasado demasiado miedo por su culpa y, ahora que sabía la verdad… me costaba verlo como antes. Un hermano no haría algo así a su hermana… o eso quiero creer. No lograba convencerme su versión de lo sucedido en la fiesta… Me costaba incluso tenerlo frente a mí sin estremecerme.

Le respondí con una media sonrisa forzada. Imposible decirle «te quiero» ahora, con este revoltijo de sentimientos y todo tan fresco todavía.

—Me voy a casa, David. Necesito descansar. ¿Qué tienes pensado hacer? ¿Te quedas por Cádiz o te vas? —pregunté, solo para no cortar la conversación de forma tan brusca. Si era honesta conmigo misma, prefería que se largara lo antes posible.

—Creo que me quedo un tiempecito. La ciudad me encanta y me siento genial aquí. No me extraña que hayas elegido este sitio para tu nueva vida.

La charla era fría, cortante. Hablábamos por hablar.

—Sí… a mí me encanta… Bueno, David, voy tirando para casa. Tengo que pasear a Tiza y necesito descansar un poco. Hablamos, ¿vale? —dije mientras me levantaba de la silla.

—Estaré cerca, Clarita. Cuando quieras verme, cuando estés preparada, solo tienes que avisarme. Todo volverá a ser como antes,

ya verás.

Me sonrió y me guiñó un ojo, como solía hacer. Aquella mueca me hizo sentir en casa por un instante.

Me puse de pie, lo miré y le dije:

—Me alegra tenerte de vuelta. Te he echado de menos.

Y me fui.

Salí de allí y puse rumbo a casa. Pasaría toda la tarde en el sofá. Estaba muerta de cansancio, me dolía la cabeza, tenía ganas de llorar, de comer porquerías, de abrazarme a mi chuchita y de que ese día horrible se acabara de una vez.

Al llegar a mi portal, un escalofrío me recorrió la nuca.

La estrecha acera frente al edificio estaba repleta de cajas, muebles y bultos.

Alguien se estaba mudando de nuevo al bloque.

Alcé la vista hacia la fachada: el cartel de «SE ALQUILA» del segundo A ya no colgaba del balcón.

No pude evitar sentir miedo…

2

Entré en el edificio y me topé de frente con un morenazo alto, fuerte y musculoso, de pelo corto y rizado; tenía unos ojos verdes inmensos y una sonrisa impecable, con los dientes perfectamente alineados y muy blancos.

«Madre mía, ¿qué clase de Dios del Olimpo es este?», pensé, recorriendo todo su cuerpo con la mirada.

Estaba apilando cajas cuando, de repente, se giró justo hacia donde yo estaba. Me pilló de lleno dándole un buen repaso visual.

—¡Hola! Me llamo Noel, soy el nuevo vecino del segundo A. ¡Encantado! —dijo, mientras se cargaba una caja en su enorme hombro y extendía la otra mano hacia mí.

«Vaya maromo», no podía dejar de pensar mientras lo escuchaba.

—¡Ah! Encantada —dije, estrechándole la mano—. Qué bien. ¡Bienvenido! Me llamo Clara. Vivo en el ático. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes —añadí con mi mejor tono entusiasta. El día tan espantoso que había tenido hasta entonces se esfumó cuando me miró a los ojos.

—Gracias, Clara. Igualmente. Un placer. Nos iremos viendo por aquí —respondió con una sonrisa tímida, y se puso rojo como un tomate.

Me ofreció pasar antes por las escaleras. No pude evitar fijarme en sus brazos marcados, al descubierto bajo la camiseta deportiva con las mangas recortadas. Por la sisa ancha asomaba parte del pectoral, firme y dorado por el sol. Su piel, de un tono caramelo suave, tenía un brillo natural que pedía a gritos ser acariciada horas y horas.

Pasé a su lado. Olía tan bien que puse los ojos en blanco cuando ya no me veía la cara, y me mordí el labio mientras subía los escalones hacia casa.

—Hasta luego, ¡suerte con las escaleras! Son criminales —concluí, intentando ser graciosa.

—Ufff, me queda un largo día… Si te aburres y quieres echarme una mano con las cajas, no dudes en avisar. Toda ayuda se agradece —bromeó.

Yo te ayudo a ti con todo lo que necesites, morenazo.

—Jajaja… Creo que no vas a tener suerte hoy —respondí, guardándome lo que realmente quería decir—. Prueba con la vecina del primero B, Pamela; ella seguro que está encantada de echarte una mano.

Me miró, entre inocente y confundido, sin saber si lo decía en serio o en broma.

Pamela ya vivía aquí cuando yo llegué. No sabría decir cuántos años tiene en realidad; sus doscientas cirugías distorsionaban cualquier cálculo. Aparentar, aparentaba unos cuarenta y largos, pero muy bien llevados. Estaba claro que esa mujer se cuidaba. El pelo rubio, corto y liso, siempre impecable, como recién salido de la peluquería. Vestía ropa cara, pija y, a la vez, excesivamente exuberante. Le encantaba llamar la atención.

Cuando David vivía en el segundo A —ahora podía ponerle cara al vecino loco—, recuerdo cómo escuchaba a Pamela subir algunas veces. Llamaba a su puerta con los nudillos y decía casi gritando:

—¡Hola, hola! Soy Pam, la vecina del primero B, vengo a presentarme.

Pero siempre se iba sin obtener respuesta.

Ahora lo entiendo todo… David no quería dejarse ver ni relacionarse con nadie. El muy cabrón lo tenía todo bien planeado.

Estaba segura de que, en cuanto Pamela viera al nuevo vecino, no tardaría en abordarlo, acosarlo y lanzarle la caña a diestro y siniestro…

Eso, si yo no me adelantaba.

Noel me siguió escaleras arriba con la caja en brazos, y yo, consciente de que venía unos pasos por detrás, me esforcé por subir meneando el culo lo justo para que se fijara, pero sin llegar a parecer descarada.

Cuando llegamos a su planta me volví para despedirme y… ahí estaba, comiéndome con los ojos. Al darse cuenta de que lo había pillado, se puso aún más rojo, desvió la mirada y se despidió.

Subí el resto de las escaleras muerta de la risa.

Ya en casa, tranquila y a gusto en el sofá, llamé a Carlota. Tenía que avisarla y contarle todas las novedades sobre David. No habíamos vuelto a hablar del tema desde aquel día. Ella se había quedado en Madrid, con toda la carga que yo le solté justo después de confesarle lo de la fiesta.

Sé que estuvo investigando, llamando al instituto, preguntando por un lado y por otro… y tenía que frenar aquello. También quería saber qué había averiguado.

Había llegado el momento de dar la cara y hablar del asunto de una vez. Tenía que agarrar el toro por los cuernos. Era mi turno. Ya estaba bien de abusar de mi amiga… Carlota me había dicho que no volvería a sacar el tema hasta que yo estuviera preparada. Y ya lo estaba.

No tardó ni dos tonos en coger el teléfono.

—¿Cómo está la chica más preciosa de Cádiz? —respondió con su alegría de siempre.

—¡Hola, Carloti! ¿Cómo estás? ¿Qué tal todo por los madriles? —contesté, sintiendo de golpe cuánto la echaba de menos.

—Todo de maravilla, Clari. Tenemos compi nueva de piso y es muy enrollada. Ha llegado como agua de mayo —nunca mejor dicho —. Las cosas van genial por aquí. Rosita cada día es un poco más soportable y, escucha lo que te digo: hasta estamos empezando a llevarnos bien. ¿Increíble o no? Pero bueno… ¡cuéntame! ¿Cómo van las cosas por allí?

Sin pensarlo mucho, ni buscar una forma más sutil de decirlo, solté el notición:

—David está en Cádiz. Lo he visto. He hablado con él.

—¿Qué coño me estás diciendo, amiga? Avisa a la policía ahora mismo, ¿eh? Ese no es trigo limpio, es peligroso, un perturbado, un hijo de la grandísima…

Se le notaba muy alterada; su tono habitual, bromista, se volvió de repente tenso, ansioso.

—Tranquila, Carloti… —no la dejé seguir—. Déjame que te cuente. Todo ha sido un malentendido. Esa alumna estaba obsesionada con él, lo acosaba, lo amenazó con suicidarse si no dejaba a Isa y salía con ella… si no le besaba. David no quiso perjudicarla y no contó nada, hasta que se le fue de las manos. El muy cabrito ha estado asustándome todo este tiempo disfrazado de conejito psicópata y persiguiéndome por todas partes. Me ha hecho la vida imposible para darme un escarmiento… por haberlo dejado solo sin siquiera escucharle. Sé que suena muy *heavy* y yo tampoco termino de entenderlo, pero… hay que ponerse en su pellejo: ha perdido el trabajo, le ha dejado su novia, está solo…

Mientras le contaba todo aquello a Carlota, me iba dando cuenta de lo loco e incongruente que sonaba todo… ¿De verdad era necesario todo lo que hizo para darme una lección? ¿De verdad no disfrutó viéndome sufrir a mí?

Carlota no decía nada. Solo escuchaba. Notaba su respiración al otro lado del teléfono. Podía imaginarme su cara: con la boca abierta y los ojos más abiertos aún, mirando de un lado a otro con esa forma suya de gesticular, exagerada y divertida incluso en estado de *shock*.

Seguí hablando:

—Ahora mismo estoy igual o peor que tú. No sabes las semanas que he pasado aquí. Estaba cagada de miedo. No te dije nada para no preocuparte, pero no ha sido fácil.

—Ahora solo necesito tiempo. Para asimilarlo todo. Para olvidarme de lo que me ha hecho pasar. Y ya se verá.

Silencio.

—¿Carloti? ¿Sigues ahí?

—Sí… Estoy… estoy aquí —contestó, pensativa—. Pero… hay muchas cosas que tú no sabes, Clari. Muchas cosas que he averiguado y que no te he contado. Estaba esperando ansiosa a que quisieras hablar del tema. Hay muchas cosas que no me cuadran en toda esta historia.

Capítulo 16
Soy la auténtica Carlota Holmes

2 de julio de 2024, Madrid

(Carlota)

1

Había llegado a la puerta de la tienda y entré sin pensármelo mucho.

Plin plin.

Una campanita, justo encima de la puerta, se chivó de mi llegada.

Busqué con la mirada y la encontré enseguida. No me hizo falta escudriñar demasiado: el local era más bien pequeñito.

Estaba allí, detrás del mostrador, con una pila de discos de vinilo delante que casi la tapaban por completo. No era muy alta; debía medir un metro y medio como mucho. Llevaba el pelo color carbón, con un corte ochentero justo por debajo de la nuca y un flequillo recto que le sentaba genial.

Era bastante atractiva.

—Buenos días, ¿eres Isa?

Ella levantó la vista y me regaló una sonrisa claramente fingida, que contrastaba con la tristeza del resto de su rostro.

—Sí, soy yo. ¿Puedo ayudarte en algo? —respondió con voz apagada, los ojos hinchados y ojerosos, como los de alguien que no está bien.

—¿Qué tal estás? Mi nombre es Joana. Estoy investigando acerca de lo sucedido en la fiesta de fin de curso del IES Los Viñedos —dije, mintiendo sin pestañear.

No sabía si me estaba metiendo en un lío, pero ¿quién iba a comprobar si era o no detective privada?

La expresión de Isa cambió de golpe. Las lágrimas le brotaron sin poder contenerse y empezó a llorar.

Sin decir palabra, salió de detrás del mostrador, caminó hacia la puerta, echó la llave y giró el cartelito sujeto al cristal con una ventosa.

Estaba cerrando la tienda.

Aquello solo podía significar una cosa: iba a contarme algo. Si no, me habría echado de allí a patadas directamente o me habría soltado alguna excusa absurda para darme largas.

—Perdona, ¿cómo me has dicho que te llamabas? —preguntó Isa, apoyándose con la espalda en el borde del mostrador y cruzando los brazos en un gesto más defensivo que relajado.

—Me llamo Joana. Es un placer, Isa. ¿Hay algo que puedas contarme sobre aquella noche? O sobre las anteriores… o sobre David. Cualquier detalle puede ser esclarecedor en la investigación del caso.

Isa inspiró hondo, como quien se prepara para algo doloroso, y fijó la vista en una estantería de la tienda. Estaba claro que le traía recuerdos. Yo ya sabía —porque había estado cotilleando— que David y ella se habían conocido allí.

—Sé lo mismo que todos los demás… David nunca me habló de aquella alumna. Solo supe de ella una vez, cuando él la acercó a casa porque su madre no había podido ir a recogerla… Ahora me pregunto si eso fue verdad, o solo una artimaña de ambos para pasar un rato más juntos. No sé… Estoy hecha un lío —dijo finalmente, y entonces me miró de nuevo. Esta vez, con los ojos bien abiertos, como buscando una respuesta que ni ella misma tenía.

—¿No notaste nada raro en David? ¿Nada que no te encajara del todo en las últimas semanas?

Se quedó en mute. Pensativa. Larguísimos segundos que parecían minutos.

Hice un gran esfuerzo por no hablar. No soporto esos silencios incómodos, pero había visto suficientes películas policíacas como para saber que a veces eran necesarios: los interrogados soltaban más cuando el silencio se hacía insoportable.

—Yo le amo, ¿sabes? No sé ni por qué lo he dejado. Estoy hecha un lío.

Que sí, que sí, pesada… que ya me he enterado. Estás hecha un lío… ¿Quieres soltar prenda de una vez, criatura?

—Lo entiendo —respondí, tratando de aparentar empatía con su situación—, pero de verdad es importante que me cuentes cualquier cosa que te descuadrara por aquellos días.

—Le pillé un teléfono móvil que no era el suyo en el cajón de su mesilla, escondido. Estaba apagado y, por detrás, tenía una etiqueta con las letras «S.R.». Me pareció raro, pero no me hizo pensar mal. Tenía total confianza en David —y rompió a llorar de nuevo, esta vez intentando no hacer ruido.

Madre mía, Isa seguía coladita por él… No sé cómo podía, sabiendo lo que había hecho ese pedazo de cerdo.

Anoté aquello en mi diario de detective. La miré sin decir nada, con una expresión lastimosa, fingida por completo, esperando que me contara más

—Lo noté preocupado unos días, pero cuando le preguntaba siempre sonreía y me decía que el trabajo se complicaba cuando la Selectividad estaba cerca. Que los alumnos se volvían un poco locos y que eso le agotaba la energía. Pero él siempre le restaba importancia… y le creí. Nada más. No hubo nada más.

De repente miró a la puerta, cambió por completo su expresión, volvió a dibujar una sonrisa mentirosa en su cara y me dijo que tenía clientes esperando para entrar. Que tenía que irme ya.

Asentí con calma, le di mi teléfono apuntado en un papel —tenía que hacerme con unas tarjetas de visita o algo para parecer una detective seria; esto del papelito era demasiado cutre— y me despedí.

—Muchas gracias por todo, Isa. Me he quedado sin tarjetas, pero te dejo mi número de teléfono. Si recuerdas algo más, no dudes en escribirme o llamarme. Que tengas una buena tarde.

Salí de la tienda con el corazón latiéndome más rápido de lo normal. ¿Por qué tendría David un teléfono móvil apagado con una etiqueta que ponía «S.R.»?

Sin duda, hacía referencia a Sonia. *Sonia Rivante.*

¿Tenía un teléfono aparte con el que solo hablaba con ella? ¿Estarían liados estos dos?… Pfff. Por la mirada de miedo que tenía Sonia cuando fui a visitarla al hospital la semana pasada, me cuesta creer que esa chica tuviera algo con David.

¿A quién recurrir ahora? ¿Gema? Quizá había averiguado o escuchado algo nuevo en este tiempo. Al fin y al cabo, era profe del instituto donde sucedió todo y los cotilleos van y vienen entre los profesores. Seguro que tienen un grupo de WhatsApp donde vuelan los rumores.

Ojalá estuviera en ese grupo. Sería todo tan fácil…

¿Y el conserje chismoso con el que hablé hace unos días? Difícil encontrarlo allí ahora, en plenas vacaciones.

¿Y otros alumnos compañeros de Sonia?

Un momento… ¿y si vuelvo al hospital e intento hablar de nuevo con ella? ¿Seguirá ingresada? Podría llamar otra vez, haciéndome pasar por su prima, y preguntar…

Se acabó. Me voy para allá ahora mismo.

Estaba tan perdida en el laberinto del caso que casi salto del susto cuando sonó el móvil. El tono habitual me pareció de repente una melodía celestial, como un milagro.

Un número desconocido parpadeaba en la pantalla.

—¿Dígame? —contesté, con la voz más firme que pude.

—Hola. Soy Alba, la madre de Sonia. Tenemos que hablar.

2

La llamada duró apenas dos minutos. Quedé con Alba esa misma tarde; tenía algo que enseñarme y era importante.

Por lo visto, la madre de Sonia encontró mi papel con el número de teléfono en un cuaderno de Sonia o algo parecido, me dijo. Apuntó mi teléfono y me llamó a escondidas de su hija. Vaya suerte había tenido: justo cuando el caso se me atragantaba, coge y me llama la madre de la víctima.

—Naciste con una florecilla en el culete, Carlota, todos lo sabemos —me decía mientras cogía rumbo a casa.

Tenía el tiempo justo: entre cercanías, colas en el metro, llegar a casa, comer, ducharme e ir al lugar donde había quedado con Alba, se me iban perfectamente unas tres horas. Habíamos quedado en una cafetería por la zona de Cuatro Caminos.

Casi una hora después, crucé la puerta de mi piso y me lo encontré milagrosamente en calma. No se oía una mosca, cosa nada habitual allí. Rosa salía muy poco, y Mabel, la nueva compañera de piso, teletrabajaba desde su dormitorio. Nunca faltaba antes de las cinco.

—¡Hola! —grité, esperando respuesta—. ¿Hay alguien en esta maravillosa casa?

Nada. Nadie contestó.

Dejé el bolso en la percha de la entrada y empecé a abrir las habitaciones en busca de un poco de cobijo hogareño. Las cosas con Rosa estaban cambiando —ella estaba cambiando—, y cada vez nos llevábamos mejor.

Abrí la puerta del cuarto de Mabel y no estaba allí. En su lugar, había un papel sobre la cama:

«Sabía que vendrías a buscarme a mi cuarto nada más llegar. He salido a por unos libros a la biblioteca. Vuelvo en un rato. ¡Te

quiero!»

Qué majita es.

Nos habíamos hecho muy buenas amigas en estos meses que llevaba viviendo con nosotras.

Fui directa a la habitación de Rosa y, sin llamar —cosa que debí hacer—, abrí la puerta con ímpetu… y me encontré con una imagen que me costará no olvidar el resto de mi vida.

—¡¿Qué haces, idiota?! —exclamó Rosa, tapándose como podía con una sábana.

—¡Hostias!… Perdón, perdón…

Cerré la puerta de un portazo y me fui corriendo a mi cuarto. Me tapé la cara con la almohada y empecé a reírme como una adolescente. Acababa de pillar a Rosa disfrazada con una especie de corpiño de cuero negro, un antifaz, unas botas a juego y una fusta en la mano. Estaba a punto de azotar con ella a un chico al que no llegué a ver bien, pero sí pude notar que estaba atado de pies y manos a la estructura de hierro de la cama.

—¿Qué coño ha sido eso? —me susurré entre carcajadas—. No veas con la pija… Quién la ha visto y quién la ve.

No me atrevía a salir de la habitación. Me moría de vergüenza. ¿Cómo iba a cruzarme con Rosa después de eso?

De repente, alguien llamó a mi puerta.

—Carlota, ¿puedo pasar? —preguntó Rosa desde el otro lado.

—Por supuesto, pasa, Catwoman —le respondí, intentando restarle importancia al asunto.

—Qué graciosilla eres… —dijo, con la cara encendida—. Siento que hayas tenido que presenciar esa escenita, pero… debes llamar antes de abrir una puerta. ¿Lo entiendes? La intimidad en este piso es un requisito indispensable.

—He dicho «hola» al entrar, casi desgañitándome. ¿No me has oído? Pensé que no estabais y, por supuesto, nunca imaginé… que te estabas dando semejante homenaje. Lo siento —le respondí sinceramente. La pobre estaba pasando un mal rato—. No he visto nada, de verdad. Pero dime… ¿quién es tu siervo?

Ambas reímos. Una más que la otra.

—Te lo contaré luego, te lo juro. Solo puedo adelantarte que es propietario de una marca de ropa carísima, y que tiene casa y barco en Menorca. Un pelotazo —terminó, meneando las caderas aún enfundadas en cuero.

Agradecí que, al menos, se hubiera quitado el antifaz y las botas para venir a hablar conmigo.

—¡Joder! He quedado en dos horas y tengo que comer y prepararme. Vete, vete. Sigue tu tarea de dominatrix cazamillonarios. Eso sí, pon algo de música, que no me apetece comer oyendo los alaridos y gruñidos de tu amante.

Me tiró un beso con la mano y salió de mi habitación.

Esta vez fui yo la que llegó antes de tiempo. Estaba nerviosa. ¿Qué tendría que enseñarme Alba con tanta urgencia? Me senté en una esquina, en una mesa apartada del resto. Lo que teníamos que hablar requería discreción máxima.

Al poco rato, entró en la cafetería una señora que miró hacia ambos lados del local. No le costó encontrarme; no había nadie más allí. Se acercó despacio, con una calma cansada.

—Hola, ¿me estaba usted esperando? —me preguntó con prudencia.

—¿Es usted Alba?

—Sí… Le llamé por el asunto de mi hija…

—Encantada Alba, me llamo Joana. Tome asiento, por favor —respondí, tratando de reflejar la mayor empatía posible a la mujer, que apareció con cara de no dormir desde hacía semanas—. ¿Quiere tomar algo?

—Tomaré un café cortado. Tengo prisa, entro a trabajar en una hora. Solo he venido a entregarle esto.

La señora puso una carpeta de cartón encima de la mesa y la empujó hacia mí con una mano.

—He venido a traerle esto.

La miré con intriga, pero no cogí la carpeta. No me moví de mi sitio.

—¿Qué es?

—¿Es usted detective? —Alba continuó con su interrogatorio.

—Sí, lo soy, y quiero ayudarla.

—¿Y cuánto cobra? No tengo muchos recursos…

—No se preocupe, lo hago sin ningún tipo de interés económico.

A Alba se le cambió por completo la expresión de la cara.

—¿Disculpe?

Solo pude sonreír al sentir el peso que le quitaba de encima. Ella no debatió mi decisión y continuó hablando:

—No sabe cuánto se lo agradezco. ¿Puede… darle la vuelta a la carpeta, por favor?

Le hice caso de inmediato. Estaba deseando ver qué contenía dentro. Al girarla puede leer una sola palabra escrita en la cubierta:

«DIARIO».

3

—Es el diario de mi hija… —murmuró, algo avergonzada por reconocer, con ese gesto, que había invadido la intimidad de la niña. La entiendo. Yo también lo habría hecho—. Ya lo llevé a la policía y no les sirvió como prueba de nada. No paran de decir que es la versión de unos contra la de otros y… como mi hija no habla, y no para de repetir que no pasó nada… no me tienen en cuenta.

Yo solo asentía con la cabeza mientras anotaba todo lo que me iba contando.

—He leído algunas cosas en él que… —miró a otro lado y apretó los labios con fuerza—. Se lo puede llevar y revisarlo en su oficina si quiere.

La pobre cree que tengo un despacho de lo más cool *en un edificio alto y lujoso en el centro de Madrid… Si supiera que trabajo desde la habitación de un piso compartido y… que ni siquiera me dedico a esto… madre mía…*

—¿Oiga? —me reclamó Alba, sacándome de mis pensamientos.

—Perdone, estaba pensando en lo que me dice. ¿Habla de David en el diario?

—Sí… Todo el tiempo en las últimas páginas… Y le aseguro que a ninguna madre le gustaría leer lo que yo he leído en ellas. Sonia ya es mayor de edad, pero, en el fondo… no deja de ser una cría —Alba se encendió de rabia. Estaba sudando.

—Le agradezco mucho que me confíe algo tan personal como el diario de su hija. Entonces… ¿le parece bien que me lo lleve para poder estudiarlo en profundidad? —pregunté con cautela.

—Claro… Pero no tarde mucho, por favor. Estoy sola en esto…

Sentí una punzada de pena.

Aquella mujer parecía cargar con más peso del que una sola persona puede soportar. No solo por este asunto; se notaba que la vida ya le había pasado por encima más de una vez.

—Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarla, se lo prometo. Estamos en contacto; la llamaré en cuanto tenga algo. Muchas gracias —dije, con determinación.

Me levanté, cogí la carpeta y me dirigí a la barra para pagar.

—Yo pago, es lo mínimo que puedo hacer —respondió Alba, con una mirada tierna y cargada de agradecimiento.

Asentí con la cabeza, sonreí y salí de la cafetería, sintiendo que, al menos por ahora, había dado un pequeño paso en la dirección correcta.

Tan pronto como doblé la esquina y pude volver a ser yo misma, salí corriendo, como una loca, buscando un lugar tranquilo donde poder sentarme a leer aquel tesoro que tenía entre las manos.

Encontré un banco en una placita escondida y silenciosa.

Abrí la carpeta y hojeé por encima todos los folios. Me encontré con un texto subrayado en varios colores diferentes, con anotaciones al margen en bolígrafo rojo —seguramente de Alba—, y más de un manchurrón de tinta difuminada que parecía causado por lágrimas, también, sin duda, de Alba.

Me quedé de piedra en cuanto empecé a leer las primeras líneas de la parte en la que empezaba a hablar de David.

Capítulo 17
Noel

1 de junio de 2025, Cádiz

(Clara)

1

Desde que me crucé por primera vez con mi nuevo vecino, no había podido dejar de pensar en él. Tampoco lo había vuelto a ver… Y no sería porque no lo intentara. Sacaba a pasear a Tiza más que nunca —digamos que cinco, seis, incluso siete veces al día— por si, por pura casualidad, Noel salía a tirar la basura, a hacer la compra o, quién sabe… a verme a mí.

Hablaba alto con Tiza al pasar por su planta, cantaba, incluso fingía llamadas telefónicas por si, al escuchar mi voz, salía a simular un encuentro fortuito…

Pero nada.

A lo mejor pensaba que estaba loca. Y no me extrañaría. La vecina del ático. La que habla sola.

Mis hormonas, la primavera, el olor a su colonia —que siempre flotaba en su rellano— y mi obsesión por sus músculos me tenían subiéndome por las paredes.

Desde que coincidí con él, había tenido más de un sueño en el que su cuerpo cubría el mío: en mi cama, en el suelo del salón, en la cocina, en la terraza… en las escaleras.

Era el quinto paseo del día con mi chucha cuando, al pasar por su puerta, vi que se abría…

Pum pum, pum pum.

Podía oír los latidos de mi corazón, agitados y revolucionados, al tiempo que mis manos empezaban a sudar como locas.

Esperé a que Noel saliera para saludarlo y poder charlar un poco con él —había esperado este momento durante días—, cuando, de repente, salió por la puerta una chica castaña, con semblante ausente y tímido, y ropa de deporte ancha, que hizo que casi me cayera de espaldas por la escalera.

—Hola —le dije por inercia y por educación.

—Hola —contestó ella, casi sin intención de entablar conversación.

«Que sea su hermana, por favor, que sea su hermana», supliqué, esperanzada por un milagro.

—Soy la vecina de la última planta. Me llamo Clara. ¿Eres la nueva inquilina del segundo A?

—Encantada, Clara. Me llamo Tania. Sí, mi novio y yo nos hemos mudado aquí hace poco.

Me cago en mi vida. Esto no puede ser cierto.

Lo único que me apetecía en aquel momento era darme media vuelta, no decir nada y hacerle el vacío a aquella persona intrusa en mi fantasía de amor con mi vecino de abajo.

—Encantada, Tania. Conocí a Noel en plena mudanza y le comenté… estamos —señalé a Tiza— a unas plantas, para lo que os haga falta.

Tengo que abandonar esta manía de quedar bien con todo el mundo. Quizá ha llegado el momento. Esto es una señal del universo.

—Gracias, Clara. Igualmente. Ahora tengo que dejarte, tengo mucho trabajo y debo irme corriendo a una reunión.

Me despedí y le hice un gesto con el brazo —tratando de ser graciosa—, cediéndole el paso.

—Hasta otra, Tania.

Se me quitaron las ganas de salir a la calle. Se me había cortado el cuerpo por completo, pero mi pequeña perrita no tenía culpa de nada. Me miraba, moviendo el rabito, con su pelota en la boca y los ojos brillantes, deseando salir de allí e ir a correr un rato a la playa.

—Veeeeenga, vaaaaale… vámonos, anda.

Iba a empezar a bajar los escalones cuando la puerta del segundo A se abrió de nuevo.

—¿Clara?

Mierda… Era Noel. Iba a sufrir un ictus allí mismo. ¿Qué sería lo siguiente?

—Hey… Noel… Acabo de conocer a… Tania —comenté, forzando no parecer una celosa tóxica de manual.

Él pareció incómodo. Me miró con ojos de corderito mientras se rascaba la nuca e intentaba disimular lo cortado que estaba.

—¿Vas a pasear a tu perra? —preguntó.

—Síií, toca paseo playero. Se llama Tiza.

Mi chuchita sacó a relucir toda su simpatía. A ella también le gustaba Noel. Tenía el mismo buen gusto que su mami.

—¿Queréis… que os acompañemos?

Emmmm… ¿acompañemos? ¿En plural? ¿A quién se refiere ahora…? ¡Basta ya de sorpresas por hoy, por favor!

—¿Tania y tú?

—¡No! —se apresuró a contestar—. Pinchito y yo.

—¿Pinchito? —no pude evitar echarme a reír—. ¿Quién narices es Pinchito? Vamos a ver…

—Pinchito es mi perro. Nos encantaría ir con vosotras, ¿qué nos decís?

Sentí un gran alivio recorrer todo mi cuerpo al darme cuenta de que la intrusa de nuestra no-historia-de-amor no nos acompañaría durante el paseo y, a decir verdad, también me tranquilizó que no fuera algún hijo en edad difícil que hiciera el camino un poco más… cómo decirlo… cargante de lo esperado.

—Por supuesto —le dije sin pensármelo dos veces.

No tardó ni un minuto en estar en la puerta, preparado con su perro.

—¡Os presento al gran Pinchito Moruno! —anunció mientras sacaba de su casa a un golden retriever precioso, de color caramelo y un pelo brillante y cepillado que parecía recién salido de la peluquería—. Pues… ¿nos vamos, chicas?

Tiza y Pinchito se olfatearon como locos.

Se gustaron enseguida.

Sonreí a Noel y le hice un gesto afirmativo con la cabeza, confirmando que estábamos preparadas para irnos.

Paseamos durante hora y media por la playa sin parar ni un segundo de hablar y reír, hasta que el sol empezó a esconderse detrás del mar. Sus ojos verdes se veían aún más verdes aquella tarde. Estaba guapísimo.

No paró de hablar y preguntarme cosas de mi vida, contaba historias graciosas, sonreía y se le marcaban unos hoyuelos súper monos en las mejillas. Y yo… yo no podía parar de mirarle y pensar en por qué tenía que tener novia ese ser caído del cielo, envuelto con un lacito y una etiqueta en la que ponía mi nombre.

No pude evitar indagar un poco en su relación…

—Y… ¿lleváis mucho tiempo juntos? —le pregunté con sutileza.

—¿Tania y yo? —me devolvió la pregunta sin quitar la mirada del horizonte.

—¿Tienes un harén? —bromeé, para quitarle peso a la pregunta tan directa que acababa de lanzar.

Se rio también.

—Llevamos juntos unos años… siete, para ser exactos.

—Ostras… es un tiempo considerable…

Tuvo que notar mi desilusión en el tono de voz…

Me miró —ahora yo era quien observaba el horizonte— y continuó con el cuestionario.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? ¿Que si tengo novio?

Asintió con la cabeza mientras lanzaba el juguete de Tiza a lo lejos.

—Soy un alma libre —dije, intentando hacerme un poco la chulita… No sé ni por qué respondí eso. Últimamente tenía más ganas de lo normal de compartir mi vida con alguien especial—. Es broma… Es solo que no ha llegado el hombre que me haya removido por dentro como para querer tener algo más con él. Hace mucho que no tengo novio formal.

Nos miramos, sonreímos, y no hablamos durante unos minutos.

De repente, Noel miró su reloj y abrió los ojos al máximo.

—¡Tengo que irme! Llego tardísimo. Tania y yo hemos quedado con unos tíos suyos para cenar en casa y llegan en una hora. Soy hombre muerto.

—Vete tú, yo me quedo un ratito con Tiza. Que disfrutéis mucho de esa cena. Si tenéis comida de sobra, ya sabes… tu vecina de arriba nunca dice que no a una buena comida.

Sonreí con inocencia, mientras Noel me miraba como si acabara de soltar un disparate. Enseguida entendí el doble sentido de mis palabras y me puse súper roja.

—A ver… por favor… seamos serios…

Me reí a carcajada limpia y mi atractivo vecino se despidió de mí.

Me dio un pellizquito dulce en la cintura y se esfumó.

—Nos vemos pronto, vecina. Disfruta de la puesta de sol; las de esta playa son las mejores. ¡Adiós, Tiza!

Y, como si de un sueño que se terminaba se tratara… él y Pinchito se fueron de vuelta a casa.

—Tiza… llámame intensa, pero… creo que me he enamorado…

2

Volví a ver a Noel.

Mucho más de lo que nunca hubiera imaginado.

Volvimos a pasear los cuatro juntos por la playa. De hecho, se convirtió en una especie de ritual de alguna que otra tarde.

No quedábamos ni nada de eso. Ni siquiera teníamos el número de teléfono del otro. Pero habíamos acordado, sin hablar, una hora de salida, y siempre coincidíamos en la puerta del bloque, en la esquina o en algún rincón cercano a casa, como si cada una de aquellas coincidencias fuera solo eso: casualidad. Y, sin decir nada, nos íbamos a recorrer la playa juntos.

Cada vez me gustaba más. Cada vez estaba más a gusto con él. Me sentía como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo.

A su lado, sentía una química inexplicable que jamás había experimentado antes con nadie en tan poco tiempo. Fue casi instantáneo. Desde el primer día en que me crucé con él, con solo mirarle a los ojos y sentirlo a unos metros… con solo percibir su olor.

¿Un flechazo? Pues… tenía toda la pinta.

A quien no veía nunca era a Tania, su novia. Nunca los veía juntos. Noel iba solo a todas partes.

En uno de nuestros paseos le pregunté, como quien no quiere la cosa:

—¿A Tania no le gusta la playa?

Noel me miró, y luego negó con la cabeza.

—Tania trabaja demasiado… Se pierde los verdaderos placeres de la vida. Y yo, que soy todo lo contrario, que disfruto de todo, no puedo seguirle el ritmo de enclaustramiento y obligaciones con el que carga en su día a día.

Por un momento, Noel parecía molesto. Como enfadado.

—Entiendo… —le respondí, asintiendo con empatía—. Y más aquí… ¿Qué mejor lugar que este para apreciar la belleza? Te pierdas por donde te pierdas en Cádiz, es un espectáculo para la vista.

Sonrió, y rápidamente cambió de tema.

—Oye, ¿y cuándo te pillas esas ansiadas y largas vacaciones de verano de las que gozáis los profesores? ¿Tienes planes? ¿Te vas a alguna parte?

—Ufff… —exclamé, resoplando al recordar lo que me quedaba por delante en las semanas próximas—. Y merecidas, ¿eh? No sabes lo que es lidiar con veintitantos chicos por hora, de esas edades, todos los días… Pues, en algo menos de un mes, estaré justo en esta parcelita de arena, tomando el sol y bebiéndome una limonada fresquita para celebrar el fin de curso —salivaba solo de pensarlo—. Estas semanas son tremendas: entre el estrés de los chicos con la Selectividad, las evaluaciones, los exámenes, correcciones, actas y mil cosas más… Pero todos los días me visualizo de vacaciones, y eso me da un chute increíble de energía. Ya queda poco.

Dibujé una sonrisa exagerada en mi cara, intentando parecer sobria en medio de tanta locura.

—¡Anda! ¡Eso no es nada! Ya lo tienes hecho, vecinita, no decaigas ahora —dijo Noel mientras me agarraba las muñecas desde atrás, elevándome los brazos y agitándolos como si fuera una boxeadora que acabara de ganar el campeonato de su vida.

Estaba muy cerca.

Pude sentir el aliento de su risa en mi nuca… y su enorme pectoral contra mi espalda.

Casi me giro y le planto un beso. Pero me contuve. Por respeto.

«Tiene novia, Clara. No tienes necesidad de verte envuelta en un lío así», me repetía una y otra vez en cada una de mis no-citas con Noel.

Me giré riendo, y el resto del mundo se detuvo cuando nuestras miradas se cruzaron tan de cerca.

Los dos apartamos la vista rápidamente.

Quería saber más de él.

No solo en nuestros cortos paseos —hora y media no era nada para todo lo que teníamos que compartir— de algunas tardes contadas. Quería escribirle sin esconderme de nada ni de nadie. Que me escribiera todos los días. Ir al cine con él. Al teatro. A conciertos. A comer. A bailar. A bañarnos en el mar, a pasar el día entero en la playa juntos…

Lo quería para mí. Todo el tiempo.

—¡Ah! Una cosa —le solté sin pensar—. Te voy a dejar mi número de teléfono, por si alguna vez necesitas algo y no estoy en casa. No sé… nunca se sabe.

¿En serio? Vaya desastre de excusa, Clara. Te has coronado…

Noel me miró con cara de incredulidad, pero no dudó ni un segundo.

—Claro, me lo apunto por si acaso. Gracias.

Mientras la preocupación se apoderaba poco a poco de su rostro, me ofreció su móvil para que apuntara mi número. En ningún momento me dijo que me anotara el suyo. Nada.

En cierta parte, lo entendía… Aunque me jodiera, lo entendía.

Y, como en casi todos los paseos, Noel se tuvo que ir antes.

—Me tengo que ir. Nos vemos pronto. ¡Chao!

No hubo pellizquito en la cintura, ni me chocó la mano, ni me dio despacito con el puño en el brazo.

Se fue, sin más. Un poco más serio de lo habitual.

—Normal, Tiza… ¿Cómo me va a dar su número? El chico debe de sentirse incómodo… Estoy siendo demasiado directa. Me ha dicho que sí a lo de darle mi teléfono por no quedar mal. Me estoy emocionando solo porque es simpático conmigo… Se acabó esto de tanto paseo furtivo y tanta coincidencia tonta… No puede ser.

Tiza solo me miraba con su hueso de goma en la boca, esperando que se lo lanzara. Pero a mí me servía. Solo con mirarla me derretía por completo y todo se volvía mucho más llevadero. Mi chucha sabía más de mi vida privada que cualquier otra persona en el mundo. Era mi diario, mi psicóloga y mi mejor amiga. Hablo con ella todos los días, a todas horas. Me da igual si creen que estoy loca.

Pasó una semana entera en la que Noel no apareció ninguna tarde en nuestra no-cita.

No supe nada de él.

Ante su desaparición —que intuí había sido adrede para evitarme —, empecé a sacar a Tiza a otra hora y a buscar nuevos lugares donde pasear. Intenté no encontrármelo y deshacer poco a poco las ilusiones que ya me había empezado a formar sobre mi vecino.

Hasta que un día estaba en casa, recién duchada. Había preparado el salón como más me gusta: velas encendidas, palo santo humeando, luz tenue…

Me disponía a ver un documental sobre Egipto —de mis preferidos — con una hamburguesa impresionante que había comprado en el mercado de la plaza, cuando mi móvil vibró con un mensaje inesperado:

Pinchito echa de menos jugar con Tiza en la playa…

3

—Dios, Dios, Dios… ¡Es Noel, Tiza!

De repente, se me cerró el estómago y una tormenta de nervios empezó a apoderarse de todo mi cuerpo. Tenía ganas de gritar y saltar en el sofá. De hecho, lo hice —lo de saltar—; no podía ponerme a chillar como una loca en casa, Noel lo oiría desde la suya.

¿Iba con segundas ese mensaje?

¿Era él el que me echaba de menos a mí?

¿Habría dejado a la novia?

—Diosssss de mi vida, ¿qué le digo? ¿Le contesto ya? ¿Espero un poco?…

Tiza estaba en el sofá conmigo. Creía que estábamos jugando y, evidentemente, se subió nada más verme saltar en él.

Respondí a los diez minutos. No quería parecer ansiosa.

¿Noel? ¿Eres tú?

Apenas tardó unos segundos en responder.

¿A cuántos Pinchitos conoces? Claro que soy yo.

Tienes razón, jajaja… Tiza también echa de menos jugar con Pinchito…

Estos días no os vimos por la playa… ¿Va todo bien?

Sí, todo genial. Solo cambiamos de ruta, por variar un poco. Hemos estado saliendo a otra hora, he estado liada con el final de curso.

Mañana, sábado, Pinchito y yo vamos a salir a dar un paseo tempranito.

¿Os apuntáis?

Podemos cambiar de recorrido para que las señoritas no se aburran…

Ay… por favor… me iba a derretir allí mismo. Claro que quería. Quería dar un millón de paseos con él. Y antes de que me diera tiempo a contestar, me llegó otro mensaje.

Tengo que hablar contigo…

No supe qué decir. Por mi mente pasaron todo tipo de suposiciones.

Inevitablemente, al leer su último mensaje, me hice unas ilusiones impresionantes… pero no duraron mucho. Enseguida me vino a la cabeza que su novia se habría enfadado por estos encuentros no tan fortuitos nuestros y que esa podría ser nuestra última no-cita.

Lo entendía: no debía hacerle ni puta gracia que su novio anduviera por ahí con una vecina a la que casi no conocía. Bueno, él me conocía un poco más; con ella —ermitaña de su hogar— era imposible coincidir… Tampoco es que yo estuviera deseándolo.

Estuve como quince minutos mirando el televisor, sin enterarme de nada del maravilloso documental que tenía puesto.

—Hablar conmigo… ¿de qué? —hablaba sola, como tantas veces.

Mi móvil volvió a vibrar.

¿Esto está pasando de verdad? ¿Qué quería Álex ahora…?

Hola, pelirroja. Estás desaparecida. Espero que estés bien.

Solo quería decirte que acabo de llegar a Cádiz, me he cogido un pisito para pasar el finde. Me vuelvo el lunes.

Necesitaba desconectar…

Y verte… ¿Cerveza mañana en el mismo sitio de la última vez? ¿Frente a la Catedral?

—Esto es de coña, ¿no? —dije mirando a Tiza, que estaba frita en su camita—. ¿Sabes qué? Que paso de todo el mundo. Que me voy a zampar esta suculenta hamburguesa y voy a ver mi documental de las pirámides de Giza. Es viernes. Mi viernes.

Al día siguiente, cuando desperté después de un sueño increíble en el que Tiza y yo recorríamos medio mundo en autocaravana —el sueño de mi vida—, volví a la realidad y recordé que tenía un par de asuntos pendientes por resolver: Noel y Álex.

No sin antes tomarme un café en mi diminuto balcón, viendo un trocito de mar a lo lejos.

Miré mi teléfono y no tenía ni un solo mensaje más de ninguno de los dos. Por un lado, me sentí aliviada. Decidí responder primero a Noel. No por nada en concreto… O sí…

Buenos días, Noel

Como no sabía de qué se trataba aquello que tenía que decirme, preferí guardar un poco de seriedad… por si las moscas.

Siento avisarte con tan poco tiempo; ayer estaba sumergida en un documental y una hamburguesa enorme, y me olvidé del teléfono

Mentirosa.

Tiza y yo nos apuntamos a ese paseo matutino. La playa de siempre nos viene genial y nos encanta.

Contestó enseguida.

Buenos días, vecina. No te preocupes.

¿Nos vemos en el portal en una hora?

Respondí con un emoji de una mano con el dedo pulgar hacia arriba y una cara con estrellas en los ojos.

Me acabé el café corriendo y me fui directita a mi armario. Iba a elegir un *look* que lo dejara sin palabras. Iba a sacar la artillería pesada. No sabía qué tenía que decirme Noel, pero fuera lo que fuera yo iba a ir divina.

Elegí un top de punto hecho por mi madre, color verde agua clarito, una falda vaquera y unas zapatillas de deporte negras que me quitaría para andar descalza por la arena. Debajo, me puse el bikini. No sabía a lo que iba, pero iba preparada para todo.

Cogí mi mochila, eché agua, frutos secos, crema solar, una toalla fina y no muy grande, una gorra y las cosas de Tiza. Cinco minutos antes de la hora acordada, ya estaba en la puerta.

—¡Hola, pequeña! ¡Cuántos días sin vernos!

Me giré y Noel estaba saludando a Tiza, agachado, acariciándole la cabecita.

Iba guapísimo.

Madre del amor hermoso, pero qué bueno está. ¿Cómo no va a volverme loca?

Llevaba puesto un pantalón corto deportivo tipo militar, en tonos azul claro y azul oscuro, y una camiseta sin mangas gris que dejaba al descubierto unos brazos perfectamente moldeados. Estaba más moreno que la última vez que nos vimos, y su piel brillaba bajo el sol con ese tono natural de bronce. Llevaba zapatillas deportivas a juego con las mías y una mochila de cuerda también negra, sencilla pero práctica.

—¡Muy buenos días, vecino! —le dije levantando la cabeza hacia él, mientras saludaba a Pinchito, que se había venido directo a mí moviendo el rabito—. ¿Marchamos?

—¡Venga! El día está perfecto para una buena ruta.

Al principio obviamos un poco el tema de por qué ambos nos habíamos estado evitando estos días. Solo charlamos de nimiedades y nos pusimos al tanto de los últimos siete u ocho días en los que no nos vimos. De repente, nada más pisar la arena de la playa, salió el premio gordo.

—Tania y yo lo hemos dejado.

La vista se me puso en blanco.

Casi me caigo redonda allí mismo.

Quería reírme y abrazarlo. Era lo único que me apetecía en aquel momento. Me contuve, por supuesto, no quería demostrar lo ansiosa que estaba porque este momento llegara.

—Ostras… ¿qué ha pasado? —disimulé como pude, aunque por dentro estaba frenética.

—A ver… esto viene de largo. Hacía tiempo que no estábamos bien. Cada vez somos más diferentes y tenemos intereses muy dispares. Más discusiones, menos cosas que compartir, menos deseo entre ambos… hasta que te das cuenta de que… el amor se ha esfumado.

Yo lo miraba atenta, asintiendo casi constantemente.

—Lo siento…

¿Se puede ser más falsa y más embustera? Mala, eres mala persona, Clara Rush.

—Bueno, no lo sientas. Son cosas que pasan —continuó explicándome—. ¿Recuerdas el último paseo que dimos? ¿El día que me diste tu número de teléfono con aquella excusa tan mala?

Me puse súper roja al oír sus palabras. ¿Tan obvio era?

—Oye… No seas tonto…

Sus hoyuelos se dibujaron un instante.

—Esa misma noche habíamos quedado con unos amigos que habían venido a pasar unos días a Cádiz. Amigos a los que no veíamos desde hacía años. Cuando llegué a casa, en lugar de encontrarme a Tania arreglándose e ilusionada por el reencuentro, la vi en la mesa del salón, detrás de su portátil, tecleando como una loca. Casi sin mirarme, me dijo que había anulado la quedada. Sin

decirme nada, sin preguntarme si al menos yo quería ir y ver a nuestros amigos.

—Ya veo por dónde van los tiros… —comenté.

—Adivina el motivo de no querer ir a cenar. Tenía que quedarse trabajando para terminar unas cosas que le harían falta la semana siguiente… Le prometí ayudarla con lo que necesitara si accedía a salir esa noche. Me ofrecí también a encargarme de la casa, de la comida, de la compra, de la ropa, de todo, hasta que acabara lo que fuera que tenía tanta urgencia…

—Vaya… Es muy generoso por tu parte —exclamé, enamorándome todavía más de él.

—No hubo manera. No consintió ir a la cita con nuestros amigos. Me enfadé… Me molestó muchísimo que hubiera cancelado la cena sin tener en cuenta lo que yo quería hacer. Le pedí que dejara de trabajar un segundo, que teníamos que hablar, y antes de poder explicarme comenzó su drama habitual. Gritándome, llorando sin control, machacándome con que yo no la entendía, que no me metiera en su trabajo, que no era el mismo últimamente, que vivía en las musarañas… y una lista de cosas que prefiero no recordar. No podía más. Éramos dos extraños alargando una historia que no se sostenía. Le dije que era mejor dejarlo. Ella no daba crédito, se enfadó muchísimo, llenó una maleta de ropa y se fue. Hasta hoy.

No sabía qué decir. Realmente me estaba sintiendo mal por él.

—Noel… ¿estás bien? No ha debido de ser una situación ni una semana fácil para ti. Siento no haber dado señales de vida, pero… entiéndeme… Tampoco era fácil para mí…

Me miró, con una sonrisa que le hacía parecer un niño travieso.

Se detuvo en seco, me agarró la mano despacito y me dijo:

—No es tu culpa, Clara. En verdad tengo que darte las gracias. Cuando te conocí… —cogió aire por la nariz— sentí algo diferente. Especial. No sé cómo explicarlo, pero…

Le interrumpí.

—Sentí lo mismo, Noel… Tampoco puedo darle explicación, pero sé perfectamente de lo que hablas, porque yo sentí exactamente lo mismo.

Los dos curvamos nuestros labios, con un brillo en los ojos que dudo haber tenido antes, y continuamos con el paseo. No hablamos más del asunto, aunque yo tenía mil preguntas que hacer. Disfrutamos de la playa, jugamos con los perros, nos tumbamos en la arena a tomar el sol, incluso nos bañamos…

Íbamos de vuelta a casa cuando mi móvil empezó a sonar.

—Te están llamando —dijo Noel.

Cogí el teléfono, miré la pantalla y…

—¡No puede ser! Me había olvidado.

Era Álex.

Capítulo 18
Todo por mi amiga

17 de junio de 2025, Cádiz

(Carlota)

1

Por fin había conseguido escapar de Madrid: del trabajo, de los doce o trece proyectos pendientes que arrastraba, del caos de gente que corre como si no hubiera un mañana, del tráfico, del ruido, de la contaminación y de las muchas razones que, cada vez más, me provocaban una profunda aversión por esta ciudad.

Había logrado encontrar un apartamento en Cádiz donde alojarme durante el próximo mes. No fue fácil dar con algo decente y a un precio razonable, teniendo en cuenta el mes en el que estábamos y que por tierras gaditanas estaba todo hasta la bola.

Evidentemente, no le dije nada a Clara de que iba para allá. Me lo habría prohibido rotundamente y habría tratado de convencerme de que no era necesario. Desde que me contó que David estaba en Cádiz y que se habían visto, había intentado hablar con ella del asunto de la fiesta de fin de curso en varias ocasiones. Pero, tal y como me escuchaba pronunciar el nombre de su amiguito del alma, ella cambiaba de tema o directamente me colgaba. Había entrado en modo negación. Se había reencontrado con él después de un año sintiéndose sucia por haberlo abandonado, y la versión que le había contado le bastó para volver a confiar de nuevo en David.

Mi investigación en Madrid, por supuesto, había seguido adelante. El diario de Sonia ofrecía una versión de los hechos que no terminaba de encajar con lo que Clari me había contado por teléfono

cuando me confesó que se habían visto: que David era la víctima y que su alumna se la había jugado, pero bien.

Intenté volver a hablar con Isa, sin éxito. Unas semanas antes de venir a Cádiz, me pasé por su tienda de vinilos con la idea de hacerle un par de preguntas más. Me encontré el local cerrado por vacaciones, sin fecha concreta de reapertura. Estuvo cerrado aquel día y todos los posteriores en los que me acerqué, hasta un par de días antes de marcharme, cuando lo intenté por última vez. Cerrado, de nuevo.

Hablé con Alba —la madre de Sonia— por teléfono en varias ocasiones, aunque no volvimos a vernos en persona. Me iba contando algunos avances con su hija: por fin comenzaba a hablar y parecía cada vez más dispuesta a contar su versión a la policía. Aun así, todavía no se sentía preparada del todo.

Le aconsejé a Alba que dejara de lado ese papel de madre protectora y agotadora que, en lugar de acercarla a Sonia, provocaba el efecto contrario. Así, su hija la percibiría más como una amiga, una confidente con la que abrirse. Surtió efecto: ambas se mostraban cada vez más unidas.

Entonces, mientras seguía recabando datos, me encontré con algo que me hizo tomar una decisión drástica: irme a la ciudad donde mi mejor amiga vivía. No quería escucharme por teléfono ni leer mis mensajes sobre el tema tabú. No me quedó más remedio que irme para allá y plantarle la realidad en las narices.

Fue un par de días antes de partir hacia Cádiz. Descubrí que David había estado ingresado en un hospital psiquiátrico en Badajoz durante dos años —entre 2015 y 2017— por, resumiendo, trastorno de la personalidad, distorsión de la realidad y comportamientos agresivos. La noticia me dejó petrificada en la silla durante media hora, incapaz de moverme.

Conseguir aquella información fue pan comido. Estaba todo en internet, ese lugar donde se encuentran nuestros datos y casi toda nuestra vida sin escatimar en detalles. Si sabes buscar bien, lo tienes todo al alcance de un par de clics. El nombre del centro donde estuvo internado apareció en una de las páginas que encontré. Llamé

haciéndome pasar por una comercial de productos de higiene y, en menos de diez minutos, concretamos una cita para dejarle un repertorio de muestras de nuestra maravillosa marca: Ni-su. Conseguí lo que necesitaba de aquella llamada: nombre y apellidos de la recepcionista.

Lo siguiente fue investigar sobre ella. Al husmear en sus redes sociales, descubrí que tenía un amigo en común conmigo: mi primo Rodri. Lo más difícil ya estaba hecho. Mi primo me contó que eran amigos de toda la vida.

¡Maravilloso! ¡Lo tengo!

Le pedí que hablara con ella y tratara por todos los medios de conseguir el expediente de David. Dos días después, estábamos tomando café en el centro, intercambiando información confidencial del Hospital Psiquiátrico Valserra, bajo la promesa de absoluto silencio sobre cómo había obtenido aquello. Su amiga se metería en un buen lío si salía a la luz su nombre.

—Soy una tumba —le aseguré a Rodri, mientras le agarraba los carrillos a mi primo y se los meneaba con cariño, como solía hacerle cuando éramos pequeños.

No tenía ni idea de si Clara era consciente de que David había estado ingresado en un psiquiátrico por estos problemas y no me lo había contado para proteger la intimidad de su amigo… pero me extrañaba. Ella sabía que yo era la mejor guardando un secreto. Estoy convencida de que el muy cabrito no le dijo nada de esto.

Descubrir este dato tan inquietante sobre el profesorucho hizo saltar todas mis alarmas. Busqué alojamiento en Cádiz, saqué un billete de tren cuanto antes, recogí mis maletas y partí en busca de mi amiga.

Mientras iba en el taxi rumbo a la estación, solo se me ocurrió enviarle un último mensaje a Clara, aunque dudaba que me respondiera:

«Evita todo contacto con David».

2

Sabía que Clara tenía su piso en la calle Sagasta. Solía presumir con frecuencia de su nueva residencia y estaba encantada de vivir allí, encargándose de pregonarlo con fotos y vídeos de los alrededores cada vez que tenía oportunidad. Había perdido la cuenta de las videollamadas que me había hecho, enseñándome ese gran ventanal que daba a su terracita y las vistas que se disfrutaban desde allí.

Había buscado algo lo más cerca posible de ella: un estudio pequeñito en el Paseo del Aire, con unas vistas inmejorables y que me había costado un ojo de la cara. Mereció la pena. Aquello era espectacular.

Lucas, mi guapísimo y maravilloso novio, vendría en un par de semanas, y aprovecharíamos para disfrutar de las dos semanas restantes de alquiler como si fueran unas mini vacaciones.

Me fui en tren desde Madrid y, al llegar a Cádiz, cogí un autobús que me llevó hasta el centro de la ciudad.

Ahora entendía por qué mi amiga había elegido ese sitio para quedarse. Todas las fotos que me había mandado no hacían justicia al paisaje que tenía ante mis ojos.

«La madre que me parió…», pensé mientras empezaba a recorrer las calles del centro histórico. Cuando llegué a la avenida donde iba a quedarme los próximos treinta días, la sonrisa se me dibujó de inmediato. El agua —de un azul que tendía a turquesa— golpeaba con fuerza un sinfín de piedras grises y cuadradas que se agolpaban al borde del muro que separaba la acera del mar. Hacía mucho aire, algo habitual en Cádiz. Me recogí el pelo en un moño alto y me senté en el bordillo, con los pies colgando hacia el mar, disfrutando de la sensación de libertad.

Había una hilera de edificios de colores: rosa, amarillo, celeste, naranja y, al final, un edificio con unas cúpulas, una dorada y otras

blancas.

Me enamoré al instante.

Cuando dejé todos mis bártulos y me instalé, decidí llamar a Clara; quería darle una sorpresa. La llamé como cuatro veces seguidas, pero no hubo respuesta. Era jueves, sí, pero eran las ocho de la tarde. ¿Qué estaría haciendo?

—Bueno… pues esta que está aquí se va a dar un paseíto por la playa y a ver ese espectacular atardecer del que tanto me ha hablado Clari y del que tantas fotos me ha mandado —me propuse mientras miraba por el minibalcón del estudio.

Antes de eso, me pasé por una pequeña tienda local de una calle cercana y me compré un buen paquete de gusanitos… Más me valía empezar a controlar esos antojos, porque los kilitos que me sobraban estaban cogiéndome demasiado cariño… Pero es que estaban tan ricos…

Cuando me di cuenta, ya estaba sentada en la arena, con la boca literalmente abierta y un sol del naranja más intenso que había visto en mi vida escondiéndose detrás del mar.

Si alguien me hubiera mirado en ese momento, con la boca llena de gusanitos masticados, los mofletes repletos de migajas que estos dejaban al engullirlos y una cara de éxtasis como si me hubiera fumado algo aliñado… pensaría, sin duda, que estaba o desequilibrada o drogada.

De repente, un empujón brusco me asaltó por la espalda, llenándome entera de arena —incluso por dentro de la ropa— y chuperreteándome toda la cara con un ímpetu digno de alguien que te quiere de verdad.

—¡Tiza! ¡Mi amor!

—¿Carloti? ¡No te creo! ¿Qué haces aquí? ¡Estás loca!

Clari se me echó encima también, haciendo conmigo un sándwich entre las dos. No podía parar de reír.

—Te he llamado mil veces, tía, pero no hay manera de contactar contigo últimamente —le dije, poniéndome de pie y sacudiéndome la arena. Era un sanjacobo: estaba rebozada por completo.

De repente, me di cuenta de que había un perro que no conocía encima de mí.

—¿Y este bombón? ¿No me digas que Tiza tiene un hermanito? —pregunté, sobando a un perro enorme color canela, precioso.

—Casi… —contestó Clara con cara de no haber roto un plato—. Te presento a Pinchito y… te presento a Noel.

Me señaló, inclinando la barbilla hacia delante, a alguien que se suponía estaba a mis espaldas.

Me di la vuelta todo lo rápido que pude, abrí los ojos hasta que no daban más de sí y me quedé muda.

Y este pibón moreno y fuertaco…

—Ay, disculpa, no te había visto —dije, acercándome al chico para darle dos besos—. Me llamo Carlota.

Miré corriendo a Clari y le hice mil gestos exagerados con la boca, sin decir palabra, esperando una explicación. Luego volví la vista a Noel y sonreí como si nada. Y así varias veces.

—Noel es mi vecino de abajo, nos estamos… conociendo…

A Clara se le iluminaron los ojos y se le formó una sonrisa en la cara que nunca antes había visto en ella. Estaba hasta los huesos por él. No pude evitarlo. La abracé. Lo abracé a él también. Y terminé haciendo un abrazo de tres.

—¡Bienvenido a esta peculiar familia! Espero que la estés cuidando como se merece, porque sería capaz de cualquier cosa por mi Clari.

Noel se rio tímidamente y contestó de inmediato:

—Puedes estar tranquila, Carloti… ¿Puedo llamarte Carloti? Clara está siendo cuidada y querida como se merece.

La miré y ella asintió, confirmando lo que decía.

Volví a mirar a Noel y le dije:

—¡A mis brazos, cuñado! Y claro que puedes llamarme Carloti.

Continuamos todos juntos dando un paseo por la playa, poniéndonos al día con todo lo que teníamos pendiente. Clara y Noel me contaban el inicio de su historia de amor; se les veía radiantes, ilusionados, como dos adolescentes que han encontrado su primer amor. Me alegraba tanto por ellos. Ya era hora de ver brillar así a mi amiga.

Acordamos cenar juntos esa noche —en un rato—. Querían llevarme a comer tortillitas de camarones, chicharrones y gambas. Insistían en un bar que conocían, donde decían que servían unas tapas exquisitas, muy típicas de Cádiz.

Los acompañé hasta su edificio, para luego ir a mi estudio, darme una ducha y bajar a cenar con ellos. Al llegar a su puerta, Noel, bastante atento, se despidió y subió primero, dejándonos un momento a solas para poder hablar más íntimamente.

—Luego nos vemos, Carlota… Carloti… Ha sido una grata sorpresa que hayas venido y un placer conocerte.

Sonrió mostrando dos hoyuelos monísimos en ambos lados de la cara.

—Yo sí que me he llevado una buena sorpresa… pero buena, buena… buenísima —le contesté, dándole un repaso bromista de arriba abajo—. Luego brindamos por tanta fantástica noticia.

Cuando se fue y me aseguré de que subía las escaleras, empecé a gritar en silencio mientras daba saltitos de alegría con Clara.

—Eeeee… ¿perdona? —la agarré de las muñecas y las sacudí de manera frenética, intentando expresarle que me encantaba.

—No te emociones tanto, llevamos pocas semanas conociéndonos… No sé cómo saldrá…

—Se te ve ilusionada, y a él también. Disfruta, y que sea lo que tenga que ser. Se le ve buena persona y es muy simpático… Por no hablar de lo evidente… ¡Está buenísimo!

—Hombre, chata, una tiene buen gusto —me contestó Clara, frotándose las uñas de una mano contra la camiseta.

Las dos reímos, nos abrazamos y nos despedimos para vernos una hora después.

Después de esperarlos en la puerta de su edificio durante un buen rato —algo raro en Clara— y pasar una situación un poco bochornosa cuando por fin se dignaron a aparecer, cogimos camino hacia el bar donde íbamos a cenar. Estaba expectante y… muerta de hambre también.

Tras un paseo muy agradable de unos diez o quince minutos, llegamos al lugar que habían elegido. Era un local escondido junto a la playa. Bajamos unas escaleras que había en el paseo marítimo y, al mirar a la izquierda, me topé con cuatro o cinco mesitas en la misma arena y a escasos metros del mar. El cielo estaba decorado con unas guirnaldas de luces encadenadas, cruzadas unas con otras, que le daban al lugar un ambiente muy acogedor y bohemio.

—Me encanta este sitio. Ha sido todo un acierto. Es ideal… Gracias, chicos… —les dije sin dejar de mirar a todas partes, emocionada.

Nos sentamos en una mesita. Había una vela encendida y un jarroncito con un ramillete de margaritas de distintos colores. También había una pizarra pequeña en la que se podía leer el nombre de la reserva: CLARA RUSH (4 PERSONAS)

—Viene mi amiga Érica, espero que no te importe. Quería que os conocierais, os vais a caer genial —me aclaró Clara al ver mi gesto al leer la pizarra—. Álex y ella se conocieron hace unos fines de semana. Los presenté yo. Álex vino a Cádiz… a pasar unos días… a visitarme y darme una sorpresa… Noel y yo acabábamos de empezar a conocernos un poco mejor y aún no le había podido decir nada.

—Hostias… vaya panorama, ¿no? —respondí, con bastante poco tacto.

Noel se rio a carcajadas.

Clara terminó de contarme toda aquella historia antes de que llegara Érica. Por lo visto, Álex y Érica se estaban conociendo como un poco más que amigos. A mí, esos enredos de ex con amigas y amigos me parecían muy raros. Por ahí no paso yo: hay muchos tíos en el mundo como para que alguien de mi entorno se tenga que liar con uno de mis amores del pasado, dure el tiempo que dure. Me niego.

—Bueno… todo queda en familia, ¿no? —no se me ocurrió nada mejor que decir.

A Clari parecía no importarle en absoluto que un exrollete y una amiga suya estuvieran liados; de hecho, se la veía entusiasmada y

hacía comentarios como:

—Los dos son personas increíbles, se merecen estar con alguien a su altura, y ambos están a la del otro…

—Si tú lo ves bien, amiga, imagina el resto.

Volví la vista hacia Noel, que no le quitaba ojo a Clara con una cara de bobalicón increíble. Ya entendía todo… Los tortolitos estaban tan enchochados el uno por el otro que el resto del mundo podía hacer y deshacer a sus anchas, y a ellos les sobraba todo lo demás con su nuevo amor de adolescentes.

No podía dejar de admirar el paisaje que tenía justo delante de mis narices. No quería perderme ni un solo detalle. Desde mi sitio se veían, al fondo, muchas barquitas amarradas que flotaban suavemente sobre el agua.

Acabábamos de pedir la bebida y unas tapas que Clara y Noel ya tenían pensadas desde antes. Iba a romper a hablar cuando, de repente, una voz que me sonaba de algo me sobresaltó:

—¡Qué sorpresa! —exclamó alguien a mis espaldas.

Clari puso una cara muy rara.

Me giré para ver quién era y, en ese mismo instante, el estado de felicidad y paz que me embargaba se evaporó con un chasquido.

Pero… ¿qué narices…?

—David… qué casualidad…

Capítulo 19
Te perdono

18 de junio de 2025, Cádiz

(Clara)

1

Acababa de despedirme de Carloti en la puerta de mi edificio. Habíamos quedado para cenar en uno de mis lugares favoritos de Cádiz. Conseguí milagrosamente una reserva a última hora.

La primera vez que fui allí supe, desde el principio, que ese sitio se convertiría en uno de mis preferidos de la ciudad. Se respiraba un ambiente relajado e íntimo, capaz de transportarte lejos del bullicio y del ruido que suelen contaminarlo todo en otros bares más concurridos.

Me impresionó lo cálido que se sentía todo: esas bombillas flotantes, la luna llena regalando su reflejo al mar, y las olas, que llegaban calmadas hasta casi rozar nuestros pies descalzos; había barquitas de colores meciéndose en el agua, descansando para partir al día siguiente, y convertían las vistas en algo hipnótico.

Con la brisa llegaba la melodía de algún artista callejero, inundando las calles con su arte espontáneo. Creí oír un piano tocando *La Plage,* de Yann Tiersen. Me hizo emocionarme.

La comida de aquel sitio, típica gaditana, ponía la guinda al pastel. En aquella cocina había auténticos magos de los fogones. Sin duda, mi amiga disfrutaría mucho de la velada.

Le dije adiós con la mano a Carlota tras el cristal de la puerta de mi edificio y comencé a subir aquellas incómodas escaleras, pensando que tenía que pasar por casa de Noel —se había llevado a Tiza y tenía que recogerla— y que, quizá, podría ducharme allí con él antes de irnos juntos a la cena. Íbamos todos, incluida Érica.

Cuando pensé en reservar, se me ocurrió avisarla por si le apetecía venir. Fue ella quien me llevó a ese bar por primera vez y sabía que le encantaba. Además, estaba deseando que Carloti y ella se conocieran; estaba segura de que se llevarían genial.

Cuando estaba casi llegando a la segunda planta, donde vivía Noel, escuché unos susurros. Una voz femenina que me resultaba familiar… y la de Noel. Avancé un poco más hasta poder ver la escena. Me quedé de piedra.

Pamela, la vecina del primer piso, estaba de espaldas a mí, apoyando la palma de su mano izquierda contra la pared. Llevaba puesto un camisón negro transparente que apenas cubría su ropa interior: un sujetador —también negro— de encaje y un tanga a juego.

Noel estaba entre ella y la pared, con la cabeza girada a un lado, claramente intentando evitar que Pamela lo besara. La apartaba con una mano, con educación, mientras le pedía que parara y se comportara.

—Señora, estoy conociendo a Clara, la vecina de arriba. Somos… somos pareja…

—¿Con esa? —refunfuñó ella—. Si es una tabla, la mires por donde la mires. Tan flaquita, sin pecho, sin culo… Mira tú qué bien dotada estoy yo…

Noel no la dejó terminar. Se puso serio, tajante.

—No le voy a permitir que hable así de mi… novia. Váyase ahora mismo y deje de molestarme, o la denunciaré por acoso.

Pamela se giró de golpe sobre sus talones, sin decir palabra, y empezó a bajar las escaleras. Su cara se volvió tan blanca como las paredes al verme.

—Hola… —Me miró de arriba abajo con desprecio—. Las hay con suerte —dijo, escupiendo las palabras antes de hacer un gesto de

desdén con la cabeza y desaparecer.

No dije nada; no hacía falta añadir más a lo que ya había dicho Noel. Solo le dediqué a Pamela una sonrisa burlona y le saludé con la mano, girándola sobre sí misma como saludaría la reina desde su balcón en Buckingham.

Subí los pocos peldaños que me separaban de mi chico y, sin decir ni mu, lo devoré a besos en pleno rellano.

Entramos en su piso sin dejar de besarnos. La puerta se cerró de un portazo tras nosotros y, en segundos, Noel me estampó con la brusquedad justa contra ella. Sus manos recorrían mi cuerpo con un deseo que hacía tiempo no sentía… quizá nunca lo había sentido así de intenso.

De repente, con un movimiento rápido y firme, me alzó en brazos como si yo no pesara nada para él, y me sostuvo colocando sus enormes manos bajo mis nalgas. Ese gesto me encendió aún más. Me mantuvo frente a él y mis piernas, instintivamente, se enroscaron alrededor de su cintura, atrayéndolo más hacia mí. Sentía cada centímetro de su excitación buscando mi cuerpo, incluso a través de la ropa.

Fuimos deshaciéndonos de ella entre besos, gestos impacientes y risas nerviosas mientras me llevaba a su dormitorio. Nuestros cuerpos quedaron al descubierto, brillando por el sudor y la urgencia compartida. Me tumbó en la cama y lo demás… fue simplemente el mejor sexo de mi vida.

Tuvimos que ducharnos y vestirnos a toda prisa. Por primera vez, fue Carlota quien tuvo que esperarme a mí y no al revés.

—Pero… ¿qué te pasa, señorita Rush? ¿Llegando tarde? —se burló mi amiga cuando nos vio bajar.

No hizo falta decir nada. Nuestras sonrisas lo decían todo. Se le subió el color a las mejillas y trató de salir del paso:

—Emmm… Vale… De acuerdo… ¿Dónde vamos a cenar? Estoy muerta de hambre.

Estaba tremendamente abochornada, y eso me hizo aún más gracia. No pude contener la risa durante todo el camino hasta el bar.

Cuando llegamos, no podía dejar de mirar la cara de Carlota. Estaba alucinando con todo lo que veía, como una niña en un mundo mágico.

Nos sentamos y le comenté que Érica se uniría a la cena. A Carlota le hizo mucha ilusión; ya le había hablado de ella alguna que otra vez.

—Es que hay algo que no te he contado, Carloti…

—Sorpréndeme, amiga mía —dijo, moviendo las cejas arriba y abajo rápidamente.

Miré a los lados, me acerqué un poco a la mesa y bajé el tono de voz.

—Álex estuvo aquí hace unas semanas. Hizo una escapada para desconectar del caos madrileño y… para verme.

Carlota abrió los ojos como platos —un gesto muy habitual en ella— y miró a Noel, luego a mí, luego a Noel de nuevo, y así unas seis o siete veces.

—Sí —le contesté—, ya nos estábamos conociendo.

—Hostias… vaya panorama, ¿no?

Noel, que hasta entonces no había abierto la boca, rompió a reír. Álex no era santo de su devoción —al menos no aún— y ya me había dado su opinión:

—No me molesta en absoluto que seáis amigos, pero si el chaval sigue sintiendo cosas por ti… no me hace gracia del todo. Es mejor que lo habléis vosotros. Yo no me voy a meter.

Lo más sensato era que Noel lo afrontara de esa forma, y lo agradecía muchísimo. No entraba en mis planes borrar a Álex de mi vida; era una persona muy especial, un imprescindible. Con el tiempo, estaba segura de que se llevarían genial.

—No fue fácil —continué—. Ya le hice daño una vez y no quería que volviera a pasar… Yo quiero mucho a Álex, pero como amigo, un amigo muy especial.

—¿Puedes abreviar antes de que llegue Érica? No puedo cenar con esta curiosidad —dijo Carlota, casi subida a la mesa.

Me reí, agitando la cabeza de un lado a otro.

—Resumiendo mucho: le conté a Álex que había conocido a mi vecino de abajo, que nos estábamos dando una oportunidad y que, si traía intenciones más allá de la amistad, iba a ser imposible. Noel merece la pena… y mucho —lo miré y le puse la mano en la rodilla —. Al principio, Álex no se lo tomó del todo bien, pero, cuando pasó un rato, volvió a ser el de siempre. Le pregunté si avisaba a Érica para cenar, y me dijo que sí. Al final, se gustaron más de lo que yo creía. Ella va a Madrid este fin de semana a verlo…

Carlota estaba con la boca abierta, literalmente, mirando de un lado a otro: Noel, yo, Noel, yo…

—Bueno… todo queda en familia, ¿no? Si tú lo ves bien… — respondió, con cara de no saber muy bien qué decir, mientras levantaba su cerveza y hacía un brindis.

Y entonces, una voz interrumpió el momento de confesiones.

—¡Qué sorpresa!

Casi me caigo de la silla.

Era David.

2

—David… qué… casualidad… —dije, rompiendo el hielo. Tuve que sujetar a Noel, que apretaba con todas sus ganas el reposabrazos de la silla. Carlota, en cambio, fue imparable.

—¿Qué haces tú aquí, mamarracho? —le soltó sin filtros.

—Hola, Carlota. Yo también me alegro de verte. Veo que los falsos rumores de hace un año te han calado igual que al resto… No quiero problemas. Solo venía a saludar. Ya me voy.

—David, espera —le dije, sintiendo un pellizco en el estómago—. Hace mucho que no te veo. ¿Estás bien?

—Sí, sí, de maravilla, Clarita. A ver si nos vemos y te cuento cositas… Me he vuelto a ilusionar con alguien y… me gustaría que cenáramos juntos un día —respondió con una emoción juvenil que no le veía desde que conoció a Isa.

—Mi mi mi mi mi… —se escuchó a Carlota, poniendo unas caras rarísimas.

Me levanté, les lancé una mirada asesina a mi amiga y a mi —por lo visto— novio, y me aparté un poco para hablar tranquilamente con David.

—No les hagas caso… Les importo, pero no terminan de comprender tu «bromita» de mal gusto de todo este tiempo atrás.

—Es normal, Clarita… Tranquila —me consoló, guiñándome un ojo como siempre hacía—. Oye, ¿te apetecería venir a cenar mañana a mi casa? Puedes venir con… ¿es tu chico, no? —preguntó, mirando a Noel—, aunque no creo que le apetezca mucho…

—Bueno, acabamos de empezar a conocernos… Será mejor que os presente en otro momento. Otro día, mejor. Prefiero esta vez ir yo sola y así ponernos al día tranquilos. Con que… ¿has conocido a alguien, eh? —le di unos golpecitos en el brazo, intentando quitar tensión.

—Algo así… Mañana te cuento todo con más detalles. Te espero en mi casa a las ocho y media, así charlamos un rato antes de que ella llegue.

—Por mí, genial. Hasta mañana, David. Me ha alegrado verte. Te… echaba de menos.

Era verdad. Empezaba a recuperar la confianza en él y a sentirme como antes de todo aquel macabro malentendido en la fiesta. Me hacía feliz. David era como un hermano para mí.

Ojalá pronto Noel y mis amigas pudieran darse cuenta de la verdad. David era buena persona…

Nos dimos un abracito para despedirnos y, justo cuando se iba a marchar, llegó Érica.

Vaya… la que faltaba.

—¿En serio, picha? ¿Que alguien me explique qué hace aquí este carajote? ¿Es una broma, Clara?

No hice caso a Érica y me despedí de David.

—Hablamos, ¿vale?

David me dijo adiós con la mano y su media sonrisa, y se fue con la cabeza ligeramente agachada. Sentí mucha lástima por él.

—Tía… —le dije a Érica, mirándola suplicante.

—Ni tía ni tío, Clara… ¿Ya se te ha olvidado todo lo que nos hizo, hace poco más de un mes? Que no, coño, que no…

No le rebatí. Las pocas mesas del lugar estaban llenas y todo el mundo nos miraba. No quería dar un espectáculo.

—Vamos a sentarnos, anda, guardaespaldas —agarré a Érica del brazo y la llevé hasta nuestra mesa—. ¡Ya pueden cenar tranquilos, el *show* ha terminado! —anuncié a las otras mesas, haciendo un gesto con ambas manos como pidiendo que volvieran a centrarse en sus platos.

Nos acercamos a la mesa donde Noel y Carlota seguían sentados. Traté de actuar con normalidad, como si nada hubiera pasado. Solo quería una velada tranquila.

—Ahora mismo me estás diciendo qué habéis hablado… —susurró Carlota, con cara de detective.

—Un momento, Carloti, te quiero presentar a…

Pero Érica se adelantó:

—Hola, soy Érica. Tú debes de ser Carlota y, si también odias al desgraciado ese como yo, vamos a llevarnos muy, pero que muy bien… Hola, Noel, bombón de licor.

Carlota y Érica se dieron dos besos monumentales, como si llevasen toda la vida esperando conocerse. Se sentaron juntas, una al lado de la otra, como si ya fueran íntimas. Habían hecho piña.

Noel saludó a Érica con la mano y dibujando una sonrisa preciosa, luego añadió con tono sereno:

—Demos una oportunidad a Clara para que se explique…

Sentí cierta compasión en sus palabras. Todos me miraban atentos, como hienas esperando la señal para abalanzarse.

—Nada, no tiene importancia… —dije con naturalidad fingida—. Solo me hablaba de una chica que acaba de conocer y con la que está ilusionado. Ya me contará más otro día. ¡Pesados!

El camarero apareció en el momento justo con una bandeja cargada de platos que olían a gloria bendita. Con eso, el «asunto David» quedó zanjado. Al menos, por el momento.

Pedimos otra ronda de bebidas y, poco a poco, la noche fluyó sola. Reímos a carcajadas, compartimos mil anécdotas. Érica nos puso al día sobre su historia con Álex, todo fluía entre ellos y se notaba. Noel contó un par de historias curiosas del trabajo; era policía nacional y se le iluminaba la cara cuando hablaba de ello. Le encantaba su trabajo, y eso era imposible de disimular.

Acabamos volviendo a casa muy tarde. Empalmamos la cena con un helado, y el helado con un pub donde sonaba merengue, salsa y bachata. Por supuesto, fue idea de Noel.

—¿No me digas que bailas bachata? —Carlota no salía de su asombro—. Concédeme el primer baile, por favor.

—Eso está hecho —respondió Noel, llevándose las manos al abdomen y moviendo el culo de forma exagerada.

Nos reímos sin parar toda la noche.

Cuando llegamos al portal de Carlota —hasta donde la acompañamos Noel y yo—, me dio un abrazo. Iba un poco

achispada y, con la lengua como de trapo, me dijo algo que me puso los pelos de punta:

—No hables con David a solas, por favor. Tienes que prometérmelo. Tengo que enseñarte algo muy importante mañana. Por eso estoy aquí, Clari… Por eso he venido… Te quiero, amiga. No quiero que te pase nada.

Me dio un beso en la frente y entró en su portal sin decir nada más.

—Hasta mañana, Carloti. Me has hecho muy feliz viniendo a verme. Te quiero —me despedí.

Noel y yo nos dijimos adiós en su puerta. Necesitaba dormir sola, abrazada a mi chuchita, con toda la cama para mí, despertarme al día siguiente sin prisas, hacerme un café, leer en mi terraza y escuchar únicamente el leve sonido del mar y las gaviotas. Mi espacio era innegociable. Necesario.

—¿Seguro que no quieres ir a por Tiza y quedaros aquí a dormir? —insistió Noel.

Lo miré ladeando la cabeza, con cara de «modo quiero estar sola activado». No hizo falta decir nada.

—Vale, vale… no insisto más. Espacio, lo capto.

Sonreí, le di un beso largo y me fui derechita a mi cama.

Cuando ya estaba casi dormida, recibí un mensaje de David. No decía nada, solo una ubicación, sin más.

—Ah, su dirección, para la cena de mañana —comenté en voz alta a Tiza. Ella, sin levantar la cabeza de la cama, resopló y siguió durmiendo.

«Allí estaré mañana a las 20:30», le contesté. Abrí el mapa y busqué el lugar donde vivía. Nunca había ido a su casa desde que habíamos retomado nuestra amistad. La localización estaba un poco alejada del centro, en una zona de campo. No me extrañaba: era el sueño de David. Vivir en una parcela con huerto, gallinas, animales… y perros. Muchos perros adoptados.

Tenía muchas ganas de pasar un rato a solas con él. Teníamos que ponernos al día de muchas cosas. Tenía que contarme sobre su nuevo amor. Yo tenía que hablarle de Noel.

Era hora de… normalizar la situación entre nosotros.

3

Dormí como una niña pequeña esa noche.

Por la mañana, hice mi ritual preferido: poner el café a hacerse en mi cafetera francesa de cristal, bajar a Tiza para que hiciera pipí —y, de paso, dejarle a Noel una nota por debajo de la puerta que decía «Feliz día» con una carita sonriente—, volver a casa, tomarme un café en la terraza mientras leía un buen libro y, después de todo, revisar mis mensajes.

Tenía uno de Carlota:

> He dormido genial. Gracias por la noche de ayer. Me moría de ganas de verte. No te olvides, tengo que darte algo. Avísame en cuanto puedas verme.

Otro de Noel:

> Buenos días. Feliz día para ti también. Hoy trabajo todo el día, tengo que cubrir el turno de un compañero. Con las ganas que tenía de invitarte a sushi para comer (y una carita triste).

—Qué monísimo que es —miré a Tiza, como si fuera a responderme.

Y el último, de un número desconocido y cuyo único mensaje ya no estaba: «Este mensaje fue eliminado».

Ni siquiera le di importancia. Sería alguien que se había equivocado.

Decidí pasar el día tranquila en casa. Saldría lo justo: a comprar los ingredientes para preparar mi mítica tarta de manzana y llevarla de postre a la cena en casa de David, y a pasear a mi chuchita un ratito por la tarde.

Eran las seis de la tarde y, mientras me preparaba para salir a pasear con Tiza, llamé a Carlota para ver qué planes tenía y poder, por fin, hablar con ella de ese asunto tan urgente que no dejaba de mencionar.

Me contó que, por la mañana, se había apuntado a un taller de yoga y meditación en la playa y que, después, había terminado almorzando y tomando café con los compañeros del grupo. Era alucinante la facilidad que tenía para hacer amigos y conocer gente.

—No me da tiempo de ir al paseo por la playa con vosotras, pero no te vayas sin verme, que quiero darte eso que te dije ayer. No puede esperar más —me dijo, con mucho ruido de fondo—. Por cierto, ¿dónde me has dicho que vas esta noche?

—No te preocupes. Mañana me lo reservas para mí y salimos a dar una vuelta juntas. Hay muchos rincones de Cádiz que quiero enseñarte. ¡Disfruta! Chao.

Colgué, escabulléndome de su pregunta. Carlota estaba entretenida y ni se dio cuenta.

Estaba montada en mi coche, iba tarde a la cena con David, pero Carlota me pidió que la esperara. Llegó corriendo, agitando una carpeta que me tiró por la ventanilla.

—¡Llego tarde! Vamos, vamos, vamos… —la apremié.

—¡Perdón, perdón! Toma, léelo en cuanto puedas, es muy importante, Clari. ¿Dónde vas…?

La dejé con la palabra en la boca, le lancé un beso y tomé rumbo siguiendo mi GPS.

A pocos minutos de la ubicación que me había enviado David, lo único que veía delante y detrás de mí era un camino de tierra lleno de baches, que me obligaba a conducir despacio, y un montón de árboles por todas partes.

—Pero… ¿Dónde narices se ha ido a vivir este chaval? —me pregunté.

—Ha llegado a su destino —indicó la voz femenina del GPS.

A mi derecha, un poco alejada del camino y entre pinos, se veía una casita muy pequeña. Escondida. Lindada con una cerca de hierro que rodeaba toda la parcela, solo suya. No había perros, ni huerto, ni nada más que hierbas altas y pinos por todos lados.

Tendría que continuar a pie hasta llegar a la casa. Mi coche no cabía entre tanto árbol desperdigado. Un camino estrecho de ladrillos llegaba directo a la puerta, seguramente hecho por David, que era un manitas.

Faltaban quince minutos para las ocho y media, así que decidí aprovechar el tiempo ojeando la carpeta que me había dado Carlota. Su insistencia en que lo leyera con urgencia me tenía muerta de intriga.

Lo primero que vi al abrirla fue una hoja similar a esos informes que te entregan en la consulta del médico. No me detuve demasiado y pasé a un pequeño bloque de folios recogidos en una segunda carpeta, cuya portada decía: «DIARIO» y alguien había añadido entre paréntesis «(de Sonia)».

«¿Qué narices era todo aquello?», me pregunté.

Volví a la primera hoja que había encontrado y, esta vez, me detuve a leerla con calma. Menos mal que llevaba mis gafas de ver.

La respiración se me cortó nada más empezar:

Hospital Psiquiátrico Valserra (Badajoz)

Paciente: David Pinarro Galviero
Fecha de ingreso: 17 de febrero de 2015
Fecha de alta: 20 de enero de 2017

Diagnóstico: El paciente presenta un cuadro clínico compatible con un Trastorno de la Personalidad con características disociativas, manifestado por episodios de alteración en la percepción de la identidad y fragmentación de la conciencia. Se observan alucinaciones auditivas y visuales, las cuales interfieren significativamente en el funcionamiento diario. Además, el paciente exhibe comportamientos obsesivo-compulsivos, con

rituales y pensamientos intrusivos que generan malestar considerable. Asimismo, se evidencia una tendencia a la agresividad que puede estar relacionada con la frustración ante los síntomas mencionados y la dificultad para el control de impulsos.

Motivo de ingreso: El paciente es ingresado en el servicio psiquiátrico tras un intento de agresión grave contra sus padres, hermana y pareja, utilizando un cuchillo de cocina como arma. Durante el episodio, el paciente manifiesta creencias persecutorias, refiriendo que sus familiares, supuestamente, quieren matarlo y que están conspirando para llevar a cabo un plan en su contra. Estos delirios de persecución y el estado de agitación lo conducen a un comportamiento potencialmente peligroso para sí mismo y para terceros, lo que motiva la intervención y el ingreso hospitalario para evaluación y manejo especializado.

De repente, unos golpecitos en la ventanilla del coche —que casi me provocan una muerte súbita— me interrumpieron y me sacaron de golpe de la incredulidad en la que me había sumido aquel informe.

Cerré la carpeta de un golpe y la guardé en mi enorme bolso.

—Te he visto llegar por la ventana —dijo David, sonriéndome—. ¡Vamos! He preparado una cena riquísima… y veo que traes tu especialidad, tarta de manzana. ¡Me encanta!

Me abrió la puerta del coche y me ayudó a salir, cogiéndome del brazo con un poco más de fuerza de la necesaria.

Capítulo 20
El diario de Sonia

(Sonia)

10 de mayo 2024

Hoy ha sido la excursión a Toledo y... ¡adivina qué profe nos ha llevado! ¡Siiií, David! Puafff... iba guapísimo, con su chándal gris y esa sudadera que le queda tan bien. No he podido dejar de mirarlo en todo el día.

Al final de la excursión, cuando estábamos esperando para subir al autobús, a Candy y a Bea no se les ha ocurrido otra cosa que retarme. Retarme... ¡a mí!

—No eres capaz de volver sentada con el profe todo el camino de vuelta...

Claro que lo era. Me ha dado mucha vergüenza, pero yo era capaz de cualquier cosa por el profe. Me gusta, me gusta mucho. Además, hoy me ha sonreído varias veces durante la excursión. Bea dice que lo hace con todo el mundo, pero yo sé que conmigo es diferente. Se le nota: soy su favorita.

He tenido que improvisar un plan en menos de dos minutos, pero ha funcionado... Cuando estábamos subiendo al bus y él pasaba lista, me he acercado y le he dicho que necesitaba hablar con él de algo importante en privado. Lo primero que se me ha ocurrido. David se desvive por todos nosotros y sabía que no me fallaría. Por supuesto, me ha dicho que sí inmediatamente, con cara de preocupación. Pobrecillo... qué ingenuo es...

Bea y Candy se han partido de risa cuando les he dado el OK con los pulgares hacia arriba mientras les mostraba una sonrisa ganadora. Para ellas soy una diosa, una líder, un ejemplo a seguir. Se creen que no me da miedo nada, que soy capaz de cualquier cosa, que puedo con todo. Por dentro, me he muerto de miedo y he sentido unas ganas de vomitar horribles cuando me he enfrentado a esta situación. En ese momento tenía unas náuseas casi incontrolables.

Al subirme al autobús, David me ha hecho un gesto para que me sentara en uno de los asientos de primera fila, donde suelen ir los profesores. Cuando he puesto el pie en los escalones para subir y llegar a mi sitio, casi echo el bocadillo... he tenido que apretar fuerte los labios para no vomitar allí mismo.

En menos de lo que pensaba, el profesor más guapo de Los Viñedos estaba sentado a mi lado, esperando una explicación. Me he inventado una historia en la que culpaba a mi madre por no poder estudiar lo suficiente para aprobar y sacar el curso. Le he dicho que me obligaba a trabajar de friegaplatos todo el fin de semana en el restaurante donde ella trabaja y que así era imposible estudiar. He sido lo más dramática posible. Quería que David se preocupara por mí, que estuviera pendiente de mí, que me cogiera cariño...

Después de escucharme con atención y poner bastante mala cara, David me ha propuesto hablar con mi madre para hacerla entrar en razón y que me dejara estudiar lo necesario durante las pocas semanas que faltaban para terminar el curso. Yo todo el tiempo he asentido con la cabeza, con cara de pena, buscando su afecto.

Sé que mi madre nunca va a tener una reunión con el profe. Ella no tiene tiempo para esas cosas, trabaja todo el día, todos los días de su vida. Así ha vivido desde que mi padre se fue. Se ha quedado un poco tocada. Las dos nos hemos quedado tocadas.

Durante el resto del viaje no he abierto la boca. No sabía de qué hablar con él. Estaba tan cortada que no me salían las palabras. Le habría dicho mil cosas bonitas. Me habría encantado decirle todo lo que siento por él, pero... ¿cómo? Si solo soy una alumna, con unos quince o veinte años menos que él. Además... Carlos y Sergio estaban sentados justo detrás nuestra, poniendo la oreja. Así que he fingido

quedarme dormida hasta que hemos llegado al insti, y todo arreglado.

Cuando hemos llegado, he ido corriendo a contarles todo a Bea y a Candy. Ha sido un momentazo y nos hemos reído como tres locas. "Eres la mejor", me decían, cuando de repente he visto a David besando a una chica morena guapísima. Se me ha cortado el cuerpo entero. No sabía que David tenía novia.

Evidentemente, no me he quedado de brazos cruzados. Corriendo, le he escrito un mensaje a mamá y le he dicho que la madre de Bea me acercaba a casa. Luego le he pedido a David si podía llevarme él. Me he inventado que mi madre doblaba turno y que no podía venir. He llorado y todo... Y lo cierto es que no me faltaban ganas. David me ha roto el corazón con ese beso a esa chica.

Obvio que me ha dicho que sí. Nunca le dice que no a un alumno que necesita ayuda. Y yo me he sentido una auténtica diva subiéndome a su coche mientras el resto de las chicas me miraban con cara de: "¿En serio?"

Que se fastidien. David va a ser mío.

He sido tan feliz montada en ese coche, con él a mi lado... La música sonaba a todo volumen, las ventanillas bajadas a tope, el aire nos despeinaba a los dos, y David tarareaba suavemente la canción que estaba sonando en la radio... Entonces he abierto una app para saber cuál era: Hombres G, "Te quiero".

De verdad, he pensado que me la estaba dedicando a mí. Como si intentara confesarme algo que no podía decirme con sus propias palabras. Ha sido una declaración en toda regla...

Hemos llegado a la puerta de casa enseguida. La media hora más corta de mi vida. Y, de repente, sin pensarlo, le he pedido su número de teléfono. Estoy pirada, lo sé. Su respuesta me ha caído como un guantazo con la mano abierta... Que no puede, que es mi profesor, que lo siente.

He sentido tanta vergüenza y tanta rabia que no he podido evitar que se me escapara alguna lagrimilla... No he sabido qué decir, así que le he dado las gracias por traerme y me he ido corriendo sin decir nada más.

Ahora odio a David con todas mis fuerzas. No sé por qué juega así con mis sentimientos. ¿Me dedica una canción preciosa en la que se declara y ahora no quiere darme su teléfono...? Que le den.

♥

13 de mayo 2024

Si David pensaba que iba a ir a su clase como si nada, después de haberme dado calabazas en su coche... lo llevaba claro.

Hoy tenía clase con él a primera hora y he pasado de ir. No soporto verle la cara ahora mismo. Mi madre me ha dejado en la puerta del insti como cada día, he entrado hasta el patio de columnas y, desde allí, he corrido directa a un baño de alumnos que hay en el edificio nuevo donde se imparten las clases de Formación Profesional. Allí nunca miran los profes. Esto lo sé porque unas chicas del otro grupo me lo dijeron un día en el recreo.

He pasado ahí toda la primera hora mientras David estaba dando clase en mi grupo y, cuando ha sonado la sirena que marcaba el final, he ido derechita a mi aula para seguir con el resto de asignaturas. Por suerte, no me he cruzado con él.

Lo chungo ha sido luego, en el recreo. Les estaba contando a Candy, Bea y a otras compis de clase cómo me había escaqueado de la primera hora, cuando David ha llegado por mi espalda y me ha pedido que fuera a hablar con él. Me había pillado. Estaba súper serio y

también súper sexy, con ese rollo de profe durito, formal, que se preocupa por una alumna... por mí.

No he sabido qué decirle. Me he quedado en blanco por completo. Me he justificado como he podido, diciéndole que me encontraba mal, que había estado vomitando en el baño y que ya me sentía mejor. No ha colado. Es demasiado listo. Pero no ha tardado en cambiar su tono y, de repente, ha empezado a hablarme más suave, como con cariño.

—¿Tienes algún problema conmigo, Sonia? ¿Tienes algo que contarme?

No he podido evitar llorar de nuevo. Pero, ¿qué me está pasando? Nunca he sido una llorona. Claro que tengo cosas que contarle. Demasiadas cosas, diría yo. Pero no he podido hacer otra cosa que negar con la cabeza, quedarme callada y salir corriendo de nuevo.

♥

16 de mayo 2024

Hoy ha sido el día... Me he declarado a David. ¡No me lo creo! ¡Casi me muero!

Anoche le escribí una nota antes de acostarme y hoy estaba decidida a dársela al final de su clase.

En ella ponía: "Profesor, me gusta mucho. No puedo dejar de pensar en usted."

Durante toda la hora, antes de dársela, lo he notado súper raro. Me ha estado esquivando la mirada todo el tiempo. No sé si estaba enfadado conmigo por haber hecho rabona en su clase del otro día o si directamente se estaba haciendo el interesante para llamar mi atención. Si era lo segundo, lo ha conseguido. No puedo dejar de mirarlo ni un solo segundo, estoy coladita por él. Nunca nadie me ha gustado tanto en mi vida.

Ha sido todo muy rápido. Él estaba haciendo el mismo ritual de siempre: cuando acaban sus clases, choca la mano con todos nosotros y nos dice lo bien que lo hemos hecho. Ha sido justo en el momento en el que me ha chocado a mí que le he pasado la nota de mi mano helada a la suya. Lo he hecho lo más disimuladamente posible para que ningún compañero de clase se diera cuenta. Esto no lo sabe nadie, ni siquiera Bea y Candy. Van a echarme la bronca si se enteran. No paran de decirme que estoy loca, que hago cosas muy raras y que cualquier día me voy a meter en un lío. Parecen mi madre. Paso.

A David se le ha cambiado la cara cuando ha notado el papelito en su palma y, corriendo, se lo ha guardado en el bolsillo del chándal para seguir chocando con el resto de alumnos.

Ahora... solo queda esperar.

Ojalá me conteste pronto.

♥

23 de mayo 2024

He esperado toda una semana y David no me ha dicho nada sobre la nota en la que le abría mi corazón. Me ha parecido súper fuerte. He estado ansiosa, deseando que me diga algo. Me mata la intriga por saber qué piensa de mis sentimientos, si me corresponde... o no.

Ya no sé qué hacer para llamar su atención, para gustarle. He cambiado por completo mi forma de vestir. Quiero gustarle de verdad. Ahora llevo ropa más llamativa a clase... no sé... escotes, tops ajustados, faldas cortas... para parecer más mayor y que vea que no soy ninguna niñita inocente como había estado aparentando hasta ahora... Obvio que mi madre no sabe nada. Me cambio siempre en los baños del instituto y luego vuelvo a

ponerme la ropa que traigo de casa antes de que ella me recoja.

Cuando voy a la mesa de David para preguntarle alguna duda, siempre intento rozar mi mano con la suya o pasar el dedo índice por su brazo... Hago gestos todo el tiempo para provocarlo, me insinúo, le busco... Es imposible que no se haya dado cuenta de todo lo que he estado haciendo para despertar su interés. Espero que no tarde mucho en decirme algo o voy a volverme loca.

Cambiando de tema... El pesado de Samuel no ha parado de escribirme cartitas en las que me declara su amor. Lleva desde primaria detrás de mí y no se cansa. Mira que le he dado calabazas mil veces, pero nada... no hay manera de que se olvide. Es verdad que me gustó un poquito (solo un poquito) en tercero de la ESO, pero ahora no tengo ojos para nadie más que para mi crush, DAVID.

♥

28 de mayo 2024

Mierda, mierda, mierda... Mi madre me acaba de echar la bronca del siglo. Resulta que David y ella sí han tenido esa maldita reunión que pensaba que nunca tendrían. Él le ha contado el cuento chino que me inventé el día de la excursión a Toledo, lo de que mi madre me obligaba a trabajar todo el finde fregando platos...

Cuando ha vuelto a casa se ha puesto histérica, gritándome como una loca, preguntándome que qué quería conseguir con todo esto, que si lo que quería era dejar los estudios no me iba a salir con la mía. Que ella se estaba dejando el alma para darme un buen futuro y que no acabara como ella, trabajando de lunes a domingo en dos empleos diferentes para pagar las facturas, el alquiler, la comida, mi educación...

La verdad es que me ha dado mucha pena verla así. Me he sentido fatal... Estoy siendo una estúpida, una egoísta y una mala hija... La pobre ha estado llorando desconsolada un buen rato. Solo he podido abrazarla y decirle que no se preocupara, que no iba a volver a pasar, que todo va a cambiar y que va a estar orgullosa de mí. Se lo he dicho de verdad, no solo para consolarla... No puedo seguir así.

No me ha pedido más explicaciones y yo tampoco se las he dado. No puedo contarle a mamá que todo lo he hecho es porque me gusta el profesor, porque me muero por él, porque quiero que se fije en mí.

♥

29 de mayo 2024

Hoy me he levantado preparada y convencida de que me caería un sermón de David nada más llegar. Ahora que él había hablado con mi madre y sabía que yo le había mentido con lo de mi trabajo de friegaplatos... la bronca estaba asegurada.

Pensaba contarle que todo iba a cambiar, que estaba decidida a darlo todo esta semana para aprobar los exámenes de recuperación y entregar los trabajos que me faltaban. Quizá así me libraba de otra bronca, porque con la de mi madre ya había tenido de sobra para darme cuenta de que la estaba fastidiando.

Pero me he encontrado con algo que nunca me habría imaginado y que, ahora mismo, no sé si me alegra... o me da miedo.

Después de la clase de Educación Física, David me ha pedido que me quedara a hablar con él un momento. Lo he hecho. Ha puesto una silla junto a la suya y me ha invitado a sentarme. No paraba de mirarme de arriba

abajo, y su cara no era precisamente la de alguien enfadado. Más bien todo lo contrario.

Me ha dicho que teníamos que sacar el curso adelante, que él iba a ayudarme en todo lo que necesitara y que juntos lo conseguiríamos. Me hablaba muy cerca, su cara a solo centímetros de la mía... y, de repente, me ha acariciado el muslo, mientras recalcaba la palabra "juntos".

Me he puesto súper nerviosa. Ahora que estaba tan cerca y parecía que se me estaba insinuando, sentí... como asco. Me han dado hasta ganas de empujarlo lejos de mí.

Con mucha vergüenza, me he levantado, le he dado las gracias y le he dicho que sí, que quería terminar el curso y empezar a plantearme la vida de otra manera. Él también se ha levantado e insistió en acompañarme hasta el patio, que ya era hora del recreo. Por el camino me ha pedido que le diera mi email, para poder estar en contacto y ayudarme con los estudios. Casi fue una orden. Tenía su teléfono en mis manos y dudaba de si hacerlo o no... Lo miré un momento, me guiñó un ojo animándome a hacerlo y... se lo apunté. Luego he salido corriendo.

Al final del día, cuando iba directa a la puerta de salida del insti, hablando con Bea y Candy, David me ha hecho un gesto para que me acercara. Me ha dicho:

—Anda, bonita, dame también tu número de teléfono... Así podré comunicarme contigo de manera más fácil y directa.

No sé qué pretende, pero está empezando a dejar de gustarme...

♥

10 de junio 2024

Hace más de una semana que no me he pasado a escribirte. No me ha dado la vida para nada más que estudiar y hacer trabajos. Pero... ¿sabes qué?

¡He aprobado todo!

Estoy tan feliz... Ha sido muy duro, pero ha valido la pena. Mi madre está súper orgullosa de mí. No para de decirme que este verano nos iremos juntas a la playa en su semana de vacaciones. La verdad es que me apetece mucho... Necesito despejarme y salir de Madrid unos días. Y, sinceramente, pasar un tiempo con ella será maravilloso. Me apetece de verdad.

Si te preguntas qué tal van las cosas con David... pfff... mal. Y no sé qué hacer con este asunto.

Desde que le di mi email y mi teléfono para que me ayudara con los estudios, ha empezado a escribirme desde un correo súper raro que solo contiene letras y números sin sentido. He sabido desde el principio que era él, porque mencionaba cosas que solo nosotros sabíamos, sobre conversaciones que habíamos tenido en el insti y todo eso...

Me sentí un poco emocionada las primeras veces... A ver... No dejaba de ser el guapo profesor de Educación Física por el que estaba colado medio instituto. En uno de los emails que me mandó desde esa dirección me confesó que no había podido evitar fijarse en mí desde que cambié mi forma de vestir para ir a clase, que se dio cuenta de que usaba una colonia diferente y que le encantaba... Que no podía dejar de pensar en mí. Cosas así.

Ahora siento miedo. Sus textos han subido de tono y no para en insinuarse... El otro día me preguntó que cuándo cumpliría los dieciocho años y me confesó que estaba esperando con ganas ese momento para poder vernos de forma más... íntima. Que ya había fantaseado más de una vez con ese momento y que lo tenía todo planificado.

Hubo otro día en el que me esperó en la esquina de casa, escondido. Cuando pasé por su lado, me agarró de la

muñeca y me llevó hacia el interior de un callejón que está justo al lado de mi portal... Me apoyó contra la pared, se acercó mucho a mí y me dijo:

—He visto que tu cumple es el día antes de la fiesta de fin de curso. Ese será nuestro día, mi pequeña. Esa noche te buscaré... y podremos consolidar nuestro amor.

Me quedé quieta. Sin aire. Sin palabras... No pude hacer nada, tenía demasiada fuerza. Luego me sonrió, respiró profundo cerca de mi oreja (como intentando absorber mi olor) y se marchó...

No le he contado nada a nadie.

Todo esto lo he provocado yo... Yo lo he empezado todo... Es mi culpa.

Ahora no dejo de recibir mensajes de un número desconocido en los que pone cosas como: "Falta poco"; "Te deseo"; "Solo seremos tú y yo"; "Nos iremos lejos de aquí"; "He vuelto a soñar contigo"...

Quizá no debería ir a la fiesta de fin de curso. Quizá debería hablar con alguien de esto. Estoy asustada. Quiero que todo acabe ya.

♥

21 de junio 2024

Siento mi ausencia de todos estos días. Ya sé que la psicóloga me dijo que escribiera lo más que pudiera. Me hace bien, me ayuda a soltar todo lo que llevo dentro, pero... las vacaciones han empezado a tope y casi no paro en casa.

He decidido seguir currando en el restaurante y ampliar mis horas para echarle una mano a mamá con los gastos de casa. Así ella ha podido reducir su jornada y tener un par de días de descanso a la semana. Se lo merece.

Últimamente los mensajes de David no son tan frecuentes, pero lo que me escribe se ha vuelto mucho más... directo.

Le pedí por favor que dejara de hacerlo, incluso le conté que me había echado novio (lo que, en parte, es verdad... He empezado a quedar con Samuel, como algo más que amigos) y que sentía el malentendido, que tenía razón y que lo nuestro no era posible. Le dije, con un miedo horrible, que, si seguía recibiendo ese tipo de mensajes, tendría que hablar con mi madre y contarlo todo.

Esto solo ha empeorado las cosas. Las llamadas y los mensajes son mucho más frecuentes, como si hubiera enloquecido del todo. Y, siempre que le amenazaba con chivarme, él insistía de manera muy intimidante con que lo tenía todo muy bien atado. Me decía que tenía mensajes y correos míos en los que yo le acosaba. Algo imposible porque yo no le mandé nada. Solo tiene la nota en la que me declaraba, y no tenía mi nombre escrito.

He empezado a grabar sus llamadas, pero lo he hecho demasiado tarde. Solo tengo dos grabaciones... Una en la que me recordaba que la fiesta de fin de curso estaba a la vuelta de la esquina y poco más... Y otra, de hace un rato, cantándome el cumpleaños feliz...

Hoy es mi dieciocho cumpleaños...

Para cualquiera que no sepa lo que David me está haciendo, la grabación de la llamada de hoy no significaría nada raro... Pero para mí... es tan oscura y sucia... tan asquerosa... que me dan ganas de vomitar. Solo intenta recordarme que ya soy mayor de edad y que, si no hago lo que él me pide en la fiesta de mañana... las cosas van a ponerse feas...

Ni siquiera me dejó hablar... Empezó a cantarme el "Cumpleaños Feliz" y, sin terminar del todo la canción, comenzó a reírse de una manera que me puso la piel de

gallina de pies a cabeza. Solo colgué y bloqueé su número. Se acabó...

¿Por qué no cuento nada? Porque todo lo hace por mi culpa. Yo lo he provocado y ahora me da miedo que use esas pruebas de las que me habla para volver a meterme en líos. No quiero darle más disgustos a mi madre... Aquella Sonia, loca de amor por su profe y dispuesta a todo por conquistarlo, ya no soy yo. He cambiado.

Mañana, tal como vuelva de la fiesta, te actualizo sobre esto... He decidido ir... No pienso quedarme en mi casa el día más especial de todos los años de instituto por este asunto de David. Para sentirme más segura, hace unos días le conté todo a Candy. Flipó muchísimo y también me riñó: "¿Estás loca, Sonia? Es un profesor... una cosa es que te guste y otra llevarlo hasta aquí...". También me echó una bronca por no habérselo contado antes. Después, me prometió que no me dejaría sola en ningún momento este sábado en la fiesta y que, si pasaba lo más mínimo, llamaríamos a la policía del tirón.

Estoy deseando que Samuel me vea con mi vestidazo rojo. Me pidió que fuéramos juntos a la fiesta y... he aceptado. La verdad es que me hace mucha ilusión, Samuel está siendo súper lindo conmigo.

♥

22 de junio 2024

¡Ha llegado el día! ¡Hoy es la fiesta! ¡Estoy de los nervios!

Hace un rato, Samuel me ha mandado un ramo de flores a casa con una nota preciosa, en la que me decía que estaba deseando bailar conmigo una lenta y que seguro iba a ser la alumna más guapa de todo el IES Los Viñedos. No he podido dejar de sonreír en todo el día.

¿Me besará hoy?...

De David no he vuelto a saber nada. Menos mal... Parece que bloquearlo ha servido de algo.

Si no llego muy tarde de vuelta esta noche, te escribo todo sobre la fiesta.

¡Bye!

¡HOY SERÁ UNA NOCHE INOLVIDABLE!

♥

30 de junio 2024

Hola... No he podido sentarme a escribir antes.

Ha sido... horrible.

Tengo mil cosas que contarte y me va a costar un mundo, pero allá voy...

Todo pasó súper rápido.

Llegué al insti hipercontenta y súper ilusionada por ver a todos mis compis arreglados y guapos con sus modelitos nuevos para la ocasión. Samuel estaba entre ellos. El traje le quedaba mejor que a ninguno. Iba guapísimo.

Todo eran risas y bromas hasta que se me cortó el cuerpo al ver entrar a David por la puerta del insti, con Clara agarrada de su brazo. Iban saludando a la gente y yo me metí entre un grupo enorme para intentar llegar a Clara, frenarla y poder hablar con ella antes de que se metiera dentro. Sabía que, una vez en la fiesta, me iba a costar mucho más. Tenía que avisarla. David no es la persona que ella cree. Es un lobo con piel de cordero.

Intenté sujetarla por el brazo, pero él tiraba de ella con tanta fuerza que se me resbaló y, sin querer, le di un pellizco tremendo. Le tuvo que doler un montón. Su cara cambió al instante y se giró, agresiva, buscando al culpable. No me vio, y siguieron su camino.

Ya dentro, durante la fiesta, no me atreví a acercarme más a Clara. David no se despegaba de su lado ni un

segundo. Bailaban juntos todo el rato y, en cierto modo, creo que lo hacía queriendo para alejarme de ella.

De repente, cuando fui a pedir un refresco a la barra, David se puso justo a mi lado. No me saludó. Solo llegó, me miró con cara de indiferencia y recelo y volvió a girar la mirada al frente. Yo tampoco hice el menor intento de hablar con él. Le tengo miedo y asco, así que me dediqué a mirar hacia atrás, donde estaban mis amigos, evitando coincidir con él.

Me quedé tranquila al ver que no intentó nada. Parecía que lo había entendido y que todo volvía a la normalidad... Hasta que, un rato después, me quedé sola en una esquina de la sala. Todos bailaban una canción que odio y Candy se había ido al baño un momento. De repente lo vi, David venía hacia mí, disimulando mientras bailaba con unos y otros, como si nada, hasta que llegó a donde yo estaba. Esa vez sí me habló:

—¿Qué tal va la fiesta, Sonia? He visto que vienes con Samuel... Es buen chaval —se le notaba celoso.

—Prefiero no hablar contigo, David.

Se rió a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Ahora no quieres hablar conmigo? ¿Después de volverme loco con tus jueguecitos? ¿Ahora que has conseguido que no deje de pensar en ti? ¿Ahora que eres mayor de edad y podemos... dar rienda suelta sin escondernos de nadie? No, Sonia... vas a tener lo que buscabas. Vas a ser mía.

—Voy a llamar a la policía. Gritaré aquí mismo... Tengo pruebas de tus acosos. Tengo mensajes y llamadas grabadas... Vete y déjame en paz.

Volvió a reírse como un energúmeno.

—¿Está rica tu bebida? ¿No te notas cansada? Hace un ratito le puse algo... mágico para ayudarte a relajarte. Se te ve tensa. En unos minutos no podrás moverte. Y entonces...

No le dejé terminar. Salí corriendo a buscar a Candy. Gritaba su nombre por los pasillos vacíos del insti, desesperada, pero nadie respondía.

—¡Candy! ¡Candy! ¡Responde, por favor!

Las piernas empezaban a fallarme. Me tropezaba con todo. A mi derecha estaba la clase de música, y me metí allí para esconderme. David venía demasiado cerca... debió de verme entrar...

No recuerdo mucho más. Solo flashes: cómo me quitaba el vestido, cómo me cogía en brazos... Mi cuerpo no respondía. Era como si fuera un trozo de carne sin vida.

Entre tinieblas, creo que vi que alguien abrió la puerta de la clase. Me salvó... frenó lo que David tenía en mente hacerme. Le debo todo a esa persona. Me pareció ver el pelo naranja de Clara, pero no estoy segura, todo estaba muy borroso.

No recuerdo nada más de lo que pasó hasta que desperté en el hospital.

David había puesto en mi bebida una dosis tan alta de sedante que, según los médicos, podría haberme matado. Menos mal que la ambulancia llegó a tiempo y que el equipo médico del Hospital Padre Alfredo actuó rápido conmigo.

Ahora todo el mundo me insiste en que cuente a la poli mi versión, que denuncie a David, que hable, que tiene que pagar por lo que me ha hecho... Lo sé... pero vivo muerta de miedo por la posibilidad de volverme a cruzar con él. Me lo advirtió, allí, en el aula de música, mientras se deshacía de mi vestido rojo y lo tiraba al suelo. Me susurró al oído que, como contara algo, mataría a mi madre y que no le temblaría el pulso al hacerlo.

No puedo hablar. No puedo contar la verdad... No quiero que le pase nada a mamá.

David, por supuesto, ya ha contado su versión... Por lo visto no mentía cuando decía que lo tenía todo bien atado.

Me ha culpado de acosarlo, de mandarle mensajes provocadores desde un número que no es ni el mío (creo que se los ha mandado él mismo desde otro teléfono), me ha culpado de chantaje emocional y de mil cosas de las que no me he defendido... por miedo...

Por supuesto, se ha ido de rositas. Está en la calle.

Sí he oído rumores de que no volverá a trabajar en Los Viñedos... Ojalá no vuelva a trabajar en ningún insti nunca más. Está loco...

Ahora solo quiero pasar página. Olvidarme de todo y seguir con mi vida, mis estudios, mi curro... y que toda esta historia solo quede en un mal recuerdo.

NOTA: En este papel está el teléfono de una mujer muy rara, pero maja que vino a verme al hospital para ofrecerme su ayuda con todo esto de la fiesta. Me trajo galletas del Starbucks. No quiero perderlo, por si, en algún momento, necesito acudir a ella.

♥

Capítulo 21
David... No lo hagas

19 de junio de 2025, Cádiz

(Clara)

1

Cerré el coche y David me acompañó hasta su nueva casa, agarrándome del brazo como en los viejos tiempos. Por el camino, me iba contando lo mucho que le gustaba aquel sitio para vivir, lo alejado que estaba de todo, lo maravilloso que era no tener vecinos a kilómetros a la redonda.

—Aquí no hay ni cobertura, Clarita… Solo desconexión y relax, puro y duro.

Sonrió de forma exagerada y me abrió la puerta de su cabaña.

—¡Pasa, pasa! ¡Estás en tu casa! —dijo, haciendo un gesto amplio con el brazo.

El interior me impactó mucho más que el exterior. Apenas había muebles. No había lámparas: las pocas bombillas que alumbraban las estancias colgaban directamente de los cables.

En el recibidor había un perchero de pie y un baúl enorme de madera oscura.

Cuando llegamos al salón, vi una mesa redonda de madera con tres sillas, cada una distinta. Había una chimenea —apagada, por supuesto— con un cubo de leña al lado.

Un tocadiscos sonaba de fondo con el *Ave María* de Schubert.

Daba muy de mal rollo.

Las cortinas, de terciopelo burdeos, eran pesadas, opacas. El sillón parecía tener décadas encima, y junto a él, una mecedora aún más

antigua.

La cocina, diminuta, compartía espacio con el salón, separados apenas por una pequeña barra americana.

—Tras esa puerta está el dormitorio, y por esa otra el baño, por si necesitas entrar. Sé que no es gran cosa, pero es un sueño para mí vivir aquí, retirado de todo —dijo mientras se movía nervioso por toda la estancia.

—No está mal —le respondí, mintiendo—. Mientras tú seas feliz y estés a gusto aquí, yo también lo soy.

Nos sonreímos. Entonces dio una palmada que me hizo dar un pequeño brinco.

—Bueno, ponte cómoda, sírvete un vinito y dame cinco minutos que me duche. He estado organizando algunas cosas y se me ha echado el tiempo encima. No tardo —se besó los dedos índice y pulgar de una mano en señal de promesa y se metió en el baño.

No lo pensé ni medio segundo. Fui directa a mi bolso, saqué la carpeta que me había dado Carlota y la abrí de nuevo. Esta vez cogí el taco de folios del diario.

No tenía tiempo. No podía pararme a leer todo…

Ojeé por encima, y lo que iba viendo me iba dejando fría por momentos:

"... yo era capaz de cualquier cosa por el profe. Me gusta, me gusta mucho. Además, hoy me ha sonreído varias veces durante la excursión. Bea dice que lo hace con todo el mundo, pero yo sé que conmigo es diferente. Se le nota: soy su favorita."

"Me he inventado una historia en la que culpaba a mi madre por no poder estudiar lo suficiente para aprobar y sacar el curso. Le he dicho que me obligaba a trabajar de friegaplatos..."

"Hoy ha sido el día... Me he declarado a David..."

"Ya no sé qué hacer para llamar su atención, para gustarle.."

"Me hablaba muy cerca, su cara estaba a centímetros de la mía... y, de repente, me ha acariciado el muslo".

"¿De repente le gusto a David?"

—¡Ya salgo, Clarita! ¡Estoy acabandoooo! —gritó David desde el baño.

Seguí leyendo a saltos el contenido del diario.

Tenía que darme prisa.

"...me confesó que no había podido evitar fijarse en mí... Que no podía dejar de pensar en mí..."

"Ahora siento miedo. Sus textos han subido de tono y no para en insinuarse..."

—No, no, no…. No puede ser verdad… —me susurré.

"Intenté sujetarla por el brazo, pero él tiraba de ella con tanta fuerza que se me resbaló y, sin querer, le di un pellizco tremendo."

—Fue Sonia la que me hizo tanto daño al llegar a la fiesta… Quería contarme todo lo que estaba haciéndole pasar este hijo de puta… Quería avisarme de que quizá yo también corría peligro… —comenté con hilo de voz casi imperceptible.

"—¿Está rica tu bebida? ¿No te notas cansada? Hace un ratito le puse algo... mágico para ayudarte a relajarte. Se te ve tensa. En unos minutos no podrás moverte. Y entonces..."

"Entre tinieblas, creo que vi que alguien abrió la puerta de la clase. Me salvó... frenó lo que David tenía en mente hacerme. Le debo todo a esa persona. Me pareció ver el pelo naranja de Clara, pero no estoy segura, todo estaba muy borroso."

Todo empezó a darme vueltas y un sudor frío me recorrió la piel. Era verdad.

David… David había drogado a Sonia en la fiesta. Y no solo eso: la había estado acosando, tal y como siempre temí.

¿Cómo pude dejarme engañar de esa forma? ¿Cómo he podido estar tan ciega?

De pronto, todo encajó. Tras la insistencia de Sonia por llamar su atención, David había cruzado la línea: se obsesionó con ella. Algo hizo *clic* en su cabeza y ya no hubo vuelta atrás. El expediente que había leído minutos antes en el coche lo confirmaba todo: «comportamiento obsesivo-compulsivo», «distorsión de la realidad», «alucinaciones», «agresiones a sus padres, a su hermana y a su anterior pareja…».

¡Joder! Fui yo quien abrió la puerta del aula de música. Yo fui quien interrumpió lo que este perturbado… estaba a punto de hacerle a Sonia.

De repente, el pestillo del baño sonó. El pomo de la puerta empezó a girar.

2

En un acto reflejo, metí la carpeta y los folios en el bolso como pude, hechos un gurruño. Cogí el teléfono impulsivamente. Tenía que avisar a alguien de dónde estaba. Nadie lo sabía. No había contado nada… No quería que me echaran la bronca por haber venido.

«Soy una estúpida… Debí contarle a alguien que venía aquí…», pensé mientras forzaba la sonrisa más falsa de mi vida.

David tenía razón: allí no había ni rastro de cobertura.

Entré en la conversación con Noel y le mandé mi ubicación en tiempo real. Si en algún momento la recibía, quizá intuiría que me encontraba en peligro.

Entonces se me vino a la mente el conejito macabro. ¿Cómo pude perdonarle aquello? Nadie en su sano juicio haría algo así para vengarse de alguien… Era de locos.

—¿Qué haces que aún no te has servido un vinito? Lo tienes ahí, en el escanciador —David me abordó por la espalda—. ¡Ah! No lo intentes, Clarita… aquí es un milagro que llegue algo de cobertura. Estamos… incomunicados.

Su guiño de ojo ya no me producía tranquilidad. Todo lo contrario: me heló de miedo.

—Es que… estoy un poco preocupada —dije, intentando que mi voz no temblara demasiado—. Viniendo de camino me llamó Carlota, decía que tenía unos vómitos terribles y… está sola. Quería saber si se encontraba mejor…

—Ah… Carlota… Carloti, ¿no? Así es como la llamas. Ella será la siguiente —David rompió a reír con una carcajada que sonó completamente desquiciada.

—¿La… siguiente?

—Era una broma, Clarita mía. Te noto tensa. ¿Te pasa algo?

—¡Nada en absoluto! —me apresuré a fingir normalidad, deseando irme cuanto antes de allí—. ¿Dónde está ese vinito?

David sonrió, sirvió dos copas de vino, me pasó una y alzó la suya, esperando que brindara.

—¡Por las amistades verdaderas y los reencuentros! —exclamé, chocando mi copa con la suya, intentando que mi pulso intranquilo pasara desapercibido.

Esperé a que él bebiera primero. No me fiaba de que el vino llevara algo que me dejara inconsciente.

Se bebió la copa de un trago y se sirvió otra, que también devoró de un solo buche.

—Bueno y… ¿no me cuentas nada de ese nuevo amor tuyo? —le pregunté, mientras escudriñaba con la mirada posibles escondites por si la cosa se complicaba.

La puerta de salida estaba cerrada con llave. Cuando llegamos, me había dicho que era mejor asegurar todo; no se fiaba de que alguien le asaltara y le robara. Las ventanas de la casa tenían rejas.

Desde el baño, cuya puerta había dejado abierta, la cortina de la bañera se movía lentamente por la brisa que entraba por alguna ventana. *Con suerte, puede que esa no tenga reja…*

David seguía contándome su historia de amor con la nueva chica, mientras yo no dejaba de buscar alguna herramienta que pudiera servirme como arma. Pero no veía nada.

—¿Me estás escuchando, Clarita? —me interrumpió David.

—Sí, sí, perdona… Es que… estoy observando tu casa y cada vez me gusta más. Es tan acogedora… Me das envidia, David.

Había colado. Sus ojos brillaron con ilusión y sus labios se curvaron hacia arriba en una sonrisa de felicidad.

—¡Sabía que te iba a gustar! —dijo—. Ya verás cuando tenga mi huerto, mis perros, mis animalitos… y, ¿quién sabe?… unos críos correteando por toda la casa. A mi chica le encantan los niños. Ya mismo vas a conocerla. Casi es la hora. Bebe un poco —insistió, levantando mi brazo y guiando la copa hacia mi boca.

De repente, David parecía un niño pequeño. Tan vulnerable, tan fácil de engañar…

—Oye, ¿y qué es eso que huele tan bien? Me muero de hambre.

A David se le achinaron los ojos de alegría y corrió hacia la cocina. Abrió el horno y se inhaló el aroma que salía.

—¡Mi especialidad! Dorada al horno.

—Vaya… qué bien huele… Tiene que estar riquísima. Oye… ¿y dices que no hay cobertura en ninguna parte de la casa? ¿En el camino tampoco? Estoy… preocupada por Carlota. Me gustaría llamarla.

—Puede que en el porche haya algo… inténtalo, a ver si tienes suerte.

—¿Está… abierta la puerta? —titubeé.

David se quedó inmóvil, de espaldas a mí, con la bandeja de la dorada en las manos. La dejó sobre la encimera de mármol, se dio media vuelta y, sin decir palabra, abrió la puerta de salida.

Era como si en su cabeza algo hubiera cambiado de repente. Había dos David allí conmigo: uno ansioso, con gestos rápidos e inquietos, risas descontroladas, casi ido; y otro, el David de siempre… el que había sido mi mejor amigo, mi hermano…

—Espero que se encuentre mejor… —me acarició el brazo con la mano antes de volver a la cocina.

Salí al porche. No había cobertura alguna.

—¡David, voy a probar adentrándome en el camino! ¡Aquí no hay señal!

—Hum, hum —afirmó desde dentro.

Empecé a caminar a paso rápido hacia el coche, agitando el teléfono sin descanso, rogando que, aunque fuera por un instante, captara algo de señal y que a Noel le llegara mi ubicación.

Estaba a pocos metros. Casi podía tocar el tirador de la puerta, casi podía sentirme a salvo, salir corriendo de allí y dejarlo todo atrás.

Apreté el botón del mando para abrir las puertas del coche y… de repente, algo me golpeó en la cabeza con una violencia seca y brutal.

3

Me despertó una música que sonaba de fondo: *La Vie en Rose*, de Édith Piaf. Abrí los ojos despacio y me llevé la mano a la cabeza. Me dolía horrores. Me miré los dedos por si estaban manchados de sangre; no, solo noté un chichón enorme.

Giré la cabeza y vi a David bailando con una chica. Ella estaba de espaldas a mí, pero algo en su figura me resultaba familiar. Hasta que, en un giro de esa coreografía siniestra, pude verle la cara.

No daba crédito.

—Mira, David, nuestra invitada se ha despertado —comentó una voz femenina.

—¿Qué… qué me habéis hecho, zumbados? —dije con un hilillo de voz débil; la cabeza me iba a explotar.

David volvió a reír con esa carcajada terrorífica.

—Isa, trae hielo para nuestra invitada. Debe de dolerle mucho la cabeza después de la pedrada que le has dado.

—¡Pero es que se iba a escapar, mi Davitín chiquitín! —Isa frotaba su nariz con la de David, hablándole como a un bebé.

Él le dio un cachete cariñoso en el culo y ambos rompieron a reír.

—¿Querías huir, no? Querías hacerlo de nuevo. Como aquel día… en la fiesta. Me dejaste solo… No me diste ni la más mínima oportunidad de explicarme —la mirada de David se encendía; tenía los ojos inyectados en sangre—. Pudiste evitar todo esto. Solo necesitaba hablar con alguien que me hiciera entrar en razón. Se supone que eres psicóloga, ¿no? ¿No te diste cuenta de que algo me pasaba? ¡Todo esto es por tu puta culpa, Clarita de los cojones!

—Shhh, shhh… Tranquilo, mi amor. No merece la pena. Nuestro momento ha llegado… nuestra venganza.

—Isa… Tú no eres como él… —intenté hacer que entrara en razón —. No tienes que hacer esto. Si… si de verdad le quieres, haz algo

para evitarlo o… todos vamos a terminar muy mal.

Por un momento, la mirada de Isa cambió. Me miró con lástima. Parecía tan prisionera como yo… Fue solo un resquicio de esperanza. Se acercó a mí con el dedo índice levantado, en señal de advertencia.

—No me hagas el lío, zorra. Haría cualquier cosa por mi Davitín… Ya me equivoqué una vez y lo dejé solo, como tú. Eso no va a volver a pasar. Lo amo, y haría cualquier cosa por estar a su lado.

David la agarró de la cintura, la besó y la apartó de mí, sacándola a bailar de nuevo. Se recreaban en el momento. Les encantaba verme indefensa.

Busqué mi teléfono a mi alrededor…

—Es inútil —dijo David sin dejar de bailar con Isa—. Tu teléfono se cayó al suelo cuando mi maravillosa novia y futura esposa, en un acto de valentía, te dejó noqueada y desvalida. Estás sola, Clarita. Y pronto… ni siquiera estarás. Llevo un año esperando este momento. Voy a acabar contigo, hija de puta traicionera.

—¿Lo hacemos ya? —Isa cogió una pistola del poyete de la chimenea y me apuntó directamente a la cara.

—¡No lo hagas, Isa! Por favor —supliqué—. Podemos arreglarlo. No diré nada… Todavía tiene arreglo.

David desvió el arma, bajando despacio los brazos de Isa con su mano.

—Tranquila, cariño… Déjame disfrutar un poco más de este momento. Llevo mucho tiempo esperándolo. Tienes que controlar esos impulsos tuyos, ya te lo dije esta mañana… cuando le escribiste a Clara, avisándola con que había llegado su fin.

—Pero… borré el mensaje… Te hice caso…

Él la calló con un beso. Mientras se morreaban como dos tortolitos de quince años, yo agarré un tronco del cubo de leña que tenía justo a mi lado y le di con todas mis fuerzas a Isa en la mano con la que sostenía el arma. Esta cayó al suelo de inmediato.

Luego, todo ocurrió muy rápido.

Todavía se escuchaba de fondo a Édith Piaf en el tocadiscos.

Padam, padam, padam
Il arrive en courant derrière moi
Padam, padam, padam
Il me fait le coup du souviens-toi
Padam, padam, padam
C'est un air qui me montre du doigt
Et je traîne après moi comme une drôle d'erreur
Cet air qui sait tout par cœur

Me lancé al suelo para coger la pistola.

Isa y David se abalanzaron sobre mí.

Disparé en un acto reflejo.

Nunca antes había disparado un arma.

Se escuchó un grito intenso de dolor. Y entonces pude salir corriendo, escapando de ellos.

Sin mirar atrás, corrí hacia la puerta de salida, pero estaba cerrada con llave. El único lugar que me quedaba era el cuarto de baño o el dormitorio. Me metí en la primera puerta que encontré: el baño. Eché el endeble pestillo y me escondí en la bañera, tras la cortina de plástico llena de margaritas dibujadas.

Giré la cabeza hacia el lado desde donde recibía una pequeña brisa. La ventana era diminuta; ni siquiera cabría por ella la mitad de mi cuerpo.

Era mi fin. Aquel pestillo no aguantaría ni la patada de un niño. Cualquiera de los dos podría tirarlo abajo con un simple empujón.

—¡Nooooo! ¡Dime algo, David… David, responde! —Oí a Isa gritar, desesperada—. ¡Te lo has cargado, perra!

No era posible… ¿Acababa de matar a David? ¿O sería todo una trampa para obligarme a salir de mi escondite?

Entré en colapso de inmediato.

Me hice una bola dentro de la bañera, tapándome los oídos con las manos —sin atreverme a soltar el arma—, apretando los ojos con todas mis fuerzas y balanceándome adelante y atrás, como si intentara desaparecer.

En el salón estalló un caos de golpes, gritos, muebles chocando, cristales rompiéndose… El estrépito era insoportable. Me apreté las orejas con más fuerza aún.

Y de repente… el silencio.

«No te muevas. No hagas ruido». Era lo único que pasaba por mi mente.

Entonces alguien comenzó a golpear la puerta desde el otro lado.

Una vez. Otra. Y otra.

Hasta que, al final, el pestillo cedió y la puerta se abrió con un estrépito espantoso.

No me lo pensé dos veces. Enfilé la pistola desde dentro de la bañera, con los ojos aún cerrados, y disparé una vez.

Un pitido intenso se apoderó por completo de mis oídos y me quedé absolutamente sorda durante unos segundos que parecieron horas. Incapaz de abrir los ojos, sin poder oír nada de lo que sucedía a mi alrededor, casi sin respiración… llegué a perder el sentido de la orientación y del tiempo. No era capaz de salir de aquel refugio que encontré acurrucándome sola entre mis rodillas y mis brazos.

Me daba por muerta. Isa acababa de descubrirme, acababa de derrumbar lo único que me separaba de ella —una puerta que parecía estar hecha de cartón y que casi no se sostenía sola—, y podía estar segura de que iba a matarme nada más llegara hasta la bañera que me cobijaba.

Me sentía indefensa. No era capaz ni de levantar la mirada; ¿cómo iba a ponerme de pie y plantarle cara a una mujer tarada y vengativa hasta la saciedad, loca de amor por un psicópata que le había lavado el cerebro?

No pasó nada. Solo había quietud.

Poco a poco empezaron a estabilizarse las sensaciones y el pitido en los oídos cedió hasta convertirse en un zumbido lejano; empecé a distinguir sonidos más nítidos, como si llegaran de muy lejos.

Era una voz. Una voz familiar.

—¡Clara, para! ¡Tranquila! Estás a salvo. Soy yo, Noel. Estoy aquí, mi vida. No pasa nada. Suelta el arma.

—¿Noel…? —no me creí del todo que era él hasta que pude oler su colonia.

Rompí a llorar nada más verlo frente a mí.

Terminó de abrir la cortina de la bañera, se agachó y me abrazó como pudo. Me acurruqué dentro de sus brazos. Estaba fuera de peligro.

—Tranquila. Ya estoy aquí. Nada malo va a pasarte. Me llegó tu ubicación y supe, de inmediato, que algo no iba bien.

En el salón, Isa gritaba como si estuviera poseída.

—¡Suéltame, cabronazo! ¡Os voy a matar a todos!

Por la pequeñísima ventana del baño pude ver luces rojas y azules girando, y pude oír como una sirena retumbaba entre los pinos.

Me dirigía hacia la puerta de aquella maldita cabaña a la que nunca tendría que haber ido y, al pasar por el salón, vi a Isa esposada en el suelo, boca abajo, pataleando y retorciéndose como una víbora.

—¿Lo he… matado? —pregunté a Noel, temblando, con los ojos repletos de lágrimas.

—No pienses en eso ahora, cariño. Ven —me abrió la puerta de su coche de policía—. Siéntate aquí. Voy a hablar con los compañeros un momento. Tardo un segundo.

Asentí sin poder pronunciar ni una palabra.

Le miré el hombro, del que emanaba algo de sangre y que se estaba presionando con un trozo de tela.

—¡¿Te he dado?!

—Shhh… la bala solo me ha rozado, ni siquiera lo noto. No es nada. Ahora vengo, ¿vale?

—Déjame la puerta abierta, por favor… —le pedí, sin poder apartar la mirada de la casa de David—. Necesito que me dé el aire.

Noel me acarició el mentón y se acercó a otra patrulla de policía que acababa de llegar. Uno de sus compañeros entró en la casa y sacó a Isa, todavía esposada. Iba maldiciéndonos a todos y declarándonos la muerte a cada uno de nosotros. La metieron en otro coche oficial, activaron las luces y la sirena y se la llevaron.

Poco después, unas chicas con uniforme amarillo sacaban una camilla con alguien tapado por completo con una especie de sábana

metálica.

Me rompí.

Había pasado.

Había matado a David.

Mi corazón se hizo mil pedazos, y por mi mente pasaron todos nuestros recuerdos bonitos que habíamos construido juntos cuando… cuando David aún era él.

Capítulo 22
Seis meses después

20 de diciembre de 2025, Cádiz

(Clara)

El tiempo ha pasado volando.

Todavía tengo pesadillas algunas noches y sigo con las sesiones *online* con mi amiga y compañera psicóloga Susi, que me está ayudando a afrontarlo todo de la mejor manera posible. No está siendo fácil. No consigo desprenderme del recuerdo bonito de quien fue mi amigo, al que quise con locura.

Tras aquel desafortunado incidente en el que le quité la vida a David, no han dejado de suceder cosas… Todas buenas.

El juicio tuvo lugar a primeros de julio de este año, en Madrid. Todos fuimos citados a declarar: algunos como testigos, otros como… culpables de asesinato. Esa era yo.

Sonia, por fin, habló. Lo contó todo: tanto lo que ella había ocasionado como lo que David le hizo en las últimas semanas de curso y en la fiesta. Lloró mucho al reconocer que todo lo había empezado ella. Fueron incontables las veces que pidió perdón a su madre durante el juicio:

—Lo siento, mamá —repetía una y otra vez.

Se presentaron como pruebas su diario, correos electrónicos, mensajes e incluso algunas llamadas grabadas que había recibido de él.

Daba escalofríos escuchar lo que esa niña había estado recibiendo.

Cada cual tenía algo que aportar en la declaración del caso. Alba, como madre de la victima; Gema, quien encontró al agresor con

Sonia en brazos justo después de que yo saliera corriendo; Álex, que estuvo presente la noche en la que nos siguió hasta el bar de copas; Érica, que vivió conmigo aquella noche de pánico cuando se coló en mi piso; y Noel, que testificó como el policía que se encontró todo el panorama en la cabaña.

Todos tuvimos que declarar.

Carlota presentó un montón de pruebas que había estado recopilando durante mucho tiempo. Entre ellas, el informe completo sobre la patología psiquiátrica del acusado. Me sorprendió el trabajo tan minucioso que había hecho. Mi amiga es increíble. No dudé ni un segundo en animarla cuando me dijo que estaba planteándose compaginar su trabajo con formación *online* para ser detective privada y montar algo por su cuenta en un futuro. Se le daría de escándalo.

Isa fue internada en un hospital psiquiátrico, curiosamente con un diagnóstico muy parecido al de David: trastorno obsesivo-compulsivo severo, agravado por episodios de desregulación emocional, estallidos de ira y conductas violentas impredecibles.

Su caso requería observación continua de por vida y, en caso de ser dada de alta, tendría que cumplir condena por colaboración en un intento de homicidio.

A mí me indultaron por el asesinato de David, ya que se demostró que actué en defensa propia. Ese veredicto, sin embargo, no logró liberarme del sentimiento de culpa que me invade por dentro. Poco a poco, con el tiempo, estoy empezando a sobrellevarlo, a asumir que quien yo creía conocer al dedillo —mi amigo— no era quien parecía ser. No podía vivir eternamente añorando ni culpándome por haber hecho aquello a alguien que quería hacerme daño. Que quería… matarme.

Noel y Pinchito se vinieron a vivir a mi piso poco después de todo lo sucedido. Estábamos buscando otro nidito más grande en Cádiz para mudarnos juntos. No estaba siendo tarea sencilla, los requisitos no eran pocos: terraza amplia para que nuestros chuchos pudieran tomar el sol a sus anchas, luminosidad, cercanía al mar,

preferiblemente en la planta más alta del bloque… y que no costara un ojo de la cara.

Hasta entonces, seguiríamos allí. En el ático del edificio más bonito de la calle Sagasta, donde comenzó nuestra historia de amor.

He decidido darme una tregua en el trabajo y dedicarme tiempo durante el curso académico 2025-2026. Hacer y deshacer a mi antojo, libre y alejada de los adolescentes. De momento, quiero montar una pequeña consulta para atender a pacientes como psicóloga. Me apetece volver a mis orígenes y trabajar a mi aire, sin compañeros, sin superiores, sin horarios estrictos.

Ya he visitado alguna que otra oficina y estoy completamente enamorada de una en particular. Tiene paredes de ladrillo visto y piedra —¡cómo me gusta eso!—, un suelo de mármol verde precioso y balcones antiguos espectaculares por los que entra una luz que baña por completo la pequeña sala. Está en plena plaza del Ayuntamiento. Un lugar precioso y muy transitado de la ciudad.

En un par de días, he quedado de nuevo con el propietario para una segunda visita y un poco de negociación del precio. Si todo va bien… pronto estaré allí, recibiendo clientes.

Estamos en casa de Carloti y Lucas. Llevan un par de semanas viviendo en Cádiz, en una casita lindísima con un jardín espectacular. Un poco alejada del centro, pero a pocos minutos en coche de todo lo esencial.

Estoy tan contenta de tenerla cerca…

Pocos días después de marcharse este verano, me llamó diciendo que quería volver y que querían vivir aquí, que echaba de menos todo esto, que me echaba de menos a mí y que… ¿por qué no?

Mi amiga es una valiente, no le da miedo nada. Si quiere algo lo hace, va a por ello y no pasa nada si no sale bien. Siempre tiene una capacidad increíble de reinventarse. Resurge siempre de sí misma. Las veces que haga falta.

También es cierto que, tanto Lucas como ella, lo tienen más fácil que muchas otras personas, ya que ambos teletrabajan. Lo mismo da que estén sentados tras una pantalla de ordenador en Madrid que en Cádiz.

Rosa también está aquí con nosotros; ha venido a pasar unos días a casa de Carlota. Les ha costado lo suyo, pero se han hecho inseparables. Son el ying y el yang, completamente opuestas, pero totalmente complementarias la una para la otra. Por lo visto, Rosa ya se ha aburrido de los ricachones pijos que intentaba «capturar» en el pasado y ahora está empeñada en encontrar a un chico normal, sencillo y romántico, con el que cumplir su sueño de casarse y ser madre.

Érica y Álex están sentados justo frente a mí en la mesa; no paran de dedicarse miradas brillantes y hacerse carantoñas. Me siento tan feliz por ellos…

Noel me rodea con su enorme brazo por encima de los hombros.

—Cambio arcilla por piedra —nos propone mi guapísimo novio, mirándonos a todos con esa cara de pillo que me vuelve loca.

Es único jugando al Catán. No sé cómo lo hace, pero siempre gana.

—¡Ni de coña, picha! —grita Érica—. ¡Que nadie le cambie nada al gachón este, que está a punto de ganar!

—¡Callaos! —de repente, Carloti se pone de pie y saca algo del bolsillo para ponerlo sobre la mesa con cuidado. Es un test de embarazo—. ¡Vais a ser titos, *motherfuckers*!

Esta vez soy yo la que se queda con la boca y los ojos abiertos de par en par, como suele hacer ella tan a menudo.

Es la mejor noticia que podían darme: ¡voy a ser tita!

Me levanto de un salto, con ímpetu, arruinando toda la partida con el empujón que le doy a la mesa…

—¡No! —grita Noel, llevándose las manos a la cabeza mientras mira el estropicio y su inminente victoria arruinada—. ¡Hey! ¡Enhorabuena, familia! —les dice enseguida a los futuros papis, cuando se da cuenta de la situación.

Todos nos fundimos en un abrazo familiar, mientras damos pequeños saltitos en coro y canturreamos:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!

Eso somos: una gran familia. La familia que se escoge. La que no es de sangre, pero que es para el resto de la vida.

—¡Suena un móvil! —avisa Lucas.

—¡Es el mío, es el mío! —respondo, enjugándome todavía las lágrimas que se desbordan a chorros de mis ojos.

—¿Dígame?

No hay respuesta.

Me separo el teléfono del oído para mirar la pantalla: es un número que no conozco.

—¿Dígame? ¿Quién es?

Al otro lado, una voz desconocida me dice, casi susurrando:

—El karma siempre devuelve lo que das. Hay que ser buena persona.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Cristina Hidalgo, Cristina García, Gema Burgos y Rubén Burgos, por su valiosa ayuda en las primeras lecturas de este libro.

A cada lector que ahora sostiene estas páginas entre sus manos. No podéis imaginar la emoción tan inmensa que me produce saber que este trocito de mí os haya acompañado durante un tiempo.

A la editorial Terra Ignota, por confiar en mí, brindarme esta oportunidad única y ayudarme a convertir en realidad el sueño de publicar mi primera novela. Gracias a Manuel, mi editor, por toda su ayuda y paciencia.

Y, por supuesto, a todos los que me han apoyado desde el principio, que han creído en mí y me han acompañado en cada paso de este camino tan bonito.

Gracias de corazón.



La séptima mentira

Rivera, Anate
9791399048728
248

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Superada la depresión, Blasco se aísla en un residencial misterioso de un pequeño pueblo con la esperanza de recuperar la inspiración como guionista de cine. Solo en la casa, empieza a percibir hechos extraños que pronto no podrá distinguir de la realidad. Desde la ventana del estudio, será testigo de escenas ambiguas en el jardín

vecino, así como de la presencia intermitente de una mujer singular. Todo parece indicar que se trata de un crimen.

Su obsesión por el caso lo llevará a descubrir, con la ayuda de Gabo, su pareja sentimental, la dramática verdad que ocultaban aquellos sospechosos movimientos vecinales. Finalmente, para su sorpresa, lo ocurrido se convertirá en el argumento de su próxima película. Tras el exitoso estreno de *La Mujer Estirada*, se producirán dos acontecimientos inimaginables que romperán los esquemas mentales del lector.

Unas primeras páginas de terror darán paso a una trama de misterio con un delicado contenido psicosocial, para culminar dulcificada con trazos de comedia romántica homosexual. Hasta sus últimas palabras, sorprendente.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Vías muertas

Matamoros Sánchez, Jordi
9788412808827
302

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Antonio, un joven apuesto y ambicioso, necesita llevar una vida llena de lujos y comodidades que sus padres, dos personas incultas y conformistas de los que se avergüenza profundamente, nunca pudieron ofrecerle.

Su gran oportunidad se presenta cuando conoce a Victoria, hija única y ojito derecho de un prestigioso abogado poseedor de una gran fortuna. Su vida es perfecta, la que siempre deseó, salvo por unos mínimos detalles: no ama a su esposa, no soporta a su suegro y jefe y descubre que la fortuna familiar está a punto de desvanecerse.

La trama se va complicando con los secretos que esconde cada uno de los personajes que, poco a poco, se van entramando en un sinfín de vías muertas.

Una historia en la que el drama, la traición, la avaricia, la lujuria... son las principales protagonistas.

Atención. Esta novela contiene un fuerte contenido sexual que transgrede la moral. Puede herir la sensibilidad de algunas personas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Clara_Rush_PORTADA_EB.jpg